

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2015-2018

Tesis para obtener el título de Doctorado en Ciencias Sociales con especialización en Estudios Andinos

El servicio doméstico en Cumbayá:  
Un análisis sobre la espacialidad de la desigualdad

Andrea Elsa Marie Robertsdotter

Asesora: Cristina Vega

Lectores: Gioconda Herrera, Debora Gorban, Sofia Zaragocín y  
Alfredo Santillan

Quito, marzo de 2023

## **Dedicatoria**

Quiero dedicar esta tesis a mi madre que ha estado a mi lado en todo momento, desde el inicio hasta el final, siempre alentándome y animándome a conquistar mis sueños. Agradezco a todas las personas que hayan sido puestas en mi camino para yo poder llegar hasta aquí, y quiero agradecerles a mis wawas por su paciencia conmigo durante este tiempo.

Esta tesis esta dedicada a todas las mujeres que luchan para llevar adelante a sus familias, a todas ellas que me permitieron mirar sus corazones y que con mucha generosidad compartieron sus historias conmigo.

## Tabla de contenidos

Resumen.....	VI
Agradecimientos.....	II
Introducción .....	1
Capítulo 1. Construyendo un abordaje espacial de las desigualdades en el servicio doméstico7	
1.1. El objetivo principal.....	9
1.2. Cumbayá como estudio de caso.....	11
1.3. Las empleadoras y las empleadas domésticas .....	13
1.4. Justificación.....	16
1.5. Objetivos específicos .....	17
Capítulo 2. La interseccionalidad y la relacionalidad del espacio (marco teórico).....	18
2.1. Una exposición de las categorías de clase, género y raza .....	24
2.1.1. La clase como categoría analítica .....	26
2.1.2. La articulación de clase y género.....	30
2.1.3. El género y la raza como categorías analíticas .....	32
2.1.4. La articulación de clase, género y raza.....	38
2.2. Interseccionalidad y espacio.....	40
2.2.1. La centralidad del espacio .....	42
2.2.2. El enfoque en un lugar.....	46
2.2.3. La espacialidad de las diferencias sociales.....	48
Capítulo 3. Metodología .....	53
3.1. Las entrevistas .....	54
3.2. Observación de campo .....	55
3.3. Las fuentes secundarias.....	71
3.4. Los desafíos principales .....	73
Capítulo 4. Narrativas espaciales desde el servicio doméstico .....	75
4.1. Las maternidades de las empleadas y las empleadoras.....	78
4.2. La familia y la intimidad .....	85
4.3. El aislamiento y el encierro .....	93
4.4. Los matices de puertas adentro.....	99
4.5. Las trayectorias de las puertas afuera .....	104
Capítulo 5. La segregación voluntaria y la heterogeneidad social del valle.....	109
5.1. El inicio de la urbanización en Cumbayá.....	113
5.2. La segregación voluntaria de las élites .....	121
5.3. Las trabajadoras y los enclaves fortificados.....	126
Capítulo 6. Rezagos coloniales y explotación rural .....	136
6.1. El sistema de haciendas.....	140
6.2. La transformación urbana en el Valle de Tumbaco .....	147
6.3. La colonialidad del servicio doméstico.....	153
6.4. Dos mundos distintos pero conectados .....	157
Conclusiones .....	164

Lista de referencias.....	171
---------------------------	-----

### Lista de ilustraciones

3. 1. Mapa de Pillagua .....	56
3. 2. Mapa de La Quinta .....	57
3. 3. Mapa de Jardines de Santa Inés.....	58
3. 4. Mapa de La Vieja Hacienda .....	58
3. 5. Mapa de La Vieja Hacienda A .....	59
3. 6. Mapa de La Vieja Hacienda B .....	59
3. 7. Mapa del Aromito.....	60
3. 8. Mapa de Balcones de Cumbayá .....	61
3. 9. Mapa de Jacarandá.....	61
3. 10. Mapa de Auquí Chico .....	62
3. 11. Foto de la Parada de bus Auquí Chico.....	63
3. 12. Mapa de La Viña .....	63
3. 13. Mapa de Cunucbamba.....	64
3. 14. Mapa de la Superficie urbanizaciones .....	65
3. 15. Mapa de las comunas y los barrios .....	66
3. 16. Mapa del cerro Ilaló.....	67
3. 17. Foto de la expansión urbana Ilaló.....	68
3. 18. Mapa Ruta Viva.....	68
3. 19. Foto de la Ruta Viva .....	69
3. 20. Foto de la Ruta Viva A .....	69
3. 21. Foto de la Ruta Viva B.....	70
3. 22. Foto de la Ruta Viva C.....	70
4. 1. Foto de la parada de bus Santa María, Tumbaco	107
5. 1. Tabla de concentración de urbanización por costo del suelo	116
5. 2. Foto de la venta de los primeros terrenos en Jacarandá.....	117
5. 3. Tabla de aglomeración por nivel socioeconómico en urbanizaciones privadas.....	124
5. 4. Foto de la entrada a las urbanización A .....	127
5. 5. Foto de la entrada a la urbanización B.....	127
5. 6. Foto de la entrada a la urbanización C.....	128
5. 7. Foto de la entrada a la urbanización D.....	129
5. 8. Foto de la entrada a la urbanización D.....	129
5. 9. Foto de la entrada a la urbanización E.....	130
5. 10. Foto de un chaquiñan en Ruta Viva.....	132
5. 11. Foto de un chaquiñan B en la Ruta Viva.....	132
5. 12. Foto de parada de bus informal Ruta Viva.....	133
5. 13. Foto de pastoras en la Ruta Viva .....	134
6. 1. Mapa de la Hacienda Espinosa antes de la Reforma Agraria .....	145
6. 2. Mapa de la distribución de haciendas por apellidos en Cumbayá .....	146
6. 3. Mapa de la expansión de infraestructura y principales equipamientos en el Valle de Tumbaco .....	150

6. 4. Tabla de la vivienda desarrollada en Tumbaco 2005-2013	Tabla de la vivienda desarrollada en la zona de Tumbaco 2005-2013.....	151
6. 5. Los y las danzantes del San Pedro de Inti Raymi, en el puente de la Ruta Viva .....		160

## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Andrea Robertsdotter, autora de la tesis titulada “El servicio doméstico en Cumbayá: Un análisis sobre la espacialidad de la desigualdad social”” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de doctorado en Estudios Andinos, por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO- Sede Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, marzo de 2023.



---

Andrea Robertsdotter

## Resumen

La problemática de esta tesis se construye en base a las discusiones sobre el servicio doméstico, que señalan como este tipo de trabajo se hace posible debido a las desigualdades que lo sostiene. El enfoque principal es en las trabajadoras y las empleadoras del servicio doméstico, en Cumbayá. Este lugar tiene una alta concentración de clases altas y es donde más rápidamente crece la urbanización en el Ecuador. Al mismo tiempo, hay una población campesina e indígena significativa que vive en las comunas del Valle de Tumbaco y que constituye una fuente de mano de obra barata para los trabajos de servicio *inframuros*. Muchas de las mujeres que trabajan como “empleadas” en las urbanizaciones cerradas, viven en las comunas y los barrios populares de Cumbayá y del resto del valle. Por lo tanto, es necesario una mirada a las clases sociales tomando en cuenta cómo esta categoría analítica se articula con otras categorías, como el género y la raza.

Las desigualdades se articulan entre sí, pero también emergen de un lugar, lo cual significa que tienen una configuración particular. ¿Cómo se enlazan las relaciones en el presente, cómo se viven en la cotidianidad y cómo nacen de procesos espaciales? Para abordar a las desigualdades sociales que marcan las realidades de las mujeres, me refiero a las geógrafas feministas latinoamericanas (Zaragocín 2016; Cabnal 2010; Espinosa 2013; Gorban 2012) que enfatizan la cuestión espacial y las experiencias en la cotidianidad, en este caso, desde la perspectiva de las mujeres y como ellas las quieren contar.

En el servicio doméstico en Cumbayá emergen fuertes rezagos coloniales que se articulan con la expansión urbana, profundamente marcada por la segregación espacial. La segregación espacial sigue un patrón dominante que no solo destruye la diversidad de las formas de vida en el valle, sino que invisibiliza las diferencias radicales entre ellas. En el Valle de Tumbaco hay una heterogeneidad social impresionante, pero la producción del espacio es homogeneizante. Por ende, constatamos la discriminación y desintegración que esconde la explotación, por generaciones, de mujeres y niñas que representan casi toda la fuerza laboral de los trabajos de servicio doméstico en el Ecuador.

## **Agradecimientos**

Un profundo agradecimiento a la FLACSO por su apoyo total en mis investigaciones, por su tutoría y por esta oportunidad de aprendizaje. Agradecer a toda mi familia, a todas las mujeres que formaron parte de este trabajo y que compartieron su sabiduría conmigo.



## Introducción

*Entró un negro y se ponen como alertos... 'Ahí viene...Ahí viene el ladrón.' Entonces eso le hace a uno sentir, y uno siente... Es que es algo chistoso señora Andrea, es algo que uno lo siente y siente eso cómo le ven, desde adentro, uno como lo siente adentro, hasta en los huesos.*  
-Entrevista a Carmen

*Dado que nuestra apariencia, la parte de nosotros que se ve, es tan momentánea en comparación con la otra, nuestra parte invisible, que se extiende por todos lados, la invisible podría sobrevivir, podría ser recuperada a lo mejor en alguna parte de tal o cual persona, e incluso podría ser que merodease en algunos lugares [...]Quizá, quizá.*  
-Virginia Woolf, *Mrs Dalloway*, 1925

En primer lugar, la problemática de mi tesis se construye en base a las discusiones sobre el servicio doméstico que señalan como este tipo de trabajo se hace posible debido a las desigualdades que lo sostiene. La diferencia de clase es la condición que hace posible el servicio doméstico, a la vez que este trabajo permite “el mantenimiento de una serie de objetos y relaciones sociales que refuerzan las identidades de clase de los empleadores, al tiempo que marcan las distancias respecto a las posiciones de las trabajadoras” (Gorban 2012, 34). El aporte de este estudio yace en un tratamiento novedoso del tema, a través de una perspectiva compleja del espacio y una propuesta multiescalar (de tres niveles: micro, meso y macro) que analiza cómo las diferencias sociales emergen en determinados lugares. En este sentido, no es que este estudio descubre algo nuevo o previamente desconocido, pero lo que sí hace es partir de las experiencias subalternas y exponer la reproducción de la miseria- esas partes invisibilizadas que se extienden por todos lados, que se generan de determinadas maneras y en lugares específicos. Por lo tanto, más que una crítica, la propuesta de esta tesis reside en un análisis creativo de las relaciones de poder, en el cual las voces que resisten y luchan contra la explotación en sus vidas cotidianas, puedan emerger con nitidez.

Esta tesis doctoral se sitúa en los siguientes debates: El debate sobre las desigualdades sociales que argumenta que un análisis de las clases sociales debe tomar en cuenta cómo esta categoría analítica se articula con otras categorías, como el género y la raza (Hill Collins 1990; Valentine 2007; Anthias 2008; Roth 2013; Crenshaw 2015; Viveros Vigoya 2016; Yuval-Davis 2011). Este debate se profundiza con las investigaciones interseccionales desde la geografía feminista latinoamericana, que destacan las relaciones de poder que estructuran

las experiencias de desigualdades en la vida cotidiana. Para las feministas del Sur “el énfasis en la experiencia vivida del feminismo decolonial latinoamericano es una necesidad compartida...[que evidencia] la conexión íntima entre producción del espacio y la sistemática producción del poder (Zaragocín 2016, 47). El feminismo decolonial latinoamericano (Cabnal 2010; Espinosa 2013; Segato 2011; Rodó-de-Zárate 2014; Mendoza 2014) teoriza la interseccionalidad; pero, también propone crear nuevas “epistemologías desde sus formas de pensar y formas de vida” (Zaragocín 2016, 16). Esta tarea requiere de un acercamiento a las vivencias y las prácticas de los sujetos de opresión, y significa crear teorías que permiten traducir las experiencias subjetivas en un lenguaje que se entiende por las relaciones de poder.

Desde estos debates he creado un marco teórico que desafía la noción de identidades fijas y separadas, al igual que la idea del espacio como un contenedor vacío de los procesos sociales. El enfoque espacial y la interseccionalidad destacan las relaciones de poder que estructuran las experiencias de desigualdades en la vida cotidiana. Además de señalar cómo las categorías de clase, género y raza y el espacio son co-constituidas, este marco analítico permite comprender como las diferencias sociales emergen en el espacio. ¿Cómo se constituyen las diferencias de clase en el espacio? ¿Cómo opera el espacio para producir diferencias sociales que reproducen la desigualdad social? ¿Cómo se viven los espacios de manera diferente dependiendo de la clase a la que uno *siente* que pertenece?

Thompson (1964) argumentaba que la experiencia de clase era un determinante de “clase”, igual de importante que la economía. Bourdieu (1993) hablaba de ‘la distinción de clase’ para referirse a los gustos y los estilos de vida que producen diferentes clases sociales. En este sentido, lo que constituye la categoría analítica de “clase” tendrá que tomar en cuenta mucho más que la economía. Como decía Massey (1994), no es solamente la economía que determina nuestras experiencias de clase. Con un enfoque en el espacio -o, en un lugar, podemos ver cómo las relaciones de clase se articulan de determinadas maneras, dependiendo del lugar dónde emergen. Por ejemplo, las relaciones entorno a la división sexual del trabajo se van a dar de forma diferente si nos referimos a Suecia o si hablamos del Ecuador. Por lo tanto, se puede decir que las relaciones de clase en Cumbayá son particulares porque este lugar tiene una configuración única. Y, ¿cuál es esta geografía sobre la que se configuran las particularidades de las relaciones de clase en Cumbayá?

De acuerdo a los planes de desarrollo y planificación territorial, la parroquia de Cumbayá todavía se considera una parroquia rural. De hecho, no es muy lejos de la verdad si se toma en cuenta que el valle de Tumbaco es el territorio de pobladores rurales, que producen mucha de la comida para las ciudades. Cuando miro la configuración espacial del valle de Tumbaco, en la que se inserta Cumbayá -como un nexo entre el campo (como las parroquias de Tumbaco Puembo, Pifo, Yaruquí, Tababela y Checa) y la ciudad de Quito, veo las faldas de la tierra, las quebradas, los ríos, las plazas junto a las iglesias de las parroquias, las casas de pueblo con sus cultivos, las tiendas, los comedores populares y los potreros, las tiendas de las clases altas, los bares y restaurantes, los centros comerciales, y una concentración de urbanizaciones cerradas en Cumbayá. Este modelo de vivienda- de los enclaves fortificados, en los que habitan las clases media-altas y altas (Caldeira 2000[2007]), se replica a un ritmo acelerado por todo el valle de Tumbaco, trepando las lomas del antiguo volcán Ilaló, desplazando a los campesinos y las comunas indígenas, cruzando el río San Pedro, el río Chiche, con urbanizaciones cerradas surgiendo a lo largo de la Ruta Viva y acercándose más y más al aeropuerto de Quito, que se encuentra en medio de una población rural. Empezando en los sesentas, las grandes extensiones de tierras que antes pertenecían a las haciendas del Valle de Tumbaco (todavía hay varias haciendas entre Cumbayá y el aeropuerto en Tababela), fueron lotizadas y convertidas en urbanizaciones cerradas. Hoy en día, tanto las haciendas como las quintas se siguen lotizando y transformando en urbanizaciones y conjuntos cerrados.

Muchas de las trabajadoras del servicio doméstico, empleadas en estas urbanizaciones, tienen madres y padres, abuelos y abuelas que trabajaron en las haciendas en condiciones de esclavitud y servidumbre. En este sentido, existe una continuidad colonial en el trabajo de servidumbre de generaciones, que persiste en base a la incansable explotación del campo que se ejerce por parte de las ciudades. Por que, en Tumbaco, hay varias familias que viven “cuidando” terrenos de otras personas, en cambio de alojamiento o parcelas para el cultivo o la cría de animales; esto es un fenómeno que se parece mucho a los huasipungos y el sistema de hacienda. En el servicio doméstico también podemos ver los rezagos coloniales y, además, como la continuidad de la colonialidad se articula con el capitalismo.

Esta relación entre el campo y la ciudad, se puede ver en el hecho de que las urbanizaciones cerradas (donde viven los ciudadanos) constituyen fuentes de trabajo para la población rural del valle (indígenas y campesinos). Una gran mayoría de las trabajadoras que fueron entrevistadas para este estudio, ven a las urbanizaciones cerradas como fuentes de trabajo, y

no solo para ellas, sino para sus hermanas, sus hijas, sus hijos, sus esposos. Los enclaves fortificados constituyen fuertes demandas de servicio doméstico; además, que existe “una clara asociación entre la extensión de pequeños servicios intramuros y trabajo femenino” (Svampa 2004, 52). En su gran mayoría, las personas que trabajan dentro de las urbanizaciones son las trabajadoras domésticas, pero también hay guardias (todavía no he conocido ninguna mujer que sea guardia privada de una urbanización); jardineros (la mayoría son hombres); albañiles y chóferes. En muchos casos estos trabajos son precarios, y las personas los hacen porque no tienen otras oportunidades laborales y, muchas veces, la educación de sus hijos o el acceso a una cirugía depende de la relación que tienen ellas con sus empleadores -y empleadoras, en particular (por la razón muy obvia de que se tiende a asignar a la mujer el rol de jefa de los asuntos domésticos).

Existen varias particularidades del servicio doméstico en Cumbayá: Por un lado, es común que se dan relaciones laborales de varias generaciones y donde la empleada no vive muy lejos de la casa donde trabaja (a diferencia de los estudios inter-nacionales como Ecuador y España). El camino y la trayectoria puede ser el mayor obstáculo para ir y venir entre la casa y el trabajo, o demora porque no tiene carro propio y no hay transporte público. Además, la relación laboral refleja tendencias coloniales, que, a su vez, se reflejan en el espacio. Por ejemplo, en la lotización de las haciendas y la creación de urbanizaciones cerradas; pero, también en las entrevistas con las empleadoras, en las que decían cosas como: “En mi hacienda, los hijos pegan a sus madres” o “la gente del campo es violenta, ladrona, humilde, pobre” y todo lo inferior que le resta valor como ser humano. Las características de las trabajadoras y sus orígenes estructuran la relación entre la familia empleadora y “sus trabajadores”, esto se refleja en la precariedad laboral, el hecho de que es mal pagado y subvalorado, considerado un trabajo “inferior” que solo se hace por necesidad.

Las urbanizaciones cerradas son lugares marcados por diferenciaciones sociales que operan constantemente en el espacio: en las entradas de las urbanizaciones, donde las trabajadoras y los trabajadores no suelen usar la entrada principal (incluso, desde mis observaciones de campo, he notado que entran por lo que sería la salida); desde el cuarto de servicio o la media agua del servicio; a través de los uniformes, la tecnología y la seguridad privada; y, finalmente, por los muros de las urbanizaciones y conjuntos privados. En la actualidad la forma que está tomando el espacio es de una rápida expansión de la urbanización y

desintegración del campo- que constituye otra fuente de ingreso y una forma de vida, de la que son parte muchas de las empleadas domésticas de Cumbayá.

La tesis propone un análisis ambicioso en tres niveles que describo como “micro, meso y macro” del servicio doméstico en Cumbayá. El primer capítulo de análisis es el nivel micro, esta parte se dedica a las viviendas de las empleadoras y a las experiencias de las trabajadoras en el hogar donde trabajan. Este punto de vista es significativo para un análisis de las desigualdades del servicio doméstico, porque las subjetividades tienen mucha importancia al querer saber ¿cómo viven ellas en la cotidianidad? El segundo capítulo de análisis es el nivel meso, donde observo el espacio social en donde se localizan una serie de urbanizaciones asentadas en territorios que antes habían sido espacios de vivienda de pueblos originarios y de producción agrícola. La perspectiva de este nivel meso aporta para comprender la heterogeneidad del valle de Tumbaco. Un primer acercamiento a la historia de Cumbayá y Tumbaco muestra que estas poblaciones siempre convivieron con las clases dominantes y, por tanto, se despliegan varios mecanismos de diferenciación (el trabajo en las haciendas, la agricultura, los servicios). Hace más o menos veinte años se empezaron a generar grandes cambios en el valle: tanto las élites como los sectores populares se diversificaron. A principios del siglo XXI hay una masiva expansión urbana en Cumbayá y en los últimos veinte años es el lugar donde más crecimiento ha habido en todo el Ecuador.

La expansión urbana es un efecto directo de las políticas y los ajustes estructurales neoliberales, con la dolarización en el año 2000 crecieron las clases medias altas y altas, inyectando grandes cantidades de capital, económico y social, y siempre mirando hacia los Estados Unidos como referencia. Desde hace 5 años, con la apertura de la Ruta Viva y el Nuevo Aeropuerto de Quito, no solo Cumbayá, sino todo el Valle de Tumbaco está cambiando a ritmo cada vez más acelerado. Además, en Tumbaco se refleja la crisis humanitaria que viven los refugiados venezolanos en el Ecuador, y se expande hacia Pifo y Yaruquí. Las calles del centro de Tumbaco se llenan todos los días con vendedores informales, mezclándose refugiados venezolanos y colombianos, indígenas y campesinos, migrantes internos de la costa ecuatoriana (después del terremoto en 2016 hubo una ola migratoria interna de la costa a la sierra), ecuatorianos y extranjeros (incluso hay partes de Tumbaco que se refieren como a Tumbachen- haciendo alusión a todos los suizos y alemanes que viven en la parroquia).

A la mano de estos cambios demográficos se construyen otros ensamblajes de dominación y diferenciación (lo extranjero, lo americanizado, la movilidad social de otros sectores de clase media y media-alta, los centros educativos). También los sectores populares se diversifican, de pobladores originarios pasan a ser habitados por migrantes internos, asimismo refugiados, personas de otros barrios de Quito o poblaciones de la costa ecuatoriana, que bajan a vivir en el valle. ¿Cómo se expresan ahora estas interacciones? ¿Qué ha cambiado y qué se mantiene? ¿De qué manera la interacción en un espacio y la construcción del espacio constituyen o no estas desigualdades? El último capítulo de análisis es el nivel macro, donde nos sumergimos en una discusión profunda de las formas de segregación espacial presentes en el caso del servicio doméstico en Cumbayá, significa mirar a lo largo de la historia cómo este lugar se constituye en un espacio segregado y como se van transformando las formas de segregación y dominación.

El gran aporte del espacio para el análisis de las desigualdades es que nos permite ver los pedazos que se conectan para formar experiencias específicas, y que estas tienen un lugar. Las relaciones de clase, de género y de raza se conectan y se articulan entre sí, pero no de forma predeterminada. Sino que las partes o los pedazos que estructuran las experiencias de desigualdad emergen de acuerdo al espacio-tiempo. Esto permite reconocer las especificidades de como se articulan las relaciones de poder, y de reconocer, al mismo tiempo, que son parte de procesos históricos que producen espacios que producen lo social, lo cual emerge de las relaciones de poder imbricados en un lugar.

## **Capítulo 1. Construyendo un abordaje espacial de las desigualdades en el servicio doméstico**

El servicio doméstico es un trabajo profundamente sumergido en la desigualdad social, de su seno desbordan historias y trayectos que narran experiencias marcadas por la pobreza y la violencia, la dominación y la discriminación. Cuando miramos las relaciones de poder nos acercamos a cómo se produce el espacio y los procesos sociales producidos por esta relacionalidad del espacio con lo social. Lo que nos revela, y lo que voy a demostrar en los tres siguientes capítulos analíticos, es que el espacio -por ser social-, tiene que estar imbuido en relaciones de poder. Es más, estas relaciones no son antagonísticas, sino que hay una multiplicidad de formas de vivirlas. Lo cual no significa que las experiencias son subjetivas ni etéreas, al contrario, son concretas y materiales.

En cuanto a la construcción de un abordaje de las desigualdades sociales en el servicio doméstico, lo más difícil de una investigación sociológica es quizás aceptar un enfoque en el espacio. ¿No sería mejor hablar de una investigación geográfica, en vez de sociológica? No necesariamente, si se toma en consideración que la interdisciplinaridad muchas veces tiende a enriquecer nuestro conocimiento y beneficiar a las disciplinas. Así, como lo ha sido tanto para la sociología como para la geografía, una relación de la cual nace la geografía feminista. En un curso sobre teoría y metodología, con la Dra. Susana Wappenstein (quien fue mi tutora cuando empecé la tesis y falleció repentinamente en 2019), me encontré por primera vez con los textos de Doreen Massey, una geógrafa feminista marxista inglesa brillante e inspiradora, igual que Susana. Massey argumenta que el espacio nos presenta con la pregunta política más fundamental: que es, ¿cómo vamos a vivir juntos? (2013). Además, es la dimensión de la multiplicidad que “corta a través de la miriada de historias en las que estamos todos viviendo, en un momento dado” (Massey 2013). Pensar el espacio es un ejercicio de reflexión, del cual surgen interpretaciones creativas que generan la posibilidad de abrir nuevos debates en las ciencias sociales.

En este capítulo voy a especificar la manera que me he apropiado de distintas categorías para el análisis del servicio doméstico en Cumbayá. Esta parte sirve para explicar la relación de las categorías analíticas y teóricas con el servicio doméstico, las cuales van a ser desmenuzadas y definidas en el marco teórico. El trabajo de esta tesis es entender las experiencias de desigualdad desde un marco espacial que se refiere a las subjetividades particulares de un

lugar. Cabe recalcar que la especificidad no imposibilita crear conexiones con otros lugares u otros tiempos, tampoco impide considerar las similitudes con diferentes espacio-tiempos.

Otros trabajos de campo de estudios sobre el servicio doméstico, principalmente, de Brasil, echan luces sobre las categorías que emergen de esta investigación. Por ejemplo, que las categorías como “patrona” y “empleada” son “sobrecargadas de designación femenina que también indica la distinción de los sujetos de la relación” (Kofes 2010, 99). En el Ecuador, la familia y el espacio doméstico también se organizan por la relación de los empleadores y las empleadas. Y, al igual que en Brasil, “esta relación se da en un dominio al cual se atribuye la feminidad... produce lo femenino y una idea de la feminidad” (*Ibid.*, 100). ¿Cuáles son los conflictos entorno a estas ideas de lo femenino y la feminidad y cómo operan estas distinciones en el espacio? “Lo doméstico sintetiza, para Kofes, las relaciones familiares y las relaciones de otro orden, relaciones que comparten un tiempo y espacio cotidiano (2001). Definiendo al mismo tiempo el espacio y las relaciones que ahí suceden” (Gorban 2012, 34).

El argumento es que el espacio produce lo social, entonces si bien me apropio de las categorías “patronas”, “amas de casas”, “empleadoras” y “empleadas” y “trabajadoras” para referirme a la relación dominante en el servicio doméstico, también me refiero a los “enclaves fortificados” (Caldeira 2000[2007]) para analizar las urbanizaciones privadas y hablar de la segregación no por distancia física, sino a partir de muros, tecnología y guardias privados. En otras palabras, ¿cómo viven juntos los sujetos cuyas diferencias se constituyen mutuamente, y, por ende, cuya relación se atraviesa por una relación de poder? Este capítulo se dedica a exponer los objetivos y entretener el caso de estudio, del cual saco las categorías de análisis del servicio doméstico en las urbanizaciones cerradas, donde viven las clases altas de la sociedad ecuatoriana y trabajan las mujeres “del campo.”

Si es que se puede hablar de algún *tipo* de relación entre las empleadas y las empleadoras es una relación que se atraviesa por dos ejes: “la distancia social y la proximidad física y afectiva” (Gorban 2012, 34). La distancia en la proximidad (Kofes, 2010) es un concepto que sirve muy bien para explicar la relación de las empleadas en Cumbayá: las empleadoras son de las clases altas de la sociedad quiteña que viven dentro de las urbanizaciones enmuralladas, y las empleadas vienen de los barrios populares que rodean a las urbanizaciones privadas. Los enclaves fortificados que se expanden por todo el valle de Tumbaco, especialmente, a lo largo de la Ruta Viva y subiendo por el cerro Ilaló. Las familias de las urbanizaciones proveen a las



mujeres de los barrios populares y de las comunas con un ingreso. De hecho, las urbanizaciones representan oportunidades de empleo, y una buena relación con la familia empleadora puede significar no tener que pagar arriendo o el derecho a la educación de la trabajadora o la de sus hijos. Las viviendas donde trabajan las empleadas son el nuevo modelo dominante, y se impone sobre un territorio todavía rural que pertenece a pueblos agricultores e indígenas. La expansión urbana en el Valle de Tumbaco y hacia el Aeropuerto de Quito, en este momento está completamente desenfrenado y se da sin planificación urbana, ni mucho menos, inclusión social.

### **1.1. El objetivo principal**

Desde el entendimiento de que las diferencias sociales emergen en el espacio y se materializan a través de las experiencias de los sujetos, el objetivo principal de la tesis es analizar el servicio doméstico de las urbanizaciones cerradas en Cumbayá.

Si bien varía en cada lugar, el servicio doméstico es un trabajo que en su mayoría lo hacen las mujeres y, en particular, las mujeres indígenas y afrodescendientes; es mal pagado, al mismo tiempo que es símbolo de estatus social de las clases altas (más rico más servicio doméstico); y, es fuertemente marcado por el colonialismo. De hecho, es un trabajo relegado a los estratos más bajos de las sociedades y que depende de la desigualdad, pero ¿cómo son estas relaciones entre personas que vienen de grupos sociales tan distintos y que, muchas veces, pasan todo el día juntas bajo un mismo techo?

A primera vista representa un dilema para la investigación: ¿Cómo entramos a las casas de las personas para ver la relación laboral que pueda tener una trabajadora con sus empleadores, con su entorno en su trabajo? Sería imposible quedarse 24 horas-o por lo menos, al borde de ser poco ético, si el trabajo es un hogar privado y lo íntimo es objeto de trabajo. Es más complicado aún cuando se trata de las casas de los grupos altos de la sociedad, como los que viven en las urbanizaciones cerradas con muros altos y tecnología de seguridad. Por su complicada accesibilidad (la seguridad de los ricos y la privacidad del espacio doméstico) se sabe relativamente poco con respecto a la articulación de las experiencias y vivencias subjetivas de las relaciones de clase en el servicio doméstico en Cumbayá.

Aunque sea difícil estudiar las relaciones íntimas y privadas, por suerte, el poder está en todas partes (Foucault 1976). Pero, ¿cómo se relevan las relaciones de poder en los ámbitos más privados, en las que el poder opera de manera más sutil? Las subjetividades de género, clase, raza, son producidas geográficamente y, muchas veces, las diferencias entre ellas se establecen en el espacio. ¿Qué nos dicen las experiencias? ¿Qué nos puede decir el espacio? ¿Cómo emergen las diferencias sociales en el espacio? ¿Cuáles son las diferencias sociales que emergen en la relación de las empleadoras y las empleadas?

A veces la vida cotidiana tiene características que difícilmente permiten su entrada al ojo del investigador, se puede percibir en los lugares en los que pasamos más tiempo; el hogar; las trayectorias frecuentes; los lugares de recreación y socialización, etc. En este sentido, todas estas partes que conforman la vida cotidiana podrían ser recogidas en un lugar, y que vaya narrando las experiencias de mujeres muy distintas, pero íntimamente conectadas. Los espacios físicos, como las calles o las entradas a las urbanizaciones, son la materialidad principal sobre la que se ejerce el poder. Es más, como el espacio es socialmente construido y percibido por los sujetos, implica que, lejos de ser homogéneo, es múltiple y repleto de conflictividades.

La desigualdad de clase no se limita a una experiencia entre dos clases antagonísticas: las clases altas no actúan necesariamente de manera opuesta a las clases más bajas- entonces las relaciones de clase no se pueden reducir a “los ricos” contra “los pobres” ni viceversa. Tampoco es que las relaciones de clase se reducen a una relación de dominación o a una cuestión económica, porque también los lugares que ocupamos nos están diciendo todo el tiempo cómo nos deberíamos sentir y actuar. Por ejemplo, el prestigio social de las urbanizaciones es una expresión de capital social que diferencia socialmente a las clases altas de la sociedad. Esta distinción espacial de las clases altas también emerge en el servicio doméstico- y, se articula con las relaciones de género que se imbrican con experiencias marcadas por raza.

Las relaciones de clase suelen entenderse desde la economía-política y la historia, lo cual deja por fuera a muchas personas cuyas experiencias de clase no se reflejan en el conocimiento teórico canónico. Hay muchas investigaciones sobre el servicio doméstico que demuestran que la clase se articula con género, raza, nacionalidad, edad, y un sinnúmero de diferenciaciones socialmente construidas (Chaney y García 1993; Salazar Parreñas 2001; Barragán 2006;

Viveros 2009; Segato 2010; Herrera 2013; Vega 2014). Además, las diferencias sociales que marcan las desigualdades sociales son específicas en cada lugar, porque se vinculan a ellas: emergen del espacio, son espacio-temporales y tienen su raíz en las experiencias de las personas.

## **1.2. Cumbayá como estudio de caso**

Durante los últimos veinte años en Cumbayá se atestigua un crecimiento intensivo tanto de bienes y servicios como de las urbanizaciones cerradas. La urbanización es parte de un proceso espacial en relación con las dinámicas capitalistas. Produce –a la vez que es producido por– la industrialización, y constituye el destino de casi toda la superficie terrestre posible. Las urbanizaciones cerradas forman parte de una “nueva urbanización” que se observa en todas las grandes ciudades de América Latina. Es un tipo de vivienda claramente marcada por clases medias y altas. Este tipo de espacio metropolitano, proliferó al inicio del siglo XXI en forma de mega-proyectos que planificaban la convivencia de 50,000 habitantes en Chile, Argentina y Brasil. Bajo los términos legales del *condominio*, es permitido cercar y construir muros tanto alrededor de los lotes individuales, como del lote general (Borsdorf, et.al. 2007, 366).

El concepto de enclaves fortificados de Caldeira señala que: “Los condominios cerrados, el nuevo tipo de vivienda fortificada de la elite, no son lugares en los cuales las personas caminen o por los cuales pasen. Son lugares distantes, a los que se accede sólo en automóvil y por sus residentes, unos pocos visitantes y, está claro, los empleados...” (Caldeira 2000[2007], 312). Este concepto describe una nueva forma de segregación, e indica que, a diferencia de la segregación por distancia entre estratos sociales, ahora se construyen muros y se crea un miedo al espacio público.

El miedo al espacio público hace que la mayoría de las personas que viven en Cumbayá se desplazan en sus carros y los lugares que visitan tienen guardias privados. Pero, este miedo no sólo produce espacios vigilados y privatizados, sino que reafirma el estatus social de las personas que “pertenecen” a estos lugares. Algunas de las familias empleadoras que entrevisté, tienen un ingreso de \$10,000 USD mensuales (o más) y cuentan que es común entre sus círculos sociales. Esto se confirma con los datos de INEC que dicen que en Cumbayá vive la concentración más significativa de clase alta en todo el Ecuador, y en la

gran mayoría de las urbanizaciones de Cumbayá vive el grupo socioeconómico más alto del país.

70% de la nueva población [en Cumbayá] vive en urbanizaciones exclusivas e inaccesibles: seguridad privada durante las 24 horas, cámaras de vigilancia, lectores de huellas dactilares en los accesos... son dueños de emporios, gerentes de grandes empresas, altos funcionarios públicos, deportistas afamados y extranjeros. Sus casas tienen más de 500 metros de construcción y hay quintas con jardines de hasta 3.000 metros valoradas en más de un millón de dólares... Vivir en Cumbayá para quien puede permitírselo representa un gasto de unos 5.000 dólares al mes (Constante, N/A).

El sueldo del trabajo es el principal instrumento de redistribución de riqueza, lo cual se fundamenta en “engañar a los ricos [los empleadores] para que, con su dinero, sostengan a los pobres [los empleados]” (Paulsen, 2015). En el Ecuador, las empleadas del servicio doméstico, si tienen suerte, ganan el salario básico de casi \$400 USD mensuales (El Comercio, 2017). Hay que tomar en cuenta que algunas trabajadoras ganan más y/o tienen varios trabajos, y, aun así, pocas veces logran salir de las condiciones económicas que las tienen luchando para cubrir las necesidades básicas. De las que fueron entrevistadas, 9 trabajadoras fueron afiliadas al IESS (Instituto ecuatoriano del seguro social), pero las demás 6 trabajan de manera informal y ganan un promedio de \$15 USD diarios, por una jornada que dura más o menos 8 horas. Es difícil saber cuánto ganan mensualmente, porque estas trabajadoras informales no tienen un ingreso estable, hay meses en las que reúnen \$50 USD y otros \$180 USD. “Depende de cuando me llaman para trabajar, si me llaman yo voy y trabajo. Pero, a veces, me llaman cada dos semanas, una vez al mes” (Entrevista a Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter). De las 15 trabajadoras que trabajan en Cumbayá, más de la mitad de ellas hacen trabajos ocasionales e informales en más de dos casas, incluso si tienen un trabajo fijo y formal. El máximo ingreso mensual de las trabajadoras entrevistadas para este estudio fue de \$500 USD; mientras que varias de las empleadoras vivían con un ingreso mensual de \$10,000 USD.

El sueldo se va reflejar en las viviendas y en los modos de transporte de las trabajadoras, por ejemplo, de las que fueron entrevistadas solo 3 tuvieron una vivienda propia y ninguna tenía su carro propio. El arriendo constituye una parte significativa de sus gastos mensuales y el transporte de la casa al trabajo (y viceversa) ocupa varias horas del día, no tanto por la distancia sino por los medios de transporte y la falta de accesibilidad a las viviendas de las

trabajadoras. En la mayoría de los casos, las trabajadoras caminan trayectos de varios kilómetros todos los días y viven en barrios que ellas consideran peligrosos, razón por la cual algunas deciden llevar a sus hijas con ellas al trabajo.

Estos paisajes reflejan procesos sociales en el que se puede leer los espacios para determinar ¿cómo se reproducen las relaciones de clase? La investigación debe partir desde una metodología cualitativa que da respuesta a cómo el espacio reproduce la desigualdad social. De manera tal, que una lectura subjetiva del espacio puede echar luz sobre las relaciones de poder que estructuran diferentes experiencias de la desigualdad social. Debido a que el espacio doméstico es dominado por las mujeres, me he enfocado en las relaciones de las trabajadoras con las empleadoras y cómo está relación es una inherente relación de poder, que tiene esta capacidad de aislar las experiencias y rendirlas invisibles.

### **1.3. Las empleadoras y las empleadas domésticas**

La mujer que puede pagar a otra mujer para las tareas domésticas, se coloca en un estrato socio-económico más alto que la empleada. Por no decir, que el servicio doméstico es un trabajo precario que las mujeres no escogerían si fueran presentadas con mejores oportunidades laborales. Es importante declarar que no hay una sola relación de clase entre patronas y empleadas; sino, que cada familia organiza y reproduce las diferencias que le parecen claves para mantener la distancia en la proximidad física y afectiva. Por lo tanto, el análisis del espacio doméstico nos puede decir mucho sobre cómo son concebidos o imaginados los roles de género, y cómo se articulan con clase y raza.

Los estudios más recientes sobre el servicio doméstico en América Latina señalan como este trabajo pivotea entre lo servil y lo laboral, y contribuye a la invisibilización de las desigualdades sociales (Gorban 2012). La desvalorización del trabajo doméstico se refuerza por los orígenes sociales de las trabajadoras (León 2013), ya que la mayoría de ellas son indígenas, afro, rurales- las cuales representan características que estructuran la relación entre las trabajadoras y las empleadoras. Además, estos estudios demuestran cómo esta relación es atravesada por la ambigüedad: “Diversos trabajos han señalado cómo entre empleadas y empleadoras se establecen vínculos ambiguos, donde a veces lo afectivo se superpone con la relación laboral, influyendo fundamentalmente en las condiciones de trabajo de las empleadas (Gogna 1993; Filet-Abreu de Souza 1980; Brites 2001, 2007, en Gorban 2012, 33).

Un buen trato es un elemento decisivo para las trabajadoras del hogar, para saber si se quedan o buscan otro hogar donde trabajar. Al mismo tiempo, la ambigüedad afectiva que marca la relación entre las empleadas y las empleadoras, no solo permite mantener la jerarquía de las diferencias sociales, sino que refuerza los sistemas que reproducen las desigualdades (Brites 2007) y que hacen posible el servicio doméstico. En una conversa con una trabajadora, me decía: “Siempre hay una diferencia, nos podemos llevar muy bien, entre nosotras nos respetamos, bien... pero, siempre va haber una diferencia, y es que usted es rico y yo soy pobre” (Entrevista con Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter). Siempre hay una diferencia, pero esta se produce en el día a día, en la cotidianidad, por medio de los espacios y objetos que demarcan una distinción entre ellas.

En concordancia con Gorban, “Los límites que se negocian constantemente entre empleadoras y empleadas refieren a los repertorios de demarcación movilizados por ambas, dando cuenta de la manera en la que se identifican y distancian unas con otras en un juego de interacciones en el que las relaciones entre mujeres se configuran desde la desigualdad social” (2012, 35). Siguiendo esta línea de análisis, existen repertorios de demarcación que cumplen la función de distinguir, por medio de límites, entre las trabajadoras y la familia empleadora. Estos son “los conjuntos de prácticas que las empleadoras ponen en acto en su relación con las trabajadoras que contratan... estos repertorios son los que permiten sostener la diferencia y la distancia social en un contexto en el que lo íntimo es objeto de trabajo” (Gorban 2012, 35).

Por ejemplo, “el cuarto de empleada” es un mecanismo para diferenciar y marcar la distancia entre la trabajadora y el resto de la familia. El cuarto suele estar ubicado al lado de la cocina o la lavandería, es la vivienda (la sala, el dormitorio y el baño) del servicio doméstico, se caracteriza por su tamaño pequeño en relación a otros cuartos y construido con un presupuesto mucho menor que el resto de la casa. El concepto de *Hudud* de Brites (2007) es muy interesante para analizar el cuarto de empleada, porque permite entender lo que son las “fronteras intransponibles”. Es el modo en que las empleadas ocupan los espacios en las casas de los empleadores, y como los/as hijos/as aprenden “a través de sus rutinas cotidianas, a naturalizar la desigualdad, conciliando relaciones cargadas de afecto, y con, aparentemente, inevitable distancia social” (Brites 2007, 107).

La desigualdad inscrita en la relación de las empleadas y las empleadoras emerge de una relación de poder, lo cual significa que las categorías también se disputen y se invierten. Es

más, como dice Kofes “hay todo un juego pragmático” entre las trabajadoras y las familias empleadoras del servicio doméstico (2010, 100). En el caso de las trabajadoras que entrevisté varias de ellas dependían de las empleadoras no solo para un ingreso económico, sino para otros contactos laborales, una afiliación al seguro, la pensión del colegio o de la universidad de sus hijas/os. Varios estudios sobre el servicio doméstico demuestran como:

Al describir la relación en términos afectivos y familiares, lo que se hace es disfrazar, desconocer la relación laboral. Sin negar el afecto que puede existir entre ambas, lo que se busca señalar es de qué manera esa forma de caracterizar el vínculo opera en la interacción e invisibilización del trabajo existente, y a su vez cómo contribuye a moldear esta particular relación laboral, que no puede comprenderse si no es en esa ambigüedad afectiva (Gorban 2012, 39).

Aparte de la ambigüedad afectiva de la relación entre las empleadoras y las empleadas, hay un sentimiento que se destaca con nitidez: la superioridad moral e intelectual de las empleadoras. Aunque se expresan de maneras distintas, hay lo que se refiere como a la polución moral de empleadas (Brites 2007, 100) y la polución intelectual de los hijos de las empleadoras. Incluso sucede lo contrario, donde la empleada se queja de lo “malcriados” que son los hijos donde trabaja, y a quiénes ella no les puede decir nada. La superioridad de la empleadora también se expresa en el hecho de que una empleadora siempre es “señora” o “doña”, incluso “patrona”. A las trabajadoras no se les dice trabajadoras, ni “empleada”, sino por su nombre o en algunos casos se les dice simplemente “María”, o en casos donde hay cariño, la trabajadora puede tener algún apodo.

¿Quiénes son estas mujeres trabajadoras que nunca se enriquecen y que se dedican a sostener la vida de las clases altas? El servicio doméstico en el Ecuador refleja las condiciones en otros países de América Latina, en las que “en el caso de las trabajadoras, son mujeres de escasos ingresos y nivel educativo bajo, muchas con hijos a su cargo y en situaciones de vulnerabilidad respecto de sus cónyuges, ya que muchas han atravesado alguna situación de violencia doméstica y abusos” (Gorban 2012, 31). El servicio doméstico es un tema que debe ser analizado desde una perspectiva interseccional, porque las desigualdades que permean este campo son casi infinitas. Para la mayoría de estas mujeres trabajadoras es prácticamente imposible trabajar en otra cosa que no sea el servicio doméstico.

#### **1.4. Justificación**

El argumento de este estudio es que el espacio, el lugar donde emergen las diferencias sociales, es importante porque (re)produce las jerarquías y los sistemas de dominación. Además, las diferencias sociales tienen un lugar y son parte de una geografía. En Cumbayá, el orden social y las experiencias de desigualdad no son muy distintas de otros países latinoamericanos, pero tienen su particularidad. De manera tal, que lo que representa la empleada o la mujer es secundario, frente a cómo se construye en el día a día en un lugar determinado. La trabajadora es una “mujer que representa lo ajeno, lo distante, lo distinto, lo peligroso y amenazante, en ese sentido se nombra como ‘mal’. Y, esa caracterización se asienta principalmente en su pertenencia a las clases populares, a los ‘pobres’, grupo social que suscita los más variados prejuicios entre los empleadores” (Gorban 2012, 37). Hubo momentos, en las entrevistas con las empleadoras, que me sentía sepultada en un siglo atrás, por ejemplo, cuando escuchaba “en mi hacienda...” seguido por estereotipos sobre “los pobres” que emergen desde una historia todavía colonial.

La disputa entorno a las diferencias sociales, en la relación de la empleada y la empleadora, es una lucha por el territorio que es el cuerpo que ponen las trabajadoras en el cuidado de la vida. El servicio doméstico es un problema social que se reproduce principalmente en las esferas privadas, pero las desigualdades que marcan la cotidianidad de las trabajadoras se producen desde niveles espaciales más grandes. En este sentido, vale la pena incluir un análisis de las trayectorias de sus experiencias desde un punto de vista micro, meso y macro. La desigualdad que marca las experiencias es subjetiva al mismo tiempo que es estructural, como es la violencia doméstica y la falta de oportunidades educativas y laborales.

Uno de los principales medios de subsistencia entre las clases populares en el Valle de Tumbaco, es la siembra de sus propios alimentos y la crianza de animales para comer y vender. Con la expansión de la urbanización desaparece el medio de supervivencia más significativo de una gran parte de la población. Una vez que el territorio se vuelve ciudad, hay que generar dinero para sobrevivir, porque cada año hay menos espacio para pastorear el ganado y los vecinos no permiten animales en el barrio. Los espacios se van cerrando y esto genera más distancia, no sólo entre las clases sociales, sino también entre las personas y la tierra en la que viven. Ninguna de las trabajadoras que entrevisté era propietaria de su vivienda, pero se identificaban como ‘del campo’ y sus madres, padres y abuelos viven en zonas rurales. Es más, en las entrevistas con las hijas de las trabajadoras, me comentaban



como no podían entenderse a solas con sus abuelos y abuelas, ya que sus madres no les enseñaron quichua desde pequeñas (en parte porque ellas también han olvidado) y los ancianos no hablan español.

El estudio del servicio doméstico en Cumbayá comprende un análisis de las desigualdades que tienen sus raíces en la colonización y sostienen al capitalismo moderno, por medio de la reproducción de la jerarquía social dominante. ¿Cómo emergen las diferencias sociales en los distintos niveles espaciales, en la vivienda, la urbanización y en la ciudad?

### **1.5. Objetivos específicos**

- Trazar los ámbitos y las dimensiones espaciales en que viven, trabajan, visitan y transitan, las patronas y las empleadas domésticas.
- Identificar las percepciones sobre el espacio para analizar la subjetividad que lo produce y vice versa.
- Analizar las prácticas del servicio doméstico en *los enclaves fortificados* (Caldeira 2000[2007]).
- Descubrir el juego de interacción entre las empleadas y empleadoras.

## Capítulo 2. La interseccionalidad y la relacionalidad del espacio (marco teórico)

*En vez de pensar en el espacio como una superficie plana, es más como un alfilerero de millones de historias.*  
-Doreen Massey.

El espacio no es sólo una especie de éter que atravesamos o un mero contenedor de procesos sociales. Massey (2001) pone énfasis en el interés sobre desmitificar la noción de que el espacio se opone al tiempo. Es decir que se suele considerar al tiempo el lugar en el que se dan los cambios sociales e históricos, mientras que el espacio se considera monolítico y estable. El problema no es *cerrar o delimitar* espacios particulares para el análisis, siempre y cuando se consideren como productos “de un encrustamiento [*embeddedness*] mucho más amplio” (Massey 2001, 260). “Si el espacio-tiempo es relacional, entonces, la ‘naturaleza’ del fenómeno mismo es un producto de localidad espacio-temporal (es decir: su posición dentro de las articulaciones de las interrelaciones); y también donde la articulación de las interrelaciones ‘producen’ el espacio” (Massey 2001, 259).

En este sentido, como decía LeFebvre (1974), el espacio no es un contenedor que se llena, sino que se crea activamente y modela las relaciones sociales. Entonces, ¿cómo se percibe o se concibe el espacio por la vida social cotidiana? En nuestro caso, no sería justo hacer esta pregunta sin también preguntar cómo lo perciben las trabajadoras del servicio doméstico. Ellas pasan mucho tiempo de sus vidas en los hogares donde trabajan y en la arquitectura de las casas se suele destinar un cuarto o una mediagua en una esquina del terreno, para las trabajadoras- y, a veces trabajadores, del servicio doméstico.

Desde la época de los españoles hasta el presente, la servidumbre es un trabajo asumido por las poblaciones pobres que en su mayoría son indígenas y afro-ecuatorianos. Al inicio de la colonia española, las áreas alrededor de Quito fueron asignadas a los colonizadores. Éstas eran las encomiendas- grandes extensiones de tierra que luego se transformaron en las haciendas de las elites quiteñas. En ellas trabajaron varias generaciones de indígenas y afro-ecuatorianas en condición de esclavos para los obrajes y las haciendas en el Valle de Tumbaco. Durante el siglo XVIII la tierra se concentró en las manos de españoles, criollos y mestizos. La sistemática expropiación de tierra y el desalojo de los indígenas de sus comunidades, fue una estrategia para asegurar la oferta de fuerza laboral para las haciendas.

Los huasipungos eran parcelas de tierra donde vivían los indígenas mientras laboraban en condiciones de esclavitud en las haciendas. Las mujeres hacían el trabajo de campo al igual que los hombres, pero también trabajaban como *huasicamas* en la casa de los dueños de la hacienda.

A través de estudiar las particularidades de las relaciones socio-espaciales, Massey (1984) problematiza los análisis enfocados en las tendencias generales de la acumulación capitalista. Su planteamiento de las divisiones espaciales del trabajo, demuestra cómo las relaciones de producción se organizan espacialmente dependiendo del lugar. El espacio y las diferencias regionales, según Massey (1984) son productos de relaciones sociales que crean nuevas divisiones espaciales del trabajo. Por ejemplo, las industrias textiles son nuevas divisiones espaciales de trabajo que utilizan las diferencias regionales para maximizar sus ganancias. Entonces, “la variación que existe en los tipos de trabajos es indicativo de la geografía de las relaciones sociales de la economía” (Massey 1984, 3).

En Cumbayá hay un alto porcentaje de profesionales, gerentes y directores, al mismo tiempo que existe un alto porcentaje de trabajadoras y trabajadores del servicio doméstico. Aunque sería difícil cuantificar la ganancia que obtiene un empleador o una empleadora al pagar un sueldo mínimo por una gran carga de trabajo, que es monótono y subvalorado. Varios estudios sobre el cuidado (Chaney y García 1993; Barragán 2006; Christiansen 2005) demuestran cómo “la dominación étnica y de clase en la colonia, más tarde a cargo de las élites nacionales, confluye con la discriminación de la población indígena y afrodescendiente en el servicio doméstico” (Vega 2014, 16).

El servicio doméstico tiene varios ejes bajo los que han sido analizadas las desigualdades que lo atraviesan. En el Ecuador, se ha estudiado la subvaloración del trabajo doméstico (tanto remunerado como no-remunerado) con un enfoque en la desigualdad entre los hombres y las mujeres (INEC 2010; Utreras 2010). También se ha señalado la problemática de la falta de organización política de los y las trabajadores domésticos, principalmente, desde el INEC y organismos internacionales como CARE (2014 y 2018) y el Fondo de Cooperación de Desarrollo- Solidaridad Socialista (FOS) de Bélgica (2009). Otro eje ha sido la inmigración y la flexibilización laboral que señala la profundización de la desigualdad social al nivel global (Herrera 2005; Moya 2015; Vega 2009; Wagner 2008). Además de los ejes expuestos arriba, se han elaborado algunos estudios sobre el trabajo doméstico infantil (INEC 2012; Vera 2017)

y las relaciones desiguales de las trabajadoras y los empleadores (Masi de Casanova 2013; Vera Vega 2017).

Una investigación que analiza el servicio doméstico no puede ignorar como este campo se mezcla con el trabajo infantil. Además, la división sexual del trabajo se basa en una desigualdad estructural, que se articula con infinitas categorías sociales y que tienen una configuración geográfica e histórica específica. En nuestro caso, es pertinente señalar que los estudios históricos sobre el servicio doméstico en América Latina señalan lo siguiente:

La exclusión que se hizo de las mujeres del mundo económico y sus recursos por medio del control patriarcal, lo que motivó a que el servicio doméstico fuera la única alternativa laboral que tenían; esta opción, no era solamente acogida por parte de las mujeres indígenas y esclavos manumisos, sino también por mestizos, hijos ilegítimos, y otros miembros con parentesco ritual de una estructura familiar; el advenimiento del liberalismo, cambió la situación de algunas mujeres, pero no desapareció al empleo doméstico como un sector laboral, el cual absorbía gran cantidad de mano de obra femenina, tanto de migrantes nativas como de migrantes limítrofes. Asimismo, estas investigaciones hicieron un primer acercamiento a estudios sobre la relación entre empleadora y trabajadora del hogar; sobre la articulación entre este empleo y otros factores de índole cultural, de género y de clase social; de la falta de regulación que los estados tenían en cuanto al salario; entre otros.

Rachel Salazar Parreñas (2001) insiste en que la división sexual del trabajo es una relación de desigualdad estructural, basada en raza, género, y ciudadanía (basada en la nación). Sus estudios sobre la migración y como es un fenómeno generizado, se enfocan en “¿Qué significa cuando el trabajo reproductivo es mayoritariamente hecho por mujeres más que por hombres? O cuando, ¿una mujer blanca de clase alta se ‘libera’ del trabajo reproductivo a través de contratar los servicios de bajo sueldo de mujeres de color?” (Salazar Parreñas 2001, 27). Para saber lo que significan estas experiencias marcadas por desigualdades específicas es necesario que primero reconozcamos que este tipo de trabajo es invisibilizado tanto al nivel de la sociedad, como en las ciencias sociales.

Dado que existen altos niveles de trabajo doméstico no declarado resulta complejo reunir datos precisos sobre cuántas trabajadoras domésticas hay en el Ecuador. Además, en el caso del servicio doméstico suele haber “una subestimación de las empleadas domésticas por días y de las de oficio en las estadísticas oficiales” (García Castro 1993, 113). Aun así, está claro que las mujeres son sobre-representadas y, en particular, las indígenas y las afro-descendientes. En ciudades como Rio de Janeiro, 40% de las mujeres negras trabajan como

empleadas domésticas (Bello y Rangel 2002). Este dato es escalofriante cuando vemos que, aproximadamente, la mitad de la población afro-descendiente de toda América Latina está en Brasil. Es decir, que estamos hablando de un lugar con prominencia afro-descendiente, pero, donde casi la mitad de las mujeres de este grupo trabajan como empleadas domésticas (Valenzuela y Mora 2009). En Chile, en 2002, la proporción de las mujeres mapuches en el servicio doméstico alcanzó 28% de la población económicamente activa femenina de la misma etnia (Bello y Rangel 2002). “En Brasil, Colombia y Ecuador, el 20% de todas las niñas entre 10 y 14 años de edad trabajan como empleadas domésticas y en las zonas rurales el porcentaje es incluso más elevado. En Venezuela, el 60% de todas las niñas que trabajan de 10 a 14 años lo hacen en el servicio doméstico; en Lima, 110 000 niños son trabajadores domésticos: 98% son niñas, de las cuales 69% son negras” (Rogers 2009, 86). En América Latina, miles de mujeres y niñas indígenas y negras representan una fuente de mano de obra barata cuya explotación se justifica a través del racismo y el sexismo.

Salazar Parreñas hace un análisis interesante de las migrantes filipinas, porque parte de que una lectura estrictamente económica de la migración no da cuenta de la racialización y generización del trabajo de reproducción a nivel global (Salazar Parreñas 2001, 33). Las mujeres filipinas que emigran para trabajar en otros países considerados desarrollados, no son de la clase más baja en Las Filipinas. Son de una clase económica que además de lograr pagar por sus viajes, suelen contratar una empleada que cuide de sus hijos que se quedan atrás. También la mayoría de las mujeres consideran su migración como una forma de escapar de roles de género opresivos y discriminatorios.

En otro trabajo de campo, en Colombia, la investigadora León demuestra como las trabajadoras no solo venden su servicio, sino que de manera muy particular al servicio doméstico, también venden su tiempo:

El servicio doméstico, en especial para la trabajadora interna, representa la máxima expropiación del tiempo. Se vende su disponibilidad de tiempo, sacrificando su vida personal y privada. En general, es una reclusión dentro de las cuatro paredes que forman el hogar, y el trabajo es aislado de otras trabajadoras del gremio y del resto de la fuerza laboral. Este aislamiento no es sólo laboral, sino que va acompañado de soledad y de carencias afectivas y emocionales. La vida sexual es restringida y dificulta separar la reproducción del placer. Su reclusión las expone al maltrato físico, a la violencia y al acoso sexual, así como a inestabilidad en las relaciones de pareja. La disponibilidad de la persona, junto con la elasticidad de las tareas, es herencia del rol femenino e incluye elementos de sacrificio y abnegación (León 2013, 200).

Liberarse del trabajo doméstico es significativo para las empleadoras porque permite más tiempo para otras cosas; y, para las trabajadoras, encargarse de dos casas -la del trabajo y la propia- ocupa muchísimo tiempo.

Aportes muy significativos sobre las relaciones laborales que se gestan en el servicio doméstico, son las alcanzadas por Hondagneu-Sotelo (2001). Por un lado, analiza los mecanismos de control que operan las empleadoras sobre sus trabajadoras y las maneras en que estas últimas, se resisten o negocian este control. De otra parte, la categorización que hace sobre las empleadoras: de tipo “maternalismo”<sup>1</sup> y “personalismo”,<sup>2</sup> conceptos a través de los cuales la autora explica comportamientos de deferencia, de jerarquía y desigualdad de las empleadoras o de empoderamiento que puedan surgir de la trabajadora. Sostiene que las relaciones personales cercanas con las empleadoras, hacen posible a algunas trabajadoras domésticas asalariadas obtener términos favorables en su trabajo (Ibid.). Un primer acercamiento sobre este tipo de estudios, se los puede observar con Mónica Gogna (1993) para el caso de Buenos Aires y Mary García Castro (1993) en el de Bogotá.

Debido a su carácter privado, el servicio doméstico tiene diferentes tonos dependiendo de la configuración de cada hogar. Pero, como trabajo en sí, está marcado de manera clara por racismo, sexismo, heterosexismo y más que todo por clasismo. El espacio nos puede ayudar a entender cómo se reproducen estas relaciones sociales en el servicio doméstico-que están firmemente atravesados por la desigualdad. En América Latina, la principal demanda del servicio doméstico se basa en el nivel de ingreso disponible de los hogares urbanos (medio-alto y alto), mientras que las mujeres que trabajan como empleadas domésticas generalmente provienen de los estratos más bajos de la jerarquía social (Valenzuela y Mora 2009; Chaney y García Castro 1993). Esto no excluye que las trabajadoras del servicio doméstico tengan a otras mujeres o niñas trabajando por ellas (muchas veces a sus propias hijas, con o sin pago). Aun así, el servicio doméstico se caracteriza por mano de obra barata y la mayor demanda proviene de los estratos sociales más altos.

---

<sup>1</sup> “Es una posición unilateral de la empleadora como benefactora que recibe gratitud personal, de reconocimiento y de validación de la empleada doméstica” (Hondagneu-Sotelo 2001, 172).

<sup>2</sup> “Es una relación bilateral que involucra a dos individuos que se reconocen, cada uno, solo en términos de los roles u oficios que desempeñan; sino, sobre todo, como personas encasilladas en una única clase de relación, con aspiraciones particulares” (Ibid.).

Estudiar el servicio doméstico requiere una metodología que reconoce que las desigualdades son complejas configuraciones de articulaciones entre categorías sociales que forman parte de procesos históricos y que tienen un lugar.

El enfoque espacial y la interseccionalidad destacan las relaciones de poder que estructuran las experiencias de desigualdades en la vida cotidiana. Además de señalar cómo las categorías de clase, género y raza y el espacio son co-constituidas, este marco analítico desafía la noción de identidades fijas y separadas, al igual que la idea del espacio como un contenedor vacío de los procesos sociales. ¿Cómo se articulan las desigualdades de clase, de género, de raza, entre otras? ¿Y, cómo se entiende cada categoría? Este capítulo es el marco conceptual que permite presentar cada categoría y definirla de acuerdo a sus relaciones con las demás. Es indiscutible que el servicio doméstico implica desigualdad de clase, pero las relaciones entre clases sociales diferentes no siempre son antagónicas. Además, si bien el trabajo doméstico es muy marcado por la desigualdad de género, esta desigualdad se expresa de manera muy diferente si se trata de una trabajadora, que si se trata de una empleadora. Bajo la retórica de que “es parte de la familia”, la dominación y la explotación del trabajo se encubren y toman formas diferentes dependiendo de si se trata de trabajadoras adultas o de niñas.

En este capítulo se trata de presentar un marco teórico para captar “el movimiento incesante entre posiciones diferentes del sujeto que experimentan los individuos y cómo las formas que ‘somos lo que somos’ emergen en las interacciones dentro de contextos espaciales y específicos momentos biográficos” (Valentine 2007, 18). Es decir que somos muchas cosas y cómo nos sentimos depende del lugar dónde estamos. La estructura del capítulo está organizada de la siguiente manera: En primer lugar una exploración de las categorías analíticas de clase, género y raza y del modo en que se entrecruzan. El propósito es evidenciar que cuando se refiere a una categoría específica, es necesario considerar cómo es constitutiva de otras, lo cual va definir diferentes y específicas experiencias de desigualdad.

En la segunda parte se incorpora el espacio para problematizar la idea de identidades y lugares fijos. Para las feministas del Sur “el énfasis en la experiencia vivida del feminismo decolonial latinoamericano es una necesidad compartida...[que evidencia] la conexión íntima entre producción del espacio y la sistemática producción del poder (Zaragocín 2016, 47). El feminismo decolonial latinoamericano (Cabnal 2010; Espinosa 2013) teoriza la interseccionalidad; pero, también propone crear nuevas “epistemologías desde sus formas de

pensar y formas de vida” (Zaragocín 2016, 16). Esta tarea requiere de un acercamiento a las vivencias y las prácticas de los sujetos de opresión, y significa crear teorías que permiten traducir las experiencias subjetivas en un lenguaje que se entiende por las relaciones de poder.

Con este capítulo, aspiro a crear un lente teórico basado en el espacio, para analizar las desigualdades en el servicio doméstico de las clases altas en Cumbayá. Las diferentes categorías analíticas expuestas a continuación atraviesan el contexto y sirven para trazar las relaciones de poder que tejen las desigualdades: la clase es problematizada por género, que es problematizado por raza. La multiplicidad y el movimiento en y a través de estas categorías se despliegan al abrirlas al análisis del espacio. Si bien el orden de exposición de las categorías analíticas es presentar primero la categoría clase y luego complejizarla con género y raza, no representa una interpretación de las categorías como conjuntos separados de diferencias sociales que se van agregando. El propósito es abrir y desmenuzar cada una de las categorías para explicar cómo se enclavan entre sí.

## **2.1. Una exposición de las categorías de clase, género y raza**

De cada cuerpo brotan múltiples identidades que se articulan entre sí para crear experiencias particulares e interconectadas. Aparte de que tenemos varias identidades, las vivimos de maneras específicas en diferentes lugares. Incluso los posicionamientos de clase, género y raza, se construyen para formar experiencias específicas que emergen en contextos espaciales. La clase, el género y la raza, suelen ser tratados de manera separada, pero estas categorías surgen en un cruce de múltiples grupos y lugares (Nightingale 2011). El análisis del espacio revela esta multiplicidad y permite explicar cómo las diferencias sociales se circunscriben en él. El espacio no solo produce lo social sino que nos sentimos diferente dependiendo del lugar en el que nos encontramos.

Si bien las categorías son configuraciones específicas que tienen un lugar, el análisis desde las dinámicas relacionales de clase, género y raza, se refiere a la desigualdad social desde la experiencia como un proceso parte de una *matriz de dominación* (Hill Collins 1990). De acuerdo a Hill Collins (1990), la dominación es una estructura, a la que la interseccionalidad debe servir como una herramienta para entender la violencia y la desigualdad social con la que nos enfrentamos en la cotidianidad. La dominación es una matriz general y aunque haya



formas diferentes de opresión, las dimensiones se dan bajo una sola estructura: la de la dominación.

Los análisis interseccionales ponen de manifiesto dos asuntos: en primer lugar, la multiplicidad de experiencias de sexismo vividas por distintas mujeres, y en segundo lugar, la existencia de posiciones sociales que no padecen ni la marginación ni la discriminación, porque encarnan la norma misma, como la masculinidad, la heteronormatividad o la blanquitud (Viveros Vigoya 2016, 8).

En nuestro caso, en el análisis sobre el servicio doméstico, la primera categoría a ser desmenuzada es "clase". Primero, se aborda la categoría analítica de clase desde Thompson (1964), porque pone énfasis en las experiencias en la cotidianidad para analizar la clase como un proceso social en formación. Este acercamiento es profundizado con la perspectiva de Bourdieu (1993), que se refiere a las prácticas en el espacio social. Ambos autores problematizan la noción de clase como una cosa dada y fija.

Con la categoría género, el feminismo ha planteado el mayor reto a la unicidad de clase como una categoría analítica. Por lo tanto, una perspectiva desde género amplía la primera categoría e inserta una reflexión más compleja de las relaciones de poder que estructuran las desigualdades sociales. Finalmente, se demuestra que ni clase, ni género pueden ser pensados aparte de la categoría analítica raza. Con esta última categoría se abre un campo de reflexión - no sólo de cada una de las tres principales categorías expuestas en esta parte del capítulo - pero, también sobre cómo se constituyen mutuamente.

Es importante hablar de la colonialidad y de la modernización (Quijano, 2000; Lugones, 2008; Mendoza, 2014; Segato, 2011). Precisamente porqué es ahí dónde surgen las ideologías de raza, de género y de clase que constituyen las categorías dominantes de clasificación social colonial. Estas se traducen en el racismo y el sexismo con la función de legitimar una sociedad de clases.

Quijano hace referencia a la etnicidad explicando que “sirvió no sólo como una categorización impuesta desde arriba, sino como una reforzada desde abajo. Las familias socializaron a sus hijos en las formas culturales asociadas con las identidades étnicas” (Quijano, 1992: 585). El racismo es anterior a la noción de razas, e implícito en el término etnicidad, pero “el racismo hecho y derecho, teorizado y explícito, fue en gran medida una creación del siglo XIX, como una manera de apuntalar culturalmente una jerarquía económica

cuyas garantías políticas se estaban debilitando en la era de la ‘soberanía popular’ después de 1798” (*Ibid.*)

La matriz del sistema capitalista tiene sus raíces en la modernidad, y tiene como elemento esencial la americanidad. La americanidad es un concepto conformado por categorías de diferentes etnicidades que constituyen la forma en cómo se divide “hoy en día a América y el mundo (americanos nativos o “indios”, “negros”, “blancos” o “criollos”/europeos, “mestizos” y otro nombre otorgado a las supuestas categorías “mixtas”), [y] eran inexistentes antes de moderno sistema mundial” (Quijano y Wallerstein, 1992: 584). Además de las categorías de etnicidades y “razas” existen otros elementos fundamentales vinculados al concepto de americanidad. Por ejemplo, la noción de “lo nuevo” y “más moderno” como algo superior a “lo tradicional” o a “las maneras anticuadas de hacer las cosas” (Quijano y Wallerstein, 1992: 586). A la mano de este, como dicen Quijano y Wallerstein (1992), “tremendo escudo ideológico del moderno sistema mundial” están las negociaciones y pactos que organizan la división del trabajo, tanto en el sentido sexual como racial, y al nivel global.

“Ese enyesamiento en posiciones de identidad es también una de las características de la racialización, instalada por el proceso colonial moderno, que empuja a los sujetos a posiciones fijas dentro del canon binario aquí constituido por los términos blanco – no-blanco (sobre la co-emergencia de la colonia, la modernidad y el capitalismo con las categorías ‘Europa’, ‘América’, ‘raza’, ‘Indio’, ‘Blanco’, ‘Negro’.” (Segato, 2011: 23).

La desigualdad social está marcada por un patrón de poder, pero las experiencias de los sujetos se articulan de manera muy particular dependiendo de las intersecciones entre género, raza y clase (entre otros como la discapacidad, la edad etc.). La interseccionalidad es un acercamiento sensible a la dominación, es decir que implica conocer como la opresión funciona de manera distinta dependiendo de quién y dónde y cómo se insertan en el orden social jerárquico dominante. Pero, a pesar de que clase es una construcción particular en formación constante, que se articula con otras categorías, hay diversas maneras de entender a esta categoría analítica.

### **2.1.1. La clase como categoría analítica**

Las relaciones de clase suelen ser explicadas desde la producción y la acumulación capitalista, pero lo que expone Thompson (1964) es que la formación de clase no es una pura reacción frente a un sistema económico desigual. Es decir, que las relaciones de poder que estructuran

las desigualdades sociales no son estáticas, actúan en ellas agentes sociales que usan sus experiencias como base para la interpretación.

Las relaciones de clase, con respecto al capital y el modo de producción, “adoptan constantemente nuevas formas, ofreciendo una historia” (Thompson 1964, 14). Por lo tanto, es preciso hablar de la “formación de clase, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. Los obreros ingleses del siglo XX usaron sus valores y costumbres para “intervenir activamente para intentar alterar su condición económica” (Skocpol 1994, 220). La clase obrera no surgió como el sol, en un momento determinado. Estuvo presente en su propia formación” (Thompson 1964, 16). Entonces, es a través de un trabajo de construcción propio que grupos de diferentes clases se convierten en agentes activos de cambio social (Thompson 1964; en, Bourdieu 1994, 15).

La formación de clase se define por ser una relación social y no como una cosa determinada (Thompson 1964, 29). Toda vez que se intenta atrapar la clase dentro de una categoría o estructura, revela su carácter cambiante y fluido de tal manera que ésta elude el análisis.

Ni el entramado sociológico mejor engrazado puede darnos una muestra pura de clase... La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes- heredadas o compartidas- sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos- y habitualmente opuestos- a los suyos (Thompson 1964, 27-28).

La experiencia social es una parte fundamental para entender cómo Thompson aborda su análisis de la formación de clase. “Su énfasis en la ‘experiencia’ como mediadora entre ‘el ser social’ (las relaciones determinantes de mujeres y hombres en su vida material) y ‘la conciencia social’ (la auto-conciencia de estas relaciones)” (Skocpol 1994, 219), introduce a la agencia y la cultura del ser humano como punto esencial del concepto de clase. De esta manera Thompson se aleja de Marx, al constatar que clase y la conciencia de clase no son meras reacciones frente a una estructura económica desigual y determinada (Skocpol 1994, 219).

Eric Olin Wright (2009) sugiere que un análisis completo de la formación de clase debería incluir tres formas de análisis de las clases sociales, cada una producida por una vertiente diferente del campo de la sociología:

El primero identifica las clases con los atributos y las condiciones de vida materiales de los individuos. El segundo, se centra en los modos en que las posiciones sociales permiten a determinadas personas controlar los recursos económicos mientras excluyen a otras, definiendo las clases respecto a los procesos de ‘apropiación de oportunidades’. El tercer planteamiento entiende que las clases se hallan estructuradas por mecanismos de dominación y explotación en los cuales las posiciones económicas conceden a algunas personas poder sobre las vidas y las actividades de otras. El primero es el planteamiento adoptado por la investigación sobre la estratificación, el segundo responde a la perspectiva weberiana y el tercero se halla asociado con la tradición marxista (Wright 2009, 99).

Desde este conjunto de diversos ángulos, el análisis de la formación de clase se realiza en varios niveles, tanto desde los procesos de clase como desde las vidas de los individuos. Con el fin de complejizar nuestra comprensión de las desigualdades sociales, este modelo analítico hace una distinción entre la explotación y la dominación, a la vez que establece una conexión entre los dos. Wright define la dominación como la capacidad de control sobre otros, mientras que la explotación es “la adquisición de beneficios económicos del trabajo de aquellos que son dominados” (2009, 104). Significa “reconocer la importancia de una estructura de posiciones sociales distinta de las personas que las ocupan, lo cual es en gran medida extraño a la investigación de la estratificación” (Wright 2009, 107).

Pensar la clase en términos de posiciones sociales que se definen por “las prácticas y los bienes que posee [y] que se distribuyen dentro de un espacio social” (Bourdieu 1982, 7), permite organizar “las prácticas y representaciones de los agentes, a la vez que crea la posibilidad de construir clases teóricas” (Bourdieu 1994, 10). Bourdieu argumenta que la clase no existe sino como un espacio social complejo, en el que “el espacio de las posiciones sociales se traducen a un espacio de toma de posiciones, a través de la mediación del espacio de disposiciones [el habitus]” (Bourdieu 1982, 7).

A cada clase de posiciones corresponde una clase de habitus o gustos producidos por el condicionamiento social; lo cual, se asocia con la condición correspondiente y que a través de la mediación del habitus y sus capacidades generativas, produce un juego sistemático de bienes y propiedades, los cuales son unificados por una afinidad de estilo (Bourdieu 1982, 7-8).

La clase ‘real’, si es que ‘realmente’ ha existido, no es nada más que la clase realizada, es decir, la clase movilizadora, como resultado de la lucha de clasificaciones, que es propiamente una lucha simbólica (y política) para imponer una visión del mundo social, o, mejor, una manera de construir el mundo, desde la percepción y en realidad, y de construir clases de acuerdo con los cuales este mundo social puede ser dividido (Bourdieu 1994, 11).

Entonces, la categoría de clase puede ser utilizada para explicar cómo desde diferentes espacios existen luchas para mantener o transformar la estructura de distribución de diversos capitales (simbólicos, culturales, económicos, lingüísticos y académicos, entre otros) que se distribuyen dentro de un espacio social; y, que el punto de posicionamiento particular, ocupado por el sujeto, rige las representaciones de estos espacios (Bourdieu 1994, 19). Esto implica que hay una relación entre “estructuras objetivas y construcciones subjetivas, la cual se localiza más allá de las alternativas usuales del objetivismo y del subjetivismo, del estructuralismo y del constructivismo, e incluso del materialismo y del idealismo” (Bourdieu 1982, 12).

Las distintas concepciones de la clase que he expuesto en esta parte, tienen una similitud entre ellas, y es que otorgan importancia a la experiencia de las personas y a la subjetividad. Pero, mencioné que en este análisis partimos desde la perspectiva de que las categorías sociales se producen y operan sobre relaciones de poder.

Cuando se hace uso de la categoría analítica clase, como lo problematiza Scott (1988), “trabajamos a favor o en contra de un juego de definiciones los cuales, en el caso del marxismo, involucran una idea de causalidad económica y una visión del trayecto por el cual la historia se ha movido de forma dialéctica” (Scott 1988, 30). En este sentido, tanto Marx como Thompson, conciben a clase como un grupo determinado que se define por su relación con otro grupo también determinado. Para Scott (1988, 69) “la articulación de estas experiencias colectivas se ajustan según el tiempo, el espacio y la cultura” (Scott 1988, 71).

Scott hace la pregunta ¿Cómo se puede analizar la formación de clase sin suponer que sea una categoría unitaria que se presta para el análisis? A menudo, la forma que cobra, como categoría de análisis, suele suponer una homogeneidad (aunque sea relacional) en la que no hay conflicto propio, y que además es inmanente en las relaciones productivas (Scott 1988, 69). La autora, argumenta que clase es sujeto de género, de forma tal que se abre un campo fértil y reflexivo para analizar cómo operan las relaciones de poder (Scott 1988, 2).

Demuestra que las relaciones entre hombres y mujeres, y su vez su relación con el capital, es un proceso histórico en la que género y clase son producciones, devenires constantes, que son producciones que operan y producen poder (Scott 1988).

### 2.1.2. La articulación de clase y género

En los análisis de clase, la incorporación de la palabra mujer tiene la tendencia de hacer tambalear la premisa de unicidad y conformidad de la categoría. Toda vez que Thompson (1964) se refiere a la experiencia y la agencia para explicar la formación de clase, se produce una ambigüedad que remite a la inquietud de: ¿Cómo se distinguen las experiencias de las mujeres de las de los hombres? Es más, Thompson nunca reflexiona sobre “cómo la existencia de dos géneros en la clase obrera puede haber afectado su cultura, conciencia y luchas” (Scott 1988, 69).

La lucha unificada del proletariado del marxismo se basa en una definición de clase en la que todos los seres humanos somos libres e igualitarios, y que todos tenemos el mismo valor –y, a partir de ello, también las mismas oportunidades (Stolcke 2000, 18). De manera irónica, los marxistas reclaman los derechos de los trabajadores, sin reconocer las luchas de las trabajadoras. Las variaciones en los trabajos marxistas escritos sobre la relación trabajo/capital/Estado, incluyendo las críticas sobre el capitalismo, de sobre manera han sido dedicados a los hombres trabajadores. Al excluir el rol de las mujeres en la producción, se pierde de vista cómo se distinguen sus experiencias de los hombres; y, se obvian las relaciones de poder que atraviesan el trabajo de reproducción. Fundamentalmente, el marxismo es criticado por las feministas porque no aborda la división sexual del trabajo.

Primero, considerar que existe una desigualdad entre los hombres y las mujeres, no excluye la necesidad de pensar las relaciones entre las mujeres. Y, segundo, no vivimos las categorías separadamente: el género siempre está en relación a la clase, a la raza, a la sexualidad.

Ni clase ni género son categorías sociales estructurales separadas porque las vivimos simultáneamente. “Como resultado, se hace imposible separar y sacar al ‘género’ de las intersecciones políticas y culturales en las que, inevitablemente, se produce y se mantiene” (Butler 1990, 3). La categoría de género no representa a todas las mujeres por igual y tampoco es un sinónimo de “la mujer”. Scott sugiere, justamente, que para hablar de género hay que plantearlo en forma de una pregunta: “Género no es algo ontológico, no podemos preguntar ¿qué es género? [...] El término *género* solamente es útil en forma de una pregunta” (2011, 3).

Al igual que clase, los sentidos de género se construyen y varían entre “culturas, grupos sociales y el tiempo, por lo que no hay nada particular del cuerpo, incluso los órganos reproductivos de las mujeres, que determina unívocamente cómo se deben estructurar las divisiones sexuales” (Scott 1988, 2). Por lo tanto hay una necesidad de problematizar y pensar críticamente sobre las relaciones de poder entre “la corriente, culturalmente específica, construcción de géneros, y por otro lado, sobre ciertos aspectos de nuestra conceptualización del espacio y lugares” (Scott 1988, 13). De acuerdo a Scott (1999), “el género es un producto del devenir histórico, es el resultado de las relaciones sociales que se mutan en el tiempo, al mismo tiempo que son procesos que se traducen en símbolos conceptos e instituciones” y, en palabras de Santos (2012):

Creado en la sociedad resultado de las relaciones sociales, históricamente dado, y mutable en el tiempo, que se traduce en un conjunto de símbolos, conceptos e instituciones, y legitimador de las relaciones de poder que tiñen estas relaciones sociales, donde las diferencias de poder se pueden analizar desde las relaciones de género. Por ello, desde esa perspectiva y con la idea que plantean [las] feministas lo que hay que recuperar no es solo las actividades de las mujeres y sus roles, sino también sus puntos de vista de las relaciones sociales y prácticas culturales (Santos 2012, 29).

Las relaciones de poder son legitimadas por conceptos que estructuran nuestro razonamiento. Por ejemplo, las relaciones de poder que se articulan con el género establecen diferencias en como se distribuye el poder, estructurando nuestra percepción y el orden de la sociedad.

Thompson (1964) concebía a la clase como una categoría universal que no requiere referirse específicamente al rol de las mujeres en la política, con el argumento de que si él se dedicara a hacer una distinción de género dentro de la categoría unitaria de clase, entonces toda su premisa de una lucha común sería contradictoria. Pero, Thompson “podía haber reconocido que los procesos sociales involucraron la construcción de sujetos con género [*gendered* en inglés] sin tener que pensar que las categorías eran naturales ni que los sentidos que les fueron asignados eran fijos e inevitables” (Scott 1988, 75). Porque las relaciones entre hombres y mujeres, y a su vez su relación con el capital, es una historia de relaciones de poder- una historia en la que género y clase son producciones y formas primarias de significar el poder (Scott 1988, 3).

No podemos tomar por sentado ni el género ni los sentidos generizados, debido precisamente a que el género está siendo producido y organizado a través del tiempo, de manera diferente y diferenciada; y, es una producción continua cuyo

modo de diferenciación tiene que entenderse como parte de la operación del poder (Butler y Weed 2011, 3).

Tanto Scott (2011) como Massey (1994) adoptan una mirada desde el análisis de género para problematizar la clase como una categoría analítica. No se trata sólo de agregar al género al análisis de clases, sino de partir de cómo, por ejemplo, la clase es constituida en términos de género.

### **2.1.3. El género y la raza como categorías analíticas**

En América Latina los estudios que abordan las desigualdades de género con raza, señalan que: “la historia de las desigualdades sociales en América Latina, tiene, de maneras diversas, una dimensión racial que se ha constituido a lo largo del tiempo desde el período colonial” (Viveros 2009, 7). Dentro de esta dimensión, “el orden racial produce unas formas de clasificación social arbitrarias de las apariencias físicas [y que interactúan con] la etnicidad [que] genera diferencias que conllevan marcas culturales también construidas socialmente” (Viveros 2009, 7). “Considerar que género es un concepto anterior a la sociedad y a la historia, como hace Quijano, tiene el efecto de naturalizar las relaciones de género y la heterosexualidad” (Mendoza 2014, 23). Por lo tanto, siendo así, es importante analizar cómo las mujeres fueron “reinventadas como ‘mujeres’ de acuerdo a códigos y principios discriminatorios de género occidentales” (*Ibid.*).

La crítica de Quijano (2000) a la modernidad se basa en la colonialidad de poder, marcando cómo la división global del trabajo está dividida en términos de clasificación racial. Sin embargo, su análisis ha sido fuertemente criticado por feministas que señalan el sesgo de la naturalización del sexo y de género en su obra. Como señala Paula Allen Gunn, una feminista indígena de EE.UU, “el género junto con la idea de raza fueron al mismo tiempo constructos coloniales para racializar y generizar a las sociedades que sometían” (en Mendoza 2014, 22). Además, el andro y eurocentrismo se “basan en oposiciones binarias tales como civilización y barbarie, esclavos y asalariados, pre-modernos y modernos, etc.” (*Ibid.*). Y como señala Stolcke, “la cosmología dualista nos dota de las herramientas conceptuales- la oposición entre naturaleza y cultura- para legitimar ideológicamente las reales desigualdades características de la sociedad burguesa” (Stolcke 2010, 187).



Breny Mendoza destaca que tanto el género como la raza son constructos coloniales simultáneos “para racializar y generizar a las sociedades que sometían” (Mendoza 2014, 22). Las mujeres en las colonias fueron “reinventadas como ‘mujeres’ de acuerdo a códigos y principios discriminatorios de género occidentales [porque] considerar que género es un concepto anterior a la sociedad y a la historia tiene el efecto de naturalizar las relaciones de género y la heterosexualidad” (2014, 23).

Desde el orden social dominante, las clasificaciones sociales como género y raza son proyectadas como algo previo a “lo social”. Es decir, como algo completamente natural y por lo tanto desprovisto de historia (Stolcke 2010). Al contrario, Stolcke demuestra cómo la naturalización y biologización de raza y género ha servido para legitimar históricamente la desigualdad socio-económica, y por lo tanto reproduce relaciones de clase (1992, 88). Señala cómo la función del racismo es subdividir a “la humanidad en una jerarquía de razas dotadas de cualidades morales e intelectuales desiguales que se expresarían en sus rasgos fenotípicos distintivos... [Además] la posición en la jerarquía racial es hereditaria y por lo tanto inamovible” (Stolcke 2010, 186).

La modernidad naturaliza ideológicamente a la desigualdad socio-económica, al mismo tiempo que se rige sobre la meritocracia con la ilusión liberal de que todos somos iguales y libres. Es decir que al considerar a lo “natural” como algo que es previo a lo social, el racismo y el sexismo se vuelven explicaciones que justifican la desigualdad socio-económica. De tal manera que la apropiación de la sexualidad de las mujeres y su capacidad reproductiva cumple una función, en el sentido de que a través de ello se reproducen divisiones de clases sociales. Además, “el control de la procreación es fundamental para perpetuar los privilegios sociales” (Stolcke 2014 [2010], 188).

El aporte más significativo de Stolcke es que nos demuestra cómo “la raza” constituye a clase. En una de las historias que relata Stolcke en su obra *Marriage, Class and Color in Nineteenth-Century Cuba: A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*, Cecilia Váldez es una mujer *parda* que tiene relaciones sexuales con un hombre blanco de “buena familia”. Ella misma es hija ilegítima del padre de este hombre blanco. Ni él ni ella saben que son hermanastros. Igual al final él acaba cansándose con una mujer de su misma clase. Cecilia toma orgullo de su pálida piel y exclama que “me gusta más los blancos que los *pardos*... Sonrojo sólo en pensar si algún día me caso y tuviera un hijo [de raza/clase

inferior]” (Stolcke 1974 [1989], 116). En el Ecuador, hoy en día, se escucha decir que “ha mejorado la raza” si es que uno de los engendradores es blanco, evidentemente, se dice con humor, pero atrás del chiste se esconde un racismo estructural.

En 1776, la corona española creó la Pragmática Sanción como regulación contra matrimonios desiguales. Esta ley fue extendida a las colonias en 1778, haciendo del consentimiento paternal para el matrimonio un requisito formal. Más tarde, en 1805 se escribió “el decreto real sobre el matrimonio entre personas de conocida nobleza con miembros de las castas de negros y mulatos” (Stolcke 1974[1989], 12). Aún así, “en Cuba, la jerarquía y la norma de matrimonios isogámicos se encontraban en contradicción con los valores de igualdad y las normas de libertad de decisión en el matrimonio” (Stolcke 1974[1989], 7). El criterio realmente para conceder-o no, las licencias de matrimonio a parejas interraciales reposaban en si presentaban- o no, una amenaza para la estabilidad de la sociedad más que a los intereses de las familias en si (Stolcke 1974[1989], 13). Es más, la autora demuestra como, por ejemplo, el decreto de octubre 1805 simplemente proveía un marco legal para la actitud racista pre-existente (*Ibid.*).

Una de las razones principales de la oposición al matrimonio interracial era la noción de “limpieza de sangre”. Los padres que se oponían al matrimonio de su hijo o su hija argumentaban la “absoluta desigualdad” entre la pareja. Y que esta presentaba una amenaza a la integridad familiar y su estatus con respecto a otras familias (Stolcke 1974[1989], 15). Entonces el racismo y el sexismo son fundamentales para impedir la alteración del orden de las sociedades de clase. Es importante mencionar que el estricto control sobre la sexualidad de las mujeres en Cuba durante el siglo XIX, no era fácilmente ejercido. Por ejemplo, prostitutas había de todas “razas” y de todas las clases sociales, y muy difícilmente se podía controlar las relaciones sexuales interraciales en la prostitución. Sin embargo, la idea de “pureza” tanto de sangre como de virginidad remite a la “existencia de grupos de estatus” o a una sociedad de clase (Stolcke 1974[1989], 124).

Stolcke hace una lectura que pone énfasis en la naturalización de raza y sexo, a manera de *biologizarles*, y otorgándoles a ellas determinadas características consideradas previas a lo social. Es decir que siendo “naturales” o “biológicos” se creen inmutables y fijas, al contrario de lo que sería si fueran pensadas como socialmente construidas. La noción de “limpieza de sangre” se basa en pensar la sangre como el vehículo de igualdades de linajes (Stolcke

1974[1989], 15). En la que “tanto la pureza como la impureza son transmitidos a través de la sangre” (Stolcke 1974[1989], 17). De acuerdo a Stolcke, “si la condición social de cada cual es en última instancia la expresión de estas características innatas y hereditarias en lugar del desorden de clases sociales, entonces es fundamental el control de la procreación para perpetuar los privilegios sociales” (Stolcke 2010, 187). Y no únicamente para perpetuar privilegios sociales, sino también para la estabilidad de la sociedad, en este caso Cuba como colonia española del siglo XIX. Esto nos revela cómo los matrimonios interraciales en una sociedad esclavista presentaron una amenaza al orden social, y al Estado colonial en particular.

En 1864, Bachiller y Morales refiriéndose al mismo caso sostienen que las mujeres de color (*coloureds* en Stolcke, 1974) eran seductoras obscenas, y si sólo los hombres blancos se vieron obligados a casarse con ellas para “reparar las ofensas cometidas” se lograría disminuir la falta de moralidad que presentaban las relaciones sexuales interraciales (Stolcke 1974 [1989], 116). Pero aún así, como nos demuestra Stolcke, si el hombre asumía las obligaciones matrimoniales era muy probable que su familia se hubiera opuesto al matrimonio interracial (*Ibid.*)

Entonces hemos visto cómo existe una naturalización de raza y de sexo, la cual justifica una sociedad desigual en contexto de la modernización. Mientras más mezcladas se vuelven las sociedades, y a pesar de la jerarquía y la clasificación social, se negocian pactos considerados viables para la continuidad del progreso relativamente estable de la población. Por ejemplo, Stolcke señala que, si el rapto con fines matrimoniales entre personas de estatus desiguales fuera penado por la muerte, no hubiera sido viable para la sociedad en Cuba del siglo XIX. Además, que esos casos sirven como ejemplos “por excelencia de que la sociedad colonial, lejos de caracterizarse por un orden social estático e inamovible, era en cambio una sociedad dinámica, socialmente móvil y abierta, razón por la cual era justamente [necesaria] para las elites la disciplina y sumisión de las mujeres de familia” (Stolcke 2010, 188).

Stolcke hace la distinción entre las mujeres de clases más altas “cuyo honor se fundamenta en el estatus social obtenido al nacer” y las otras mujeres de clases más bajas cuyo honor se gana a través de la conducta personal, y por lo tanto requiere la defensa de los hombres” (Stolcke 1974[1989], 121). La relación entre estatus social y el honor en Cuba del siglo XIX significó que “las mujeres de clases bajas carecían de honor, y sus uniones con hombres de clases más

altas fueron generalmente relegadas al ámbito de la ilegalidad” (Stolcke 1974[1989], 124). La autora cita a un obispo de La Habana que expresa su preocupación sobre el asunto:

“Por todo lado persiste el adulterio y la concubinería, en gran parte entre hombres blancos y las mujeres mulatas, produciendo un número excesivo de descendientes, los cuales, con la excepción de los pocos reconocidos por sus progenitores, se puede decir que no tienen ni familia ni sociedad, porque esto consiste en no más que una madre.” (Stolcke 1974[1989], 125).

De acuerdo a Viveros (2009) “desde la segunda mitad del siglo XIX las políticas de población y familia y las intervenciones sobre el cuerpo, la sexualidad y las conductas de la vida cotidiana encontraron su justificación en la preocupación por la protección de la pureza de la sangre y el porvenir de la especie, amenazadas supuestamente por la posibilidad de matrimonios y relaciones sexuales entre personas de distintos orígenes ‘raciales’” (Viveros 2009, 3).

Viveros afirma que “la idea de raza no sólo permite legitimar las desigualdades sociales sino también explicar los valores sexuales y las diversas formas de dominación y control socio-sexuales a las que están sometidas las mujeres en función de su pertenencia étnico-racial” (2009, 8). Según Hill Collins (2000), el racismo y el sexismo necesitan de cada uno para existir. Demuestra, por ejemplo, cómo en Estados Unidos las lesbianas afro-descendientes se enfrentan con la suposición de que todas las personas negras son heterosexuales y que las personas no-heteronormativas son blancas (Hill Collins 2000).

Varias feministas de América Latina (Barragán 2006; Radcliffe 2015; Segato 2011; Cabezas Fernández 2012) resaltan lo importante que es analizar cómo “las mujeres” se insertan dentro de los códigos discriminatorios y heteronormativos, primero a través de la colonización, y luego, por medio de la modernización. El trabajo de Sarah Radcliffe en el Ecuador, demuestra cómo la categoría de género es incluida en los planes de desarrollo pero excluida en los proyectos de etno-desarrollo. A la vez, que las diferencias de raza y etnicidad sólo se incluyen en proyectos de etno-desarrollo y los movimientos indígenas dejan de lado a las desigualdades de género (Radcliffe 2015).

El género es una relación, no es algo equiparable a “ser mujer” o “ser hombre”. Y, de manera parecida, se precipita a pensar que los “blancos” son exentos de la racialización. Por lo tanto,

la separación conceptual no permite explicar “cómo se intersectan y se construyen mutuamente las diferentes formas de opresión” (Viveros 2009, 15).

La categoría de raza suele reservarse para las personas “de color” y pocas veces se extiende a las experiencias de las personas “blancas”. Ruth Frankenberg (1997) habla de cómo “la blanquitud” (*whiteness* en inglés) es “el marcador no-marcado”. Advierte sobre “el fracaso persistente de desplazar el estatus de este ‘marcador no-marcado’ [...] y de la incapacidad de ‘colorear’ la supuesta transparencia de posicionamientos blancos” (Frankenberg 1997, 1). El efecto es que la blanquitud no se analiza y permanece exento de historia o de prácticas particulares, mientras que la raza y la etnia de las personas “de color” es sujeto de escrutinio meticuloso (Frankenberg 1997, 1). Viveros precisa que en América Latina “la ideología del mestizaje no sólo ocultó las jerarquías internas dentro del orden socio-racial sino que invisibilizó la blanquitud de las élites detrás de denominaciones ‘normativas’ o nacionales sin ninguna especificidad racial” (2009, 19).

La falta de atención a cómo la blanquitud se vincula con las élites nacionales remite al problema del sujeto homogéneo y racialmente indiferenciado de “las mujeres”. Martha Cabezas Fernández (2012) muestra como las trabajadoras asalariadas del hogar, en Bolivia, fueron enfrentadas “por una parlamentaria feminista” que lideraba la oposición a la propuesta de la Ley de Regulación del Trabajo Asalariado del Hogar (Cabezas Fernández 2012, 85). Según la autora, esto revela un feminismo señorial que está:

Inserto en una dinámica clasista y colonial que resulta paradójico. Por una parte habl[a] y act[úa] en nombre del sujeto abstracto, homogéneo y racialmente indiferenciado ‘mujeres’; por otra, se mant[iene] al margen de las reivindicaciones de las mujeres indígenas o incluso en una posición de antagonismo con ellas y no de ‘hermandad feminista’ obviando la necesidad de generar coaliciones y contribuyendo así a su marginación e invisibilidad política (Cabezas Fernández 2012, 86).

La teórica feminista antirracista decolonial, Yuderkis Espinosa (2013) también marca la importancia de indicar y dar cuenta de cómo género se articula con otras categorías de clasificación social. Y, que:

Esta categoría [género] no explicaría de forma adecuada la manera en que han sido sometidas ‘las mujeres’ de los pueblos no europeos, deberíamos estar dispuestas a aceptar lo inadecuado de un uso universalista de la categoría de género (la división dicotómica del mundo en ‘mujeres’ y ‘varones’ o al menos atenemos siempre (y no en determinadas ocasiones) a su uso de una forma inestable e interdependiente de otras categorías como raza, clase y ubicación geopolítica (Espinosa 2013, 9).

Espinosa (2013) argumenta que “la mujer” no es un sujeto homogéneo y racialmente indiferenciado. Sino, que el género es sujeto de raza y también de clase.

Podemos ver cómo la opresión relevante para los estudios feministas sigue siendo aquella que ‘oprima a las mujeres por ser mujeres’, una opresión primaria que no admite discusión de forma tal que la raza y la clase aparecen como opresiones secundarias menores que no tienen un efecto sobre la forma en que pensamos la opresión principal (Espinosa 2013, 12).

El problema es pensar que el género es el único determinante de las opresiones que enfrentan las mujeres. bell hooks demuestra como al adoptar un uso indiferenciado de género, “las feministas privilegiadas han sido incapaces de hablar a, con y para diversos grupos de mujeres porque no comprendían la interdependencia de las opresiones de sexo, raza y clase o se negaban a tomarse en serio esta interdependencia” (1984, 48). En el caso de esta tesis, las trabajadoras y la articulación interseccional de sus experiencias con la opresión, tiene mucho que ver con que son campesinas, indígenas y afro-ecuatorianas, por lo tanto, hay una interdependencia con la opresión y la marginalización social que vive el campo ecuatoriano.

#### **2.1.4. La articulación de clase, género y raza**

No existe un acuerdo tácito en las ciencias sociales sobre cómo abordar, ni qué significa la raza, el género y la clase. Pero Stolcke (2010) identifica a ‘raza’ como una ideología que se despliega en el discurso en la historia y se establece como categoría posterior al racismo. Quijano (1992) también constata que la categoría social raza, nace de una necesidad por parte de la colonización de clasificar a las personas para asegurar su posición en la jerarquía del poder. Como hemos visto, los dos autores señalan que sirve para explicar la desigualdad que no sería explicable en una sociedad “igualitaria” o una vencida por la ideología liberal de igualdad. “El racismo subdivide la humanidad en una jerarquía de razas dotadas de cualidades morales e intelectuales desiguales que se expresarían en sus rasgos fenotípicos distintivos. Y la posición en la jerarquía racial es hereditaria y por lo tanto inamovible” (Stolcke, 2010: 186).

La clase, el género y la raza se entrelazan de tal forma que se constituyen el uno al otro. “La diferencia racial se construye a través del género, el racismo divide la identidad y la experiencia de género, y el género y la raza configuran la clase” (Moore 1991). Los sistemas de opresión son interrelacionados y clase, género y raza constituyen complejas intersecciones

de las relaciones de poder. Más que todo, se trata de dar cuenta que las desigualdades se diferencian dependiendo de cómo se posicionan dentro de diferentes sistemas de opresión.

Las feministas Negras y lesbianas agrupadas en el Colectivo del Río Combahee (1982), crea[n] una política que en contraste con el proyecto del feminismo blanco, fuese antirracista, y a diferencia de los movimientos sociales negros fuese anti-sexista. Este colectivo se propuso desarrollar un análisis y una práctica basados en el principio de que los sistemas de opresión racial, sexual, heterosexual y de clase estaban interrelacionadas de tal forma que era difícil distinguirlos en la experiencia concreta de las mujeres racializadas y planteó la necesidad de constituir un espacio político de alianzas y luchas comunes en relación con las complejas intersecciones constitutivas de las relaciones de subordinación a las que se enfrentan las mujeres concretas, respondiendo no sólo a la dominación de género y de clase, sino también al racismo y al heterosexismo (Viveros 2009, 6).

Las feministas latinoamericanas (Barragán 2006; Cabezas Fernández 2012; Lugones 2007; Mendoza 2014; Segato 2011) llaman la atención sobre los conflictos dentro de las luchas feministas, particularmente, entorno a la definición eurocéntrica de las relaciones de género que se inserta en un dinámica clasista y colonial. Señalan la tensión con “un feminismo que habla desde una posición estructural de poder” y que “impone su agenda política como la única agenda válida para la construcción de la equidad de género” (Hernández Castillo y Suárez Navaz 2008, 15).

Espinosa (2008) advierte que no podemos aplicar las categorías de clase, género o raza a cualquier contexto histórico, ni a cualquier cultura o sociedad, tal cual, como ha hecho el marxismo para entender las relaciones entre el proletariado y la burguesía. Algunas feministas latinoamericanas (Cabezas Fernández 2012; Espinosa 2008, 2013) cuestionan la lucha común entre “mujeres”, porque esta noción impide crear herramientas que se adecúan a la experiencia local de opresión y desigualdades. Además, “ni la identidad ni la cultura son conjuntos homogéneos y distintivos [ya] que en el individuo pueden operar simultáneamente diversas identidades” (Barragán 2006, 5).

No es únicamente necesario concebir de cómo se construyen diferentes subjetividades dentro de una sociedad estratificada, sino también de entenderlas desde un acercamiento teórico que complejiza y matiza las relaciones de poder en las que están sumergidas. Para problematizar la separación y la noción de homogeneidad de las categorías es necesario que se acoplen a una sensibilidad de las categorías propias de los lugares y/o de los contextos específicos. La interseccionalidad da importancia tanto al locus de enunciación, como a la interdependencia

de las relaciones entre las dimensiones de desigualdad. Es más, lo hace desde una lectura que potencia las dinámicas de diferenciación.

## **2.2. Interseccionalidad y espacio**

Para empezar, es importante señalar que la interseccional es una forma de análisis y práctica, que fue primeramente elaborada como una propuesta diseñada por las mujeres negras en Estados Unidos en los años sesenta.

La interseccionalidad abre espacios dentro de las categorías de clase, género y raza, que revelan cómo las desigualdades se diferencian, dependiendo de cómo las experiencias de las personas se posicionan dentro de diferentes sistemas de opresión. Alude a una intersección inestable donde emerge el sujeto y se localizan las diferencias que marcan las desigualdades. Las particularidades de las relaciones sociales problematizan los análisis enfocados en tendencias más generales, como la acumulación capitalista o la globalización. Tanto el espacio como los lugares son productos de localidades temporalmente específicos. Por lo tanto, no se trata de variaciones de un mismo fenómeno. Porque las relaciones de producción se organizan espacialmente dependiendo de las relaciones sociales de diferentes lugares. En este sentido, las relaciones sociales producen diferencias socio-espaciales, y el lugar es clave para cómo se interpretan estas relaciones (Massey 1994; Valentine 2007; Nightingale 2011).

En este sentido, el espacio modela las relaciones y es un elemento activo en la producción de desigualdades. Lejos de ser un contenedor, es un producto y un medio para cómo las personas experimentan su mundo (Lefebvre 1974). Las personas experimentan el espacio de forma variada, no todos los lugares involucran a las personas de la misma manera. Por lo tanto, es importante prestar atención a las diferencias que atraviesan las experiencias. Entre diferentes marcos conceptuales geográficos, “la idea del espacio está asociada con una cierta concepción de los procesos sociales” (Blanco 2007, 39). En un extremo existe la idea del espacio como soporte fijo o escenario dado para la sociedad, que puede ser medido y ordenado para las funciones socio-económicas, pero sobre las cuales el espacio no tiene influencia (Blanco 2007). Otra noción es desarrollada por la geografía crítica, que se acerca el espacio como una producción social que reproduce desigualdades sociales. De esta forma, el espacio tiene que ser pensado, “definido y delimitado por, y a partir de relaciones de poder” (de Souza 2013, 78); y, en donde el poder no se piensa únicamente desde la dominación.



Tanto Massey como Lefebvre reconocen que el espacio es producido por relaciones sociales que, a su vez, son producidas por el espacio; y, que en esta relación se reproducen relaciones de poder. Entre los dos autores, la diferencia es cómo cada uno concibe de las relaciones de poder que producen los espacios. Por ejemplo, para Lefebvre (1974) el espacio se rige por los que tienen el poder económico y ejercen una dominación sobre los sentidos del espacio. Mientras que Massey (1994), realza cómo los lugares particulares producen relaciones de poder espacializadas. Y, añade que no es solamente “la economía que determina nuestra experiencia del espacio y del lugar en el que estamos” (Massey 1994, 4).

Los estudios interseccionales que incorporan al espacio en sus análisis, son sumamente interesantes si se toma en cuenta la crítica de que, normalmente, carecen de empirismo (Valentine 2007; Rodó de Zárate 2014; Zaragocín 2016); o, que son demasiado locales para conceptualizarles en mayores escalas (Harvey 1973; Massey 1994); o, que la interseccionalidad es cooptada por algunas prácticas del feminismo occidental (Sánchez 2017). A pesar de las limitaciones, la interseccionalidad aporta una de las herramientas más significativas del feminismo. Las desigualdades son múltiples y mutuamente constituidas, por lo tanto, exigen un análisis relacional. De tal forma, que “se contribuye a una comprensión más compleja y dinámica de las estructuras de poder que parte de la diferencia entre categorías, intentando evitar exclusiones” (Rodó-de-Zárate 2014, 1).

La interseccionalidad no es un lente que analiza la *suma* de las articulaciones de diferentes opresiones, sino que permite ver la interacción de las desigualdades corporalizadas que corresponden a experiencias específicas. Es decir que la interseccionalidad es constituida en el espacio y desde la experiencia vivida; y, simultáneamente, “las relaciones entre las estructuras de poder varían según los espacios y los lugares, que juegan un papel fundamental en la reproducción de las desigualdades sociales” (Rodó-de-Zárate 2014, 1).

Las estructuras de poder actúan en los espacios... [Y] los lugares están conectados por *countour lines* que muestran como diferentes procesos sociales enlazan los lugares de formas diferentes. La concepción del lugar que se desprende de esta metodología se aleja pues de la concepción de margen y centro, ya que se propone una mezcla dinámica de márgenes y centros que no solo depende de las estructuras de poder sino de su mutua constitución entre ellas y los lugares específicos (Rodó-de-Zárate 2014, 10).

La estructura de esta parte es la siguiente: Primero, demostrar como un enfoque espacial pone énfasis en las relaciones de poder y como esto aporta a la teoría feminista. Segundo, analizar

la relacionalidad del espacio: que el espacio produce lo social y viceversa. Y, finalmente, en base a los dos puntos anteriores, reflexionar sobre la espacialidad de las diferencias sociales para sentar las bases del siguiente capítulo, en el que abordo la operativización del marco teórico.

### **2.2.1. La centralidad del espacio**

Al explicar cómo el espacio se produce por las relaciones sociales, el neomarxista Henri Lefebvre (1974) marcó un hito en el pensamiento espacial que desplazó el análisis de las cosas y las personas *en* el espacio. La idea fundamental de Lefebvre es que el espacio no es un contenedor que se llena, sino que es un elemento activo que modela las relaciones sociales (Lefebvre 1974). De manera “brillante y con perspicacia aborda el tema de la organización del espacio como un producto material, con la relación entre estructuras sociales y espaciales del urbanismo, y con el contenido ideológico del espacio creado socialmente” (Soja 1980, 207). Lefebvre (1974) identifica tres ejes para conceptualizar cómo el sistema de clase divide las relaciones sociales en el espacio:

1. El espacio *percibido* por la vida social cotidiana y por las percepciones del sentido común.
2. El espacio *concebido* por los cartógrafos, planificadores urbanos y/o especuladores inmobiliarios.
3. El espacio vivido o *representado*, como la imaginación que se ha mantenido vivo y que es accesible por medio del arte y de la literatura (Lefebvre 1974 en Hubbard y Kitchin 2011, 281).

Lefebvre confronta la lógica reduccionista que no considera que las personas son agentes sociales que producen espacios e impone una visión homogénea y fragmentada del espacio social. Le Febvre propone una mirada relacional del espacio, donde lo social es clave no solo en la producción física de espacios, pero también en como se interpretan diferentes espacios y el sentido social de distintos lugares. La definición del espacio como un producto y un medio de las relaciones sociales, permite explicar cómo vivimos de manera espacial. Las personas experimentan los espacios de forma variada, al mismo tiempo que “las ideas que estructuran el espacio no involucran a todas las personas de la misma manera” (Shmidt 2011, 22).

Aunque Lefebvre (1974) pone énfasis en el poder que estructura cómo el espacio es concebido por los actores sociales, permanece dentro de la tradición patriarcal que divide los espacios y los cuerpos entre hombres y mujeres heterosexuales (Hubbard y Kitchin 2011). Al obviar las diferencias de género, no alcanza a explicar la complejidad de la diferencia en las

experiencias de la desigualdad social (Deutsche, 1991; Morris, 1992). Una crítica desde el feminismo hacia la geografía (neo)marxista, es que, por privilegiar la ideología, desconoce otras formas de conocer el mundo que tal vez no caben dentro de su cosmovisión. Como lo han señalado las geógrafas feministas (Massey 1994; McDowell 1992), el problema es que no acomoda a las diferencias que atraviesan las experiencias de las personas y cómo perciben el espacio.

Massey argumenta que la geografía, la ciencia de mapear el espacio, influye de manera significativa en las relaciones de género y “en la formación cultural de géneros... [De hecho] el género es algo que ha tenido una profunda influencia en la producción de lo ‘geográfico’” (Massey 1994, 11). De tal manera, que un análisis de lo “geográfico” puede reflejar cómo es construido e interpretado el género, que se articula con sexo, y que a su vez, invoca a raza. La manera cómo el espacio es mapeado –y por tanto leído– remite a una relación entre la teoría y el sujeto. Por lo tanto, “analizar la organización espacial implica prestar atención a la constitución de los lugares particulares, [algunas] regionalmente diferenciadas” (Hubbard and Kitchin 2011, 301).

Reconocer la variación no implica en absoluto abandonar movimientos o niveles de organización más amplios... contrastes locales sí significan que no es posible construirlos simplemente proclamando que cada cambio local es impulsado por el capitalismo; es decir, por medio de simplemente acertar ‘lo general’ (Massey 1990[1991], 269).

Dentro del mismo país, pueden haber “diferentes lugares que experimentan cambios altamente contrastantes, incluso las trayectorias del cambio (por ejemplo, en la estructura de clase) puede ser muy diferentes de un lugar a otro” (Massey 1990[1991], 268). Además, la autora argumenta que los cambios estructurales y sus respectivas variaciones espaciales se refuerzan por el hecho de que existen “distintas tradiciones y distintos recursos disponibles para hacer las interpretaciones de los cambios, y responder frente a ellos” (Massey 1990[1991], 268). Por ende, no se trata de variaciones en las relaciones sociales de un mismo fenómeno. “Las relaciones sociales del espacio se viven de manera diferente y son interpretadas de forma variada, por las posiciones diferentes que se ocupan en él” (Massey 1994, 2-3).

Otorgar centralidad al espacio en el análisis de la interseccionalidad nos proporciona un marco teórico para explicar cómo “la producción de la diferencia social es producida

mediante el movimiento de cuerpos en la cotidianidad” (Nightingale 2011, 153). Es un acercamiento que se basa en las experiencias vividas de los sujetos, que se representan y se diferencian, constituyéndose de una forma que depende del lugar dónde emergen. La producción co-constitutiva, entre subjetividades y espacios, está imbricada en relaciones de poder muy complejas que problematizan la noción de lugares fijos y “unidades naturales” (Agnew 2002).

Es muy importante entender la interseccionalidad como una herramienta posicionada y de manera local y contexto-específico (context-specific). Porque las teorizaciones sobre la interseccionalidad vienen predominantemente desde contextos estadounidenses y europeos, y se elaboran sobre conceptualizaciones de desigualdades de género y raciales, y que por tanto tienden a ser tratados como universales (Roth 2013, 19).

En este caso de estudio, nos ubicamos en los Andes ecuatorianos donde las conceptualizaciones de género y raza se insertan en un marco histórico de colonización. En el caso de las clasificaciones sociales, tanto de género como raciales, existe un fuerte rezago colonial que marca la división sexual del trabajo. Es así, que vemos una sobre-representación de las mujeres indígenas y afro-ecuatorianas en el servicio doméstico.

El servicio doméstico se fundamenta en “una concepción que encuentra naturales los oficios domésticos en las mujeres por el hecho de ser [aunque potencialmente] madres” (Puyana y Mosquera 2009, 158). “Lo doméstico” es un espacio de género en el sentido de que es un lugar de trabajo y de tareas identificado culturalmente como dominio femenino, y por lo tanto es un espacio social entendido como *de mujeres* por considerar que estamos naturalmente relacionadas al espacio doméstico. En cierto sentido, todos los espacios son espacios de género, pero la organización del espacio doméstico parte desde una naturalización de la mujer como cuidadora innata. Aunque es preciso señalar que esta relación toma formas diferentes dependiendo del posicionamiento de las mujeres en la jerarquía del orden social.

De acuerdo a Massey, “los espacios y lugares no son solamente en sí mismos sujetos de género [*gendered* en inglés], sino que en su ser así, reflejan y afectan las formas en que género es construido y entendido” (Massey 1994, 189). Massey no pretende denominar la caracterización del espacio como algo esencialmente masculino ni femenino, sino que su argumento se concentra en las implicaciones de los dualismos estructuralistas como espacio/tiempo, local/global, femenino/masculino, productivo/no-productivo y cómo éstos no

solamente reflejan, sino que también (re)-producen “las masculinidades y feminidades de la sociedad sexista en la que vivimos” (Massey 1994, 189).

En el texto de Panato Rosado (1996) se señala como “en el Perú la sociedad es muy machista, que tanto la patrona como la trabajadora doméstica experimentan abusos por parte de los hombres, sobre todo aquellas amas de casa que no trabajan. Ambas son sirvientes del hombre de la casa aun cuando la patrona y la trabajadora doméstica sean de estratos sociales completamente diferentes...Paradójicamente la trabajadora del hogar es mucho más libre que la patrona. A pesar de tener una situación incierta, ella puede dejar el trabajo cuando se le antoje... Mientras que la patrona se quedará enfrentando sus problemas y realizando el duro trabajo doméstico a servicio de su esposo (Panato Rosado 1996, 68; en Moncayo Roldán 2014, 82).

Cada lugar, sea en un país o una ciudad, tiene una forma particular de entretejer la colección de historias con identidades específicas que lo atraviesan. En este sentido, el espacio es la dimensión de la multiplicidad que “corta a través de la miríada de historias en las que estamos todos viviendo, en un momento dado” (Massey 2013). Vale mencionar, que Massey advierte sobre el problema de aplicar acercamientos demasiados deductivos en los análisis del concepto de lugar (2005, 137). Por priorizar la demostración de teorías se puede pasar por alto cualidades significativos de los lugares.

Las coordenadas de la realidad social son el espacio y el tiempo, y al vivirlas producimos diferentes lugares. “Los sentidos de lugar son los productos de las relaciones que son negociadas [con] las trayectorias, por los actores emplazados” (Baldwin 2012, 209). Es decir que hay una “existencia simultánea de historias con características que pueden ser distintas (lo cual no implica que no son conectadas) y de futuros que potencialmente lo son también” (Massey 2005, 11). Esto nos interesa porque este análisis incluye historias de actores emplazados en el mismo lugar, pero que tienen experiencias muy distintas del mismo tiempo y espacio. Es decir, que las empleadoras y las trabajadoras pueden tener las mismas coordenadas, pero las historias que relatan son muy diferentes, al mismo tiempo que son conectadas entre ellas.

### 2.2.2. El enfoque en un lugar

El sentido relacional del espacio y del lugar (Massey 1994; 2005), sugiere que los lugares (trayectorias e historias) son las bases para la interpretación de cómo las diferencias sociales emergen en el espacio. Si consideramos que el espacio es constituido por múltiples historias y trayectorias, implica reconocer cómo las experiencias de desigualdad son específicas dependiendo del movimiento de cuerpos en diferentes los lugares y trayectos. Mae-Po Kwan provee a los investigadores del espacio y la interseccionalidad con un nuevo vocabulario para profundizar en el análisis de “las experiencias espacio-temporales de marginalización, discriminación, y aislamiento social; que se forman por el ritmo, la duración y la experiencia subjetiva del tiempo” (Kwan 2013, 1079).

Ignorar el tiempo que la gente pasa afuera de sus barrios residenciales y las interacciones que tiene con otros grupos sociales omite una parte considerable de su experiencia cotidiana. Lo cual podría reforzar o mitigar la segregación que experimentan en sus espacios residenciales y llevar a conclusiones erróneas sobre la experiencia general de la segregación [...] También puede crear una impresión engañosa de los espacios racializados de una ciudad como hijos (Kwan 2013, 1079).

Es decir que la experiencia del tiempo y el espacio transcurre en un lugar: donde pasamos más tiempo; con quién interactuamos en el día a día; cómo llegamos a qué lugares; y todo el tiempo que se dedica a diferentes actividades, tiene tanta importancia como el lugar de residencia o procedencia para el análisis de las desigualdades sociales. Porque, como observan Krivo et.al, “al comparar a los blancos que viven en barrios económicamente similares, los Afro-estadounidenses y los Latinos experimentan mayor aislamiento social en lugares en las que conducen actividades rutinarias y en asociación con su movimiento en la ciudad” (Krivo et.al. 2013; en, Kwan 2013, 1080). Si nos quedamos en analizar los espacios y no incluimos el movimiento de las personas en el espacio y el tiempo, arriesgamos perder de vista otras experiencias que marcan las desigualdades sociales.

Todas estas observaciones sobre la utilidad del espacio para el análisis de las desigualdades son positivas para la investigación del servicio doméstico en los enclaves fortificados, porque siendo el hogar –y, los enclaves fortificados en particular, unos de los lugares más difíciles de acceder y analizar científicamente, significa un desplazamiento en el análisis de la centralidad del espacio privado. De manera tal, que el análisis del movimiento espacio-temporal libera las subjetividades de los confines de la casa (como hogar o trabajo) y enriquece el análisis de las experiencias vividas en el espacio.

En el libro *For Space*, Massey (2005) establece que un sentido del lugar (*place* en inglés) permite pensar la especificidad en la compleja multiplicidad de las interacciones, los encuentros, las yuxtaposiciones y las articulaciones de ‘lo social’. Además, profundiza en “los procesos de cambio que son significativos para cómo las personas experimentan su mundo” (Massey 1990[1991], 268). Es un enfoque localizado, pero que no excluye la posibilidad de crear nuevos vínculos, entre las múltiples trayectorias en el espacio y entre las conexiones de diferentes lugares.

Desde el enfoque en el lugar se explica cómo los diversos elementos, que cruzan lo natural y lo social, se juntan para producir una especificidad del “aquí y ahora”. Sin embargo, “la mezcla particular de relaciones sociales que forman parte de la unicidad de cualquier lugar, de ninguna manera son todas incluidas en el lugar en sí” (Massey 2005, 5). Porque, en el espacio “siempre hay conexiones para hacer, yuxtaposiciones que florecen en interacciones (o no, porque no todas las conexiones potenciales tienen que estar establecidas), y relaciones que pueden o no cumplirse” (Massey 2005, 11).

El sentido relacional del lugar, como definido por Massey (2005), es constituido por “trayectorias [...] que pueden ser una cosa viva, una actitud científica, una colectividad, una convención social, una formación geológica” y por “historias [...] que son la historia, el cambio, el movimiento de cosas en sí” (2005, 12). Desde esta perspectiva, se revela la coexistencia simultánea de la pluralidad de trayectorias y la heterogeneidad social en el espacio.

Las personas (re)producen continuamente diferencias sociales en las prácticas cotidianas y desde las experiencias vividas. El enfoque en las particularidades de los lugares, demuestra cómo las identidades y los procesos sociales adquieren sentidos distintos dependiendo del lugar dónde emergen. Al juntar la interseccionalidad con el espacio, se manifiesta la inestabilidad de las diferencias sociales de estos procesos. La noción del lugar se plantea como la base para la interpretación de la formación del sujeto; al mismo tiempo, que explica cómo las diferencias sociales se constituyen de manera espacial.

### 2.2.3. La espacialidad de las diferencias sociales

Nightingale argumenta que no es suficiente definir los lugares por las actividades que hay en ellos. Sino, que es clave considerar cómo los elementos materiales y simbólicos del espacio (re)producen las diferencias sociales; es decir, estudiar el espacio es igual de importante que analizar las diferencias sociales (Nightingale 2011). En esta última parte del capítulo teórico, se pone énfasis en la experiencia vivida, aparentemente ordinaria, de las prácticas e infraestructuras espaciales. Este ángulo permite acceder a cómo las personas “producen una relación particular con ‘otros’ e incluso con los ambientes, que raras veces son ecológicamente neutros” (Nightingale 2011, 154).

Las urbanizaciones son lugares particulares porque se caracterizan por distinguirse y “protegerse” del espacio público. Las entradas majestuosas de las urbanizaciones y los muros altos con tecnología de seguridad, son infraestructuras que sirven para distinguir a los que viven intra-muros a los que viven infra-muros. Son símbolos de prestigio que emergen en el espacio y que intentan fijar las diferencias sociales en el espacio. El servicio doméstico funciona de manera parecida en el sentido de que viste de estatus a los empleadores y depende de la desigualdad para existir.

A lo largo de este capítulo me he referido, en repetidas ocasiones, a la importancia de la cotidianidad y como las diferencias sociales surgen en el espacio. Son las experiencias de las personas que nos indican cuáles son las formas que pueden tomar las desigualdades y que éstas siempre tienen *un lugar*. Los lugares son espacios que adquieren sentidos porque se producen socialmente, al mismo tiempo que la materialidad, los objetos, la infraestructura produce relaciones sociales particulares. Esto es evidente al mirar la distribución de cuartos y baños en las casas de las elites: ¿dónde se dan las comidas y a quién, dónde van al baño, dónde duermen y descansan? Hay cámaras e intercomunicadores que conectan diferentes cuartos? ¿Cuál es la tecnologización del espacio? Y, más importante, ¿cómo se reproducen las desigualdades sociales en el espacio?

En cualquier lugar y hora, estas diferencias sociales no son singulares en sus efectos, por lo que adquieren sentidos y prácticas que operan activamente para diferenciar entre los sujetos no-marcados (hombres, blancos, urbanos, grupos de altos ingresos) y los marcados otros (mujeres, negros, y minorías, habitantes rurales, los pobres), en formas que se conjugan cualitativamente (Radcliffe 2015, 7).



De ahí deriva la necesidad de pensar las categorías de clase, género y raza, no como adscripciones fijas y deterministas, sino como posicionamientos configurados en la interacción de narrativas hegemónicas que interpelan a distintas subjetividades (Anthias 2008). Nightingale (2011) argumenta que las subjetividades son productos de espacios sociales (materiales y simbólicos), que a su vez son marcados por una relación de dominación de las narrativas hegemónicas. Pero, a pesar de que las distintas categorías de clase, género y raza no son adscripciones fijas, es muy difícil pensarlas como posicionamientos configurados en la interacción.

La intersección de las categorías de clase, género y raza es inestable, lo que significa que es preciso destacar las vivencias y las prácticas de cómo se interrelacionan. La diferenciación social puede articularse o relacionarse de manera muy diferente dependiendo del contexto espacio-temporal. En ese sentido, la palabra ‘interseccional’ denota un entrecruce dinámico que ‘pasa por’ un lugar (Roth 2013, 18).

Desde la persona particular o de la humanidad entera, las formas varían, sea de una manera concreta o abstracta, a través del ser y otras identificación, y pueden ser estables, contestadas o transitorias. Sin embargo, la pertenencia –hasta en su forma más estable y ‘primordial’– es un proceso dinámico, y no una fijeza cosificada, porque este último no es más que una construcción naturalizada de una forma hegemónica particular de relaciones de poder. Pertenencia es de menudo multi-nivel y –para utilizar un argot geográfico– multi-escala [...] o multiterritorial... (Yuval-Davis 2011, 5).

Para Yuval-Davis las categorías de clasificación social se basan en diferencias mutuamente constitutivas; y, aunque las diferencias son interrelacionadas tampoco pueden ser reducidas a una u otra (2011, 5). Es decir que las identidades son dinámicas entre posicionamientos sociales, lo que imposibilita que sean fijos, porque son procesos espacio-temporales que se desplazan continuamente entre divisiones sociales.

El concepto de posicionamiento translocacional de Anthias (2008) problematiza la idea de atravesar grupos como clase, género y raza, lo cual es característico de la interseccionalidad. La noción de translocación se refiere a la idea de locación o lugar como un espacio social que es producido entre relaciones contextuales, espaciales, temporales y jerárquicas en torno a intersecciones de las divisiones sociales e identidades de clase, etnicidad y género (entre otras) (Anthias 2008, 9). De esta forma se produce un acercamiento que complejiza la interseccionalidad, al insertar las categorías sociales en relaciones jerárquicas definidas por fronteras de lugares incrustadas en relaciones y espacios más amplios (Anthias 2008, 15).

Juntar la interseccionalidad con una perspectiva espacial, crea un enfoque en las relaciones de poder que se ejercen al nivel del cuerpo que se orienta en el espacio. Es un acercamiento que considera el lugar como la base para la interpretación e interpela a la formación del sujeto; al mismo tiempo, que demuestra cómo se constituyen las diferencias sociales, como clase, género y raza, de manera específica dependiendo del lugar dónde emerge. Las experiencias vividas de las trabajadoras y las empleadoras cuentan historias que pueden convocar un sentido de extrañeza, frente a las perspectivas que son naturalizadas, normalizadas e insensibles a la articulación de diferentes sistemas de opresión. Presentan un desafío para la estabilidad de las clasificaciones sociales y, también, para las categorías analíticas de clase, género y raza.

La geografía crítica feminista “revela las representaciones parciales, simplificadas y distorsionadas de las personas y los lugares, que se atraviesan por nociones que sirven para reproducir la desigualdad social” (Hubbard 2002, 125). A través de apreciar “el significado que tiene el espacio en los procesos de formación de un sujeto”, la geografía feminista ha ampliado el lente de la interseccionalidad (Valentine 2007, 10). “La multiplicidad de varias posturas feministas utilizadas geopolíticamente desde el Abya Yala tiene que ver intrínsecamente con nociones de interseccionalidad” (Zaragocín 2016, 17). Las geógrafas feministas latinoamericanas enfatizan la experiencia vivida en el espacio, porque es donde se negocian constantemente las identidades y la heterogeneidad social. Es decir, que “en determinadas circunstancias, el sentir una cierta identidad sobre otra depende del espacio donde se encuentra, ya que uno se puede sentir distinto en diferentes lugares” (Zaragocín 2016, 47). Algunas feministas de Abya Yala (Espinosa 2013; Cabnal 2010) demuestran cómo:

Nuevas configuraciones identitarias (mujeres, trans, lesbianas, varones, travestis) [...] escapan a las identidades genéricas y al biformismo biológico habilitadas desde la matriz moderna colonial de género, y apuestan por un proyecto feminista antirracista y decolonial haciendo un trabajo permanente contra sus propios privilegios y contra los regímenes que legitiman y posibilitan su reproducción (Alvarado 2016, 26).

Para las feministas del Sur “el énfasis en la experiencia vivida del feminismo decolonial latinoamericano es una necesidad compartida... [que evidencia] la conexión íntima entre producción del espacio y la sistemática producción del poder (Zaragocín 2016, 47). El feminismo decolonial latinoamericano (Cabnal 2010; Espinosa 2013) teoriza la

interseccionalidad; pero, también propone crear nuevas “epistemologías desde sus formas de pensar y formas de vida” (Zaragocín 2016, 16). Esta tarea requiere de un acercamiento a las vivencias y las prácticas de los sujetos de opresión, y significa crear teorías que permiten traducir las experiencias subjetivas en un lenguaje que se entiende por las relaciones de poder.

Se reclama heredero, por un lado, del feminismo negro, de color y tercermundista en los Estados Unidos, con sus aportes sobre la manera en que se articula la opresión de clase, raza, género y sexualidad y la necesidad de reproducir una epistemología propia que parte de reconocer esta inseparabilidad de la opresión. Por otro lado, recupera el legado de las mujeres y feministas afro descendientes e indígenas que desde Abya Yala han planteado el problema de su invisibilidad dentro de los movimientos sociales y dentro del propio feminismo (Espinosa 2013, 32).

La dinámica relacional del espacio y de los lugares es clave para escuchar a las voces plurales y contingentes, particularmente frente a “realidades multifacéticas y abigarradas del espacio social que vivimos” (Rivera Cusicangui 2016). Remite a la imposibilidad de “compartimentar la opresión y la imbricación de los sistemas de dominación como el sexismo, el racismo y el capitalismo en una matriz de dominio” (Alvarado 2016, 25).

En un estudio en Nepal, sobre clase, casta, género y el medio-ambiente, Andrea Nightingale analiza cómo “se producen y se expresan las ideas simbólicas de diferencia, a través de interacciones corporalizadas [*embodied* en inglés] que son firmemente materiales” (2011, 153). Por ejemplo, de acuerdo a la diferenciación social normativa Hindu, las mujeres que menstrúan tienen restricciones en lo que pueden tocar y a dónde pueden entrar. Estas prácticas espaciales de “polución de las mujeres” se “desplazan constantemente y son abiertos a la reinterpretación, al mismo tiempo que son sorprendentemente resistentes a importantes reconfiguraciones” (Nightingale 2011, 161). Esta lectura, señala cómo las desigualdades emergen a través del espacio en la producción mutua entre sentidos sociales y materiales (Nightingale 2011). A pesar de las críticas que se pueden hacer al concepto de interseccionalidad, este:

Ha servido para desafiar el modelo hegemónico de ‘la Mujer’ universal, y para comprender las experiencias de las mujeres pobres y racializadas como producto de la intersección dinámica entre el sexo/género, la clase y la raza en contextos de dominación construidos históricamente” (Viveros 2016, 9).

Los estudios sobre la interseccionalidad y el espacio, analizan la formación del sujeto que se desplaza en la experiencia vivida de diferentes lugares. Pero, los significados del espacio

varían en el análisis de los procesos sociales. En este capítulo he desmenuzado las categorías de clase, género y raza, para presentarlas de manera más matizada y como experiencias imbricadas en una matriz de dominación. Esto demuestra las especificidades de las desigualdades sin borrar las relaciones de poder que estructuran la cotidianidad de las empleadoras y las trabajadoras del servicio doméstico.

Las desigualdades se articulan entre sí, pero también emergen de un lugar específico. Esto significa que tienen una configuración particular. ¿Cómo se enlazan las relaciones en el presente, cómo se viven en la cotidianidad y cómo nacen de procesos espaciales? A lo largo de este capítulo he expuesto distintas teorías que enriquecen nuestra interpretación de la clase, el género y la raza, que son tres categorías fundamentales para este estudio. Además, para abordar las desigualdades me refiero a las geógrafas latinoamericanas (Zaragocin 2016; Cabnal 2010; Espinosa 2013) que enfatizan la cuestión del espacio y las experiencias en la cotidianidad, en este caso, desde la perspectiva de las mujeres y como ellas las quieren contar.

### Capítulo 3. Metodología

El estudio de esta tesis se desarrolló entre fines de 2016 e inicios de 2020, durante este período realicé varias entrevistas con las trabajadoras y empleadoras del servicio doméstico en Cumbayá. La principal vía de contacto para conseguir las entrevistas, fueron mis contactos personales: las amigas, familiares, vecinas, incluso las trabajadoras empleadas por mi, las compañeras de mi colegio y las madres del colegio de mi hijo. Mi experiencia fue que era más fácil encontrar y concretar entrevistas con las trabajadoras, que con las empleadoras. Y, como señala, Gorban (2012) en su estudio sobre el servicio doméstico en Argentina, la dificultad de poder realizar entrevistas con las empleadoras, demuestra “cierta reticencia” para conversar sobre este tema. Cabe notar que el tema de “las empleadas” es un favorito entre el chisme que comparten las empleadoras, y también entre ellas, las trabajadoras, les gusta hablar de las empleadoras. Es decir que en la intimidad se conversa bastante entorno al tema del servicio doméstico, obviamente, si no solo forma parte de la cotidianidad de estas mujeres, sino que ellas reproducen y construyen esta relación todos los días.

En el análisis sociológico es necesario un distanciamiento para crear un objeto de investigación, y lo mismo es cierto en “la situación de entrevista con las empleadas” (Ibid.) y, también con las empleadoras. No obstante, mi experiencia era que para generar el encuentro inicial tenía que hacer uso de mis propios contactos. Resulta que casi todas las entrevistas se dieron en base a que conozco personalmente a estas personas, lo cual indica que es un tema íntimo del cual no se habla con cualquier persona- en especial, cualquier investigadora curiosa e inquisitiva. Para acceder a estos momentos íntimos, que producen los sentidos entorno al servicio doméstico, fue muy útil el hecho de que ya me conocían muchas de las entrevistadas. Sin embargo, “no podemos dejar de considerar las situaciones en que nos encontramos como empleadoras en nuestros propios hogares, esta proximidad puede en muchos casos generar cierta incomodidad en el proceso de investigación” (Gorban 2012, 33).

No es solo el espacio doméstico que es difícilmente accesible, sino también las urbanizaciones cerradas tienen el propósito de permanecer privadas. De manera tal, que las relaciones personales se tornaron claves para acceder a los enclaves fortificados. En dos de las diez urbanizaciones me dieron permiso para entrar y explorar el interior, sin conocer a nadie en la urbanización. Es obvio que la blancura de mi piel, mi pelo rubio y mis ojos claros sirvieron como elementos persuasivos, la blanquitud inscrita en mi cuerpo como símbolo de

mi honradez, pureza, riqueza y educación, fue suficiente para convencer a los guardias de mis intenciones inofensivas.

La propuesta de esta tesis es que el espacio eche luz sobre las relaciones de poder que estructuran la desigualdad social. El método propuesto en este análisis del servicio doméstico parte de la materialidad del espacio y se diseña como estudio de caso de los enclaves fortificados (Caldeira 2000[2007]) de Cumbayá, donde 70% de la población vive en urbanizaciones cerradas. A partir de las entrevistas realizadas con las empleadoras y las trabajadoras, archivos fotográficos y fuentes secundarias, he producido datos para analizar las desigualdades del servicio doméstico.

### **3.1. Las entrevistas**

Al tratarse de espacios privados, como investigadora social es una tarea difícil entrar a las urbanizaciones o a los conjuntos privados y exclusivos. Pero, por pertenecer a una clase privilegiada y tener la piel “blanca”, tuve éxito para entrar a las urbanizaciones y las viviendas. Los primeros contactos para las entrevistas fueron contactos personales y, a través de ellos, pude hacer más contactos para las demás entrevistas.

La investigación es de carácter indicativo versus representativo, por lo que la propuesta fue hacer 50 entrevistas semi-abiertas (25 a empleadoras y 25 a trabajadoras; las preguntas de las entrevistas en el anexo 1). No logré completar la meta; sin embargo, con 15 entrevistas a empleadoras y 15 entrevistas con trabajadoras pude sacar suficientes datos para el análisis. Junto a las entrevistas a profundidad, hice entrevistas semi-abiertas para compensar por las incoherencias o ambigüedades en las primeras. Al mismo tiempo, las experiencias son parte de procesos sociales más grandes, por lo cual amplié los datos individualizados y les conceptualicé en un marco colectivo. En efecto, son algunos marcos colectivos:

1. Las empleadoras del servicio doméstico
2. Las trabajadoras remuneradas del hogar
3. Las clases populares
4. Las élites

Además, exploro archivos de fotografías y dibujos del Valle de Tumbaco. El resultado ilustra los procesos sociales en la materialidad y en el espacio físico, que muestra como que el ritmo, el tiempo y la accesibilidad es un factor determinante en la producción del espacio.

Un dato curioso es el hecho de que pude entrar a las casas de las empleadoras, pero no a las casas de las trabajadoras domésticas. En este caso, he incorporado una sugerencia de uno de mis lectores, que se refiere a la teoría de los actos de habla para entender que los contextos de emisión de un discurso influyen en lo que puede o no ser dicho en tal espacio social. Por ejemplo, complejiza la satisfacción de las empleadas con respecto a sus trabajos o la culpa de las empleadoras que son incapaces de comprender la relación de tutela que se esconden detrás de afirmaciones como “no quiero que le metas ideas en la cabeza”.

### **3.2. Observación de campo**

No siempre es fácil dar el salto, desde la descripción a la explicación. Pero, con una gran cantidad de notas, datos, observaciones que he recolectado durante el trabajo de campo, que incluye un año en la comuna de Lusón, se puede dar la necesaria transición entre descripción y explicación. La masa de datos descriptivos, tanto del mismo caso, como de casos comparativos, es fundamental para que el estudio tenga sustentabilidad y legitimidad. Para eso, es necesario “evaluar la conexión entre recolección de datos [...] que se apuntan hacia demostrar cómo la vida social toma la forma que toma, y por el otro lado, el desafío de explicar y de dar un argumento convincente sobre porque la vida social funciona como funciona” (Katz 2001, 5). Por lo tanto, he hecho un gran uso de trabajos de tesis anteriores a la mía, y éstas me han permitido evaluar mi propia recolección de datos. Las fuentes principales son los sujetos de este estudio, y es importante decir que logré entrar a profundidad en las entrevistas porque muchas de las entrevistadas eran amigas, conocidas y referidas. Al mismo tiempo, reconozco que la investigación científica exige un distanciamiento para crear un objeto de estudio que se analizará con métodos, técnicas y herramientas.

En el caso de las viviendas y las urbanizaciones privadas, la observación participante es una metodología difícilmente aplicada. Pero, con un poco de suerte (de la que siempre dependen las investigaciones) y la apertura que brindaron mis relaciones personales, pude acompañar a algunos de los sujetos en la cotidianidad: en los recorridos por la ciudad; en sus hogares; en

los parques; a las fiestas y en los lugares de entretenimiento. El trabajo de campo consistió en dedicar tiempo a estar en el Valle de Tumbaco y observar científicamente al entorno. Estas observaciones fueron registradas en diarios de campo, para luego servir para el análisis final de todos los datos del estudio.

En adelante presento los mapas de las ubicaciones de las distintas urbanizaciones que visité durante el trabajo de campo. Adjunto al mapa de cada urbanización, hay una descripción de las entrevistas que realicé y de cómo es cada lugar.

### **3. 1. Mapa de Pillagua**



*Fuente: Google Maps, 2020.*

La entrada de Pillagua es grande pero sencilla, luego de pasar por la entrada- un marco de metal enorme, hay una garrita de guardias en el centro del camino y atienden tanto a la entrada como a la salida. Si es necesario los guardias acompañan al visitante en moto y le llevan a la casa donde quiere llegar.

Dentro de la urbanización Pillagua entrevisté a dos empleadoras. Son dos mujeres entre 30 y 35 años, ambas amas de casa con múltiples hijos, una de ellas conozco desde la infancia y la otra fue una referencia de mi amiga. Ambas mujeres tienen dos empleadas que trabajan en sus casas, lo cual refleja el estatus social alto de las familias que viven en esta urbanización. Entrevisté a las dos empleadas contratadas por mi amiga, pero a ninguna de la otra mujer. Las trabajadoras que entrevisté no tienen la misma modalidad de trabajo, una es de “puertas adentro” y la otra es de “puertas afuera”. Cabe mencionar que mi amiga tiene gemelos y dos hijos más, por lo tanto “querría alguien que pueda estar ahí todo el tiempo, para ayudarme con



los wawas” (Entrevista con Carolina, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 1 de abril de 2017). En la entrevista con la empleada de puertas adentro me decía que le conviene trabajar puertas adentro porque de esa manera logra ahorrar para los estudios de su hija.

### 3. 2. Mapa de la Quinta



*Fuente:* Google Maps, 2020.

La urbanización La Quinta es relativamente nueva y hay pocas casas, adentro se extienden lotes de más de 2000m<sup>2</sup>. A pesar de no haber entrevistado a nadie de esta urbanización, no tuve problema para entrar. Me presenté al guardia y le conté sobre mi tesis, dejé mi cédula de identidad en la entrada y me dieron permiso para visitar el lugar.

### 3. 3. Mapa de los Jardines de Santa Inés



*Fuente:* Google Maps, 2020.

Esta urbanización es una de muchas que antes eran simplemente casas que compartían una calle, cada una con su muro, pero que ya se cierra la calle con un portón y se contrata a un guardia privado para trabajar en la garrita de la nueva entrada. En esta urbanización entrevisté a una empleadora, una artista plástica, ama de casa y madre de un hijo pequeño. En una conversa se enteró de mi tesis y accedió a una entrevista, en realidad, nos conocemos poco y nunca entrevisté a la empleada que trabaja en su casa en modalidad de “puertas afuera”.

### 3. 4. Mapa de La Vieja Hacienda



*Fuente:* Google Maps, 2020.

### 3. 5. Mapa de La Vieja Hacienda A



Foto por Andrea Robertsdotter, 2019.

### 3. 6. Mapa de La Vieja Hacienda B

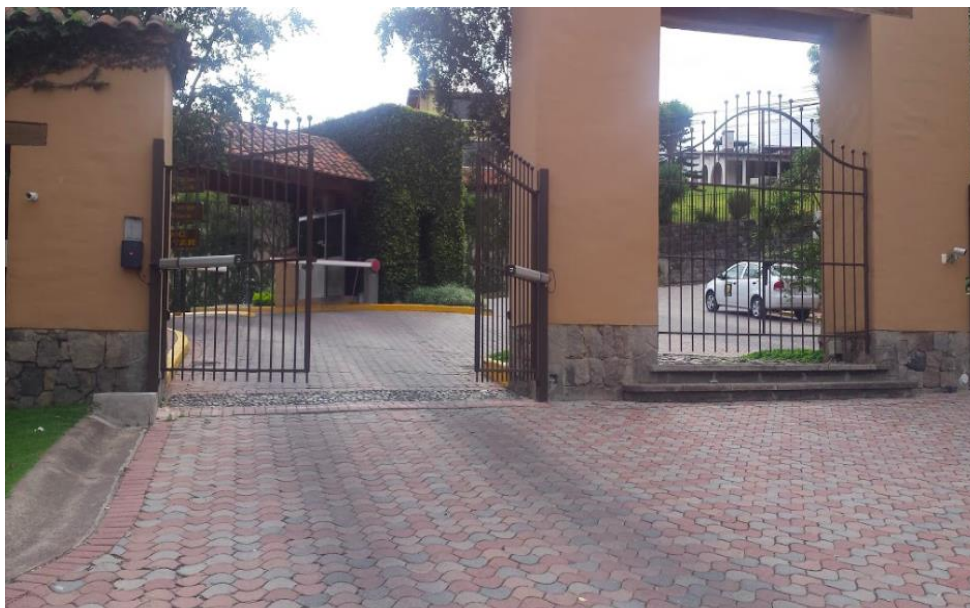


Foto por Andrea Robertsdotter, 2019.

La urbanización la Vieja Hacienda tiene dos entradas, uno para entrar y otro para salir, también hay una entrada principal, luego otra entrada donde se encuentra la garrita de los guardias. La primera entrada se abre automáticamente por los guardias, luego hay que identificarse con los guardias más adelante en la segunda entrada.

Esta urbanización fue una de las aquellas que no me permitieron entrar como investigadora. Sin embargo, sí entrevisté a una empleadora que vive en esta urbanización, aunque nunca entramos porque la entrevista se dio en un café en Cumbayá. La entrevistada es una señora

mayor que tiene nietos y bisnietos, la empleada que trabaja en su casa- de “puertas afuera”, trabaja más de veinte años con la señora. A veces lleva a su hermana o a su hija para trabajar con ella o en la casa del hijo de la señora, que vive en la casa de al lado.

### 3. 7. Mapa del Aromito



*Fuente:* Google Maps, 2020.

Esta urbanización es pequeña en comparación con las anteriores, pero su interior refleja la misma tendencia de todas las urbanizaciones en Cumbayá: cada casa tiene un muro propio que define la propiedad, incluso existen casas que tienen su garrita de guardia personal. En esta urbanización trabaja una empleada que conozco muy bien, nos conocemos ocho años y esto me permitió profundizar bastante en las entrevistas y acercarme a sus vivencias, también entrevisté a su hija que trabaja en una casa, de otra urbanización. Varias veces la llevé a su casa en el cerro Ilaló, pero nunca me permitió entrar. Incluso para las entrevistas nos veíamos afuera en algún café y, una vez, en la casa de su hermana, pero ni una sola vez en su propia casa. En esta urbanización entrevisté a dos empleadoras, una de ella es una familiar mía y la otra es la vecina de mi familiar.

### 3. 8. Mapa de los Balcones de Cumbayá



*Fuente:* Google Maps, 2020.

En la urbanización de Balcones de Cumbayá hay casas y departamentos. En uno de los departamentos vive una amiga mía, ama de casa y madre de cuatro hijos. Debido a la confianza entre nosotras dos, me dio permiso para entrevistar a su empleada. Sin embargo, esta entrevista se dio en la vivienda de mi amiga, con ella presente, y evidentemente hubo cosas que no podía preguntar a la trabajadora, ya que estaba ahí su empleadora.

### 3. 9. Mapa de Jacarandá



*Fuente:* Google Maps, 2020.

La urbanización de Jacarandá fue la primera vivienda de este tipo en el Ecuador. En el capítulo 5 me dedico extensivamente a este lugar, para señalar el proceso de lotización de las haciendas que inició el negocio inmobiliario de Cumbayá y el resto del Valle de Tumbaco. En esta urbanización realice 3 entrevistas, dos pertenecían a la misma casa: una madre y una hija

(con sus dos hijos y su esposo) que comparten un terreno, pero cada una vive en su casa. En las dos casas trabaja la misma empleada, de “puertas afuera”, sin embargo, la trabajadora le conoce a mi amiga desde que nació. Y, la otra entrevista era con una empleadora extranjera, que es ama de casa, madre de dos hijos con una empleada de “puertas afuera” que trabaja en su casa de manera informal, tres veces a la semana. En ninguna de estas casas entrevisté a las empleadas, y esto es el caso en la mayoría de las urbanizaciones. Por razones bastante obvias, en general no entrevisté a las empleadas de las empleadoras que fueron entrevistadas. En los pocos casos en que entrevisté a las empleadas, tuve que tomar en cuenta la interferencia de la presencia de las empleadoras y el hecho de que nos encontrábamos en la casa donde trabajan, lo cual sesga aún más lo que deciden compartir conmigo (no me podían contestar ciertas preguntas y no podía indagar en ciertos asuntos relevantes).

### 3. 10. Mapa de Auquí Chico



*Fuente:* Google Maps, 2020.

Afuera de esta urbanización hay una parada de buses donde se paran las trabajadoras del servicio doméstico para tomar el bus y regresar a sus casas, luego de haber trabajado en una de las numerosas urbanizaciones que están cerca. En las mañanas bajan en la parada y siguen el camino trazada en la tierra, que lleva al portón del Auquí Chico.

### 3. 11. Foto de la Parada de bus Auquí Chico



Foto por Andrea Robertsdotter, 2019.

En este lugar he tenido la suerte de encontrarme con algunas trabajadoras del servicio doméstico que han sido muy generosas conmigo. Sin embargo, las entrevistas no alcanzan un nivel de profundidad como el que encuentro en las entrevistas con las trabajadoras que conozco previo a este estudio.

No realicé ninguna entrevista en esta urbanización, y tampoco me dieron permiso para entrar como investigadora. Es una urbanización muy grande y donde trabajan muchas empleadas domésticas, en la entrada, a la izquierda, hay una pequeña estatúa de la Virgen María.

### 3. 12. Mapa de La Viña

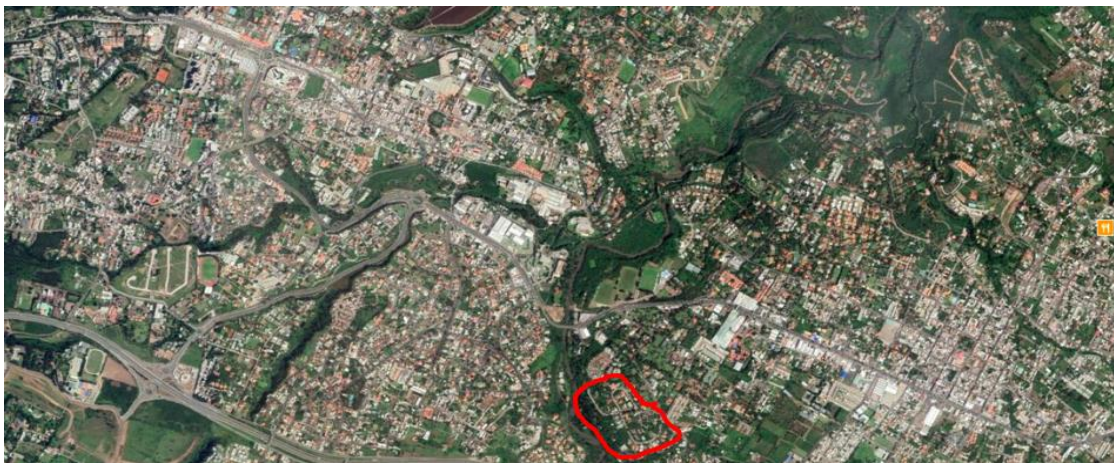


Fuente: Google Maps, 2020.

La urbanización la Viña es bizarra porque está abierta en partes, incluso hay un parque a la que se puede acceder, sin pasar por los distintos mecanismos de seguridad que son típicos de las urbanizaciones cerradas. Hay casas con terrenos muy grandes y otros que apenas tienen un jardín; hay urbanizaciones cerradas dentro de esta urbanización semi-cerrada.

Hice 4 entrevistas en este lugar, por la simple razón de que me concedieron una entrevista y acceder a una entrevista con las empleadoras es una tarea complicada. No solamente las entrevistadas de esta urbanización, sino todas las empleadoras que entrevisté, ante mis preguntas se preocuparon por “quedar mal” con sus respuestas. Al igual que las otras empleadoras, éstas también eran conocidas y la información que me dieron no se limitaba a las entrevistas. Tuve muchas oportunidades de observar la relación entre las empleadas y las empleadoras, pero éstas no fueron momentos explícitos de investigación. Hubo fiestas, almuerzos, cenas y hasta un entierro, donde pude recopilar datos para el análisis, ver las interacciones en el espacio y cómo emergen las diferencias sociales en determinados lugares.

### 3. 13. Mapa de Cunucbamba



*Fuente: Google Maps, 2020.*

Esta urbanización es muy grande y tiene una entrada que da al intervalles. En este lugar hice una entrevista, también con una amiga que conozco desde la infancia. Ella se irritaba con que la trabajadora pedía uniforme y que no querría comer en la misma mesa que su empleadora. Esta amiga fue mi informante principal, sin ella no hubiera conseguido todas las entrevistas con las otras empleadoras.

La mayoría de las entrevistas con las trabajadoras se dieron a través de los contactos que ya tenía con ciertas empleadas, las que a su vez me dieron los contactos de otras trabajadoras.



### 3. 14. Mapa de la superficie de las urbanizaciones



*Fuente: Google Maps, 2020.*

Por un año, durante el trabajo de campo, arrendé una casa en la Comuna de Lusón en el cerro Ilaló. El arriendo de una casa con tres cuartos, un baño, una sala y una cocina era de \$120 USD mensuales. Alrededor de la casa no había muros, las gallinas entraban a picotear en el jardín y las vacas pastoreaban afuera de la ventana de la cocina. Las pocas veces que me fallaba mi auto y me iba a casa en taxi, al subir al auto siempre me preguntaban: “¿A qué urbanización?” Al llegar a mi casa, los taxistas siempre se quedaban sorprendidos por donde vivía. No es de extrañar, si la mayoría de las clases altas viven en urbanizaciones cerradas y mi blancura es símbolo de estatus social alto. De vez en cuando se me acercaban las vecinas a preguntar si no necesitaba ayuda con mi hijo o si yo quería que vengan a limpiar mi casa o lavar mi ropa.

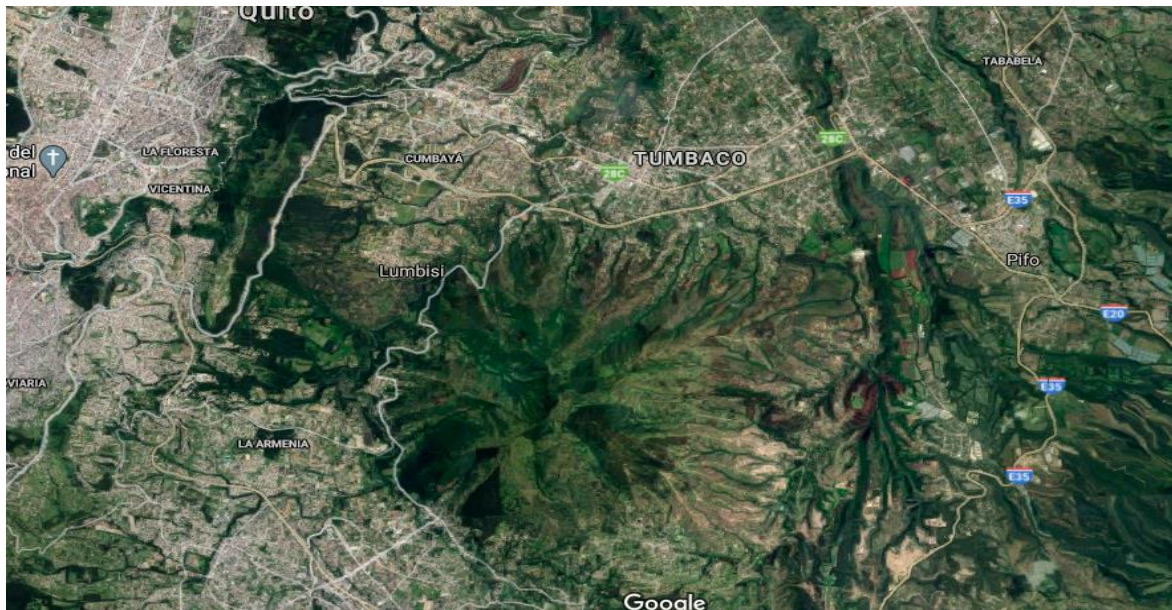
### 3. 15. Mapa de las comunas y los barrios



*Fuente:* Google Maps, 2020.

Las comunas y los barrios populares se ubican en la parte debajo de la Ruta Viva, ahí está la montaña Ilaló. De izquierda a derecha, están las comunas (en azul) de Lumbisí, la Comuna Central, Tumbaco Alto, Leopoldo Chávez (Rumihuaico), el barrio (en blanco) Chiviquí, el barrio la Morita, Plazapamba, Lusón, la Comuna Tola Chica, y antes de cruzar el río Chiche (la gran quebrada a la izquierda), encima de la Ruta Viva, a la izquierda del mapa están los barrios Santa Rosa y Churoloma. Casi todas las comunas y todos los barrios se separan por las quebradas naturales del antiguo cerro Ilaló. Una gran parte de los pobladores no tienen acceso al agua potable, incluso algunos no tienen electricidad en sus viviendas. Entre ellos se organizan para mantener las vías empedradas y adoquinadas, hacen mingas para limpiar las acequias de agua de riego y cada comuna y barrio cuenta con una casa comunal.

### 3. 16. Mapa del cerro Ilaló



*Fuente:* Google Maps, 2020.

La montaña en el mapa es el Ilaló, en este lugar las urbanizaciones están entrando con fuerza y sin señal de que van a parar en un futuro cercano. No obstante, este cerro es el territorio de las comunas y los barrios populares, donde los indígenas y los campesinos tienen sus lotes para el cultivo arriba en la cima de la montaña y sus casas en los poblados más abajo en las faldas del Ilaló. En este año recién llegó el agua potable arriba en el Ilaló, pero se destina a las urbanizaciones y los moradores originarios siguen pagando a los tanqueros para que suban con el agua.

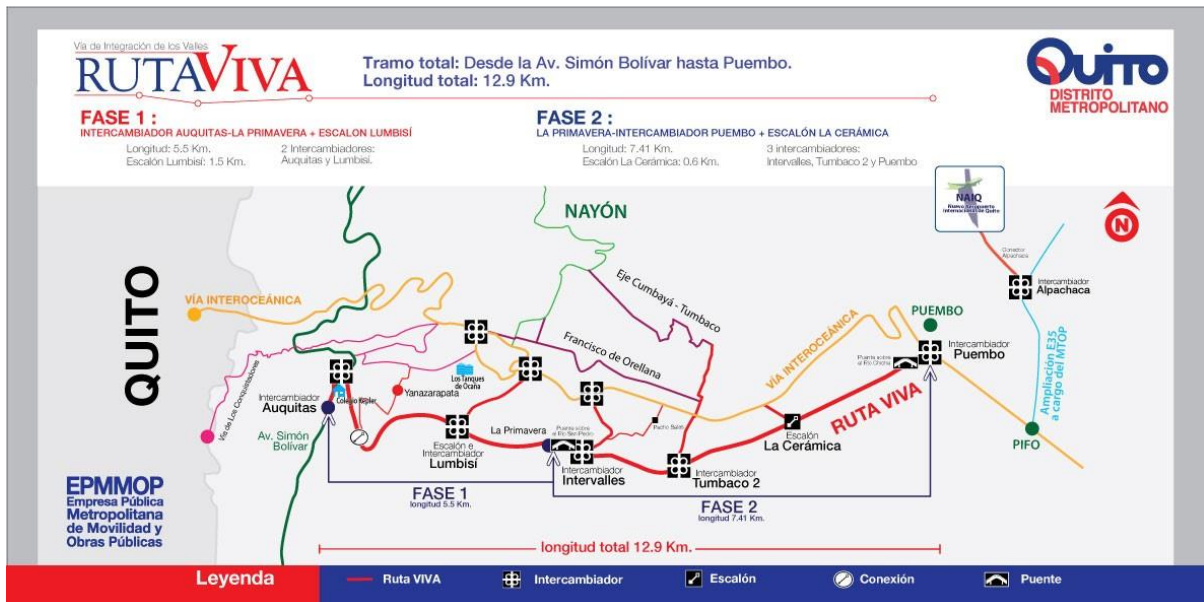
### 3. 17. Foto de la expansión urbana Ilaló



Fuente: El Comercio, 2019.

Atrás en la distancia se vislumbra el Pichincha, más adelante está el cerro Auquí de Lumbisí, y luego viene el Ilaló, sobre él cual las urbanizaciones se van trepando, cada vez más.

### 3. 18. Mapa Ruta Viva

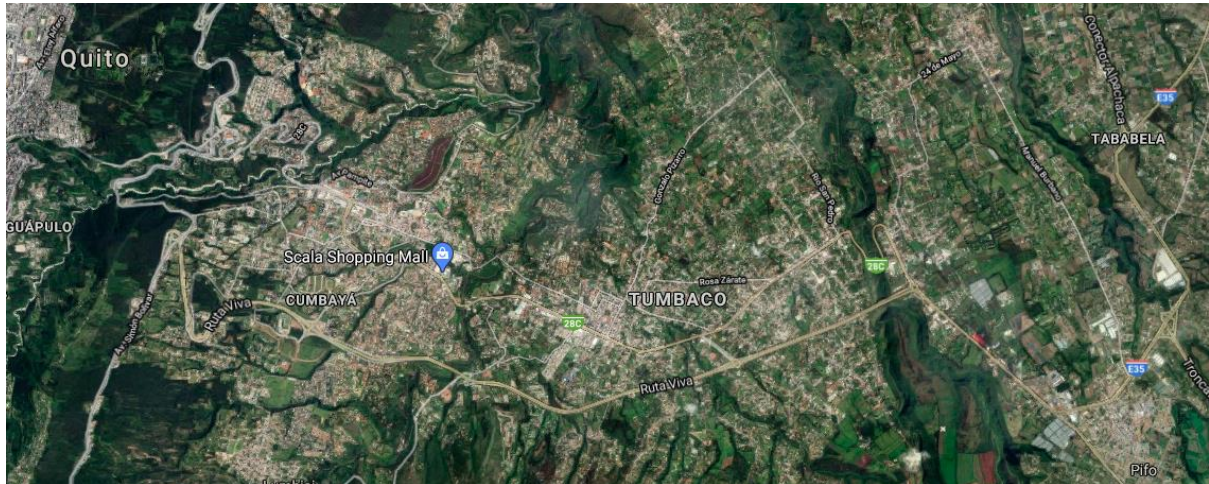


Fuente: DMQ, 2016.

La Ruta Viva abrió en 2014, un año antes de que empecé el doctorado. En la parte de arriba, hacia la derecha, se puede ver el reservorio de Cumbayá. El punto azul señalado más abajo es

el centro comercial Scala que se abrió en 2012, el año en que se comenzó a construir la nueva carretera que atraviesa Cumbayá y Tumbaco, hasta llegar al aeropuerto de Quito en Tababela.

### 3. 19. Mapa de la Ruta Viva



Fuente: Google Maps, 2020.

A lo largo de la carretera se alzan las paredes de cangahua, una roca compacta y resultado de erupciones volcánicas, al borde balancean las casas de losas de cemento, aquellas son las viviendas típicas de los barrios populares, tanto de la ciudad como de las comunas.

### 3. 20. La Ruta Viva A



Foto por Andrea Robertsdotter, 2020.

### 3. 21. Foto de la Ruta Viva B



Foto por Andrea Robertsdotter, 2020.

### 3. 22. Foto de la Ruta Viva C



Foto por Andrea Robertsdotter

El foco de la investigación es en las urbanizaciones y los conjuntos privados de la élite en Cumbayá; en las estructuras arquitectónicas y las características de las localizaciones (la casa; el parque; los lugares de diversión; la escuela y el colegio; servicios y bienes, etc). Porque, como indica Kwan, las experiencias de desigualdad y discriminación no se reducen al lugar

de residencia: “El movimiento del individuo en el espacio-tiempo es una trayectoria compleja con muchas dimensiones que interactúan entre ellas: la localización; la hora; la duración; las secuencias; los diferentes tipos de actividades y/o viajes” (Kwan, 2013b). De esta manera, no sólo es importante analizar dónde viven las personas, sino también sus experiencias en tránsito y en los lugares donde, incluso, pasan la mayoría de su tiempo. Además, hay ciertas actividades que solo pueden darse en ciertas locaciones. En este sentido, la perspectiva metodológica parte desde una “clasificación de los patrones de las actividades” (Kwan 2013).

Aunque este tipo de levantamiento produce “datos pequeños”, sí son relevantes por cuatro razones:

1. Las experiencias de ciertos individuos o grupos (por ejemplo, las trabajadoras domésticas; las personas muy pobres y los niños) tienden a ser excluidos de los archivos históricos oficiales.
2. Ciertas personas no van a ciertos lugares o espacios porque no pueden o temen visitarlos.
3. Hay personas que prefieren no divulgar su localización, y por lo tanto se enmascaran o se mueven mucho.
4. Los investigadores suelen limitarse a utilizar los datos de una localización física (Kwan, 2013).

Para levantar información sobre cuándo, cómo y dónde las mujeres pasan su tiempo, quise aplicar medidas individualizadas que permiten demostrar las variaciones en las percepciones de un mismo lugar o espacio. La idea principal era crear un “diario de actividades y viajes”, de cada individuo participante; lo cual, hubiera identificado escalas y también quién y/o qué ejerce una influencia. Desafortunadamente, no todas las participantes fueron dispuestas a dedicarse de tal forma, a mi estudio. Entonces, para levantar y producir estos “datos pequeños”, tuve que recurrir a la información proporcionada en las entrevistas.

### **3.3. Las fuentes secundarias**

Las investigaciones de Carlos López Veintimilla (2017), proporcionaron mucha información que hubiera sido difícil producir, dado el corto tiempo estipulado por el programa de estudios doctorales de la FLACSO. Esta fuente secundaria brindó datos sobre la primera urbanización

de Cumbayá: ¿Cómo fue concebida e interpretada? Y, ¿quiénes fueron las élites y porqué se movilizaron para juntarse en Cumbayá? En los estudios de López Veintimilla, el material que ha producido es bastante detallado y permite analizar los sentidos sociales que siguen incentivando a la producción privada del espacio.

Otra fuente secundaria de mucha importancia es el trabajo de Durán y Martí (2016), que se enfoca en la expansión urbana y el cambio de patrones espaciales en Cumbayá. Desde sus estudios obtuve datos sobre los barrios populares en Cumbayá y el fenómeno de la urbanización de las zonas rurales.

Los estudios históricos sobre los procesos sociales y la geografía del Valle de Tumbaco, como de Salomon (1980); Moreno Yáñez (1981); Rebolledo (1985); Pazmiño Jiménez (2013); Moscoso Cordero (2008) y Palacios Velasco (2017), fueron muy útiles para obtener datos sobre los procesos sociales que dieron forma a Cumbayá y, específicamente, de la colonialidad que sigue vigente en el presente. Con estos trabajos logré recopilar información para analizar la producción espacial de Cumbayá- desde antes de la llegada de los colonizadores, hasta la fecha. Además, estos estudios proporcionaron mapas y fotografías que aportaron al análisis del espacio y la desigualdad.

El trabajo de la abogada Moncayo Roldán (2014) fue una excelente fuente secundaria para recolectar datos sobre el servicio doméstico en el Ecuador. Su recorrido histórico del servicio doméstico, desde un marco legal, proporciona información sobre los avances y retrocesos en el ámbito de los derechos laborales de las trabajadoras remuneradas del hogar. Para datos sobre el servicio doméstico en América Latina fueron muy valiosos los trabajos de Chaney y García Castro (1993) y Valenzuela y Mora (2009), Gorban (2012; 2015), Kofes (2010), Brites (2014), entre muchos otros.

Finalmente, obtuve datos socio-demográficos de censos gubernamentales y planes de desarrollo territoriales de las parroquias del Valle de Tumbaco. La recopilación de datos geográficos y socio-demográficos vienen, en general, de las bases de datos del INEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) y de las organizaciones como OIT (Organización Internacional del Trabajo) y CARE Internacional. Además, he utilizado Google Maps y Google Earth Street View, para ver imágenes detalladas del espacio y que proporcionaron bastante información geográfica.



### 3.4. Los desafíos principales

La casa es un espacio privado, y por tratarse de aquello, es un lugar que no posibilita el acceso a cualquier persona. De hecho, debido a mis propios privilegios, fue relativamente fácil entrar a las casas de las clases altas; mientras, que ninguna de las trabajadoras me dio permiso para conocer sus viviendas. En la cotidianidad de mi propia vida, entro y salgo con frecuencia a las urbanizaciones donde viven familiares y amigas/os. Varios de los guardias me conocen, e igual, al tratarse de la tez blanca con que nací y con mi carnet de estudiante, fue posible entrar a las urbanizaciones donde, en realidad, no conocía a nadie. Al tomar en cuenta como nuestros propios privilegios permiten o no acceder a ciertos espacios o personas, es importante reflexionar sobre como esto podría haber afectado los resultados de la investigación.

¿Cómo se puede ser sensible al poder que uno tiene sobre otra persona? Y, en particular, ¿cómo estar atenta a las relaciones de poder que existen entre una investigadora y sus sujetos de estudio? El primer paso es reconocer de qué forma ejercemos poder y el segundo paso es ser crítico de ese poder. Varias feministas negras sugieren que mujeres como yo, feministas blancas y académicas, nos callemos y cedamos la palabra a las mujeres negras e indígenas, a las inmigrantes, a las prostitutas, a las trabajadoras, y luego que escuchemos a los hombres negros e indígenas. Nos advierten sobre “hablar de ellas sin ellas” y nos recomiendan escuchar y ceder espacios de privilegio (Albert Sopale 2020). Porque no todas compartimos los mismos miedos ni los mismos problemas, y como señala Albert Sopale, no se puede reducir a las desigualdades como si fueran algo que “nos afecta a todos y todas”. Porque al decir eso no cedemos la palabra ni escuchamos a las voces que decidimos representar.

En realidad, durante la investigación fue todo un reto aprender a ceder y no proyectar mis propias interpretaciones de las relaciones de poder en el servicio doméstico. Por un lado, muy pocas de las trabajadoras consideraron que la relación laboral era problemática. Es más, la mayoría de ellas expresaron un alto nivel de satisfacción en la relación con sus empleadoras/es. Habría que tomar en cuenta que al decir lo contrario, podrían poner en riesgo su trabajo o la sola posibilidad hacer que no valga la pena hablar abiertamente de problemas en las relaciones entre ellas. Por otro lado, el clasismo, el racismo y el machismo que forman parte de sus experiencias, prevalece en la calle, en el transporte, en las escuelas de sus hijos y en sus propios hogares. Creo que, si no las hubiera escuchado, hubiera saltado por encima de

estas experiencias y no hubiera visto la complejidad de las realidades que enfrentan las trabajadoras en la cotidianidad.

Al preguntar a las trabajadoras que piensan de mi estudio, a varias de ellas les parecía positivo, porque “nunca nadie se ha interesado por nosotras”. Al contrario, a las empleadoras les preocupaba su anonimidad y algunas hasta llegaron a sospechar de mis intenciones. Me decían cosas como: “No quiero que me hagas quedar mal” o “no quiero que le metas ideas en la cabeza a “x” (la trabajadora)”. Creo que esto es indicativo de la vergüenza y la culpa que pueden sentir las empleadoras frente al silencio entorno a sus propios privilegios. Con esto, espero haber creado una lectura de las desigualdades que matiza las nociones de identidades y lugares fijos, a la vez que haya sido fiel a las realidades multifacéticas y simultáneas que viven las empleadoras y las trabajadoras.

## Capítulo 4. Narrativas espaciales desde el servicio doméstico

Hay que decir lo que uno está viviendo...uno contar lo que está pasando (Amalia, - Entrevista a Amalia.

En este capítulo me enfoco en las experiencias de las trabajadoras, y no solo en el servicio doméstico, porque este último es algo que ha estructurado sus vidas de manera significativa, y mucho más allá de ser un trabajo, el servicio doméstico es una forma de vida. Por lo tanto, como parte del análisis escogí dos temas que más resaltaron en las entrevistas con las trabajadoras, la maternidad y la familia, partiendo también desde una perspectiva micro que involucra el aislamiento y el encierro de las trabajadoras. En las siguientes narrativas o historias describo diferentes repertorios de demarcación que se dan a este nivel y con esto espero aportar a los estudios sobre el servicio doméstico en el Ecuador, pero también a una mayor comprensión de lo que sucede en términos de las relaciones de clase al nivel del hogar y de la vivienda.

En las sociedades andinas, como en el Ecuador, la raza “es vivido como algo alternable, ... cambia en el cuerpo y el comportamiento, [no es] genéticamente determinado” (Roberts 2012, 120. En, Masi de Casanova 2013, 568). Las personas se pueden blanquear a través de adoptar las normas dominantes de la sociedad moderna, como, por ejemplo, normas de vestimenta, educación o empleo. “De esta manera, la ‘fabricación’ de raza no es teórica ni a priori, sino que es “actuado y... recreado a través de una gama más amplia de características, que van más allá de la apariencia física que se transmite por los genes” (Roberts 2012, 114. En, Masi de Casanova 2013, 568). El carácter cambiante de raza, hace que la distinción de los y las empleadores/as y las trabajadoras se “vuelve una prioridad”, en la que, los empleadores y las empleadoras, buscan diferenciarse de las trabajadoras en sus casas (Masi de Casanova 2013, 569). Eso es el caso en la mayoría de las empleadoras, por lo menos, desde las entrevistas de esta investigación.

Es un sábado y estoy en la casa de una empleadora, tiene una sala especial para recibir a los invitados y está puesta la mesa para el almuerzo de cumpleaños. Meche ha trabajado más de 55 años para la misma familia, crío a Roberto- el hijo de la empleadora, y la hija de Meche crío a los hijos de Roberto y su nieta cría al nieto de Roberto. La relación laboral es familiar y se extiende por varias generaciones, hoy día es el cumpleaños de Meche y la vamos a celebrar. Para mi sorpresa, nunca se sentó a la mesa a comer todos juntos. Meche salió de la

cocina en un delantal y con su hijo (el chófer de la empleadora) empezó a servirnos la comida hasta dar la vuelta completa por la mesa. Después, los dos se retiraron y procedieron a comer en la cocina mientras el resto de nosotros comíamos en la mesa. Si bien después de tantos años en el servicio de la misma familia es innegable que hay cariño y afecto, el uso del espacio hace explícito que para la empleada *la casa* es un lugar de trabajo y no de socialización.

En esta casa, la cocina es el espacio donde comen las trabajadoras y los trabajadores, entran a la sala o el comedor sólo para servir y atender a los empleadores (aparte de limpiar y arreglar). La empleadora es una señora mayor, viuda y de la alta sociedad quiteña; para ella, romper la distinción entre “nosotros/empleadores” y “ellos/empleados” significaría deshacerse de su identidad, la cual ha sido constituida a través de la trabajadora por años. Incluso la organización de su casa y la estabilidad de su hogar, es resultado de esta diferenciación. La casa de esta empleadora es parecida a muchas otras casas grandes que fueron construidas en los ochentas y noventas, durante el primero auge de la urbanización en Cumbayá. A pesar de que la moda de la arquitectura ha cambiado con las décadas, el espacio destinado y el uso de la casa que corresponde al servicio doméstico sigue más o menos igual. Raras veces el cuarto de servicio está dentro de la casa, suele estar colocado afuera de la cocina, al lado de la lavandería. En otras casas es común que haya una media agua, no más de dos cuartos y un baño, de menudo ubicado al lado del portón principal de la casa.

Las diferencias sociales se (re)producen en la intimidad de la casa, y el orden social jerárquico emerge al nivel de la cotidianidad en forma de repertorios de demarcación. No siempre sin culpa por parte de las empleadoras, ni sin resistencia por parte de las empleadas, a las categorizaciones sobre las que dependen las desigualdades para existir. La proximidad de las trabajadoras con sus empleadores y, en particular, con las empleadoras, se debe al hecho que sus trabajos se desarrollan en el espacio privado que es un hogar ajeno. Si no fuera por el trabajo que les une, es probable que no se conocieran.

El eje espacial de esta primera parte del capítulo es la proximidad y la distancia, lo cual funciona para entender la intimidad en la relación de las empleadoras y las empleadas, al igual que las diferentes formas de marcar la distancia social entre ellas. Las historias de estas mujeres se refieren a la familia y a la maternidad como principales diferencias sociales entre ellas. No solo hay las prácticas de demarcación con actitudes, objetos y espacios designados

hacia la diferenciación de las trabajadoras del servicio doméstico, sino que el espacio que produce esta jerarquía tiene un fuerte impacto en la intimidad de las familias de ambas, tanto de las trabajadoras como de las empleadoras. Además, analizar la proximidad y la distancia lleva a una discusión sobre la ambigüedad afectiva, que opera de manera diversa dependiendo de la relación entre la trabajadora y la empleadora.

La segunda reflexión de este capítulo, sobre el análisis micro de las desigualdades, gira entorno al aislamiento y el encierro en las modalidades de trabajo en el servicio doméstico. No es suficiente distinguir entre *puertas adentro* y *puertas afuera*, porque cada uno tiene varios matices o reflejan condiciones muy diversas. Hay empleadas que trabajan puertas afuera, pero si en algún momento llama la empleadora, no importa el día o la hora, tienen que ir o pierden su trabajo. En otros casos, hay trabajadoras que viven puertas adentro, lo cual puede ser en una casa aparte o en un cuarto al lado de la lavandería o la cocina.

Las trabajadoras de *puertas adentro* atienden a familias que no son propias de día y noche, en cambio, para ellas es casi imposible sostener a una familia o una relación de pareja. En un caso de las que conocí en este estudio, vivían dos familias en una media agua, que era parte de una casa donde trabajaba la abuela como empleada doméstica. En su casa vivían sus dos hijos, uno con su esposa y tres hijos, y ella con su esposo. Cuando la casa de los empleadores cambió de dueño, solo la abuela se quedó y el resto de su familia se mudó a un lugar cercano. Esta mujer ha trabajado como empleada en la misma casa por más de 12 años, pasando por cuatro dueños diferentes, e incluso sigue limpiando la casa del primer dueño que ahora vive en una urbanización moderna con casas más pequeñas.

El análisis espacial demuestra la singularidad de las experiencias que permite complejizar las perspectivas dominantes sobre las relaciones de poder. Más que relativizar “las percepciones del sentido común sobre el funcionamiento de la dominación” (Viveros Vigoya 2016, 11), juntar la interseccionalidad con el espacio, amplifica las diferencias que marcan las experiencias de desigualdad y posibilita ver como emergen de un lugar específico.

Una de las numerosas diferencias sociales que surgen de esta exploración espacial, es como las experiencias de las madres- tanto de las “empleadas” como de las empleadoras, son marcadas por desigualdades sociales. Ser madre de un/a infante y trabajador a tiempo completo en el servicio doméstico, es casi imposible, por lo que muchas de las trabajadoras paran de trabajar

cuando se embarazan. Algunas de las trabajadoras que entrevisté, trabajaron hasta el día que dieron a luz y varias de ellas fueron despedidas después de tener a sus bebés.

Claramente, las prácticas de reproducción social, como las maternidades, se configuran en base a la posición de clase. Es más, es la práctica primordial de la reproducción social. Si la maternidad parece demasiado natural como para reflexionar sobre cómo reproduce clases sociales, solo cabe advertir que nos encontramos frente a un sistema colonial y capitalista que desposee lo ‘natural’ de su historia, como si fuera exento de la crítica, algo incuestionable y más que nada anterior a lo ‘social’. Obsta el hecho de que sexo/género tiene tantas variaciones socioculturales como contextos históricos, y que por lo tanto no se trata de categorías homogéneas. Más que un instinto, la maternidad se vive de manera única con cada mujer, pero se estructura por las relaciones de poder, prolongadas y repetidas por las construcciones sociales e históricas.

#### **4.1. Las maternidades de las empleadas y las empleadoras**

En los resultados de las entrevistas, se pudo ver que se construyen diferentes maternidades en base a las experiencias que pasan por ser estructuradas por clase, raza y género. Si, en general, para las mujeres se nos dificulta trabajar al tener hijos, para las trabajadoras del servicio doméstico puede ser aún más difícil.

Yo, a lo que salí [de mi casa] me fui de niñera a los catorce quince y duré unos siete años, con la misma familia... con ellos yo trabajé unos seis casi siete años, y me retiré... Luego trabajé puertas afuera dos años y me casé. Pero nunca he dejado de trabajar, ahí tuve que trabajar más [esto lo dice en voz más baja, pero también se ríe] ¡Tenía que mantener a mi marido! [...] Luego trabajé con mis hijos, siempre así haciendo limpieza, y luego...en el segundo embarazo de mi hijo, dejé de trabajar, me puse a vender comidas por dónde fuimos a vivir. Pero no me gustó. Luego con Viviana [tercer embarazo] volví a trabajar, con ella, hasta cinco años, o sea siempre he estado trabajando en limpieza, y si hay veces que ha sido de salirse es por por lo que no entienden, por los hijos. Entonces, de ahí uno tiene que retirarse y organizarse con los hijos para luego volver a buscar trabajo (Entrevista a Diana, el 18 de abril 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Algunas de las trabajadoras que fueron entrevistadas, relatan como al embarazarse tuvieron que renunciar a sus trabajos y luego, como al volver a trabajar, se dificultaba manejar la carga del cuidado de los hijos y las hijas. Todas las trabajadoras entrevistadas se refieren al problema que presenta ser las cuidadoras principales de sus propios hijos e hijas, mientras que

su tiempo se va en el cuidado de niños y niñas que no son propios. Es más, la crianza de hoy en día es diferente, y en muchos aspectos, más complicado que lo que era antes:

Antes uno tenía que trabajar y vivir, ahora ya se pone todo más difícil, y hay que estudiar ya no es como antes, o como mí mamá pensaba [al mandar a las hijas a trabajar *puertas adentro*], si se va, ya tiene comida, como se diría pan, techo y empleo. Entonces no necesita más, ahora en cambio, los tiempos son otros, es más difícil, que ellos estudien para que no... justamente para que no pasen lo que uno a trabajado y no se ha podido cuidar de los hijos, o sea uno a veces piensa eso no, o sea que ellos ya no tengan que sufrir eso” (Entrevista a Diana, el 18 de abril 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Lo que aspiro, sueño y pido a Dios, es que mis hijos se preparen, dar lo que no tuve a mis hijos. Que mis hijos no sufran a veces los que nosotros hemos pasado. ... Que sean profesionales, que se defiendan ellos, que no sean quién los mande, no, que ellos tengan su empresa, y que sean humildes y que no se olviden de donde nosotros venimos y que hemos superado para que ellos puedan decir así superé! (Entrevista a Elisa, el 13 de agosto 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

La maternidad de las trabajadoras domésticas está marcada por una preocupación de no reproducir las desigualdades que marcaron sus experiencias como madres trabajadoras. En una entrevista, la trabajadora también había trabajado en restaurantes, en las *Chifas* de Ibarra y en las florícolas de Tabacundo. En el primer trabajo, el horario era de once en la mañana hasta la una de la mañana, una jornada laboral de catorce horas; y, en el segundo, la jornada empezaba a las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche, 16 horas incluyendo el viaje ida y vuelta, de Ibarra a Tabacundo. Durante ese tiempo, Carmen pagaba a su hermana para que la ayude con su hijo. Pero, muchas veces, al salir del trabajo, ella tenía que ir de casa en casa de las vecinas y buscar a su hijo. Una vez, encargó a su amiga para que retire a su hijo del colegio y le había llevado a pedir caridad en el mercado. Ahora, Carmen trabaja en el servicio doméstico, como “empleada” que limpia y cuida de los niños y las niñas de las urbanizaciones. Lleva a su hijo menor con ella y recoge a sus otros dos hijos del colegio, lo cual hace que es difícil encontrar trabajos que la permiten llevar a su hijo y salir a ver a los otros dos. Cuatro de las 15 empleadas que entrevisté trabajaron con sus hijas, y tuve la oportunidad de entrevistar a 3 de ellas. En una entrevista con la hija de Lorena, me contaba de su madre:

Mi mamá es de Conocoto, pero cuando conoció a mí papá, paró de trabajar para los Ponces en Cumbayá y se fue a vivir en Amaguaña.

Éramos pobres, qué te diré, la casa era hecho de ladrillo y había dos cuartos, y mi papá hacía ladrillos al lado de la casa.

Vivíamos al pie de Pasochoa y me acuerdo con nosotros jugábamos todos los días en los bosques, mi mamá trabajaba en la Primavera (era una hora y media y tres buses para llegar al trabajo) y mi papí ¿dónde estaría?

Vivíamos en Amaguaña, en el terreno de la familia de mi papí, y mi mamá no les agradaba mucho. Un día mi papá se bajó al pueblo a tomar y nos aprovechamos para huir, digo huir porque no llevamos casi nada de lo poco que teníamos. No podíamos tener las cosas empacadas porque sino él se daría cuenta de que nos íbamos a ir. Llevamos lo justo y necesario, dejamos todos los perros y sólo nos llevamos un gatito. Fuimos a la casa de mi tía en Tumbaco. Fue mi tía y la Doña Florencia que le convencieron a mi mamá que no se deje... Como a mi mamá no le gusta molestar a nadie, muy pronto arrendó el departamento de al lado de mi tía. Pero, de repente, un día mi papá estaba ahí, en la casa, con una camioneta con todas sus cosas. Y vino a vivir de nuevo con nosotros.

En ese tiempo mi mamá trabajaba en tres departamentos, todos en el mismo edificio. Mi mami paró de trabajar por la señora Florencia- porque dijo que ya no la podía pagar. A mi mamá le ofrecieron trabajo en un edificio, donde un extranjero, pero como mi mamá no confía mucho de los hombres, nos fuimos a la casa de al lado de la Doña Florencia y ahí vivíamos todos.

La señora de esa casa era peruana, su esposo era piloto y pasaba viajando. Vivíamos en una casita al lado de la señora, había la casa grande, la lavandería y nuestra casita. Pero, yo vivía en la casa de la señora, ahí tenía mi propio cuarto, porque ella tenía una hija que era de mí edad. La señora era joven y mi mami la trataba casi como hija, pero se mudaron a Estados Unidos.

La señora estaba embarazada y mi mami la cuidaba como hija. Ella nos dio vivienda y gracias a ella le operaron a mi mami en el hospital del Valle, y ella le cuidó. Fue como una hija para mi madre... en día de las madres le dio una carta a mí mamá.

Fueron momentos duros, pero también hay gente buena. Hace unos años atrás nos vinieron a visitar en la casa, teníamos una buena relación. Fue un gran apoyo para mi mamá, por la separación y también le ayudó a mi mamá con una operación. En esa época mi mamá casi nunca salía, pasaba cuidando del bebé de la señora y era puertas adentro. Era trabajo de lunes a lunes. Aunque sí viajábamos bastante, la señora, su bebé, su hija, mi mamá y yo. Íbamos a Papallakta, a la playa... y ¡dejábamos la casa botada!

Cuando yo era pequeña, era siempre mi hermano que nos cocinaba, él es 7 años mayor que yo. Como soy *carishina*, él es que más hace en la casa, es mi hermano que cocina, lava... A veces nos turnamos, entre yo y mis dos hermanos que vivimos con mi mamá.

Nunca me voy a casar... Veo los problemas que tiene mi mamá ahora que se quiere separar de mí papá. Los papeleos, los abogados, y la persona que empieza el proceso tiene que seguir de largo... Decidimos que no estamos para eso. Pero, ahora es un problema, porque cuando mi mamá tenía que firmar los papeles para *su* casa, no pudo porque tenía que trabajar. Así que firmó mi papá... [Y] ahora él quiere la mitad del terreno.

Mi mamá quiere salir de esa casa porque le recuerda a mi papá. Estaba pensando arrendarla y que nosotros vayamos a arrendar algo en Tumbaco, pero los arriendos por acá ya son muy altos. Necesitaríamos una casa de tres o cuatro cuartos, y



además tenemos los animales. A mí me daría mucha pena dejar a los perros, los gatos, y mí arbolito de limón.

La relación entre las empleadas y empleadoras en el servicio doméstico marca una relación de clase, y las prácticas de sus maternidades son cruzadas por la desigualdad desde el posicionamiento social de cada una de ellas. En el caso de las trabajadoras, una gran parte de ellas dicen que conocen mejor a los niños y las niñas que cuidan, que a sus propios hijos y e hijas. El tiempo de la trabajadora se destina de sobremanera a las familias que cuidan, y a pesar de que las empleadas no quieren que sus hijas trabajen en el servicio, las llevan consigo al trabajo para poder cuidar de ellas.

Yo tuve la oportunidad de trabajar con mis hijos, de llevarles y trabajar y dejarles a ellos en el cuarto de empleada. O, sino cargándoles a la espalda y haciendo las cosas. ¡Es duro! Es cansado, pero al mismo tiempo es tener la tranquilidad de saber que ellos están con uno. Que duermen que pueden comer... (Entrevista a Lorena, el 14 de abril 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Son las cinco de la tarde y es un típico día de invierno en el Valle de Tumbaco. Del cielo cae un tremendo agüacero y por el camino empinado baja un río de lodo, María vive en el tope de la falda del Ilaló. El barrio recién se legalizó, aunque todavía no existe alcantarillado, pero ya no son tomas de tierras ilegales, sino lotes con escritura. El día en que María iba a firmar la escritura, no pudo ir porque tenía que trabajar y no la daban permiso para salir. Entonces mandó a su esposo, que ahora es el ex y le quiere quitar la casa en el divorcio.

La estoy llevando a su casa luego de recoger a mi hijo en la casa de su padre, una casa grande dentro de una urbanización cerrada en Cumbayá, que es donde ella trabaja como empleada por casi 30 años. Vivimos cerca y en la ruta aprovecho para hablar con ella sobre su vida. Cuando llegamos a su casa, una pequeña estructura hecha de bloques de cemento y de un solo piso, me invitó a ver su cultivo de rosas en el jardín, y me paré a mirar el vecino en frente que lavaba su ropa en una piedra de lavar. El hombre era imponente, torso desnudo y piel negra, su cara seria mientras lavaba debajo de un techo de zinc que le protegía de la lluvia. En el carro, Lorena me había contado de su madre y como su forma de protegerla y cuidarla era de ponerla a trabajar en una casa *puertas adentro*.

L: Mi mamá era bien buena, hasta que salimos de la escuela. Nos cuidó, nos protegió, pero al momento de que ya salimos, nos daba a trabajar, así no nos guste. A lo que ya salimos de la escuela, nos mandaba [a ella y a las hermanas] por lo general a *puertas adentro*. Ella hablaba con los señores y nos mandaba *puertas adentro*,

porque recién me contó que [para] ella, era la forma más segura de tener a los hijos porque estábamos a cargo de los señores, teníamos comida y cuarto, o sea estábamos bien para mi mamá. O sea, era la forma más segura de tener a las *hijas*... Cosa que yo no podría hacer hoy con mis hijos, porque se siente que uno les protege más o quiero que estén conmigo, o sea para mi, ya tienen 21 años y no me gustaría que se vayan de la casa [se ríe].

A: ¿Qué ha cambiado?

L: ¿Qué ha cambiado?

[Silencio]

A: O, ¿qué no ha cambiado?

L: Antes una tenía que trabajar y vivir, ahora ya se pone todo más difícil, y hay que estudiar. Ya no es como antes, o como mi mamá pensaba, si se va [la hija o el hijo] ya tiene comida, como se diría pan, techo y empleo. Entonces no necesita más, ahora en cambio, los tiempos son otros, es más difícil... que ellos estudien para que no... justamente, para que no pasen lo que uno a trabajado y no se ha podido cuidar de los hijos, o sea uno a veces piensa eso no... que ellos ya no tengan que sufrir eso.

Ser madre es algo que no es siempre lo mismo...no todas las madres tenemos la misma experiencia, no tenemos la misma experiencia de ser madres, ¿no cierto?

Yo creo que para ellas [las empleadoras] es mucho más fácil, que para uno que es, no me gustaría decir la palabra, pero pobre. Es mucho más difícil. Porque nosotros tenemos que hacer *madre mujer esposa* tenemos que hacer veinte cosas a la vez, por ejemplo, salir cocinando, llegar a cocinar, regresar a cocinar, a lavar, o sea en un día tenemos que administrar *dos* casas (Entrevista a Diana, el 18 de abril, 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Tal vez ya no sea tan común que las mujeres manden a sus hijas a trabajar en casas ajenas, pero sí las llevan a sus trabajos. En varios casos, las hijas de las trabajadoras “ayudan” a sus madres en las casas donde trabajan, muchas veces sin remuneración. En el caso de los hijos, no existe el mismo miedo que viven las madres con respecto a sus hijas.

La mayoría de las empleadoras de las clases altas que fueron entrevistadas, son amas de casa, y la maternidad es una preocupación por la calidad del tiempo, en forma de distracciones y actividades, que puedan tener los hijos. “Mi hija tiene mejores distracciones que otros niños, que solamente pasarían con la empleada todo el día”, “Recojo a mi hija [de la guardería], y la tarde pasamos juntas, a tomar un helado, que vamos a pintar, que vamos al parque... Tengo un día intenso, porque paso todo el día con mi hija” (Entrevista a Adriana, el 28 de julio 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). En cambio, la maternidad de las trabajadoras está marcada por una lejanía entre ellas y sus propias *wawas*; mientras que en el trabajo es todo lo

contrario. Las trabajadoras tienen bastante proximidad, tanto física como emocional, con los niños y las niñas que están encargadas a cuidar. En el caso de que sean bebés, la proximidad es casi total, y las trabajadoras suelen adoptar el rol de “madres helicópteros” que nunca dejan el lado de la criatura y les complacen en casi todo.

Una de las amas de casa decía que, por un lado, pasaba “todo el santo día” con su hija, pero también reconocía que podía dejar, tranquilamente, a su hija con la “empleada” para ir al gimnasio, visitar parientes o verse con sus amigas. En mis recorridos de observación de campo, por ejemplo, en el Centro Comercial La Esquina en Cumbayá, veía los boletines que anunciaban la venta de juegos de té o acciones para el Club Arrayanes (un country-club). Estos anuncios demuestran no solamente los capitales económicos de la clase alta, sino también el capital simbólico, social y cultural que se produce en la participación de actividades como las tardes de té o en el *club*. En ese sentido, como lo constata Salazar Parreñas (2001) una madre de la clase alta se “libera” del trabajo doméstico a través de contratar los servicios de bajo sueldo de mujeres de una clase social más baja. Y, a una de las cosas a las que se dedican las amas de casa de las clases altas, es hacer de los hijos proyectos de consumo (Paxson 2004). En el caso de las empleadoras en Cumbayá, también se dedican a tejer las redes sociales de su entorno, para fomentar conexiones y asegurar el estatus social. Igual, las trabajadoras buscan crear vínculos o palancas que les permite un poco de movilidad social.

Las diferencias y las similitudes, tanto en las experiencias de la maternidad como desde los sentidos entorno a la maternidad, revelan que son “los productos de las relaciones sociales que son negociadas [con] las trayectorias, por los actores emplazados” (Baldwin 2012, 209). Las experiencias de las madres-amas de casa, de las clases altas, tienen coordenadas del espacio y el tiempo muy distintas. Es decir que las características de sus historias pueden ser muy distintas a las de las trabajadoras, pero existen simultáneamente “(lo cual no implica que no son conectadas) y de futuros que potencialmente lo son también” (Massey 2005, 11).

Recién contraté a una enfermera, dizque para las noches porque no podía más. Fue terrible, le maleducó a mí hijo, le acostumbró solo a brazos, se olvidaba de darle su medicamento... mi hijo le operé del riñón, tenía que ocuparse de darle la medicina a mi hijo y ¡se olvidaba! Yo le decía “sí le diste la medicina?” porque lloraba mi hijo del dolor, “Ay me olvidé” y dije aquí contraté a una enfermera y ¿cómo se va olvidar? Después se olvidaba de darle de comer, le decía a las 4:30 “ya le diste de comer?” y “ay no me olvidé”. Entonces fue lo peor.

Estuve 3 meses con ella. Y era terrible terrible terrible. Además, que se comía todo de la refrigeradora. Bueno, por último, eso no me importaba... Pero, él que se olvide de

dar de comer a mis hijos y que no le de la medicina a mi hijo y siendo una enfermera, y además que ahora mi hijo se acostumbró a que ahora en la noche, como ella tenía un sueño tan profundo, ella dormía con ellos, le acostumbró a mi hijo a dormirse en brazos, a uno de ellos. Entonces, ahora mi hijo se levanta todas las noches y quiere estar en brazos. Yo me levanto cada dos horas a atender a los niños que fueron malcriados por ella. Y eso fue la peor experiencia. El día que se fue, ella era de Nicaragua y nunca la tuve confianza, me metí a su cuarto y me puse a revisar las maletas y se llevaba todo y creía que yo nunca le diga nada. Se llevaba papel higiénico, champú, comida. Todo a su casa. Agarró todas sus cosas para ir a Nicaragua, porque yo la traje.

[Una amiga] me recomendó esa chica, dijo le pagas el pasaje y la traes. Es de una amiga que tiene enfermeras, y yo estaba feliz con ser mamá y no necesitaba ayuda, pero ya levantarme y no dormir, entonces durante unos meses contratamos a esta enfermera. Como ya íbamos a operar a mi hijo, dije sí vale la pena porque va ser dura la recuperación. Y me tocaba a mí estar atrás de la enfermera. Porque ella se quedaba dormida no sentía como hijo lloraba. Y cuando por fin les cogía, yo lo veía en la cámara, cuando por fin les cogía, se quedaba dormida. Entonces tocaba ir nuevamente a levantarle a ella a decirle, “¡Ey ponga mí hijo ya en la cuna!” o lloraba y otra vez le iba a coger. Otras veces me tocaba a mí levantarme y decirle que le ponga en la cuna.

A: ¿Tú amiga tiene una empresa de enfermeras de Nicaragua?

V: Sí, tiene una empresa de enfermeras de Nicaragua, no sé porqué. O sea, son mucho más barratos que de acá. Una enfermera te cobra carísimo el día. Y dije, bueno, le pago el pasaje, pero fue lo peor que pude haber hecho. Ahora estoy súper feliz con mi puertas-adentro. Pero quieras o no, siempre hay que estar atrás de ellas, por más que contrates una enfermera experimentada en terapia intensiva y todo lo mejor del mundo, siempre hay que estar atrás de ellas. Como ahorita, ahorita tengo que ir a darle el almuerzo a mis hijos (Entrevista a Victoria, el 16 de julio 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Si las trabajadoras se dedican a la realización de las tareas domésticas, las amas de casa son las administradoras o gerentes de sus casas. Ellas están presentes para dar órdenes y enseñar a las trabajadoras como les gusta tener a sus viviendas y servir a la familia e invitados. En este sentido, la empleadora se libera del trabajo doméstico físico, pero su mente tiene que estar enfocada en el manejo de su hogar y su familia.

Hay que estar ahí atrás... como la fruta se me está pudriendo y no tienen iniciativa de hacer algo por sí solas. O sea, se me está dañando la fruta, la papaya o la sandilla... le cubres le haces algo, pero cuando ya está con hongos, me dice “¡ya se pudrió!”. Entonces, no tiene iniciativa de hacer. Igual, si la niña tiene hambre, no se va poner ella solita a cocinar, la de puertas afuera. La de puertas afuera trabaja de 9 a 3, la de puertas adentro ella entra a las 6-6:30. Entra a la casa ya desayunada, bañada y todo. Y ella me ayuda a hacer el desayuno de mi marido, yo le hago el desayuno a mi marido. De ahí le damos de comer y ya tipo 6:30 de la tarde, yo le dije a ella que a las 5 podía irse a descansar si quiere. Pero, ella dijo que quería ponerles a dormir a los niños y a ella a bañarles. Sino se queda ella solita ahí en el cuarto (Entrevista a Victoria, el 16 de julio 2017. Entrevistado por Andrea Robertsdotter).

Vemos que los sentidos de los lugares se distinguen al tratarse de quién los vive y cómo se corporizan en el espacio. La mujer que contrata a otra mujer para los quehaceres domésticos se puede liberar del trabajo doméstico, completamente o parcialmente. En las entrevistas no pensé en incluir cierto número de amas de casa, ni de madres. Simplemente surgió que, entre una muestra de 15 empleadoras, 10 eran amas de casa y no trabajaban afuera del hogar. De estas 10, 7 de ellas tuvieron hijos pequeños (menores de 6 años de edad). Puede ser que esto se debe a que mis contactos personales giran entorno a mi propia condición como madre y de clase media-alta del Valle de Tumbaco.

Las amas de casa-empleadora del servicio doméstico, hacen las compras acompañadas de las trabajadoras; van a la escuela acompañadas de ellas; cocinan con ellas; se ocupan de los quehaceres domésticos; crían y cuidan a los hijos. Pero para pagar las factures, y esperar en las filas de la empresa del agua o la empresa eléctrica, prefieren mandar a “sus empleadas”. Argumentalmente, la trabajadora siempre está libre de irse, pero la ama de casa es presa de sus responsabilidades, principalmente, como madre y esposa. A pesar del alivio que puede ser encargar la ejecución de los quehaceres domésticos a otra persona, y el estatus que confiere a la empleadora, son pocas las empleadoras que no pasan en la casa, en comparación con los hombres, los empleadores. Esto es indicativo de que las mujeres, aunque tengan un estatus más alto, nunca se desvinculan del hogar y de lo doméstico. Sólo que tienen la opción de pagar a alguien que se encargue de la labor, o como dijo una empleadora: “Yo no quiero limpiar *mierda*, si puedo pagar a alguien que lo pueda hacer, lo voy a hacer” (Entrevista a Carolina, el 1 de abril 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

#### **4.2. La familia y la intimidad**

La familia es parte del estatus social y es algo difícil de construir para las trabajadoras del servicio doméstico, en particular, para las que trabajan *puertas adentro*. Por el lado de las familias empleadoras, el servicio doméstico es una muestra de estatus social de sus familias, y mientras más alto, tienen más empleadas. Pero, la intimidad en la casa es constantemente influenciada por la presencia de la(s) empleada(s). Para una gran parte de las empleadoras, las trabajadoras entran a sus casas para trabajar a las 7:30, 8:00 o a veces a las 6:30 (en dos casos de trabajadoras de puertas adentro). Las empleadas recorren toda la casa hasta las 16:00 y muchas veces más tarde, especialmente si hay niños en la casa. Durante ese tiempo hay una

serie de repertorios de demarcación que diferencian entre *la casa como trabajo y la casa como vivienda; la empleada y la empleadora; los ricos y los pobres; el campo y la ciudad.*

Moa no se consideraba una “patrona” y tampoco le consideraba a Cari como una “empleada”. “Es familia”, me decía. En las entrevistas del estudio, había trabajadoras que no llevaron uniformes y que expresaron sentirse “como parte de la familia, como una hija”; mientras que había otras que pidieron un uniforme, pero lo fueron negado “por ser parte de la familia”, o porque las empleadoras sentían que era extraño que usen un uniforme. A pesar de expresarse de forma particular en cada caso, el uso del uniforme marca una clara diferencia social en la que se constituye mutuamente la empleadora y la trabajadora. Dependiendo del lugar, el uniforme puede servir para el distanciamiento afectivo de las empleadas en sus relaciones laborales. O, también la falta de un uniforme puede ser indicativo de “lazos familiares”, que benefician el “buen-trato” de las empleadas, pero que ofusca la relación laboral.

En Cumbayá es común que una familia de clase alta tenga una relación de varias generaciones con una sola trabajadora del servicio doméstico. Incluso, casi la mitad de las empleadoras entrevistadas tenían historias de sus familias en relaciones intergeneracionales con alguna trabajadora, hasta el punto de no decirle ‘empleada’ “porque es parte de la familia” (Entrevista a Moa, el 2 de abril de 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). Desde el punto de vista de las empleadoras, en las relaciones con las trabajadoras del servicio doméstico, y que han durado décadas, se resalta el aprecio y la intimidad de la relación. En las entrevistas, hubo varias relaciones entre empleadoras y trabajadoras que duraron varias décadas, y en las que “las empleadas” criaron y cuidaron a los hijos de los hijos de la empleadora. O, al revés, en las que la empleadora crío y cuidó de la hija de la trabajadora, y las provee con alojamiento y comida en su casa, y con la educación. Incluso, a veces, si la trabajadora tiene algún problema de salud, las empleadoras suelen proveerles con el acceso a la atención médica. El problema principal es que “el buen trato” depende totalmente de la buena voluntad de la familia empleadora.

Moa, es ecuatoriana-danesa y tiene un máster en literatura y una licenciatura en periodismo, también es actriz. En su comedor cuelgan cuadros de artistas ecuatorianos contemporáneos y su departamento es pequeño, en comparación con las casas al otro lado de la calle, dentro del conjunto privado. A ratos me habla en inglés para que no nos entienda Cari (la trabajadora): “*You know, for me, the most important, between me and Cari, is respect...* Por eso no quiero

que lleve uniforme. Bueno, ella lo pidió al inicio, pero poco a poco lo fue dejando... ¿Tú sabes que las clases altas, muy altas, les encanta eso? Porque tienen uno para la niñera, otro para la empleada” (Entrevista a Moa, el 19 de octubre 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). Cari no tiene uniforme, se viste en calentadores y una camiseta. “Ni le decimos empleada, para mi, eso una palabra horrible, ella es parte de la familia”, me dice Moa. En la casa de Elin, la trabajadora se viste en calentador y camiseta, pero cuando hay algún evento especial, Elin la pide que se viste en su anaco y sus collares indígenas. De esta manera, no se pierde la necesaria distinción de clase, de la que depende la blanquitud de las clases altas. Pero, como la conozco bien a la trabajadora, sé que también le gusta ponerse su vestimenta indígena.

La posición de “igualdad” que adoptan algunas empleadoras, en particular, las extranjeras, puede disminuir a las trabajadoras, o por lo menos incomodarles en la relación laboral. Las trabajadoras pueden optar por exigir un uniforme, no aceptar regalos y preferir un trato respetuoso, antes de un trato que sea “igualitario”. Por ejemplo, las trabajadoras nunca se refieren a las empleadoras solo por sus nombres, sino que siempre es: “Señora...”, porque en el orden social dominante, las empleadoras siempre van a ser “más blancas” que las trabajadoras; es decir que, desde sus posiciones privilegiadas, las empleadoras se refieren a la igualdad, de menudo, sin escuchar a las trabajadoras. Esto tiene el efecto de ocultar las diferencias sociales, desde una actitud que neutraliza a las conflictividades y desconoce la opresión. Como resultado, el margen de “igualdad” se disminuye y, muy comúnmente, se borra por completo. Además, analizando las entrevistas con las empleadoras, el discurso de la igualdad se reduce a una manera de presentarse como “políticamente correcto”; lo cual, va de la mano con los buenos modales que defienden las clases altas.

Después de la entrevista, Moa me preguntó si también quería entrevistar a Cari, y le dije que sí. En voz baja añadió: “Pero, no queremos meterle ideas en la cabeza...hasta le pagamos más de lo que debemos porque la sentimos parte de la familia” (Entrevista a Moa, el 19 de octubre 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). Un poco nerviosa y sentada en la misma mesa en la que entrevisté a Moa, Cari me contó que su esposo le maltrataba y por eso le divorció. Tuvo que encontrar trabajo y empezó a trabajar como “empleada” hace once años. “Yo trabajo con la señora Moa cinco años, y les conozco a los niños desde que eran muy chiquitos...”. Ahí se quedó corta porque Moa irrumpe a la sala y dice: “Cari... ¿Cocinaste? Olvidé decirte que vamos a almorzar en la casa de mi mamá”. Cari se levantó sin decir una

sola palabra, y la acompañé a la cocina, donde volvió a guardar el pescado adobado y el *kale* en la refrigeradora.

“Al inicio, Cari pidió un uniforme, pero poco a poco lo fue dejando”. A veces, el uniforme sirve a las empleadas para distinguirse para no “ser parte de la familia”, de esta manera “profesionalizan” su trabajo y puede disminuir la ambigüedad característica de las relaciones entre trabajadoras y las familias empleadoras. En otro momento, Moa contrató a una empleada que lo primero que hizo fue pedir el uniforme y productos específicos para realizar el trabajo en la casa. “Traté que tengamos una buena relación... hasta le decía que se sienta conmigo a comer, pero ella nunca quiso. Con lo del uniforme, le dije que ‘esto no va funcionar’, porque yo sólo quería que venga a limpiar la casa” (Entrevista a Moa, el 19 de octubre 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

El principal repertorio de demarcación es el uniforme, sea porque lo quiere la trabajadora para explicitar la relación laboral o no ensuciar su propia ropa, o porque lo quiere la empleadora para distinguir a la empleada de todos los demás en el hogar. El uniforme de las trabajadoras funciona como demarcador de diferencia entre las empleadas y las empleadas, tanto en el sentido de otorgar estatus a las familias empleadoras, como en la profesionalización del trabajo que ejecutan las trabajadoras. En este sentido, la demarcación de distancia suele ser importante para ambas, por otro lado, hay casos en las que las empleadoras no quieren que las trabajadoras tengan un uniforme. A veces es porque no quieren hacer el gasto económico, pero otras veces es porque disminuye la ambigüedad afectiva que tanto conviene a las empleadoras.

Existe una desigualdad inherente en la relación entre empleadores y empleadas; sin embargo, esta se articula de manera diferente dependiendo del lugar dónde emerge. Como me contaba la trabajadora Elisa:

Para mi hermana fue una bendición, porque mientras que la niña estaba pequeña, ella viajó con los señores, conoce Miami, conoce Canadá, conoce muchos lugares. Les acompañaba a paseos, parques... Iba como la niñera. Claro, eso sí cubrían los gastos, todo ellos. Hicieron papeles para sacar pasaporte, la visa, todo invirtieron ellos. A mí hermana para viajar, le daban una cierta cantidad de dinero que tenía que comprar ropa, del bolsillo de mí ñaña ella nunca gastó ni un centavo (Entrevista a Elisa, el 13 de agosto 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).



Y, con frecuencia, hay una cercanía expresada como “lazos familiares” entre las empleadas y los empleadores:

Son mis hijos, pero yo les digo mis niños. Les tratamos con mucho respeto y responden con mucho cariño, yo les digo mis niños, porque son mis niños y responden al mismo cariño. Pero, yo eso sí, hacia ellos es mucho respeto, mucho respeto. Yo les respeto así como mis hijos. Yo digo así que no tengo que verlos como de estratos raros, no, yo digo son mis hijos mis niños, responden al mismo cariño (Entrevista a Elisa, el 13 de agosto 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Hay varios estudios que advierten sobre cómo esto contribuye a despojar el trabajo doméstico “de su carácter de relación laboral normal. [...] Por estas razones, el trabajo doméstico termina muchas veces siendo regido por las normas de la vida privada de la familia para quien trabaja más que por la ley laboral” (Valenzuela y Mora 2009, 299).

El hecho que la actividad se desarrolle en una casa particular, desempeñado las tareas vinculadas a la reproducción de las condiciones necesarias para la vida cotidiana, significa que se genera una relación personal que a menudo involucra emociones y afectos, lo que dificulta que la actividad alcance legitimidad como trabajo (Hondagneu-Sotelo 2001, 284).

La edad de las trabajadoras genera relaciones de poder muy particulares y que configuran las relaciones de poder en el servicio doméstico. Las experiencias de las niñas no sólo son marcadas por desigualdades de clase y de género, sino que su edad crea configuraciones que son diferentes a las de las trabajadoras adultas. La tristeza invade las experiencias de las niñas trabajadoras y les atemoriza el encierro dentro de una casa desconocida. A veces, las empleadoras les tratan como si fueran hijas, las peinan, las dan un cuarto al lado de sus propias hijas e hijos, las compran ropa y juguetes. En estas situaciones, “la madre” opera como un dispositivo de poder que tiene el efecto de neutralizar la violencia inherente en el trabajo infantil.

Las empleadoras suelen tomar un rol de madre cuando las trabajadoras son niñas o adolescentes, pero en la relación maternal con la trabajadora se despliega un arsenal de prácticas y actitudes racistas. Es más, la manipulación y la explotación operan escondidas detrás de la ambigüedad afectiva de la trabajadora-“hija” y la empleadora-“madre”. La mayoría de las trabajadoras entrevistadas para este estudio se hacen la pregunta: “¿Cómo pude permitir que me traten así?” Por un lado, ellas son jóvenes sin experiencia previa; por otro lado, sus infancias están marcadas por una violencia que, muchas veces, se ejerce sobre ellas por sus propias madres.

Los estudios sobre el servicio doméstico suelen resaltar la violencia y los abusos que sufren las trabajadoras, en particular, a mano de los empleadores de la casa donde trabajan. Si bien es cierto que las trabajadoras están en situaciones vulnerables en las viviendas privadas, en sus propias casas pueden estar peor. La pobreza reproduce la desigualdad y en la violencia es predominante en las familias de bajos recursos. Además, hay una violencia que no se ve, y que tiene que ver con las viviendas de las trabajadoras. Las condiciones de las viviendas propias de las trabajadoras, tanto como las viviendas del servicio doméstico, como en sus propias casas delata la pobreza económica que estructura sus vidas.

En el lugar donde antes estaba la puerta, entre el cuarto donde duerme Carmen y el cuarto donde duerme su esposo, ahora él la llenó de bloques y la convirtió en una pared. La violencia estructural que marca la vida de Carmen es abrumadora, pero ella saca fuerzas y lucha cada día para su familia, y sus hijos son su motivación principal.

Carmen trabaja desde que tiene diez años, cuando era niña vivía en el campo de Ibarra, pero nació en el Valle de Chota, entre Imbabura y el Carchi, donde se asienta históricamente una población afro-descendiente, que se debe originalmente a las haciendas de la zona que usaron a esta población de esclavos en la época colonial. Carmen y sus 8 hermanos vivían solos en una choza, de barro, guadúa y plástico, porque su madre trabajaba de cocinera en la ciudad y su padre murió cuando ella era una niña. Al cumplir los diez años, su madre la puso a trabajar en una casa de “puertas adentro” en Ibarra, ahí la trataban muy bien, hasta el día de hoy, María visita a su ex-empleadora cuando se va a Ibarra.

Hace nueve años se casó y vino a vivir en Tumbaco, su marido la pega y ella tiene miedo de que algún día la va a matar.

C: Yo no sé si soy fea, o si tiene vergüenza de mí, pero yo conozco otros chóferes que llevan a sus esposas a vacacionar, y él nunca me lleva a ningún lugar.

A: Pero, si no eres tú, es él que no sabe lo que quiere y, además, te pega.

C: No... él nunca ha dicho eso, yo siento eso...Que capaz soy fea.

A: Tú eres guapísima, ¿cuántas mujeres no morirían por tener una figura como la tuya? Además, eres bacán... yo nos considero amigas. Tienes que salir de ahí y buscar tu propio lugar con tus hijos.

C: Yo sé, señora Andrea. Yo le cuento esto porque le tengo confianza, sino yo a nadie le cuento esto... Estos son mis miedos, pero, como usted dice, tengo que

mantener la tranquilidad y tengo que salir...yo me iría a cualquier lado, yo no estoy atada a ningún lugar.

La violencia doméstica en su hogar es bastante normalizada, muchas de las mujeres de su familia, como la cuñada y la suegra tienen parejas que las pegan y las maltratan. Ellas ven como las golpean, pero ninguna de las mujeres se defiende entre ellas. Tiene dos hermanas que trabajan como prostitutas y un hermano en la cárcel, y un sobrino en el hospital porque fue apuñalado en una pelea. Conocí a Carmen a través de su suegra, que trabaja en una urbanización cerrada en Cumbayá. Entonces, aunque su historia no se trata de una casa adentro de una urbanización cerrada, es parte del mismo paisaje y relata a profundidad los sentimientos de las experiencias del racismo, machismo y clasismo. En las entrevistas surgieron, con frecuencia, historias muy parecidas a la de Carmen.

Carmen va cumplir 33, es una mujer negra, es trabajadora doméstica informal y madre de tres hijos. En el momento tiene cuatro empleadores, de los cuales: dos son extranjeros y dos son ecuatorianos. Cada mes reúne menos del sueldo básico y no cubre los gastos mensuales, que incluyen la educación y alimentación de sus hijos, más el arriendo. Últimamente, ha estado enferma y ha tenido que comprar medicinas e ir al doctor. Carmen vive en una casa al borde de la Ruta Viva, las paredes son de losa y el techo de zinc. Hay goteros por todas partes y ratones en la casa; su suegro cuida el terreno y tiene ahí una mecánica y una cancha de volley. A unas cuadras de la casa vive una de las familias más ricas del Ecuador (por motivo de secretismo no puedo decir quién).

Cuando Carmen se está llevando “bien” con su esposo, trabaja los fines de semana vendiendo comida en las canchas y a los peatones en la vía pública. Llegó a Tumbaco hace nueve años, a buscar a su segundo hijo que, en ese entonces, tenía dos años de edad. Había pasado un año desde que el hermano del padre vino a ver al hijo de Carmen. Se lo llevó prometiendo devolverlo el mismo día, y nunca volvió. Esa fue la segunda vez que se vino a Quito, la primera fue cuando tenía 15 años y su madre la mandó a trabajar en una casa “quién sabe [d]onde, pero así una casa grandísima, una casísima así... ni en mis sueños”.

Yo vine sin plata, como mi primo me trajo, yo vine sin un centavo... En una funda tenía mi cobija y en una mochila tenía mi ropa, era wawa todavía, tenía unos 15 años. Mi mamá fue la que me mandó, pero yo estaba emocionada... Llegamos a la casa, era grandota, y la señora me entrevistó.

Nos daba la comida en platos y tasas acabados, despostillados, era una cosa tenaz. Y, encima, tenían una sola bodega para la comida, y a mi me dejaban medida la comida para que cocine, tampoco podíamos comer más de lo que ella nos dejaba... una tasita de arroz para hacer el almuerzo para todos, o sea era poquito. Pero, nosotros no comemos la cucharita de arroz, ¡nosotros comemos la montaña de arroz, para que nos llene! [Se ríe].

En la entrevista con la señora, primero me preguntó mi edad, y me dijo que yo era solamente una niña, que pasaba solamente llorando, que no tenía papeles, yo no tenía estudios, y yo toda temerosa ahí. Era una entrevista bien rara... porque ellos todos pelucones así y uno parado ahí, dando la lección o el examen oral... y solita.

Nuestra casa, donde teníamos que vivir mi primo y yo, la casa era al lado de la casa de los perros, lejos de la casísima, de la casa de los jefes. En esa casa no había ni agua caliente, era agua fría, y encima teníamos que ir bien peinaditos. Cuando entré a trabajar donde la señora, me dijo “¿Tienes piojos? Y yo la decía como que “¡No! Yo soy pobre, pero aseada!” Y me decía “tienes que estar bien peinadito el pelo, bien cortaditas las uñas” y eso para mi sí era humillante.

Era una cosa humillante que nos diga “esa cuchara no”, pero estos platos viejos, sí, eso pueden usar. Como si tuviéramos alguna enfermedad o algo así. “Este baño puedes utilizar, pero lo baños de arriba no puedes utilizar”. Y, uno decir como que “yo limpio su casa, yo cocino su comida”. Si ellos tienen miedo que yo les contagie alguna enfermedad, no me dejen entrar a sus cuartos a tender sus camas, no me dejen lavar su ropa, no me dejen prepararles los alimentos, ¿para qué me deja estar cerca de ella, si tiene miedo que le dé alguna enfermedad?...

Ahí había que planchar todo: medias, calzonario, sabanas, todo. Y, sólo estaba yo, y era una niña...

Cuando yo fui a esa casa, nos vino a recoger el señor en el ecovía, nos subieron [a mi primo y a mí] en un carro y nos llevaron a esa casa, y no tenía idea [d]onde me llevaron... Y yo decía “¿si me pasara algo?” Pero, a veces, quiero recordarme donde era esa casa, para regresar y probar la suerte por ahí. A veces me viene esa curiosidad, a saber, ¿a dónde me llevaron?

Nos dejaban salir a los 15 días, de ahí no podía salir a ningún lado, porque ahí no habían tiendas y la señora dijo que “aquí, yo tengo todo comprado”...

Yo la verdad, no sé si era por extrañarle a mi mamá, o si era por las cosas que me decía la señora, me hacía sentir mal, más chiquita... Y después, cuando supo que me iba, me dijo “No, María, no te vayas, yo te doy el estudio”. Pero yo decía, no, si mi primo se va, yo me voy, ¿qué voy a hacer en esta casota solita? A mi primo le culparon de que se había robado una pulsera... como es Negro le culparon de ladrón. Resulta que, a los dos días, encuentran en el césped la pulsera de la señora. Le pidieron disculpas a mi primo, pero él estaba muy indignado y decidió no quedarse...

¿Yo para qué le voy a robar a usted? Si es de robar, me robo un banco y les dejo bien puestos a mis hijos y me voy a la cárcel a engordar.  
(Entrevista a Carmen, el 26 de octubre, 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Las historias que me comparte Carmen hablan de la humillación y el miedo que marcó su primera experiencia como empleada doméstica. En su narrativa se despliega el racismo que

recibió en el trato con la empleadora, pero también es muy importante señalar que Carmen es consciente de la discriminación que enfrenta en su trabajo.

Las experiencias y los relatos desde el servicio doméstico expresan una gran diversidad de situaciones, donde el estatus, las tareas, los afectos y las prácticas tienen espacialidades particulares. El servicio doméstico se caracteriza por su heterogeneidad social; lo cual, en parte se debe a su carácter privado y sujeto a la vida privada de la familia. “Es justamente la asociación del trabajo doméstico con nociones de familia y de trabajo no productivo que llevan a percibirlo fuera de una relación laboral normal y justificar tanto la insuficiente regulación como el alto grado en que ésta se infringe” (Valenzuela y Mora 2009, 299). Y, en este sentido, “el espacio laboral de las empleadas domésticas cubre una gran variedad de situaciones, es un espacio híbrido que se sitúa entre modernidad y tradición, y entre libertad y alienación” (Rogers 2009, 81).

A pesar de que la cercanía y el buen trato entre empleadoras y trabajadoras parece ser algo común, también existe mucha desconfianza y sospecha por el lado de las empleadoras y sus familias hacia las trabajadoras. No faltan las historias de terror sobre las empleadas domésticas, desde robos a intentos de asesinato, las cuales alimentan la desconfianza y reproduce el miedo entre clases sociales. De manera tal, que se justifican tanto los muros de las urbanizaciones, como el racismo en el servicio doméstico y en el Ecuador, en general. De ahí, la justificación de todo tipo de maltrato y violencia: secuestro, física, psicológica, verbal, económica, simbólica, encierre y aislamiento.

#### **4.3. El aislamiento y el encierre**

Las viviendas de las clases altas que conocí, durante la investigación de campo, eran impecables. A menudo, habían dos salas de estar: la una para las reuniones en la cotidianidad, con un sofá, dos sillones, una mesa baja y un florero. La otra sala para las visitas especiales, las no cotidianas, o dónde se reciben a los invitados de la casa, antes de pasar al comedor (que también pueden haber dos, dependiendo del gusto de los dueños y el tamaño de la casa). Además, suele haber un cuarto de televisión, con un sofá amplio. En una sola casa pueden haber más de cuatro sofás, más de cuatro mesas, y todos los objetos, que acompañan a la decoración y el diseño de estos cuartos. Todos estos espacio, objetos e infraestructura incluido, es mucho trabajo para limpiar y mantener, especialmente considerando los

estándares de limpieza y orden que tienen las clases altas. Pero, más importantemente, todo esto es un reflejo de su autoestima y clase; estos espacios dignifican a los que pertenecen a estos lugares.

En las viviendas de las clases altas no faltan superficies de vidrio, de ventanas, puertas, balcones, y mesas que brillan, totalmente transparentes, porque se limpian constantemente por una trabajadora. El césped también se mantiene limpio de excremento de las mascotas, que suelen ser perros grandes que tienen el propósito de cuidar la casa, pero que atemorizan a las trabajadoras cuando entran a trabajar por primera vez. Las élites de Cumbayá no son una clase homogénea, sin embargo, su estilo de vida (de las clases altas en las urbanizaciones cerradas de Cumbayá) que se refleja en las viviendas tienen una infraestructura y arquitectura que dignifica a las personas que pertenecen al mundo *infra-muro*. Esa es una de las diferencias que emergen en el espacio, y opera de manera que distingue, en primer lugar, si perteneces o no. Las trabajadoras del servicio doméstico, las niñeras y las “empleadas”, pasan por los dispositivos de seguridad de las urbanizaciones, de los colegios y de los clubes deportivos, pero estos espacios no son de ellas. Limpian los baños en las casas, pero muchas veces no las pueden utilizar.

Las empleadoras hablaban de perder a una mujer que sabe “como te gusta tu casa y tu comida” y que son “confiables”, y la posibilidad de perderla es una amenaza a la estabilidad del hogar de la empleadora. Por lo tanto, se usan chantajes económicos y se le niega abiertamente a la trabajadora la posibilidad de trabajar en otro lugar, por miedo de que se vaya ir. Es decir, que a veces el encierre es a través de la manipulación de las emociones, como los celos.

Puede haber un cariño muy real entre la trabajadora y los miembros del hogar de su trabajo, pero no borra la relación de poder entre ellos. De hecho, las empleadoras no dudan en ejercer ese poder cuando sienten que sus intereses son amenazados. Si la trabajadora empieza a faltar o exigir cosas en el trabajo, ese cariño puede borrarse y rápidamente convertirse en manipulación. Puede ser que retiren la “ayuda extra”, como el pago de pensión de colegio o que acusen a la trabajadora de “ingrata” o “alzada”, como esas trabajadoras que “tienen la mala costumbre...que piensan que son no sé qué... en realidad, que piden demasiado control” (Entrevista a Victoria empleadora, el 16 de agosto el 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Entre las clases altas de Cumbayá, prefieren buscar a una trabajadora a través de las referencias de sus conocidos. Y se desconfía en las empresas del servicio doméstico y en las trabajadoras, en general.

Estas de aquí [las dos trabajadoras- una puertas-adentro y otra puertas-afuera] no tienen la mala costumbre, como esas que piensan que son, en realidad, que piden demasiado control. La empleada anterior, de puertas adentro, que yo tenía, ella trabajaba hasta las 6, y era “¡No! Legalmente yo te puedo demandar”. En cambio, ella, la que tengo ahora, ella lo hace y es de mil amores, no es que va demandarme ni me va exigir, y yo le pago muy bien. Pero, no tienen el “voy a demandarles” o “les puedo enjuiciar” o “les puedo sacar dinero” en la cabeza. La empleada de mi suegra, que trabaja 30 años con ella, ella trabaja todos los días, hasta las 8 de la noche, con voluntad propia. Los fines de semana también, y los feriados, si quiere, también va a trabajar. Entonces no les gusta trabajar, ahora quieren demandarte por todo.

Las empresas jamás pueden brindarte esa confianza, esa seguridad. La empresa no me va dar la confianza que me dan otras personas, entonces la recomendación que me dan es de señora X. Ya vienen de familias que yo conozco, son honradas, que es lo más importante. Que tengan buena voluntad.

Se le dice, por ejemplo, un sábado, que tengo un matrimonio y necesito ayuda, que no le pese, que “¡Ay no me va pagar esto!”, no que con todo el gusto lo hacen. Como dice mi empleada, tiene el hijo, y necesita ir a la guardería, o visitar al pediatra, claro, yo también le dejo que haga pues. O sea, si yo necesito, ahora este sábado tengo un matrimonio, que no les cueste sacarse la madre trabajando. Y le pago extra, eso sí (Entrevista a Victoria empleadora, el 16 de agosto del 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter)

En Cumbayá las urbanizaciones cerradas dotan a sus habitantes con un estatus más alto que, a veces, se transmite a las trabajadoras. Es preferible trabajar en un hogar de clase alta (preferiblemente extranjera) que en una casa de clase más baja. “La gente de clase alta es más educada...[Además] prefiero ser ‘indiada’ por un gringo que por un indio” (Entrevista a Lorena, el 14 de abril del 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). El prestigio social de las urbanizaciones sociales hace que las “empleadas” busquen trabajo en las urbanizaciones y en los conjuntos cerrados, porque ahí viven las familias que suelen proveer mejores condiciones laborales, sea en el buen trato y/o económicamente. Por ejemplo, en algunos casos, las hijas de las trabajadoras o las niñas trabajadoras reciben un cuarto en la casa y se sienten tratadas como hijas de la empleadora. En otras instancias las trabajadoras pueden sentirse apreciadas por sus empleadoras, que las llevan a viajar en avión y las defienden frente al machismo.

E: Cuando yo trabajaba en otra casa era muy distinto. Por ejemplo, a mi en ese caso, me decían “traéme eso, hazme esto... por algo eres mi empleada”, yo en esa época lloraba y decía “¿Dios porqué este maltrato?” y decía no pues, no voy a seguir así y

salí... Aunque claro, ha veces por algo nos llaman la atención, por algo que hicimos y decimos “Sí, es verdad, reconocemos que no es así”.

A: ¿Y, usted puede hacer lo mismo con ellos? ¿Puede reclamar algo?

E: La señora si nos ha dicho, que le digamos, que le reclamamos, que le digamos “Señora Carito, no nos gusta esto o lo otro”, pero nos morimos de vergüenza entonces no decimos nada. [Se ríe]. A veces digo, Dios mío somos tan cobardes que no arriesgamos decirles. Es que tal vez me mande o me despide. Nosotros tratamos como los señores nos tratan. No son bravos ni nada, nos tratan bien, como personas, por igualdad, no hay diferencia... “que usted es empleada, por lo tanto...” No... Es un buen trato y mis niños son igual. Si quieren alguna cosa, me dicen: “Por favor Elisa, si puedes...gracias”. Entonces eso es, nosotros les tratamos como ellos nos tratan (Entrevista a Elisa, el 9 de agosto del 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

La relación entre los empleadores y las trabajadoras se estructura por la organización doméstica del hogar y por el trabajo que se ordena por las propias familias. El tema de la confianza y los celos en el servicio doméstico es aún más complicado cuando existen años de relación de por medio, y especialmente si la trabajadora tiene hijas/os que reciben ayuda de los empleadores.

Hubiera sido bueno hacer otros contactos, pero ella era como celosa, yo me daba cuenta. Una vez, la señora [Vero], que vivía en el segundo piso, un día me dijo si de pronto [querría trabajar] un día de la semana, después del trabajo, y yo también encantada. Para mi hacer limpieza un rato no es que viene mal, usted sabe que el dinero no puede estar tampoco demás.

Un día se puso molesta [la empleadora] y dijo: “Tú no tienes porque estar ahí trabajando [donde Vero], puedes quedarte aquí conmigo conversando. Tú no tienes ninguna necesidad, tu marido trabaja y tú también”. Entonces ella decía “anda cómprate cake para tomar, ándate cómprate unos pasteles mil hojas y tomamos un cafecito para que tú estes acompañándome”. Es como se ponía celosa así, yo me daba cuenta. Ella me acompañaba y me decía “¿tú tienes problemas con plata?” y yo le decía “no”. De ahí me llevaba al hospital así, durante ese tiempo que entraba y salía, entonces yo la acompañaba. Y me decía: “Mira por lo que me ayudas te doy veinte dólares”, ella me reconocía. Me decía “tú no tienes necesidad de ir trabajando a otro lado, tienes que descansar, porque sino estás de mal humor aquí”.

Ella era *celosa*, porque yo me acuerdo cuando [otra señora] me pidió que vaya alguien a trabajar un par de días a la semana en el apartamento, entonces se fue mi hija. Y Eva dijo: “Yo no quiero que [tú hija] se vaya allá a hacer limpieza, yo quiero que ella se prepare para hacer algo, no estar haciendo limpieza, no le estés mandando”. Entonces yo dije: “Si no va ir ella, entonces yo puedo trabajar en la tarde” y Eva dijo “no no no, tu no tienes que ir, tú no tienes necesidad”. A raíz de eso, ella empezó a darle 50 dólares mensuales a mi hija, diciendo que no vaya a trabajar... era como celosa. Ella decía “no hay necesidad de que ella vaya a trabajar, ¿qué necesita? Tiene mamá, tiene papá y me tiene a mi.”

Pero, después empezó a decir: “Ya tanto quieres trabajar, anda a trabajar con mi hermano”. Ellos también me necesitaban cuando tenían algún compromiso y



necesitaban que cuide de los hijos. Ahí sí, ella me mandaba feliz de la vida, porque era para *su* familia. Yo sentía que ella era como egoísta, como celosa y que tal vez tenía miedo de que me acostumbre con otra persona...

La madrina de mi hija es una señora que trabajaba hasta el último día de embarazo. Ella se quedó embarazada y me llamaba para que yo vaya y trabaje. Y, también, la señora Eva se puso celosa con esa señora. Se puso resentida, como molesta. Dijo “[tú hija] no tiene necesidad de que le estén dando la madrina, yo le traigo... Quizás ella pensaba “a estas alturas de la vida yo no quiero conseguirme a alguien que tengo que enseñar a cocinar, a limpiar” O sea, yo ya sabía todo. Y ella teniendo toda esa confianza, se iba de viaje y yo lavaba las ventanas, todo. Y hubo una vez que ella viajaba y yo lavé las cortinas, las ventanas, las alfombras... “¿Porqué lavaste las alfombras? ¿Porqué lavaste las cortinas? Eso era de mandar a lavar”. Yo por ser buena hacía las cosas no...

Recién justo la otra semana me llamó una amiga que vive aquí en Cumbayá y me llamó a decir que necesita alguien de puertas-adentro, y que no importaba si tenía un hijito pero que ella necesitaba. Y yo le dije a otra amiga que tengo y me dijo, “no, puertas adentro no quiero”. Porque puertas adentro, yo he trabajado puertas adentro y, o sea, toca esperar hasta que lleguen de noche, dar de comer, o sea, así era...

Tengo mi sobrina, pero ella vive quejándose de su jefa. Ella trabaja ahí 16 años y vive quejándose de su jefa. Sigue ahí, en ese trabajo, ella dice por la necesidad. Como yo digo, nosotros tal vez no fuimos arriesgadas, hasta para ponernos algún negocio, seguir estudiando, hacer algo... [y] también la señora [E] estaba delicada, me aferré a ella... me ocupé de ella y la veía como una segunda mamá para mí... Pero, bueno, mi sobrina dice, “yo por necesidad, que yo no la veo como mi mamá”. Yo sí le tomé mucho cariño a la señora. Eso sí. A mí me dolió muchísimo, y hasta ahora. Por eso, no ha de descansar en paz, porque todos los días estoy hablándole...

Sí quisiera hacer algo diferente... con mi hija habíamos pensado ponernos a vender algo, no sé... Pensar, pensamos, pero no hacemos... Pero es que también me da pena pues el señor [el viudo de Eva], si un día ya me decido hacer y dejarle después de tanto tiempo, ¿quién le puede conocer mejor, estar más pendiente? Es que yo sé todo... [Cuando] nos vamos a hacer las compras, él no sabe nada, yo tengo que ver lo que cocino. Es una responsabilidad que tengo con ellos.

Es importante que se entienda y se exprese lo que se siente y lo que se está viviendo. Y es interesante que quieran saber qué es lo que vivimos o cómo trabajamos las empleadas domésticas. Yo nunca he escuchado que alguien más tiene interés por eso... por lo que vivimos. Hay que decir lo que uno está viviendo, o sea uno, contar lo que está pasando. Debemos expresar cómo trabajamos. Yo creo que a mucha gente no le interesa, y más a la gente pelucona es como ¿qué le importa? Y... gracias por escucharme (Entrevista a Amalia, el 17 de mayo del 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

La empleadora de Amalia era una señora mayor y murió en 2018, con su muerte desapareció el pago semanal del pasaje y el dinero que daba para la hija. Eva se había ofrecido a pagar la universidad de la hija de Amalia, en la universidad privada San Francisco, en Cumbayá. Pero, como la señora ya estaba enferma y Amalia sabía que era probable que se iba a morir, y en lugar de aceptar “la ayuda” para la universidad de San Francisco, su hija se inscribió en una

universidad pública en Quito. Ahora Amalia trabaja para el esposo viudo y en las casas de los hijos de la empleadora que ya falleció.

Algunas de estas historias son transcripciones directas que se juntan con mis observaciones de campo. Fue difícil escoger qué historias contar, porque el trabajo del servicio doméstico da mucho para hablar y analizar. En la historia de Diana, la redactamos juntas con su hija. Escogí compartir esta historia porque nos refiere a la profundidad a donde llega los niveles de aislamiento para las trabajadoras del servicio doméstico. Si el aislamiento tuviera algún tono, sería del color de la desconfianza combinado con el de los celos. La frágil estabilidad de la familia y la convivencia es amenazada por la desaparición de esta figura importantísima, “la salva-matrimonios”- la empleada del hogar. Una de las formas de asegurar la confianza y la dedicación de las trabajadoras es emplearlas desde niñas y/o encerrarlas en la casa.

Varias de las trabajadoras empezaron a trabajar a una edad muy temprana, y comentan que se debe, en parte, a que “las empleadoras quieren jóvenes que son más fáciles de enseñar y son más confiables” (Entrevista a Dany, empleadora. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 6 de agosto del 2018). Con respecto a esto, las empleadoras prefieren a alguien que no amenaza con demandarles si tienen que trabajar más de lo que estipula la Ley:

La empleada anterior, de puertas adentro, que yo tenía, ella trabajaba hasta las 6 y era “¡No! Legalmente yo te puedo demandar”. En cambio, ella, la que tengo ahora ella lo hace, y es de mil amores, no es que va demandarme ni me va exigir, y yo le pago muy bien. Pero, no tienen el “voy a demandarles” o “les puedo enjuiciar” o “les puedo sacar dinero” en la cabeza. La empleada de mí suegra, que trabaja 30 años con ella, ella trabaja todos los días, hasta las 8 de la noche, con voluntad propia. Los fines de semana también, y los feriados, si quiere, también va a trabajar. Entonces no les gusta trabajar, ahora quieren demandarte por todo... Yo no digo que sea todo así, por ejemplo, las dos chicas que tengo ahora son muy buenas, no lo ven tan a la defensiva todo. Que: “No, la Ley dice”, ¿Sabes? Siempre sacan por la Ley, anteriormente no era así. Entonces, yo les escucho en el parque, que bestia, son de miedo. Se creen las doctoras (Entrevista a Victoria, empleadora. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 7 de octubre del 2015).

“Una mujer es una trabajadora de la casa... además de trabajar en casa [ajena], trabajo para mis hijos y para mí...tengo animalitos y un huertito, toca deshierbar, regar agua, mandar a la escuela, vuelta a mi esposo atender, barrer la casa, ver la comida, de todo...todo eso es mi trabajo” (Entrevista a Susana, trabajadora remunerada del hogar. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 14 de mayo del 2017). El servicio doméstico es naturalizado como un trabajo de mujeres, pero esta feminización del trabajo doméstico se articula de manera muy

particular en Cumbayá. En un pasado no tan lejano, las trabajadoras no tenían ningún derecho como mujeres y el trabajo doméstico no era considerado un trabajo. Lastimosamente, estas actitudes perduran hasta el día de hoy, donde algunas empleadoras esperan que las trabajadoras sean sumisas e ignorantes de sus derechos como trabajadoras.

En el servicio doméstico hay, en sí, un encierro en una casa, lo cual se intensifica con los muros de las urbanizaciones y desconectan a las trabajadoras con el mundo exterior. Las calles públicas no pasan por dentro de ellas y los guardias de seguridad no están ahí para las trabajadoras, sino para proteger a los habitantes. Tal es el aislamiento, que una gran parte de las vidas de las trabajadoras se consume dentro de los hogares en las que trabajan, a veces, hasta el punto de no poder llevar relaciones con sus hijos o su pareja. Además, casi todo el trabajo que hacen “las empleadas” es en un ámbito privado donde sus condiciones laborales dependen de la suerte en su relación con sus empleadores.

A primera vista, es claro que trabajar en un ambiente cerrado, como hacen las trabajadoras del servicio doméstico, genera que estas mujeres se aíslan del resto de la sociedad. Lo cual, por ejemplo, hace muy difícil que se organicen para reclamar y asegurar sus derechos como trabajadoras. Además, las “empleadas” trabajan en un espacio privado que las hace más susceptibles al abuso sexual y a la violencia en general. En la investigación entrevisté a tres trabajadoras afro-ecuatorianas, todas las cuales trabajaron por extranjeras y hablaron abiertamente de como preferían trabajar por las extranjeras, antes de trabajar como empleada para una familia ecuatoriana. Sin embargo, como hemos visto en las historias de las trabajadoras, las empleadoras extranjeras también adoptan actitudes y prácticas racistas.

#### **4.4. Los matices de puertas adentro**

Para las mujeres que migran solas a las ciudades trabajar puertas adentro provee con alojamiento y comida. Pero, la mayoría de las empleadas domésticas prefieren trabajar *puertas afuera* porque es más fácil cambiar de empleo. Además, “los horarios [son] más o menos fijos y [hay] mayor independencia. Las desventajas son el costo de transporte que no se limita al costo financiero, sino que también al tiempo de viaje” (Rogers 2009, 95). Cabe notar, con respecto a la migración de las trabajadoras domésticas, que “las dos principales fuentes de trabajadoras domésticas son jóvenes de las regiones rurales que buscan empleos en las zonas urbanas y mujeres de hogares urbanos pobres” (2009, 77). Con la expansión de la

urbanización, son cada vez más las trabajadoras domésticas que viven en las ciudades donde trabajan (Rogers 2009, 85). La repercusión de esta tendencia es que la mayoría de las trabajadoras optan por trabajar *puertas afuera*.

Si bien la mayoría prefieren trabajar de puertas afuera, también hay mujeres que deciden trabajar puertas adentro para ahorrar más dinero. En ciertas casas hasta les proveen con productos de aseo y medicina. “Yo la proveo con champú, jabón... todo lo que ella necesita. El otro día estuvo enfermita y la dí medicamentos para que se ponga bien de nuevo” (Entrevista a Victoria, el 16 de julio 2017. Entrevistado por Andrea Robertsdotter). En algunos casos, en la misma casa trabajan una empleada “puertas adentro” y otra “puertas afuera”, porque los que tienen el dinero para contratar trabajadores y trabajadoras de servicio doméstico, lo hacen. Jardineros, niñeras, guardias, empleadas, a veces familias enteras, que viven en una casa alejada a la de los dueños, pero en el mismo terreno.

El trabajo del servicio doméstico tiene tantos matices, puede ser elaborado por varias décadas con la misma familia, o en la misma casa con dueños diferentes; la trabajadora puede vivir en un cuarto adentro de la casa o en una mediagua arrinconado en el jardín; su trabajo puede ser formal o informal, consistir en horas diarias o puede exigir su disponibilidad constante para atender y cuidar. Trabajar puertas adentro puede asemejarse a la esclavitud, o bien puede proveer con una fuente de ingreso y ser una oportunidad para salir de la pobreza que condiciona las vidas de las trabajadoras domésticas.

Trabajé en Jacarandá todo un año y nunca salí... No podría decir cómo sentí porque sólo había llegado y sólo estaba trabajando. Y de ahí me acostumbre y no es que me sentía ni qué bien, ni qué mal. No sé... me acuerdo la señora me dejó hasta las llaves para todo, la casa, los carros, todo. Yo por ser wambra, no sé, me confió tanto, pero me dejó todo ahí. Y, ahora también yo tengo las llaves, no tengo porqué estar timbrando y pidiéndole al guardia, no tengo que ver esa mala cara de nadie.

En los trabajos que he tenido, he tenido esa libertad de que me han confiado, me han dado las llaves, me han dado al hijo para que esté ahí conmigo. Pero tengo una amiga que trabaja allá en Gonzalez Suarez (Quito), que a ella la señora le abre la puerta cuando le da la gana, y eso que ella trabaja igual mucho tiempo. Pero, también tenía una vecina al lado de mi trabajo, y así mismo, ella trabajaba años y timbraba y timbraba y nunca salían. Ella pasaba sentada ahí esperando por media hora o una hora. Y al final fin ella se cansaba y se iba, y de ahí la llamaban diciendo ¿dónde está? Y ella volvía. Pero era como que ellos le abrían la puerta cuando a ellos les daba la gana (Entrevista a Diana, el 18 de abril 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

La gran mayoría de las trabajadoras que tuve la oportunidad de conocer, empezaron a trabajar aproximadamente a los diez años, como trabajadoras domésticas de *puertas adentro*. En algunos casos fueron sus madres que las mandaron a trabajar, o algún familiar como una tía o un primo. En otros casos, las niñas fueron recogidas directamente por las empleadoras, en un parque en Ibarra o en el campo de Ambato, y llevadas a trabajar adentro de las casas en las urbanizaciones cerradas de Cumbayá. A las que fueron “robadas” o “regaladas” y separadas de sus madres a tan temprana edad, se les hizo muy difícil adaptarse a las casas donde las llevaron a trabajar. Muchas de ellas cuentan como lloraban todo el tiempo, y una vez que tuvieron la oportunidad de regresar a sus propias casas, decidieron jamás volver.

Cuando Diana tenía 12 años se fue al centro de Ibarra para comprar un remedio para su abuela, y nunca volvió. Ese día, en la calle se le asomó una mujer adinerada y le ofreció trabajo. “Es aquí en el parque, vamos para que veas si te gusta”, le subió a la niña y se la llevó a Quito. Dentro del carro blanco, Diana lloraba y la señora le consolaba. Le trajo a una casa *tremenda*, ahí vivía la señora con su esposo, sus dos hijas y un hijo, una de ellas tenía la misma edad que Diana. “Esto es tú cuarto” le dijo a Diana, que jamás había tenido su propio cuarto. La mamá de Diana se quedó viuda con tres hijos, cuando Diana tenía seis años. Su mamá trabajaba en el campo, a las cinco de la mañana a recoger choclo, frejol y alverjas. Luego, le peinaba y le daba de comer a Diana para que vaya a la escuela. Llegaba de noche después de trabajar en las haciendas o fincas de otras personas, y ganaba el diario.

Pasó un mes y Diana todavía no sabía dónde estaba y no se había comunicado con su familia en Ibarra. No había como porque en su casa no había teléfono. La señora Adriana decía que ya le iba a pagar 80,000 sucres mensuales por su trabajo (en 1990 un dólar era equivalente a 884 sucres), pero pasaron dos meses y no le pagaba. Un día la señora le dijo, “Bueno, nosotros vamos de viaje. Te voy a dejarte la casa a ti sola.” Se fueron por tres meses, dejando la casa *tremenda* al cargo de una niña. Diana pasaba lavando los autos todos los días y limpiando todo. Así como la señora le había enseñado, “Haz esto... haz así como...”. La señora Adriana decía que las personas que han trabajado antes son mañosas y no le hacen caso. Por eso, quizás ella quiso una *wawa* para empezar a trabajar o enseñar.

Diana se acostumbró a la vida dentro de la casa en Jacarandá, la primera urbanización cerrada de Cumbayá. No se sentía ni qué bien, ni qué mal. La señora le había dejado las llaves para todo, la casa, los carros... Capaz por ser *wambra* se le confió tanto. No huyó porque no

conocía dónde estaba, y para tener qué hacer, todos los días lavaba los carros, limpiaba la baldosa, los closets. Pero lloraba y lloraba. Cuando volvieron en agosto, el tiempo pasó rápidamente a las Navidades. Cuando hicieron el árbol de navidad, Diana había cumplido 13 años y todavía creía que existía Papa Noel. La señora Adriana puso el árbol, pero no había ningún regalo debajo de él. De repente, en la mañana siguiente aparecieron los regalos y dijo que Papa Noel había llegado. La señora le había comprado peluches y ropa. Parada en el banco para el lavabo, la señora le sabía peinar, tal vez, ya había llegado a verle a Diana como una hija. Y, así pasó el tiempo, llegó también el fin de año, Semana Santa y después el Día de la Madre, y Diana todavía no había salido de Jacaranda.

En un año Diana no regresó a su casa en Ibarra, y su madre pensaba que ya se había muerto. Un día la señora Adriana la llevó al Centro Histórico de Quito, y ahí un conocido le vio a Diana. Este conocido le avisó a la mamá de Diana que pensaba haberla visto por el Centro. Igual, su mamá estaba muy sufrida y lloraba. Pasó un mes, y la señora dijo “Has cumplido un año, ¿estás enseñada aquí?”. Diana dijo que “claro, sí estoy enseñada”. En todo el año no le había pagado un centavo; le daba regalos y le sacó los piojos, pero ningún dinero por su labor. “Creo que tienes que ir a ver a tú mamá, porque sí ha de estar muy preocupada”. Al mandarle con el bus, en la cintura le amarró un canguro lleno de billetes. “Esto es tu sueldo de un año, te he reunido toda la plata”. Se separaron en el terminal. En el bus, Diana sentía que la señora Adriana se había portado bien con ella y no sabía en qué otra forma se podía entender su relación. No le mandó con nada de ropa, y nada de lo que le había comprado. “Para que vuelvas a trabajar”, dijo. Junto con la plata, la señora mandó galletas, caramelos, arroz... Pero, Diana decidió no volver más a esa casa en Jacarandá.

Diana había estado dos meses de regreso en la casa de su madre, cuando una amiga le preguntó si no quería trabajar. Dijo que sí, pero esta vez le resultó bastante mal. Entró a trabajar en una casa cerca de la Fábrica de Ferrero en Tumbaco, dónde le dijeron que iban a pagar 120,000 Sucres mensuales. En Jacaranda, las hijas de la señora Adriana jugaban con Diana y los señores eran muy respetuosos. En cambio, en esta otra casa, tanto el hijo y el señor intentaron abusarse de Diana. Un día, después de dos meses de encerrada, Diana decidió llamar a la única persona que le podía ayudar. Al escondidas cogió el teléfono y llamó a la señora Adriana, balbuciendo y entre llantos le contó su situación. “Ay, pero cómo así no vas a volver por acá, no te entiendo... Si hasta te vine a recoger en el terminal...”. Se cortó la llamada, la señora de la segunda casa había escuchado los llantos de Diana y había colgado el

teléfono. Sin embargo, ese mismo día la señora Adriana llegó con policías a la casa donde trabajaba Diana. Los empleadores mintieron y dijeron “aquí no trabaja nadie”, y no le soltaron a Diana. Pasó dos meses fingiendo que estaba acostumbrada a trabajar para poderse escapar. Por fin, luego de tres meses de estar encerrada, la dejaron irse a su casa, pero con solo un mes de pago. “Haz de volver por los dos meses más que tienes que cobrar”, pero Diana nunca más volvió. En vez de regresar a la casa en Jacarandá, donde la señora daba permiso de salir una vez al año, Diana consiguió otro trabajo donde las salidas eran todos los domingos.

Una de las formas espaciales predominantes de *puertas adentro* es el cuarto de empleada, el cual es un excelente ejemplo para ilustrar que, cuando se diferencian las posiciones de clase, generan espacios sociales que se transcriben en espacios físicos. Este cuarto reproduce varios sentidos que remiten a la distancia en la proximidad de las dos clases sociales, por ejemplo, la demarcación entre los ricos y los pobres o las élites y las trabajadoras. Asimismo, el ‘efecto’ de la espacialidad del servicio doméstico demuestra una pluralidad de experiencias que constituyen posicionamientos de clase:

¡Le tenía al bebé botado en el cuarto de empleada! Y le digo: ¡No pues! Llévale contigo a cualquier cuarto, y no, no, no...Y, yo: “¡No! Llévale contigo que tú tienes que estar con tu bebé todo el tiempo. ¡Amárale a tu espalda!” (Entrevista a Victoria, el 7 de abril 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

La inferioridad del cuarto de empleada es la misma que marca la superioridad de la empleadora; este lugar opera para separar dos mundos morales distintos (Brites 2014) pero co-constituidos. En este caso de estudio no hubo trabajadoras que vivían con sus familias en la casa de los empleadores- ni adentro de la casa o en una media agua. Sin embargo, en algún momento lo habían hecho. Además, conozco de varios casos donde hay familias de 3 o 4 integrantes que viven puertas adentro y hacen el trabajo de servicio para la familia empleadora. Desafortunadamente no tuve la oportunidad de entrevistar a ninguno de esos casos.

Un caso de puertas adentro que conocí en este estudio, fue el caso de Maco. Después del terremoto de Ambato en 1949, en el que murieron más de 5000 personas, Maco fue regalada, a sus seis años, a una familia ambateña de clase media-alta. Eventualmente, trabajó por la hija de la empleadora, una diplomática que vivía en Cumbayá y que la llevó a viajar con ella por Estados Unidos y Europa. Maco crío los nietos de esta señora, hasta su muerte en 2012. Las bisnietas de la primera empleadora de Maco, la visitan en la tumba y guardan fotos con ella en

sus celulares, el cariño es real, no importa si la bisabuela la hacía dormir en la cocina y le daba de comer las sobras de las comidas de la casa.

Las diferencias sociales se ven resistentes al cambio; lo cual, se refleja en el trabajo infantil y en al sobre-representación de las mujeres indígenas y afro-descendientes en el servicio doméstico. En el trabajo de puertas afuera las trabajadoras transitan casi todos los días entre sus casas y las de su trabajo, caminando y usando el transporte público. Es un paisaje quizás no desconocido, pero sí distante de la realidad que viven las empleadoras.

#### **4.5. Las trayectorias de las puertas afuera**

Antiguamente, las trabajadoras domésticas tenían actividades especializadas, como solo lavar y planchar la ropa de la casa; mientras otra cocina y otra cuida a los niños y las niñas de las familias. Pero, ahora la mayoría de las casas son equipadas con lavadora y secadora. Aunque no todas, en una de las casas en las que trabajaba Diana, la lavadora se había dañado hace dos años y el señor de la casa se rehusaba a comprar otra. Hasta el día de hoy Diana tiene que lavar todo a mano. Además, trabaja sola, y ahora es la “empleada” que se ocupe todo, lava y plancha la ropa, limpia la casa, cocina, cuida a los niños, las mascotas etc. Algunas de las casas son realmente inmensas, excediendo los 600 m<sup>2</sup> de construcción, con dormitorios más grandes que las casas enteras de las trabajadoras.

E: La casa es grandota. Abajo es tres cuartos, tiene una sala, tiene el pasillo, otra sala, tiene el comedor. Y, como son alfombrados los cuartos aspiramos. Nosotros, así arreglando las dos acabamos 2 en punto, empezamos a las 8. A partir de las 12:30 se pone a cocinar, porque a las 2 viene el señor a comer almuerzo en la casa. A las 3:30, ya llegan los niños, entonces son dos veces que toca atender. Mi horario es de 8 a 12, son cuatro horas, entonces tengo que dejar lavada la ropa, y ayudarle a hermana hacer algo, algo... Pero ha veces salgo más tarde, porque justo necesitan una ropa que justo esta lavado y necesitan meter. Y, llegó invitados y me toca atender, sí es difícil, a veces salgo a las 2.

Cuando llegan invitados toca atenderles, ya la señora no dice toca sacar los vasos de agua, por ejemplo, los vasos de agua ya sabemos cuales son los vasos de agua. Cuando tienen cena es los cubiertos que hay que sacar, los individuales, cómo hay que arreglar la mesa, las copas que hay que sacar, de agua y de vino... Yo, mi responsabilidad es: lavar, planchar y arreglar toda la parte de afuera, recoger el popo de los perros, barrer y recoger toditas las hojas del jardín que no estese basura, pelotas. Si me sobra un poquito de tiempo entro a ayudarle a mi hermana.

Las dificultades a veces es que no salgo al horario que me dicen, porque por ‘a’ o por ‘b’ me pone alguna traba... a veces se me han ido las lágrimas, justo cuando estoy



yendo a salir, me ha dicho tiene que peinarle a la Cleo, digo cepillarle a la perra, porque ya llegan los invitados, y justo tenía que ir a una reunión en la escuela para mi hijo, y me puse a llorar. (Entrevista a Elisa, el 13 de agosto 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

La trabajadora doméstica tiene como trabajo cuidar el hogar de sus empleadores: lavando, limpiando, arreglando, cocinando, atendiendo a los/las empleadores/as y sus invitados, y cuidando a niños y mascotas. En su casa, ella suele emprender las mismas tareas, a diferencia de que “en el trabajo es más fácil porque hay todo. Claro, o sea hay agua hay lavadora hay secadora, está todo, o sea ahí es más fácil, hay aspiradora. En cambio, en la casa de uno hay que hacerlo al alcance de uno” (Entrevista a Diana, el 18 de abril 2017. Entrevistado por Andrea Robertsdotter). A diferencia de la ama de casa que se libera de una gran parte del trabajo doméstico, la trabajadora es “empleada” en el trabajo y en su propia casa.

Además, como gana el salario mínimo no tiene mucho poder de compra ni de consumo, tiene que trabajar más horas solo para poder satisfacer las necesidades básicas. Esto incide fuertemente en el tiempo que las trabajadoras, que son madres, pasan con sus propios hijos: “A veces conocemos mejor a los niños que cuidamos, que a nuestros propios hijos” o las necesidades de la familia empleadora viene antes de las necesidades de las trabajadoras. Por ejemplo, para las trabajadoras que llevan a sus bebés o hijos pequeños a las casas donde trabajan, las necesidades de la familia empleadora vienen antes de las necesidades de las trabajadoras. “Una tiene que servir el almuerzo y mi hijo se pone a llorar o que quiere dormir, entonces eso es una presión, ¿cómo hago para dejarle? ¿Cómo hago para que los señores entiendan que mi hijo también necesita tiempo?” (Entrevista a Diana, el 18 de abril 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Elisa es de Talipuchi, Cotopaxi y trabaja 15 años con su hermana, en una casa en una urbanización privada en Cumbayá. Ellas no sólo son trabajadoras domésticas, sino que venden cerdos, vacas, gallinas y huevos. Ocasionalmente atienden en una frutería y/o venden comidas en la calle, y viven en un terreno que “cuidan” para los dueños. Ahí pueden criar los animales y vivir sin pagar arriendo. Pero, el barrio ha cambiado bastante en los últimos dos años. Desde la Ruta Viva, en la entrada al barrio X hay una nueva urbanización, forma parte de la expansión urbana masiva y de todas las nuevas construcciones de urbanizaciones cerradas en el Ilaló.

Hace dos años había mucho menos tráfico, y hace cinco años, antes de la Ruta Viva, había menos todavía. El barrio era rural, varios de los vecinos manejaban tractores en calles que antes eran empedradas, pero ahora ya son asfaltadas. Al tope de la calle principal del barrio, pasando la iglesia y el parque, se está construyendo una gran urbanización cerrada. Este proyecto se apoya por la mayoría de los campesinos (y, por el presidente del barrio), debido a que se considera que ofrecerá trabajos para la gente.

Después de bajar del bus, el tercero que toma para llegar a Cumbayá desde Tumbaco, Elisa suele parar donde el vendedor que empuja el carrito de esquina a esquina. Es casi una hora a pie hasta llegar a la urbanización donde trabaja, y a veces en vez de caminar, se toma un taxi porque no hay buses.

En la casa donde trabaja, hay dos mesas para comer: una para recibir a los invitados y otra para el uso cotidiano. De igual manera, en la casa hay dos salas para sentarse: una para recibir a los invitados y otra para uso más cotidiano. Pero existe otra dimensión que no es para los invitados ni para la familia, sino para la empleada. Tiene su baño y un cuarto con una cama y un televisor. Ella no es de *puertas adentro* pero es su espacio: ahí come y puede cambiar de ropa al uniforme y viceversa. En la pared junto a la puerta de su cuarto está un teléfono que sirve como intercomunicador con los cuartos del segundo piso. Suena el teléfono, es el hijo de la patrona. Tiene 10 años y Elisa le conoce toda su vida: “¿Elisa? Quiero un sándwich mixto con cola.”

Yo he trabajado desde que tengo 11 años, empecé a desgranar choclo, alverjas... Hemos trabajado así, mi madre fue el ejemplo, para decir. Por más enferma que a veces ella estaba, ella trabajaba y luchaba. Entonces ella nos dejó este ejemplo. Ella era de las mujeres que nunca se daba por vencida, ella se levantaba y trabajaba para darles el estudio a sus hijos.

Yo nunca me preparé, nosotros venimos de un lugar humilde. Mi madre, más que todo nos dio solamente hasta la primaria, y de ahí no pudimos tal vez superar, y eramos bastantes hermanos, eramos 9.

[A la casa donde trabajo termino] a las 2, llego a mi casa, doy el almuerzo a mis hijos, ya se ponen a hacer los deberes, mientras ellos hacen, yo lavo los platos, la cocina, pongo a lavar la ropa, voy a dar de comer a los chanchos, las gallinas y las vacas, y reviso los deberes, mis días libres [son] sábado y domingo. Los días sábado tengo mi hijo de 17 años y el me ayuda. Dice, mami descansa, y ahí alcanzo descansar unas dos o tres horas.

Me levanto a las 4:30 de la mañana, hago el desayuno para mi esposo y para mis hijos. De ahí se va mi esposo y empieza mi rutina de los chanchos [los cerdos], la

vaca. Y a [mi último hijo] le mando a la guardería, pago un recorrido a Rumihuaico para dejarle en la guardería. De ahí voy a las 7 en el bus de aquí, [del barrio en el Ilaló] a Tumbaco, de Tumbaco a Cumbayá, pago un taxi de 1.50, solamente para la ida. Ya para el regreso bajo caminando... Cuando hay suerte, cuando hay chance, bajan esas busetas que vienen del Chillogallo... cuesta 25 [centavos], de ahí de Cumbayá a Tumbaco otra vez. Yo llego a mi casa cuando ya es de noche, así, casi todos los días.

Estamos en la Interoceánica, luego de una larga entrevista en un café, en el Centro Comercial Scala, entre Tumbaco y Cumbayá. Pasamos las paradas de buses, la del Santa María en Tumbaco, donde llegan los buses de Cumbayá, y se toman los buses para Tumbaco, Pifo, Puembo y Yaruquí. La parada está llena de gente y, a esta hora, los buses ya vienen llenos.

#### 4. 1. Foto de la parada de bus Santa María, Tumbaco



Foto por Andrea Robertsdotter

Alrededor de la parada hay restaurantes de comida rápida, y en un radio de 250 metros hay tres supermercados: Tía, Akí y Santa María, los dos primeros fueron construidos en 2018, y el último en 2006. Estos tres supermercados apuntan hacia la clase media y media-baja, pero también capta a la clase media alta (Entrevista a Paúl Torres, Jefe de mercadeo del Santa María, El Universo 2006). Los patrones de consumo de estos lugares se basan en productos más barratos y de menor calidad. En contraste, Cumbayá está lleno de restaurantes que anuncian sabores de todo el mundo: Japón, Italia, Estados Unidos, Libanón, Francia y Alemania. Y, en Cumbayá, hay tres Supermaxis (incluyendo un Megamaxi) en un radio de 5

km, este es el supermercado destinado a la clase media, media-alta y alta. Las trabajadoras que entrevisté hacen sus compras en el Tía, en el Santa María y en el mercado en el Arenal, todos lugares en Tumbaco.

Llegamos a la casa de Elisa, afuera estaban los cerdos escarbando y resoplando en la tierra. Atrás del portón negro estaba su casa, una mediagua de bloques de cemento en un terreno sembrado con maíz y alfalfa. Afuera de la casa corre la asequia que lindera el terreno, el agua gorgotea y su sonido relaja los sentidos. En diversos testimonios de las trabajadoras, muestran conciencia de la opresión y de la exclusión que enfrentan en la cotidianidad. También hablan de los nuevos desafíos de la movilidad social, como es la educación y el trabajo, frente a los mecanismos de sus madres (enviar a las hijas a las casas de las clases media y de las élites para que reciban comida y alojamiento y talvez, con suerte, estudio). La mayoría de los ecuatorianos conocen a alguien que trabaja en el servicio doméstico, y se podría que todos los hogares de las clases altas tienen una o más empleadas que trabajan en ellas.

Cuando la familia se va de viaje, lo primero que hace Nancy es encerrar a los perros enormes de los dueños, y en la noche su esposo parquea su auto en el garaje de los empleadores. Ahí viven juntos mientras que no estén los dueños de casa, pero ese hombre es el mismo que la viene maltratando por más de 15 años. Las trabajadoras del servicio doméstico tienen una proximidad física con los empleadores y que estructura sus vidas de mil maneras. Las experiencias de las trabajadoras nos dan historias que cuentan sobre como es la vida y que sueñan con romper el molde. A pesar de pasar su tiempo en el trabajo, son pocas las empleadoras que saben lo que sucede en las vidas de estas mujeres que sostienen y cuidan sus hogares. Esto se debe a que en esa proximidad intensa, operan repertorios de demarcación que crean una gran distancia entre dos mundos muy diferentes pero co-constituidos.

## Capítulo 5. La segregación voluntaria y la heterogeneidad social del valle

En la actualidad existe un proceso de despojo y de arrinconamiento de las poblaciones de los barrios y las comunas del Valle de Tumbaco, por el progresivo avance de las urbanizaciones y de la infraestructura, como las vías y el nuevo aeropuerto de Quito. Esta evolución espacial se diferencia a lo que Caldeira señala en su trabajo sobre la segregación urbana en Brasil:

En Sao Paolo, como en cualquier otro lugar de Brasil, los trabajadores pobres que se han establecido en las ciudades se han construido ellos mismos las casas en la periferia. Los trabajadores se han comprado en las afueras de la ciudad solares baratos, vendidos ilegalmente por estafadores descarados, o con alguna clase de irregularidad por promotores que no han cumplido la normativa urbana con respecto a infraestructuras y registro de las propiedades (Caldeira 2000).

En el valle, las urbanizaciones amuralladas se encuentran ahora junto a los barrios populares, separados por muros y no por distanciamiento, como sería entre los suburbios y barrios periféricos en Brasil. La historia de Cumbayá y Tumbaco muestra que estas poblaciones siempre convivieron con las clases dominantes y por tanto se despliegan otros mecanismos de diferenciación social. Los enclaves fortificados comprenden varios repertorios de demarcación, los cuales han sido históricamente y son productos de las relaciones pasadas entre estas poblaciones (las haciendas, la agricultura y los trabajos de servicio). En el año 2000 hay un cambio demográfico significativo en el valle, donde tanto las élites como los sectores populares que ocupan este lugar se diversifican, entonces se construyen otros ensamblajes de dominación (lo extranjero, lo americanizado, la movilidad social de otros sectores de clase media, los centros comerciales y educativos). Entonces, los sectores populares, los barrios y las comunas, pasan a ser habitados por migrantes internos, también refugiados, y personas de otros barrios de Quito que bajan a vivir al valle.

En este capítulo analizo cómo se expresan estas interacciones, ¿qué ha cambiado y qué se mantiene? ¿De qué manera es que la interacción en un espacio y la construcción del espacio constituyen o no desigualdades sociales? Esto implica entender la historia de las formas de segregación espacial y cómo se constituyen y se van transformando las formas de segregación.

Cumbayá tiene la reputación de ser el lugar donde viven las clases altas, pero, en la parroquia y sus alrededores, también habita una población marginal de servidores domésticos, artesanos,

albañiles, guardias, que provienen de los estratos más bajos de la sociedad ecuatoriana. En términos de pobreza en Cumbayá, y en comparación con las parroquias a su alrededor, como Pifo y Tababela (donde se encuentra el nuevo aeropuerto), aproximadamente, un cuarto de la población (23,5%) no satisface sus necesidades básicas (PoyDT 2012-2020, 66). En este sentido, hay una fuerte desigualdad en términos de contradicciones socioeconómicas que surgen de la expansión urbana, liderada por las clases altas e impulsado por políticas neoliberales, y que excluyen los intereses y las necesidades de las capas más amplias de la sociedad.

Alrededor de las urbanizaciones cerradas viven las clases populares que habitan en los barrios y las comunas del Valle de Tumbaco. He mencionado anteriormente que existe una correlación entre el empleo femenino y los pequeños servicios en las urbanizaciones cerradas (Svampa 2004, 52), y en estos servicios se emplean a todas estas mujeres que no tienen otra forma de satisfacer sus necesidades básicas. Por un lado, este panorama remite a la división sexual del trabajo en la que el trabajo reproductivo es considerado una tarea natural de las mujeres (Federici, 2004[2010]; Puyana y Mosquera 2009); y, por otro lado, a una relación entre mujeres que es marcada por clase. ¿Qué pasa cuando “la discriminación y violación de los derechos laborales de las empleadas domésticas ocurre en manos de otras mujeres que son sus patronas”? (Rogers 2009, 110).

Las clases altas en Cumbayá habitan las urbanizaciones cerradas y su presencia fomenta la expansión urbana, al mismo tiempo que la producción social del espacio es dominada por ellas; lo cual, produce una división social en varias dimensiones, pero ¿es la población de élites homogénea? Las élites que viven en las urbanizaciones cerradas de Cumbayá son un grupo homogéneo en el sentido socioeconómico, es decir que tienen en común el poder económico suficiente para vivir en estos lugares que son, supuestamente, privilegiados. Pero, si analizamos estos grupos desde el servicio doméstico, vemos como las élites tienen diferencias sociales (empresarios, profesionales, extranjeros) y que no pueden ser considerados como un grupo homogéneo y, más que todo, no es una clase antagonista a las clases trabajadoras. Por ejemplo, las trabajadoras muchas veces prefieren trabajar para las familias extranjeras que para los ecuatorianos. Y, entre la élite ecuatoriana hay, también, una glorificación de la “americanidad” (Quijano y Wallerstein 1992).

En este capítulo, primero voy a abordar la llegada de las élites en Cumbayá y la creación de Jacarandá, porque fue la primera urbanización de la parroquia y asentó un modelo que se replicó en el Valle de Tumbaco. En los noventa las élites se instalan de forma más permanente y la parroquia empieza a promoverse como un objeto de consumo. Esto nos lleva a la segunda parte, que se trata de la expansión urbana en la que la población de Cumbayá empieza a crecer de manera significativa. En esta etapa se multiplican las urbanizaciones y en la pequeña parroquia de 21 km<sup>2</sup> empiezan a concentrarse las clases altas. Finalmente, en la tercera parte se pone en evidencia como la desigualdad social se reproduce mientras más avanza la urbanización y la expansión de la ciudad. Los proyectos inmobiliarios en forma de urbanizaciones cerradas lindera la Ruta Viva y están alterando el espacio del Valle a una velocidad impresionante. Si bien la planificación del espacio de la ciudad está en las manos de empresas privadas y, por ende, es casi nula, será muy difícil planificar por una sociedad inclusiva y sostenible en el futuro.

En todo el Ecuador, el Valle de Tumbaco es uno de los lugares que más crecimiento ha visto en la última década. En 2001, Cumbayá tenía 21.078 habitantes y en 2015 creció a 35.121. De acuerdo al Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial 2012-2020, el 83% del suelo de la parroquia de Cumbayá se considera suelo marginal destinado a la agricultura (PDyOT 2012-2020). “La realidad es que mayor parte del territorio ha sido urbanizada... Esto se explica por un cambio drástico en el suelo por las presiones inmobiliarias en la parroquia, dejando de lado las actividades agrícolas originales de la zona” (Cárdenas Castro 2016. En, López Veintimilla 2016).

En el Valle de Tumbaco las urbanizaciones y la rápida expansión urbana está desplazando a los agricultores y campesinos, pero también amenaza con acabar con el estilo de vida que se promueve en Cumbayá y por la cual las élites se mudaron a este lugar. No sólo es un tema de la inseguridad que atraen las nuevas viviendas y las carreteras, sino que la contaminación y la congestión causada por el tráfico hace que la ciudad se vuelva insoportable. Además, en el Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial se refiere a Cumbayá como una parroquia rural, lo cual es desconocer por completo el proceso de transformación espacial que transcurre con fuerza desde los noventa. Es indicativo de la falta total de la planificación que se supone debe haberse dado desde más de 20 años atrás. Más que todo, permite que la inversión privada siga dominando sobre la producción del espacio.

En 1990 hubo una gran inversión inmobiliaria en Cumbayá y Tumbaco que transformó a las parroquias rurales “con una economía basada en la agricultura, a ser zonas suburbanas habitadas por una población proveniente en su mayor parte de Quito, y que siguen realizando sus actividades económicas en la capital” (Cárdenas Castro 2016. En, López Veintimilla 2016). La mayoría de los conjuntos privados se convierten en *bedroom communities* rodeados por tráfico que manifiesta la dependencia del automóvil de estos lugares.

En el presente, el Estado y el Municipio de Cumbayá incentivan a la movilidad residencial, provocando que se expanda la urbe y todos los servicios conexos: centros comerciales, colegios, universidades privadas, complejos cinematográficos, centros gastronómicos y de esparcimiento (López Veintimilla 2017, 58). Este tipo de desarrollo “cuyo motor de crecimiento y difusión está asociado a la ampliación y modernización de redes de autopistas y cambios en la pauta de consumo formando nuevos paisajes y tejidos residenciales” (Ciccolella 2009, 42).

Primero, en los setentas se construye la vía Interoceánica y Cumbayá se convierte en el destino recreacional de familias de clase alta de Quito. Luego, en los noventas hay una enorme inversión privada en el sector inmobiliario y la población crece de manera significativa con el asentamiento permanente de las élites quiteñas. En 1988, un grupo de intelectuales y personas de negocio en Cumbayá fundan a la prestigiosa Universidad San Francisco de Quito que se convierte en la primera universidad privada “totalmente autofinanciada” en el Ecuador. Siete años más tarde los mismos fundadores de la USFQ crean el Colegio Menor San Francisco de Quito que está afiliado a la universidad mencionada anteriormente. Finalmente, en la primera década del siglo XXI, Cumbayá se convierte en una ciudad con todos los servicios: escuelas, universidades, hospitales, centros comerciales etc. Esta etapa es donde, realmente, Cumbayá empieza a desarrollar los mismos desafíos de las ciudades grandes como Quito: la inseguridad, la falta de áreas verdes, la congestión del tráfico y la contaminación. “Según los habitantes entrevistados estos factores deterioran la calidad de vida que los nuevos habitantes buscaron evitar al mudarse a los valles” (López Veintimilla 2016).

Después de la Reforma Agraria, Cumbayá empezó a convertirse en una ciudad repleta de urbanizaciones cerradas, acompañado más tarde por centros comerciales, universidades y escuelas privadas. Anunciado y vendido como un objeto de consumo, empezó a llamarse



*Cumbayork*. Proliferaron las urbanizaciones y conjuntos privados construidos por grandes inmobiliarias que promueven un alto estándar de vida, con lujos y naturaleza. “Detrás de cada edificio, de cada departamento, de cada conjunto habitacional hay un concepto vital, un planteamiento espacial, un carácter, un fin y un motivo por los cuales nacieron para enriquecer el espacio humano y para mejorar el horizonte ciudadano” (Inmobiliaria Uribe y Schwarzkopf 2019).

¿Cómo se relaciona la proliferación de urbanizaciones cerradas con el servicio doméstico? Por un lado, es la forma dominante que toma la ciudad que se expande sobre los remanentes de las áreas rurales, donde existe abundante mano de obra barata para el servicio doméstico. Por otro lado, las urbanizaciones operan como símbolos de prestigio social que diferencian a las poblaciones infra-muros a las que están al exterior. Las diferencias sociales que emerge de estos espacios (como las entradas a las urbanizaciones o a dentro de las viviendas) dependen mucho de que si se trata de la trabajadora o la empleadora. Por ejemplo, varias de las trabajadoras indicaron que se sentían como “bichos raros” o que “a veces los señores piensan que nosotros somos bichos raros, como si tuviéramos un bicho o algo para contagiarles, somos humildes, sencillos... Mientras mucho más dinero, más se le ve a uno como bicho raro. Ahí el vaso es aparte y tiene que hacer lo que dicen” (Entrevista a Elisa, el 14 de abril 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). Las urbanizaciones cerradas representan lugares ajenos para las trabajadoras, pero es donde pasan una gran parte de sus días. A pesar de las transformaciones radicales del valle, las condiciones de vida de las trabajadoras no se mejoran de manera significativa.

### **5.1. El inicio de la urbanización en Cumbayá**

Cumbayá empezó a crecer como ciudad con la lotización de las haciendas y la llegada de las élites de Quito en los años sesentas. Luego el patrón de desarrollo urbano tomó la forma de las urbanizaciones cerradas y los conjuntos privados que se caracterizan por los muros altos y las tecnologías de seguridad. Estos enclaves fortificados constituyen fuertes demandas de servicio doméstico; también, señalan que existe “una clara asociación entre la extensión de pequeños servicios intramuros y trabajo femenino” (Svampa 2004, 52). Los estudios sobre los enclaves fortificados en los que habitan las clases media-altas y altas (Caldeira 2000[2007]; Svampa 2004) suelen mencionar, aunque de paso y sin mayor profundización, cómo la demanda por el servicio doméstico hace que los trabajadores (en su mayoría trabajadoras)

pasen, diariamente, por los muros y dispositivos de seguridad de las urbanizaciones privadas, que tienen el propósito de excluir a ese mundo al cual forman parte las empleadas domésticas (Svampa 2004).

En su libro *Ciudad de Muros*, Teresa Caldeira (2000[2007]) resalta que en los procesos de urbanización “las transformaciones recientes están generando espacios en los cuales los diferentes grupos sociales muchas veces están próximos, pero separados por muros y tecnologías de seguridad...” (Caldeira 2000[2007], 257). A diferencia de la segregación por distancia entre distintos estratos sociales, ahora se construyen muros y se crea un miedo al espacio público. Además, como dice Mike Davis en su libro *Ciudad de Quarzo*, el mercado que provee con “seguridad” a las casas de los ricos, genera su propia “demanda paranoica” (2006 [1990], 224).

Pasando de mano en mano entre las élites de turno, hoy en día, el suelo de Cumbayá se ha convertido en uno de los mercados inmobiliarios más importantes del Ecuador. La parroquia de Cumbayá es conocido por ser un lugar donde viven las clases altas de la sociedad. Al mismo tiempo, vemos la presencia de las clases populares sobre este espacio, lo cual demuestra una especie de coexistencia y desplazamiento a la vez. En este sentido, el servicio doméstico implica una relación entre grupos sociales muy diferentes, que si no fuera por este trabajo no se encontrarían bajo un mismo techo. Y, al mismo tiempo, la oferta de mano de obra barata depende totalmente de la desigualdad para reproducir la fuerza laboral del servicio doméstico, de la que dependen las elites para el cuidado de sus familias y sus casas.

Las primeras familias de clase alta que impulsaron el desarrollo urbano de Cumbayá no sólo fueron terratenientes en el Valle, sino que también tenían el poder político para realizar “innovaciones y cambios en la ciudad, reconfigurando el territorio y transformando la manera de consumir” (López Veintimilla y Rojas Pierola 2016).

Al ser un grupo de poder político y terrateniente, produce legislación y normativa en beneficio de sus decisiones, es decir, existe un fraccionamiento del suelo en el que se vende... para después optar como negocio lucrativo y consolidar su clase como rentista, un grupo social que adquiere poder y hegemonía en base al usufructo de un bien (que no produce), solamente tiene valor al implantar capital, pero considerando que el capital es móvil, existirá devaluación y buscaran bajo la condición de desplazamiento una nueva geografía para poder implantarse, ejemplificando reconfiguran el territorio al cambiar el uso del suelo e innovar en la producción espacial (un hito importante la inserción del autoconsumo) que devaluó

su territorio, pero habilitaron suelo al norte [de Quito] para vender y localizarse en el valle de Cumbayá (López Veintimilla y Rojas Pierola 2016, 6-7).

Al inicio de los setentas se delimita el Distrito Metropolitano de Quito, y en Cumbayá “se implantan las fincas vacacionales (de 5.000m hasta 10.000) y los huertos familiares (lotes desde 1.200m hasta 2.000m), que por medio de la Ordenanza especial se determina como segunda residencia y suelo de alto costo” (López Veintimilla 2016). Las élites que migraron del norte de Quito escogieron irse a Cumbayá porque ahí varios conocidos tenían sus haciendas, pero también porque no querían ir a los Chillos ni Calderón. Liliana Serrano, una familiar de los fundadores de Jacarandá, menciona que “no queríamos irnos a los Chillos, allá estaban las nuevas casas y conjuntos de los militares y policías, no eran de nuestro mismo grupo, en cambio en Cumbayá vinimos con gente que nos conocíamos” (Entrevista a Liliana Serrano 2015. Entrevistado por Carlos López Veintimilla 2015).

Al principio de Jacarandá, todos los nuevos habitantes eran sometidos a entrevistas por parte de los socios que tomaban las decisiones sobre quién iba a vivir en la urbanización y quién sería parte de la comunidad. Para ser socio en Jacarandá tenías que ser de “buena familia” y en ese sentido, ser “conocido” entre los contactos de la élite quiteña. Al voluntariamente agruparse y alejarse de los disturbios de la ciudad, la clase alta genera una narrativa que acentúa a las características positivas de vivir en un lugar rural: la tranquilidad, el aire puro, la naturaleza, etc.

El modelo que inició Jacarandá venía directamente de los suburbios de Estados Unidos:

Firmando el 30 de marzo de 1970, la creación de la primera cooperativa que incluía una urbanización y un club privado, con un aporte de 500 sucres<sup>12</sup> y 110 socios, decisión que conllevó comprar el terreno en la periferia de la ciudad. En el mismo año, a través de redes familiares Jaime Moncayo García (Embajador de Ecuador en Estados Unidos y destacado diplomático) comunicó a los miembros de la Cooperativa de Huertos Familiares Jacarandá que la Señora Gloria Pallares de Meneses estaba vendiendo un terreno de 33 hectáreas en Cumbayá, procediendo con la compra.<sup>13</sup> [...] Inicialmente se puede determinar un monopolio, y en base a las entrevistas las haciendas de Cumbayá pertenecían a las mismas Familias (Pallares y Pallares Meneses), además un grupo de familias “deciden tener espacios más amplios”, crean la Cooperativa de Huertos Jacarandá, casas de 500m<sup>2</sup> en terrenos de 1200m<sup>2</sup> a 2000m<sup>2</sup>, de igual forma si incluimos la inversión focalizada tanto del Estado como del mercado, es ahí donde se encuentra la Universidad más costosa, los equipamientos educativos privados, centros comerciales, conjuntos habitacionales cerrados (privatización del espacio público), es decir, una aglomeración de economías de urbanización y de escala a favor de un determinado grupo (López Veintimilla 2017, 70).

La tipología arquitectónica a usarse sería “perímetro libre” sin cerramientos internos, un parque lineal como centro de la urbanización articulado al club social y un solo ingreso... Estas características recrean el suburbio norteamericano como respuesta independiente a una ciudad ‘desordenada’, ‘contaminada’, ‘peligrosa’, ‘distante’ y específicamente que no se encuentra dentro de su ideal de ‘habitar’, es así que se crea un modelo isla, sin relación directa al centro urbano, recreando un imaginario de ruralidad, tranquilidad y amplitud (López Veintimilla 2016, 80).

Las primeras urbanizaciones cerradas, como Jacarandá, fueron diseñadas en base a la arquitectura de los suburbios norteamericanos. Sin embargo, este modelo hubiera sido casi imposible de replicar en el Ecuador (por la tremenda desigualdad social que existe en el país), si no fuera por los altos muros y los dispositivos de seguridad.

### 5. 1. Tabla de la concentración de urbanización por costo del suelo

Concentración de urbanizaciones por costo del suelo	Número de urbanizaciones	Número de lotes	Área m2	Área ha	%
<b>250-170</b>	<b>8</b>	<b>968</b>	<b>1687907,47</b>	<b>168,790747</b>	<b>33,16%</b>
170-120	3	532	573806,445	57,380645	11,27%
120-75	15	1502	1345232,43	134,523243	26,43%
75-25	9	722	540380,758	54,0380758	10,62%
0-25	5	302	943001,349	94,300135	18,53%
Total	40	4026	5090328,46	509,032846	100,00%

Elaborado por López Veintimilla con base en la Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda 2014

Al aplicar esta relación, se puede extraer el primer argumento para la división social del espacio. Con la correspondencia entre costo de suelo y urbanizaciones cerradas, se identifica que el 31,16% de los planteamientos residenciales se encuentra ubicado en el suelo más costoso, (de acuerdo a las Áreas de Intervención Valorativas municipales). Su localización se encuentra relacionada a las primeras urbanizaciones descritas en el punto anterior, es decir, que los primeros asentamientos monopolizan el precio del suelo más costoso de Cumbayá.

Los fundadores de Jacarandá crearon “un nuevo modelo autónomo en la periferia de la ciudad, vinculando actividades residenciales, recreativas y deportivas” (López Veintimilla 2017, 77). Junto con “muy buenos profesionales y de buena familia, y con la gente de la embajada americana, lanzamos la idea en el año 1969 de formar la cooperativa” (Entrevista a

fundador de Jacarandá, Cumbayá, 05 de junio de 2016. Entrevistador: Carlos López Veintimilla, 2017).

## 5. 2. Foto de venta de los primeros terrenos en Jacarandá



*Fuente:* López-Veintimilla (2017, 67)

“El crecimiento fue evidente... sin embargo este territorio evolucionó de ser una segunda residencia, a ciudad dormitorio, ciudad satélite y en la actualidad está planteando un territorio casi autónomo... que satisface sus propias funciones, al ofertar servicios para todos los habitantes” (López Veintimilla 2016, 86).

En las entrevistas con las empleadoras en Cumbayá, varias de ellas constataron la misma observación, que ya no es necesario subir a Quito. La gran mayoría de los hijos de las empleadoras entrevistadas atienden las instituciones educativas en Cumbayá, como el colegio El Menor y la universidad San Francisco. Hay dos Supermaxis y un Megamaxi en un radio de dos kilómetros de Jacarandá, tres centros comerciales y servicios financieros y gubernamentales. No solo las clases altas buscan mejorar sus condiciones de vida, todas las personas los hacemos, pero no todos podemos aprovechar la lógica de la oportunidad que brinda el Estado y el mercado (López Veintimilla 2016, 99).

La élite que reside de manera permanente en Cumbayá ya no se limita a los antiguos terratenientes de Quito. La creciente popularidad de la parroquia atrae a una variedad de clases altas, como, por ejemplo, extranjeros y profesionales. El crecimiento del área urbano

incentiva a que personas de todo lado se asientan en la parroquia y, a diferencia de los años setentas y ochentas, hoy en día resulta casi imposible controlar quién vive dentro de los muros de Jacarandá. Además, los muros ya no son suficientes para garantizar la seguridad de los habitantes, por lo tanto, se incorpora tecnología moderna (como el reconocimiento facial) para controlar quién entra y sale de la urbanización.

En Jacarandá ha cambiado bastante la demografía de los habitantes, en parte porque los primeros habitantes están muertos y en su lugar hay nuevos dueños que no pertenecen a las familias originarias. Y, también porque las casas se arriendan a otras personas y a los arrendatarios no se les pide una entrevista para vivir dentro de la urbanización. Hoy en día solo se pide una entrevista a los compradores de casas de Jacarandá y muchos de los nuevos habitantes son extranjeros. “Los chinos” son uno de los grupos sociales particulares que resaltan en la composición demográfica de Jacarandá (López Veintimilla 2016). La transformación en la configuración social de Jacarandá refleja el tremendo crecimiento poblacional de Cumbayá y va de la mano con la expansión urbana de Quito. Hasta el presente, en más de la mitad del suelo de la parroquia se erigen diferentes urbanizaciones cerradas. Como es lógico, cada año hay menos espacio urbanizable y, por ende, las urbanizaciones se hacen más pequeñas y las casas que albergan también se reducen en tamaño.

A pesar de que Jacarandá asentó un modelo a seguir en Cumbayá, hay algunas diferencias entre las numerosas urbanizaciones que meritan nuestra atención. Primero, se puede identificar a las urbanizaciones antiguas, que son las más grandes (como, por ejemplo, Pillagua, la Viña y Jacarandá), adentro de las cuales, varias casas tienen muros alrededor de su perímetro y guardianía privada. Segundo, las nuevas urbanizaciones se distinguen de las primeras en el sentido de que los lotes son más pequeños y sobre estos terrenos se construyen muchas más casas. De hecho, las nuevas urbanizaciones suelen ser de departamentos, con espacios como cines, gimnasios, sala de juegos, canchas de uso múltiple, spa etc.

Con la residencia permanente de una élite cada vez más heterogénea, hay también una diversificación en las formas de las urbanizaciones. La producción en masa de departamentos refleja un aprovechamiento máximo de las lógicas de oportunidad. La nueva tendencia es construir departamentos dentro de urbanizaciones que están ubicados a lo largo de la Ruta Viva. Las carreteras y los nuevos caminos adoquinados (que antes eran empedrados) facilitan

el acceso a las urbanizaciones y hacen que sea más accesible vivir en el valle para una mayor cantidad de personas.

En las primeras urbanizaciones de Cumbayá (Jacarandá, Pillagua, Meneses Pallares y Auqui Chico) los lotes son grandes, más o menos de 2000m<sup>2</sup> (ca.600m<sup>2</sup> con construcción y el resto es jardín). En comparación, las urbanizaciones más recientes son departamentos en conjuntos cerrados, y muchas veces no ofrecen un jardín privado. Donde si podemos ver nuevos y enormes urbanizaciones a una corta distancia de Cumbayá, en el Valle circundante (como en las parroquias de Tumbaco, Pifo, Puembo y Checa). A diferencia de las urbanizaciones en Cumbayá, de los setentas y ochentas, las más recientes representan mega proyectos inmobiliarios y no tienen nada que ver con las elites originarias de Cumbayá. De hecho, varios de los antiguos moradores de las clases altas rechazan el negocio de los megas inmobiliarios como Uribe y Schwarzkopf y Yoo Cumbayá.

Es cuestionable qué tanto estas urbanizaciones siguen el modelo del suburbio norteamericano y no simplemente un modelo en la que se puede incrementar la plusvalía del terreno con la mayor cantidad de residencias disponibles a la venta. Sin embargo, se sigue manteniendo una imagen de “estándar de vida” que añade valor a las urbanizaciones, y que se rige sobre un discurso caducado que describe a Cumbayá como un lugar tranquilo y “de campo”. La “tranquilidad del campo”, que es el objeto de consumo que se vende en Cumbayá, es algo que se ha transformado y que ahora se reduce a atractivos como los spas y canchas deportivas de las nuevas urbanizaciones. Es otro estilo de vida en comparación con la “vida de campo” y va de la mano con otro proceso social que es la residencia permanente de una clase alta diferente, aunque no totalmente desvinculada, a las élites originarias de Cumbayá.

Las urbanizaciones cerradas tienen sus propios espacios comunales de forma privada y vigilada. Cabe mencionar, en las urbanizaciones privadas varias de las casas particulares de los estratos más altos, cuentan con guardianía privada que garantiza su seguridad. En las urbanizaciones, en general, suele ser común que el guardia revisa a las empleadas antes de que salgan de la urbanización. Lila se indigna porque ha trabajado en la misma casa por casi 20 años y que la revise un guardia, cuando además desconfía de los hombres, es más de lo que puede tolerar. Así que habló con “la señora”, quién a su vez habló con el guardia y ahora no la exige mostrar su cartera antes de salir del trabajo.

Para las élites, ¿qué significa vivir en una urbanización cerrada? Y, para las trabajadoras, ¿qué significa trabajar en un ambiente doblemente cerrado, como, la casa y la urbanización? Por un lado, para las primeras, la seguridad es una de las razones principales por las que las clases altas optan por vivir atrás de muros altos que los separan del resto de la ciudad. Pero, existe otra iniciativa que es igual de decisiva: El prestigio que conllevan las urbanizaciones es parte de la diferenciación social que ejercen las clases altas de la sociedad.

Desde el inicio del desarrollo urbano en Cumbayá, cuando se construyó Jacarandá, las familias de clase alta de Quito buscaron juntar a las élites (sus conocidos) y así asegurar sus círculos sociales junto a una forma de vida que les permitía mantener su estatus en generaciones por venir. Los dueños de Jacarandá soñaban con un lugar donde todos se conocían y donde la plusvalía de la tierra quedaría asegurada.

La llegada de la élite a Cumbayá, ocasionó el desarrollo de nuevas oportunidades habitacionales, con viviendas de alta factura, cambios en los patrones espaciales, pérdida de reservas de suelo e incremento de conjuntos habitacionales [...] Esto redundó en un aumento del costo del suelo y altas inversiones inmobiliarias en viviendas y estatales en infraestructura y servicios. La élite incentivó a una alta inversión en bienes inmuebles y mayor crecimiento del mercado inmobiliario, situando a Cumbayá en el segundo sector de más alta plusvalía y mayor rentabilidad en Quito (Acosta 2014; en López Veintimilla 2017, 57).

Cada vez más, las clases altas de la sociedad ecuatoriana se movilizan a urbanizaciones en Puembo y Checa, que son lugares que todavía mantienen una fuerte presencia campesina e indígena. Por lo tanto, existen a la venta grandes extensiones de tierra, las cuales son ideales para la construcción de urbanizaciones cerradas. Siguiendo el patrón de urbanización de Cumbayá, los enclaves fortificados están proliferando en todo el Valle de Tumbaco.

En Cumbayá se tomó al espacio como dispositivo normalizador, moralizador y de dominio, para lo cual, según Foucault (1996) y Senett (2007), esto se puede ejemplificar que la élite quiteña localiza y moviliza su residencia al asumir que sus espacios se ‘contaminan’ y desde una perspectiva bourdieana su capital comienza a disminuir, así como en la historia se tuvo los Planes Ordenadores iniciando con el de Jones Odriozola, separando en el norte a grupos con mayor nivel socioeconómico al sur [de Quito] los ‘pobres’. En este sentido, el espacio es concebido y producido por clases hegemónicas (visto desde la política pública) que separa y divide a la población, teniendo como resultado áreas con mayores privilegios con aglomeración de economías de escala, deviniendo en territorios desiguales (López Veintimilla 2016, 8).



Como resultado hubo un enorme cambio en los patrones espaciales, hoy los remanentes de lo rural se esparcen en lugares esporádicos, como los pastizales al lado de la Ruta Viva o frente a los grandes centros comerciales.

El modelo urbano habitacional que se dio a partir de la Reforma Agraria en los sesentas, fue acompañado por infraestructuras como nuevas vías y grandes proyectos inmobiliarios. Este fenómeno ha producido cambios profundos en el Valle de Tumbaco, “donde resultan beneficiados los usuarios de transporte privado, lo que ocasiona una inequidad en la movilidad, accesibilidad y en los desplazamientos; donde realizar menos viajes significan menos oportunidades para los estratos de escasos recursos” (Palacios Velasco 2017, 94). En el Valle de Tumbaco se observa como crecen las poblaciones de los grupos altos de la sociedad frente al continuo desplazamiento de los grupos sociales con pocos recursos, y a los que se siguen desplazando y excluyendo (*Ibid.*).

En los setentas, desde la ubicación de las casas vacacionales de la élite quiteña, incrementó el valor tanto de la tierra como de las construcciones. Durante esta expansión geográfica “más del 50% del suelo urbano estuvo declarado vacante [...] la súbita expansión no correspondió a una escasez del espacio dentro de la ciudad para la creciente población, sino que fue provocado por el afán de ganancia de plusvalía a través de la especulación” (Santillán 2015, 104). Esto señala cómo “el crecimiento de la parroquia se orientó hacia la atracción de personas de un poder adquisitivo mucho mayor al de la población originaria” (Durán et.al. 2016, 138).

Con los antecedentes expuestos arriba se puede identificar un proceso de desplazamiento de las élites, que se mueven en búsqueda de mayor bienestar y también cómo para mantener su estatus social. Este proceso se conecta con el desplazamiento de las clases más bajas, que se ven cada vez más marginadas por la expansión urbana; al mismo tiempo, que existe una conexión directa entre ellas: el trabajo del servicio doméstico.

## **5.2. La segregación voluntaria de las élites**

La segregación voluntaria de la élite detrás de los muros, sean de las urbanizaciones o sean de sus casas, marcan una diferenciación social de clase. Pero, más que mantener la diferencia social en sí, se trata de mantener el orden social dominante. El espacio es un elemento clave

porque es una manifestación material de este orden. Los muros que caracterizan a estas viviendas no sólo tienen la intención de proteger a los habitantes de su entorno, sino que reproducen diferencias sociales marcadas por la desigualdad social. La distinción de clase entre quién vive dentro de los muros y quién vive afuera no sólo se trata de una separación física entre el intra y el infra muro. Sino que quién vive dentro de las urbanizaciones tiene un estatus más alto que quién vive afuera de ellas.

El cambio del uso del suelo, de rural a urbano, fue liderado por la élite, que con mayor poder adquisitivo buscaron incrementar sus capitales y acumular plusvalía, a través de convertir sus haciendas en suelo urbano y vender al mismo grupo social al que consideran que pertenecen ellos (López Veintimilla 2017, 74). Consecuentemente, en la zona se produjo un desarrollo residencial para la élite o clase media alta, acompañado en los siguientes años por “la instalación de servicios educativos de élite y otra serie de formas de consumo ligadas con las clases pudientes durante la década de 1990 [lo cual] llevó a que esta clase pasara de tener una presencia ocasional a estar de forma permanente” (Martí et.al 2016, 138).

Hasta el día de hoy, en las leyes del Municipio de Quito no son permitidas las construcciones de urbanizaciones cerradas. Sin embargo, con el argumento de la inseguridad y con influencia política, el Municipio concedió y se permitió construirlas bajo la nomenclatura de “cooperativas de huertos familiares” con “un solo ingreso, vigilancia, áreas verdes y un área comunal” (Roberto Noboa. Entrevistado por López Veintimilla 2015, 7). Este nuevo modelo habitacional sustituyó a las haciendas que rodeaban a Quito. Sin embargo, en las etapas iniciales de la construcción de Jacarandá el Municipio de Quito no quiso entregar los permisos.

Los primeros quiteños que se instalaron en las urbanizaciones privadas de Cumbayá, las llamadas Huertos Familiares y Fincas Vacacionales, asentaron un antecedente para las mega-inmobiliarias que hoy en día se construyen en la zona. El Valle de Tumbaco se presta para la glorificación de la vida en el campo y las nuevas urbanizaciones convierten las vistas y el paisaje montañoso en valor agregado. Bajo la retórica del peligro y caos de la ciudad, se creó una narrativa campestre sobre Cumbayá y que sirvió para convencer a los ciudadanos para que migren al valle. Las urbanizaciones cerradas proliferan y la construcción de las mismas se expande en el Valle de Tumbaco. Lo que demuestra es un alto nivel de inversión privada que está transformando el espacio y que genera nuevas formas de segregación.

Al inicio de la urbanización en Cumbayá, la segregación voluntaria de la élite fue parte de un esfuerzo de crear un lugar donde los miedos de la ciudad no eran parte de la vida cotidiana. A pesar de los muros exteriores los primeros habitantes de Jacarandá construyeron sus casas con perímetros abiertos. Pero, con el ingreso de nuevos habitantes, que decidieron vivir de manera permanente en la urbanización, se empezaron a cerrar los perímetros con muros. Con el tiempo, también cambió la tipología de las casas en Jacarandá: de “tradicionales” a “modernas” y hasta “ostentosas” (López Veintimilla 2016, 95). Hoy en día, sigue siendo una de las urbanizaciones más caras, pero otras la ganan en prestigio social, como, por ejemplo, la urbanización Pillagua en Cumbayá o Arrayanes en la parroquia Puenbo del Valle de Tumbaco. La población de Jacarandá creció y llevó a que miles de otras familias se mudaran a Cumbayá, impulsando la construcción de nuevas urbanizaciones.

El concepto de enclaves fortificados de Caldeira señala que: “Los condominios cerrados, el nuevo tipo de vivienda fortificada de la elite, no son lugares en los cuales las personas caminen o por los cuales pasen. Son lugares distantes, a los que se accede sólo en automóvil y por sus residentes, unos pocos visitantes y, está claro, los empleados...” (Caldeira 2000[2007], 312). Este concepto describe una nueva forma de segregación, e indica que, a diferencia de la segregación por distancia entre estratos sociales, ahora se construyen muros y se crea un miedo al espacio público. “La urbanización cerrada es el área urbana residencial cerrada, donde lo público ha sido privatizado” (Roitman 2004, 9). El sentirse “seguro” es el nuevo lineamiento usado para producir ciudad y planteamientos separados/excluidos que tienen como objetivo mantener territorios controlados” (Foucault 1996).

Las urbanizaciones cerradas se caracterizan por “un alto poder adquisitivo y estatus sociocultural... [L]as comunidades cerradas son la expresión de la búsqueda de distinción de las clases altas que prefieren los beneficios del suburbio (espacio, tranquilidad, consumo de naturaleza) por encima de la localización estratégica de los centros consolidados” (Durán et.al. 2016). Por haberse convertido en ciudad, Cumbayá se ha vuelto más atractivo e incentiva a las clases más altas a vivir en este lugar. Pero ¿hasta cuándo será sostenible la imagen de “campo” y “tranquilidad”, si cada año esta ciudad y su población crece de manera exponencial? Resulta paradójico que las urbanizaciones cerradas en Cumbayá promueven un estilo de vida que ellos mismos amenazan con destruir.

### 5. 3. Tabla de aglomeración por nivel socioeconómico en urbanizaciones privadas

NSE	# de UP	# lotes	Área m <sup>2</sup>	Área ha	%
A	<b>16</b>	<b>2553</b>	<b>3280018,23</b>	<b>328,001823</b>	<b>64,44%</b>
B	6	200	812435,884	81,2435884	15,96%
C+	9	880	636168,385	63,6168385	12,50%
C-	5	250	109872,42	10,987242	2,16%
D	4	143	251833,541	25,1833541	4,95%
<b>Total</b>	<b>40</b>	<b>4026</b>	<b>5090328,46</b>	<b>509,032846</b>	<b>100,00%</b>

Elaborado por López Veintimilla a partir de INEC 2010

En la tabla podemos ver que en 64% de las urbanizaciones cerradas vive el grupo de más alto nivel socioeconómico. Estas urbanizaciones ocupan la mayor parte del suelo urbanizable en Cumbayá. Lo cual significa que los otros grupos de menor nivel socioeconómico, viven en urbanizaciones que ocupan un área más pequeña de la parroquia. Esto es evidencia de la producción social del espacio marcado por la desigualdad: los grupos sociales de niveles socioeconómicos más altos ocupan la mayor parte del territorio y dominan sobre la producción social del espacio. Mientras que los grupos con muchos menores niveles socioeconómicos tienen que luchar por mantener un espacio cada vez más reducido.

Si bien las élites no son homogéneas, y las relaciones entre trabajadoras y empleadoras varían según cada hogar, el espacio juega un rol fundamental al indicar como uno se debe sentir y actuar en determinado lugar. Cuando los empleadores asignan vasos, platos y utensilios exclusivamente para que los usen las trabajadoras, lo que están diciendo es que las trabajadoras no son lo suficiente dignas para usar las mismas cosas que usan los demás. De manera parecida, el cuarto de empleada es pequeño y oscuro, suele estar ubicado al lado de la cocina y la lavandería. Este espacio dice a gritos que las trabajadoras son invisibles y subvaloradas, aún así, para algunas trabajadoras jóvenes, puede ser la primera vez que tengan “su propio cuarto”. La mayoría de las trabajadoras que entrevisté empezaron a trabajar como niñas. En las casas algunas fueron tratadas por las empleadoras como “otra hija más... aunque también atendía” (Entrevista a Viviana, el 6 de octubre del 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter); mientras que otras dormían sobre trapos en la cocina. Pero, no importaba donde dormían, en las noches todas lloraban por sus madres.

En otra parte mencioné como el espacio puede dignificar o no a una persona, eso se nota con claridad cuando se trata de las entradas a algunas de las urbanizaciones cerradas. Estos lugares buscan generar un impacto en quién pasa por sus puertas, no se trata solamente de la seguridad de sus residentes y el control sobre quién entra y quién sale, sino que en cada momento las personas están componiendo diferencias porque estos lugares lo exigen. A los residentes les genera confianza, seguridad e importancia personal, pero para las trabajadoras puede ser molesto y denigrante, en varias ocasiones, pude observar como las trabajadoras y los trabajadores (la mayoría de construcción) hacían fila en la puerta de salida para poder entrar a la urbanización (en muchos casos, las urbanizaciones tienen una entrada y una salida, uno al lado del otro, pero con distintos sentidos de dirección).

El diseño de la arquitectura y el grado de opulencia generan impactos diferentes al pasar por los portones de las urbanizaciones. En la mayoría de los casos, existen entradas diferenciadas entre los residentes y visitantes, y, además aplican a las trabajadoras, que en su gran mayoría pasan por la puerta de los visitantes donde dejan sus cédulas para poder ingresar. Mientras más se conglomeran las clases media-altas y altas en Cumbayá van surgiendo espacios que marcan la distinción con las clases medias y bajas. La heterogeneidad social del valle, tanto entre las clases altas (las élites ecuatorianas, las nuevas clases media-altas y altas, los extranjeros) como entre la población del valle (pueblos originarios, indígenas y afro-ecuatorianos, migrantes internos, refugiados venezolanos y colombianos), resalta la segregación espacial más que democratizar el territorio.

Cada vez, con la construcción de las urbanizaciones cerradas, hay más tecnologías de seguridad (reconocimiento facial, huella táctil, tarjetas magnéticas) guardias privadas y cámaras que vigilan y controlan el movimiento de las personas. La operación de estos mecanismos no solo se distingue dependiendo de quién se trata, sino que sirven para reproducir las diferenciaciones sociales. Dentro de las casas de trabajo, los cuartos de servicio pueden tener teléfonos para comunicarse con el resto de la casa o cámaras en distintos espacios para vigilar a la trabajadora. Una trabajadora que tiene la confianza de sus empleadores puede entrar con el reconocimiento facial o con la tarjeta magnética, pasar por el guardia sin dejar la cédula ni que revise su cartera. Pero, si no lo tiene es más expuesta a los abusos de estos mecanismos de seguridad y a la discriminación que opera en estos espacios. Ahí vemos como si bien varias de relaciones entre empleadas y empleadoras se califican

como positivas, hay procesos sociales que producen una materialidad en el espacio, donde emergen las diferencias sociales y los imaginarios que las sostienen.

### **5.3. Las trabajadoras y los enclaves fortificados**

El orden social que opera en las urbanizaciones, especialmente en las entradas/salidas, es el mismo que marca las desigualdades que estructuran las vidas de las trabajadoras. Los muros y las entradas/salidas de las urbanizaciones cerradas operan de manera que no sólo distinguen entre el mundo infra e intra muros, sino que diferencia socialmente entre los residentes y los visitantes. En este sentido, la intención es de proteger a los residentes de su entorno, pero también de otorgar un estatus más alto a quién vive dentro las urbanizaciones. De esta manera se reproduce la estratificación social en estos lugares, al mismo tiempo que se extienden para el interior de las familias y para el exterior de la ciudad.

La segregación de los muros y el miedo al espacio público justifican prácticas espaciales que imponen un orden, muchas veces desde la violencia. Las entradas/salidas de las urbanizaciones cerradas son espacios dominantes que tienen el objetivo de homogeneizar los espacios percibidos y vividos. Estos espacios se presentan como meras formas de organizar el espacio; sin embargo, estos son lugares de poder que resisten a todo lo que les desafía, a veces por medio de la violencia abierta o sino de manera más sutil. Los portones grandes marcan la superioridad de los residentes, y también ensalzan el poder que tienen los guardias y quiénes controlan estos lugares. En varios casos, hubo trabajadoras que se quejaban de los guardias, de que les chantajeaban o abusaban de su poder, revisando a las trabajadoras al salir de las urbanizaciones o negándolas la cédula si no dejaban su número de teléfono.

#### 5. 4. Foto de la entrada a las urbanización A



Foto por Andrea Robertsdotter 2018

#### 5. 5. Foto de la entrada a la urbanización B



Foto por Andrea Robertsdotter 2018

Luego de tomar dos buses, un taxi y finalmente caminando, Elisa llega al portón de arriba, a la entrada a la urbanización donde trabaja:

Toca entrar 8 en puntito porque toca darle el desayuno al señor. Primerito llegamos, y como trabajamos las dos [ella con su hermana] nos ayudamos. Yo, por ejemplo, hago el batido del señor, mi hermana prepara el sánduche del señor, y nosotros le subimos arriba donde el señor se está vistiendo y todo eso. Ya se va el señor, subimos, retiramos. Yo de ahí voy a la lavandería, voy a traer la ropa, de ahí me hermana sigue arreglando la cocina.

Gasto cuatro dólares diarios en transporte... voy a las 7 en el bus de aquí, de Chiviqui a Tumbaco, de Tumbaco a Cumbayá, tenemos q pagar un taxi de 1.50, solamente para la ida. Ya para el regreso bajo caminando... Cuando hay suerte, cuando hay chance bajan esas busetas que vienen del Chillogallo. Ahí si lo cojo, cuesta 25 [centavos], de ahí Cumbayá y a Tumbaco otra vez... A mí me pagan 240[USD] por los 4 horas, y descuenta 20 dólares del IESS entonces me pagan 220. Y, a parte nos dan los 30 dólares de pasaje, cada quincena (Entrevista a Elisa, el 13 de agosto del 2017).

Ahora gano, así con sábados y todo, 450 [USD] [en la urbanización de arriba] y el joven [el hijo de los empleadores de tiempo completo] me paga 160. Trabajo ahí [en la Primavera, Tumbaco] 3 veces a la semana en las tardes.

Llego tarde, salgo de mi trabajo [en Cumbayá] a las 4 llegó [a la Primavera] 16:30. Allá [en Cumbayá] trabajo normal de 8 a 4. De ahí, los tres días de la semana vengo acá [la Primavera]. Bueno, cuando estaba enferma la señora, había veces que llegaba acá a las 5 y me quedaba acá hasta las 8. Pero, como ya no está la señora, vengo acá un poquito más temprano. Más que todo por los chicos [los nietos de la señora], por el Marco, porque es el que más necesita la comida. Entonces más que todo vengo por él, y como es el abuelo, pues, me dice, más bien ándate rápido para allá (Entrevista a Diana, el 18 de abril del 2017).

La mayoría de las trabajadoras del servicio doméstico son mujeres que trabajan desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, siete días a la semana, tanto en las casas de sus trabajos, como en sus propias casas. Una parte significativa de lo que ganan las trabajadoras se va en el transporte, son muy pocas las que reciben dinero de sus empleadores para la movilización. Además, las esperas para el bus y las caminatas dentro de las urbanizaciones son largas, y conducen a experiencias que se contrastan fuertemente con los ritmos y la movilidad de los residentes de las urbanizaciones.

## 5. 6. Foto de la entrada a la urbanización C



Foto por Andrea Robertsdotter 2018

A lo mejor no solemos pensar en los trayectos de las trabajadoras como parte de las prácticas espaciales de las urbanizaciones. Sin embargo, estos lugares evidencian un uso del espacio muy diferenciado dependiendo de si vives o trabajas en una urbanización. Las experiencias de las trabajadoras presentan ritmos e intensidades que son contrastan con el orden, la belleza y, de menudo, la opulencia de las urbanizaciones cerradas. “Cumbayá es bonito, es organizado y



hay bastantes conjuntos, hay fuentes de trabajo, hay bastantes empleadas... y guardias” (Entrevista a Elisa, el 14 de abril 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

### **5. 7. Foto de la entrada a la urbanización D**



Foto por Andrea Robertsdotter 2019

### **5. 8. Foto de la entrada a la urbanización D**



Foto por Andrea Robertsdotter 2018

De las urbanizaciones que documenté, todas tenían uno o más guardias en la entrada. Nunca faltan los guardias que abusan de su poder y chantajea a las trabajadoras que entran y salen todos los días. Al inicio de este capítulo mencioné como, en un caso, el guardia revisaba las carteras de las trabajadoras al salir de la urbanización. De igual manera que las urbanizaciones dotan de prestigio a sus residentes, pueden quitar dignidad a las personas que “no pertenecen” a estos espacios. Por lo tanto, cuando una trabajadora gana la confianza de sus empleadores y ellos la entregan las llaves para entrar sola a la casa, puede saltarse el guardia. En otros casos, es todo el contrario, los empleadores hacen esperar a la trabajadora: “Yo timbraba y me hacían esperar, y cuando ya me iba, ahí venían a abrirme la puerta para que entre a trabajar.

Un día me cansé y nunca regresé, sin pago, me fui nomás” (Entrevista a Carmen, el 26 de octubre del 2018. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

### 5. 9. Foto de la entrada a la urbanización E



Foto por Andrea Robertsdotter 2019

Hay mucho trabajo aquí, la gente tiene plata y tiene como pagar empleadas. Acá se consigue mucho más trabajo y pagan un poquito más del básico. Hay gente que tiene más, y pagan un poquito más del básico. Y, aquí me gusta porque solo cojo un bus, me quedo allá y voy caminando. Porque yo vivía también abajo en Santa Inés y ahí me tocaba coger otro bus. Las paradas de bus, no hay ni techo ni asientos, nos paramos todos ahí y toca esperar y esperar. Terrible es eso. De la puerta colgada, así saben ir (Entrevista a Cari, 2 de abril del 2017. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

Las personas experimentan los espacios de forma variada, al mismo tiempo que “las ideas que estructuran el espacio no involucran a todas las personas de la misma manera” (Shmidt 2011, 22). En los trabajos del célebre Lefebvre (1974) esta distinción se define como el espacio vivido (las experiencias de los habitantes y usuarios del espacio) y el espacio concebido (los arquitectos, planificadores y autoridades). Pero, en el caso de Jacarandá, los habitantes y los planificadores/autoridades políticas, son las mismas personas; lo cual refleja el alcance del poder que se ejerce en las entradas y salidas de los enclaves fortificados.

Los enclaves fortificados son dependientes del automóvil y el espacio que les rodea prioriza a los autos privados, ignorando a las necesidades de una gran parte de la población que depende del transporte público para movilizarse. A quién tiene acceso a un auto, desde Cumbayá se llega a Quito en menos de 15 minutos. Pero, para quién no tiene un auto, desde Tumbaco a Cumbayá puede demorar media hora. Por no decir, quién no tiene auto y vive en el Ilaló, tiene que caminar media hora para llegar a una carretera donde pueda coger el bus. Y, no son

solamente las distancias recorridas, sino las condiciones de los trayectos que emprenden las trabajadoras todos los días. En la lluvia o con solazos, de madrugada o de noche, ellas tienen que caminar y, también, en las paradas deben esperar, un largo tiempo, a veces, el trayecto suma más de 4 horas diarias en ir y venir del trabajo a sus casas.

El transporte público no transita en ninguna de las urbanizaciones; sin embargo, en el caso de las más grandes, como Pillagua, las trabajadoras llegan a la entrada en buses del transporte público, y toman una buseta que se provee por la urbanización para llegar a las casas donde trabajan. A primera vista se podría aplaudir el hecho de que las trabajadoras no tengan que caminar largos trayectos a sus trabajos. Pero, si se mira más de cerca, vemos que hay una deficiencia total de paradas equipadas con asientos y techos, y que los buses que existen son pocos y no logran abastecer a la población que depende de ellos todos los días. Además, con frecuencia, el horario de las trabajadoras se extiende varias horas fuera del horario de trabajo establecido, y a la hora en la que ya no operan los buses del transporte público (ni las privadas de las urbanizaciones cerradas).

La experiencia socio-temporal, dónde pasamos más tiempo; con quién interactuamos en el día a día; cómo llegamos a qué lugares; y, todo el tiempo que se dedica a diferentes actividades, tiene tanta importancia como el lugar de residencia o procedencia para el análisis de las desigualdades sociales. Por ejemplo, Krivo et.al observan que “al comparar a los blancos que viven en barrios económicamente similares, los afro-estadounidenses y los Latinos experimentan mayor aislamiento social en lugares en las que conducen actividades rutinarias y en asociación con su movimiento en la ciudad” (Krivo et.al. 2013; en, Kwan 2013, 1080).

Las trayectorias y los espacios que transitan las trabajadoras marcan el espacio, reflejan caminos los de las fotos de abajo, estos son los *chaquiñanes* que en quichua significan literalmente *chaqui:pie* y *ñañ:camino*, caminos peatonales. Cortan a través de las laderas de la Ruta Viva y son una muestra espacial de las conexiones entre las urbanizaciones y los trabajos de servicio intramuros.

### 5. 10. Foto de un chaquiñan en Ruta Viva



Foto por Andrea Robertsdotter 2019

Al salir de las urbanizaciones dónde trabajan, como no hay veredas, las empleadas se sientan al filo de la ruta para esperar el bus. Además de que las paradas suelen estar ubicadas en curvas peligrosas a lo largo de la carretera, carecen de infraestructura básica como de asientos y techos.

### 5. 11. Foto del chaquiñan B en la Ruta Viva



Foto por Andrea Robertsdotter 2019

## 5. 12. Foto de la parada de bus informal Ruta Viva



Foto por Andrea Robertsdotter 2019

En la Ruta Viva hay varios puentes peatonales, pero poca gente los usa; y, por último, ahí no pueden cruzar las vacas, ni los caballos, ni las cabras de los habitantes campesinos e indígenas, cuyas tierras se dividieron en dos o más pedazos por la Ruta Viva. De hecho, la expansión de las urbanizaciones cerradas despoja a los campesinos y los indígenas de sus tierras y genera la especulación de tierras. Con el dinero del municipio se construyen las vías de asfalto que llevan a las entradas de los enclaves fortificados, donde también llega el agua potable; mientras en las comunas los habitantes hacen mingas para empedar o adoquinar los caminos que llevan a sus casas, y pagan por tanqueros de agua por la falta de agua potable (más o menos \$50 USD mensuales).

### 5. 13. Foto de pastoras en la Ruta Viva



Foto por Andrea Robertsdotter 2019

En las tardes, por el chaquiñán que corre al lado de la carretera, sabe tambalear un borracho: apenas esquivando los carros; en los fines de semana, los ciclistas deportistas en sus cascos y accesorios, hacen uso de la fila dedicada solo para ellos. En la entrada de la Cerámica, junto a la Ruta Viva, se ubica un nuevo conjunto residencial que se llama Flor de Lís. En la planta baja del edificio hay una panadería/café, una heladería y un restaurante de tacos. Frente a este edificio hay un puente peatonal por donde pasan todos los días los trabajadores de construcción que trabajan construyendo nuevas urbanizaciones y casas particulares, y las empleadas. Los días que pasa la basura salen varios vecinos a recolectar botellas de plástico y cartones para vender a centros de acopio para el reciclaje. Además de recolectar materiales reciclables venden verduras y frutas, huevos, gallinas y pollos, a veces tienen ganado o cerdos, cuyes y cabras.

Cerca de aquí vive una de las trabajadoras que entrevisté, ella trabaja de manera informal y muy esporádicamente en diferentes casas del Valle de Tumbaco. En una de las casas donde trabaja, la empleadora la encierra con llave cuando se va de la casa. Un día me contaba que temía por su vida, porque “si se empieza a quemar la casa, ¿qué hago? ¿Cómo salgo? Pero, usted sabe, esos veinte que yo gano ahí, yo los necesito... a veces me salvan...” (Anónima. En una entrevista con Andrea Robertsdotter). La movilidad y las trayectorias de las trabajadoras, tanto en la cotidianidad como a lo largo de sus vidas, es marcada por el peligro. Las prácticas espaciales permiten analizar como las personas, al moverse en el espacio,

producen límites imbuidos de poder. A pesar de que toman formas diferentes, aún así, es el mismo espacio, incluso la misma esquina de la Ruta Viva.

Las geógrafas feministas enfatizan que la formación del sujeto se analiza en la vida cotidiana y en las experiencias de los sujetos. Estas entradas revelan la heterogeneidad social en el espacio, dónde la diferencia se entiende como un proceso emergente que se renueva constantemente, lo cual desafía las nociones de identidades fijas.

Salía de una casa, donde justo había acabo de planchar, y era una tarde de esas que hacía mucho sol, y yo estaba caminando a la parada del bus con mi hijo, y le digo “chuta mijo no te traje gorra, te vas a quemar. Y, una señora que estaba parada ahí me dijo, “pero, si ustedes los negros no se queman”. Chica, yo ahí, creo que me puse de colores... Le dije, “mira nosotros los negros, somos humanos como usted, si yo me corto la mano aquí, me va salir sangre roja como la suya, con la única diferencia de que mi piel es más oscura. Claro, y nosotros no nos quemamos, ustedes sí se queman... se ponen como plátano seda le dije, ¿sí ha visto los plátanos seda cuando se ponen bien amarillos y llenos de puntitos como manchitas? [se ríe entre carcajadas y nervios] Es que me dio mucho coraje (Entrevista a Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter, 5 de abril de 2019).

La atención a la vida cotidiana (supuestamente mundana) y a las prácticas espaciales, permite analizar cómo las personas, al moverse en el espacio, producen límites imbuidos de poder. Y, que estas están abiertas a la contestación, al mismo tiempo que cierran parcialmente las posibilidades de transformaciones sociales radicales. Las trabajadoras, en muchos casos, cuentan como han recibido el apoyo de las empleadoras, en dejar a sus maridos violentos, conseguir préstamos y operaciones, y/o financiar la educación de sus hijos. Siempre y cuando, la trabajadora consuma una gran parte de su vida en las casas que son su sustento. Y, en ese sentido la emancipación de la trabajadora se vuelve bastante limitada, aunque no quita que las familias que viven en las urbanizaciones pueden presentar oportunidades de movilidad social para ellas y sus familias.

Por lo tanto, cabe reconocer que lo que viven las trabajadoras del servicio doméstico de hoy, es muy parecido a los que vivieron sus madres y sus abuelas. La precariedad económica, laboral y doméstica, la dependencia de los empleadores: para un ingreso, vivienda, salud, educación. Igual a como era hace menos de cien años atrás, en el presente la seguridad y movilidad social depende de la suerte de las trabajadoras, ya que se estructura por las propias familias. En ese sentido, la espacialidad del servicio doméstico demuestra como se reproduce la desigualdad social, y que no solo marca la vida de las trabajadoras sino la de sus familias.

## Capítulo 6. Rezagos coloniales y explotación rural

En el siglo XVII, Cumbayá y una gran parte del Valle de Tumbaco era cubierto de bosque. Desde mucho antes de la llegada de los españoles, hasta antes de los incas, había una ruta que atravesaba el valle y conectaba a la sierra con la Amazonía. El camino al Oriente era una ruta de comercio para los *yumbos* y más tarde fue usada por los incas y los españoles. Aunque hoy en día el valle se ha convertido en una selva de cemento -en la que se erigen desenfrenadamente las urbanizaciones cerradas, sigue en uso este mismo camino.<sup>3</sup> Hoy esta ruta se conoce como la Vía Interoceánica y atraviesa el Valle de Tumbaco. En este estudio, eran varias las trabajadoras domésticas que, por años, han tomado este camino para llegar a su trabajo en las urbanizaciones cerradas de Cumbayá.

Las trabajadoras domésticas esperan en las paradas (varias de estas son informales) y algunas pocas se distinguen por sus uniformes: un pantalón y una camisa o un vestido con delantal, pero la mayoría no salen en su uniforme, al menos que es durante el trabajo. Si no se cambian al entrar a trabajar en las viviendas de las élites en Cumbayá: “Cuando llego a la casa de la señora me voy al cuarto de empleada... Me cambio... No me gusta usar mi ropa porque se ensucia demasiado” (Entrevista Miriam, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 27 de octubre de 2018). Las trabajadoras de este estudio no tienen sus casas en Cumbayá, sino que vienen de las zonas aledañas, como Tumbaco, Pifo, Puembo (al este) o Tanda y Nayón (al oeste). A parte de las que trabajan puertas adentro, las *empleadas* que fueron entrevistadas viajan en bus todos los días a Cumbayá y son parte de la población flotante de esta ciudad. Hace treinta años atrás, Cumbayá era lleno de potreros y había un solo centro comercial, y no era una ciudad donde vivían las clases altas. En ese tiempo, Cumbayá y el resto del valle de Tumbaco era lleno de haciendas, quintas y casas vacacionales, donde las clases altas pasaban sus fines de semana y las vacaciones. Hoy en día todavía existen las casas vacacionales, pero cada vez hay menos haciendas en la zona.

Hace cincuenta años atrás, en las haciendas de Cumbayá, trabajaban las mujeres conocidas como las *huasicamas*. Estas mujeres hacían el trabajo del servicio doméstico en las haciendas,

---

<sup>3</sup> La palabra “yumbo” en la documentación del siglo XVI hacía referencia a los poblados nativos de los flancos occidentales de Pichincha, a diferencia de su uso moderno que tiene una connotación “ligeramente despectiva” y “se aplica a cualquier miembro de una etnia tropical o selvática” (Moreno Yáñez 1981, 89).



era una forma de servidumbre y un modo de explotación indígena en los Andes. El pago era el uso de parcelas de tierra para la agricultura y la vivienda, muchas veces el huasipungo (la parcela) se encontraba arrinconado en suelos pocos fértiles y en las alturas del páramo. La explotación de los indígenas, también de afro-ecuatorianos, fue la clave para el avance del sistema de producción capitalista. Ellos proveían con la mano de obra barata o gratuita, y constituían la fuerza de trabajo que proveía al mercado con productos, como el alimento. Esta fuerza laboral representaba a hombres, mujeres, niños y niñas; además, se esperaba que las mujeres o las huasicamas trabajaran en el campo y también en la casa de la hacienda.

En las entrevistas se ve que la mayoría de las madres de las trabajadoras hacían *chambas* (trabajos específicos y jornales) en las haciendas, y aunque ninguna de ellas trabajó como huasicama, sus ingresos dependían de los trabajos en las haciendas. Algunas de sus madres y abuelas eran lavanderas, otras niñeras, otras jornaleras o trabajaban *chalando* -recogiendo la papa pequeña que quedaba en la tierra luego de la primera cosecha. La mayoría de las trabajadoras entrevistadas, cuentan que en sus infancias sus casas eran de ladrillo con un techo de zinc, sin agua ni luz. Una trabajadora me contó como de niña vivió un año en el monte con sus hermanos, y cada vez que escuchaban el bus, el único que llegaba a esos lares, esperaban ver su madre que se había ido a la ciudad a trabajar. “Vivíamos en una choza de adobe, comíamos camote asado, yuca, verde...y frutas como el chicle o el arrazá...lo que sea que encontrábamos por ahí...” (Entrevista con Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter). No todas las memorias de aquellos tiempos son felices, varias de las trabajadoras relatan que “cuando éramos niñ[a]s, ahí sí éramos pobres... eso era vivir en la pobreza” (Entrevista a Viviana, trabajadora remunerada del hogar. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 6 de octubre del 2018). El dolor que perfora las historias de vida es algo latente y que, muchas veces, solo al pensar sobre ello provoca lágrimas y recuerdos intensos. Además, la gran mayoría de las trabajadoras fueron puestas a trabajar por sus propias madres a una edad temprana, en sus propias casas o en casas ajenas como empleadas. En uno de los relatos, la mujer había tenido seis años cuando fue “regalada” a una familia, puesta a trabajar y para servirles toda la vida. En otro caso, la mujer tenía siete años cuando su madre la “mandó” a trabajar en una casa. “No duré mucho tiempo... lloraba todas las noches, a veces todo el día. La señora me hacía dormir en el piso, en la bodega...Pero la pisa que me dio mi madre cuando regresé a casa...uy uy uy...¡Eso sí! Mi mamá me enseñó a trabajar...Y, de eso, yo estoy muy agradecida, yo siempre he trabajado muy duro y eso me ha enseñado a siempre salir adelante” (Entrevista D. Entrevistada por Andrea Robertsdotter).

El servicio doméstico, tanto hoy como en el pasado, es un trabajo con predominancia femenina, y que abarca también el trabajo infantil (Ibarra 1992, 90; CARE 2019). Recién en 2008, con el gobierno de Rafael Correa, empezó a haber un cambio radical en la legislación con respecto al servicio doméstico- volcándose, por fin, a favor de las trabajadoras del servicio doméstico. Aún así, es importante notar que “el origen histórico de las características del servicio doméstico, se en[cuentra] en las instituciones emanadas de la colonización española...El trabajo doméstico es un rezago de viejas formas de servidumbre como fue la mita de servidumbre doméstica” (Moncayo Roldán 2014, 139). La sala y la cocina de las casas de las élites pueden tener un estilo moderno, pero el cuarto de empleada nos recuerda que aún perduran viejas costumbres.

En este capítulo me voy a referir a los procesos sociales que produjeron la concentración de clases altas en Cumbayá, la cual fue descrita en el capítulo anterior. El espacio es producido por procesos sociales, por lo tanto, es necesario estudiar cuáles son estos procesos y cómo crean espacios diferentes. Asimismo, el espacio produce lo social y en esta parte se trata de analizar los procesos sociales que dieron forma a este lugar y como esas mismas relaciones estructuran el servicio doméstico. El espacio tiene una materialidad que es importante recalcar porque produce sentidos sociales y establece límites entre personas y grupos sociales. Entonces, se trata de averiguar ¿qué nos pueden decir las varias formas que toma el espacio en Cumbayá y sus alrededores? ¿Cuáles son los espacios que reflejan la continuidad de desigualdades sociales históricas, las mismas que marcan el servicio doméstico?

Antes de 1970 en el Ecuador, las mujeres debían ser representadas legalmente por un hombre, con este tipo de ventrilocuismo resulta obvio que muchas de sus historias y experiencias de vida fueron ignoradas y dejadas al olvido. Entonces existe un gran vacío que crea una especie de hundimiento o arena movediza donde debería haber una montaña de memorias. No sólo se han perdido las historias de las mujeres o las trabajadoras, también gran parte de las memorias de las ciudades como Quito o Cumbayá, al igual que muchas otras ciudades andinas, fueron destruidas y perdidas con la colonización y la modernización. Como lo señala el historiador ecuatoriano, Eduardo Kingman:

Se trata de ciudades que poco conocemos (perdimos su memoria), que se llenaban de población flotante (forasteros) que venían del campo, o mantenían ‘doble domicilio’, y que daban lugar a intercambios paralelos. Las propias ciudades estaban atravesadas por el campo: dentro de sus límites había huertas, bosques, lugares de pastoreo y una

gran cantidad de recursos materiales y simbólicos originados en el agro (Kingman Garcés y Muratorio 2014, 29).

En el siglo XIX las ciudades dependían de las zonas agrarias y en particular del sistema de hacienda que otorgaba poder económico y social a los señores de la ciudad (Kingman 2014, 35). Cumbayá es una ciudad periférica de Quito en la que dominó por mucho tiempo la agricultura. El valle abastecía con alimento y leña a los pobladores de la ciudad; al mismo tiempo, que el comercio proveía con medios de subsistencia para la sociedad rural y agraria que en su mayoría estaba conformado por indígenas. Las élites (siempre acompañados por la servidumbre) se han establecido en la parroquia de Cumbayá desde tiempos pre-hispánicos. Mucho antes de la llegada de las élites en los años setenta, a los primeros conquistadores Pizarro les regaló tierras en el Valle de Tumbaco, y, en el siglo XVI, Cumbayá pertenecía al Inca Francisco Atahualpa. A pesar de que la esclavitud y la servidumbre es de toda la humanidad, el servicio doméstico es algo que acompaña la llegada de los españoles. Históricamente, existe en el Valle de Tumbaco una enorme heterogeneidad social, lo cual aviva comprender cómo las diferencias sociales se renuevan constantemente en el espacio para poder reproducir el orden social dominante que se impone sobre este lugar.

Espero generar dos aportes principales con esta lectura: Por un lado, rescatar las experiencias de las mujeres que son doblemente invisibilizadas en la historia del valle: como trabajadoras domésticas y mujeres rurales. Y, el segundo aporte está en el análisis de la formación histórica que configura el valle de Tumbaco, donde recojo los pedazos de un mundo de relaciones de trabajo con la tierra, en un dominio como el servicio doméstico que se atribuye a la feminidad. Por ejemplo, en las entrevistas con las trabajadoras, sus repertorios lingüísticos en quichua evocan otros tiempos: La huasicama, la chamba, chalar, la patrona. Con datos históricos esta dimensión macro contempla distintos instantes del tiempo de los barrios y la región del valle de Tumbaco, los cuales terminan cuestionando la integración de los indígenas en la vida urbana. Vemos que la segregación espacial sigue un patrón dominante que no logra integrar la diversidad de las formas de vida en el valle. Porque, tanto en el sentido de los rezagos coloniales que encontramos en el servicio doméstico como en la expansión de la urbanización en zonas rurales, se invisibiliza la explotación de las mujeres y niñas que representan mano de obra barata y casi toda la fuerza laboral de los trabajos de servicio doméstico.

El capítulo se estructura de la siguiente manera: Primero un análisis de los sistemas de hacienda en el Valle de Tumbaco, para ver los procesos sociales que dominaron y siguen ejerciendo mucho poder sobre la forma que toma la expansión de la ciudad. La segunda parte hace énfasis en la expansión de urbana que desintegra las diversas formas de ocupar el espacio. ¿Qué es lo que pervive mientras el espacio se transforma a gran velocidad? Esto nos lleva a reflexionar sobre los rezagos coloniales en este lugar, que se manifiestan con claridad en el servicio doméstico en las urbanizaciones cerradas del valle de Tumbaco. Acabo este capítulo con una puesta en escena de la diferencia entre el mundo de las trabajadoras y el mundo de las empleadoras, recordando la relación histórica entre estos dos mundos distintos pero conectados, distantes y próximos a la vez.

### **6.1. El sistema de haciendas**

En 1570, se puso en práctica la política colonial de reducir a la población indígena en centros controlados directamente por los españoles (Moscoso Cordero 2008).

Según la práctica de entonces, los grupos indígenas eran trasladados a un núcleo habitacional determinado, a cuyo alrededor se señalaban tierras para sembrar y ejidos para el pastoreo de su ganado: contorno que alcanzaba hasta una legua. Según la reglamentación colonial, los españoles no podían, dentro de los términos adscritos a las reducciones, edificar habitaciones propias, ni tampoco los suelos para sus estancias (González Suárez 1970 11: 49).

Antes de la formación de los poblados urbanos en 1570, las autoridades coloniales no se preocuparon mucho por establecer poblados indígenas. Fue el Virrey Francisco de Toledo quien ordenó que la población indígena fuera “reducida en lugares aptos, para de este modo poder adoctrinar y controlar más eficientemente a los indígenas” (Moreno Yáñez 1981, 207). Durante el siglo XVIII se fortaleció el latifundio y la tierra del valle se concentró cada vez más en las manos de españoles, criollos y mestizos. La expropiación de tierra y el desalojo de los indígenas sirvió como estrategia para asegurar la oferta de fuerza laboral para las haciendas.

El sistema de Hacienda española alteró con fuerza el Valle de Tumbaco: la mayoría de los indígenas fueron despojados de sus tierras para luego servir como mano de obra barata necesaria para sostener el sistema de haciendas y los obrajes.

Para obtener mano de obra existieron tres formas: los indios de entero o tributarios de las comunidades, quienes obligados a cubrir el peso de la tasa tributaria asignada

a la comunidad, se debieron enrolar como fuerza de trabajo a los obrajes; los indios mitayos o quintos, asignados a los obrajes particulares y a las actividades agropastoriles vinculadas; y los muchachos entre 12 y 17 años, asignados también para los obrajes particulares, bajo el nombre de “aprendices”, mientras se familiarizaban con las diferentes fases del trabajo textil. Otra manera de contar con mano de obra consistió en obligar a los indígenas al trabajo en los obrajes, para cancelar deudas y pagar condenas por sus delitos, utilizando así a los obrajes como cárceles (Moscoso Cordero 2008, 35).

A fines del siglo XVIII, en el valle de Tumbaco había 130 indígenas tributarios, de los cuales más que la mitad estaban concertados en cinco haciendas de españoles (Rebolledo 1985, 205). En las haciendas siempre había una casa grande en la que trabajaban amas de llave, nodrizas, ayas y pajes, cuyos maridos, hermanos, cuñados e hijos que eran todos hombres endeudados con los hacendados, prácticamente esclavos de los terratenientes.

El trabajo forzado en las haciendas era conocido como *la mita* o *el mitayo*, en el que todos los hombres, en turnos, entre 18 y 50 años eran sujetos a este sistema precolonial que luego fue apropiado por los españoles (Moreno Yáñez 1981, 254). Todos los hacendados eran obligados a pagar a los mitayos pero lo que pasaba, en general, era que “el indio se encontraba endeudado con el hacendado y obligado a quedarse a trabajar en la hacienda para pagar sus deudas” (Moreno Yáñez 1981, 255). Este endeudamiento era desfavorable tanto para los mitayos y sus comunidades como para los hacendados. “A causa de la permanencia prolongada de los mitayos en las haciendas y otras razones como tales como el descenso de población por epidemias o fugas” ya no había hombres disponibles para la mita (*Ibid.*).

A causa de las grandes migraciones se desarticulaban varias comunidades indígenas; al mismo tiempo, que los migrantes o los forasteros invadían las parcialidades de los cacicazgos. “La propia administración colonial favoreció ese fenómeno, distinguiendo a los originarios/*llaytayos*, de los forasteros vagabundos, con tasa/impuestos y obligaciones distintas” (Moscoso Cordero 2008, 26). Sin embargo, con el tiempo aumentaron tanto que la diferenciación entre los dos grupos se anuló en los censos.

Para conseguir mitayos los encomenderos y hacendados dueños de obrajes, en general, pagaban grandes sumas de dinero a la Caja Real. [Por ejemplo] la licencia para [el obraje de Yaruqui] permitía únicamente el empleo de indio voluntarios. Después de pagar, en 1644, la suma de 4.000 pesos, le fueron adscritos 12 mitayos y 100 así llamados “muchachos de merced”; constituyen estos últimos de uno de los abusos más condenables en los obrajes: el trabajo de los niños, a veces a partir de la edad de seis años (Moreno Yáñez 1981, 256).

De manera muy parecida, los mitayos de servidumbre doméstica fueron expuestos a sufrimientos físicos y psicológicos (recibieron tratos discriminatorios, fueron víctimas de golpes, encierros, azotes, sufrieron abusos sexuales, hambre y jornadas de trabajo sin descanso)... La mita de servidumbre doméstica en la Colonia fue una institución inhumana, una institución que causó muerte. Asimismo, dio origen a costumbres que en generaciones posteriores perjudicaron el progreso de las condiciones laborales del trabajador doméstico ecuatoriano (Moncayo Roldán 2014, 135).

A fines del siglo XVIII, debido a los tributos impuestos a los indígenas, la mita y el mitayo, hubo una migración masiva hacia el valle de Tumbaco, que creó, junto a los obrajes, el primer mercado libre de trabajo. La industria textil y pecuaria fue la que se apropió de una gran parte de la mano de obra. Pero, el obraje sufrió una crisis económica y poco a poco fue reemplazado por el régimen de la hacienda que enfatizaba la producción agrícola.<sup>4</sup> De manera tal que en el siglo XIX, en el valle, se formó una clase terrateniente que dependía por completo del acceso a mano de obra indígena.

Si bien todo hombre entre 18 y 50 años de edad era sometido al trabajo forzado en los obrajes y las haciendas, hubo, junto a las mujeres, muchos niños y niñas que fueron obligados a trabajar en casas ajenas. En ese sentido, el hogar y el espacio doméstico son parte de estos procesos sociales. “Antiguamente, en familias tradicionales los trabajadores domésticos desde muy jóvenes comenzaban a servir a una familia y terminaban sus días de vida y de servicio junto a la misma familia. El trabajador doméstico era prácticamente un miembro más de la familia en cuanto a su presencia y servicio permanente” (Moncayo Roldán 2014, 96). Sin embargo, hoy en día, la mayoría de las trabajadoras domésticas no viven en las viviendas, dentro de las urbanizaciones cerradas, viven en barrios populares, usan el transporte público y forman parte de la vida vibrante en la calle. Varias veces me he topado con ellas en las calles de Tumbaco, yendo a clases de bailoterapia o haciendo compras a los campesinos que venden sus productos en la calle. Las autoridades que patrullan las calles suelen hacerse la vista gorda ante el comercio informal que inunda las veredas en las tardes y especialmente en los fines de semana.

Durante la época de la colonia (1534-1809), las mujeres fueron tuteladas y prohibidas de participar en la vida económica.

---

<sup>4</sup> Debido a que la mina de Potosí sacudió la economía de toda la región andina (Moreno Yáñez 1981).

Las mujeres fueron representadas por un pariente de sexo masculino; los empleos disponibles eran frecuentemente de tipo doméstico con relación al lugar donde era realizado; asimismo, fuera de la agricultura, las opciones eran mínimas. En tal razón podemos observar por qué el servicio doméstico abarca de gran manera al sexo femenino dado esos rezagos de machismo y control patriarcal de época colonial, en el cual las mujeres no tenían oportunidades ni libertad de empleo en oficios distintos del doméstico (Moncayo Roldán 2014, 21).

Como señala Radcliffe en su trabajo sobre la raza y el servicio doméstico en el Ecuador:

Durante los años pos-guerra, el servicio doméstico era visto como parte de una obligación bajo el sistema feudal, y el cual servía para para estabilizar las funciones en la sociedad ecuatoriana, por medio de la socialización de los trabajadores [y las trabajadoras] domésticos[as] para que tengan aspiraciones de ‘una vida diferente’ (1999, 84).

El 4 de octubre de 1821 se crea la Ley Fundamental, que “suprimía el tributo al que estaban sometidos los indios, y los ponían en condición de ciudadanos corrientes que debían, como los demás contribuir al pago de los impuestos generales, que eran escasos y de mínimo rendimiento” (Moncayo Roldán 2014, 21). Sin embargo, ocho años más tarde, “el libertador Simón Bolívar tuvo que suspender en 1828 la referida Ley y volver al detestable ‘tributo’ o capacitación discriminatoria” (*Ibid.* 23). Es irónico, pero una de las razones principales de porque lo tuvo que suspender fue porque “los mismos indígenas fueron reacios a las innovaciones, por temor a que sus condiciones de vida sean más perjudicadas” (*Ibid.* 25). El 13 de mayo de 1830, Ecuador se separa de Gran Colombia y se prohíbe oficialmente todo trabajo obligatorio. Y, treinta años más tarde “se regularon ciertos aspectos del servicio doméstico en el Libro IV del Código Civil de 1860, que rigió a partir del 1 de enero de 1861 (dichas disposiciones no sufrirían alteraciones hasta el 20 de junio de 1930)” (*Ibid.* 25).

El estudio de la abogada Moncayo Roldán señala, por ejemplo, desde tiempos históricos, como difícilmente se ha respetado las horas de trabajo y que en el servicio doméstico éstas suelen ser muy extensas. Esto sigue siendo la costumbre en el Ecuador, que “muchas familias que por costumbre y de manera informal acuden a solicitar la labor del trabajador [o la trabajadora] doméstico[/a] fuera del horario de trabajo y sin pago de horas extras; muchas veces sin tomar en cuenta la hora ni el descanso del trabajador, sin considerar si es de día o de noche” (*Ibid.* 2014, 22).

Las leyes que se generaron en 1860, con respecto al trabajo doméstico, no cambiaron sino hasta en 1927 y 28:

Se legisla respecto del contrato individual del trabajo, de los accidentes de trabajo y prevención de los mismos, el trabajo de mujeres y menores, protección de maternidad, la duración máxima de la jornada de 8 horas, el descanso semanal, desahucio del trabajo y el procedimiento para las acciones provenientes del trabajo. En estos años se creó también por primera vez el Ministerio del Trabajo (Moncayo Roldán 2014, 37).

Luego la nueva Constitución de 1929 introdujo el Código de Trabajo en la que constataba en el Artículo 168 que “el servicio doméstico es que se presta, mediante remuneración, a una persona que no persigue fin de lucro y solo se propone aprovechar, en su morada, de los servicios continuos del trabajador, para si sólo o su familia, sea que el doméstico se albergue en casa del empleador o fuera de ella” (Moncayo Roldán 2014, 42). Los diferentes títulos de trabajo del servicio doméstico incluían a la ama de llave, que era la trabajadora encargada de supervisar a los demás trabajadores, y a las nodrizas, ayas y pajes. Las ayas eran las niñeras y los pajes eran los encargados de seguir a sus empleadores y servirles donde sea a la hora que sea.

A pesar de los avances en derechos sociales, en las mismas legislaciones sobre el servicio doméstico, la terminología indicaba una subordinación del trabajador con respecto al poder excesivo del empleador. “Al empleador se lo llamaba ‘amo’ y al trabajador se lo decía ‘doméstico’” (Moncayo Roldán 2014, 135). Estas costumbres fueron los frutos de la mita de servidumbre doméstica que se daban en los hogares de los españoles (*Ibid.*). Hoy en día, es más común que las trabajadoras y los trabajadores se refieren a sus empleadores como “los señores”, “los patrones”, mientras que ellos se refieren a “la empleada” o al “empleado”. Estos son los rezagos de la colonia, que no sólo se refieren a una inferiorización del empleador frente a la élite blanqueada, sino que reproduce espacios marcados por diferencias sociales.

En los años setenta del siglo XX, el Estado ecuatoriano, con las leyes de la Reforma Agraria y junto a programas de cooperación internacional, implementó políticas de distribución de tierra con políticas desarrollistas para “personas ‘menos favorecidas’ con la finalidad de rescatar a los campesinos del ‘subdesarrollo’. Sin embargo, el sector cooperativo no solamente estuvo enfocado para ‘los más necesitados’ sino se enfocó a sectores urbanos de ‘clase media y alta’” (López Veintimilla 2017, 76). Con la Ley de la Reforma Agraria en 1964, en el valle de Tumbaco “se entregaron grandes extensiones de tierras, estos beneficiarios conformaron

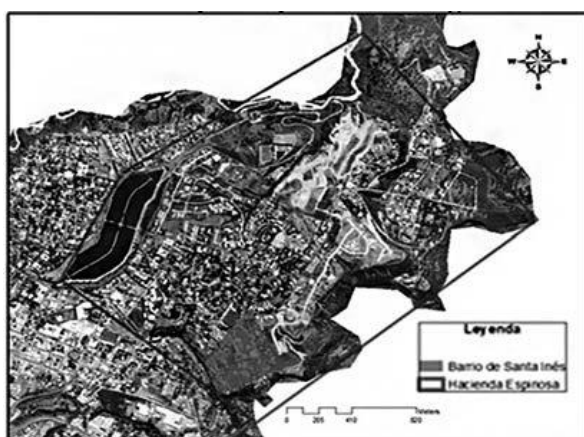


comunas, algunas convertidas en barrios durante la segunda mitad del siglo XX” (Moscoso Cordero 2008, 43). Las primeras comunas fueron fundadas más o menos 20 años antes de la Reforma Agraria, servían básicamente para que “las organizaciones y comunitarias y campesinas se constituyan legalmente como organizaciones [...] sirvió igualmente para el ordenamiento básicamente territorial de las comunas y comunidades” y así se hiciera más fácil que el Estado pueda “ejercer un control social de amplios sectores comunitarios” (Federación de Comunas de la Provincia de Santa Elena, 2013). Con la reforma agraria se lotizaron los terrenos extensos de la clase terrateniente y se crearon las urbanizaciones cerradas en Cumbayá, empezando por un proyecto residencial que se llama Jacaranda, en 1970. Hoy en día, la mayoría de las comunas en el Valle de Tumbaco se encuentran concentradas en el Ilaló; mientras que solo queda una comuna en Cumbayá, que se llama Lumbisí y tiene raíces indígenas muy fuertes.

Las haciendas en Cumbayá empezaron a dividirse en subdivisiones que en el presente marcan las áreas principales de la parroquia.

La hacienda de la familia Pallares inició el proceso de subdivisión [...]; la primera en la zona sur correspondiente a José Pallares (San Juan Alto y tierras circundantes a la vía interoceánica), la segunda perteneciente a Jorge Pallares en la zona centro (Urbanización Jardines del Este); y tercero el área su de Gloria Pallares de Meneses correspondiente a Jacarandá (Entrevista a fundador de Jacarandá, Cumbayá, 05 de junio de 2016. Entrevistador: Carlos López Veintimilla).

## 6. 1. Mapa de la Hacienda Espinosa antes de la Reforma Agraria



Fuente: Durán et.al. (2016, 137).

A mediados del siglo XX varios hacenderos, como los Pallares, lotizaron sus grandes extensiones de tierras para asegurar la plusvalía de sus terrenos. Esto se dio al mismo tiempo que las políticas del Estado impulsaron la construcción de grandes infraestructuras como la

vía Interoceánica. “Esta permitió la intensificación de los flujos económicos en la zona gracias a las mejoras en el acceso al centro de Quito y, fundamentalmente, estableciéndose como vía principal de conexión hacia las regiones petroleras de la Amazonía (Durán et.al. 2016, 138).

## 6. 2. Mapa de la distribución de haciendas por apellidos en Cumbayá



Fuente: López Veintimilla (2017, 63).

El cambio del uso del suelo, de rural a urbano, fue liderado por la élite, que con mayor poder adquisitivo buscaron incrementar sus capitales y acumular plusvalía, a través de convertir sus haciendas en suelo urbano y vender al mismo grupo social al que consideran que pertenecen ellos (López Veintimilla 2017, 74). Las primeras familias de clase alta que impulsaron el desarrollo urbano de Cumbayá no sólo fueron terratenientes en el Valle, sino que también tenían el poder político para realizar “innovaciones y cambios en la ciudad, reconfigurando el territorio y transformando la manera de consumir” (López Veintimilla 2016).

Consecuentemente, en la zona se produjo un desarrollo residencial para la élite o clase media-alta y alta, acompañado en los siguientes años por “la instalación de servicios educativos de élite y otra serie de formas de consumo ligadas con las clases pudientes durante la década de 1990 [lo cual] llevó a que esta clase pasara de tener una presencia ocasional a estar de forma permanente” (Durán et.al 2016, 138). Como resultado hubo un enorme cambio en los patrones espaciales, hoy, los remanentes de lo rural se esparcen en lugares esporádicos, como los pastizales al lado de la Ruta Viva o frente a los grandes centros comerciales.

## 6.2. La transformación urbana en el Valle de Tumbaco

La expansión urbana implica transformaciones espaciales que fragmentan y producen mayor desigualdad social en las ciudades. En los últimos treinta años Cumbayá se ha convertido en una ciudad satélite de Quito dónde se acelera cada vez más la urbanización. Sin embargo, en las comunas y los barrios, entre los proyectos inmobiliarios y las carreteras, existen todavía pastizales y cultivos. Las trabajadoras del servicio doméstico no viven todas en zonas rurales, pero sí son excluidas de la planificación urbana que, en Cumbayá, se concentra en torno al auto privado y se expande en forma de urbanizaciones privadas.

¿Qué es lo que pervive mientras que el espacio se transforma con gran velocidad? La blanquitud o el blanqueamiento de los espacios rurales, liderado por una élite diversa pero blanqueada, que emerge como un ideal para seguir desde la parroquialización de Cumbayá en 1570. Es más, desde la llegada de los españoles, la modernización se impone sobre el espacio como la única posibilidad razonable y necesaria para el país. Hoy en día ya no se festeja el Inti Raymi en la plaza central de Cumbayá, y tampoco se juega bolos ni fútbol. En el parque central se siente como es un espacio por el que “solo pasan” los trabajadores y las trabajadoras, igual que en las urbanizaciones. Hoy en día estamos atestiguando lo último del campesinado del Valle de Tumbaco, al igual que la tremenda desigualdad que enfrentan en sus vidas. Para entender esta desigualdad es importante volver a ver los procesos históricos que lo reproducen, para luego empezar a planificar para una ciudad que se acopla a la realidad de sus diversos habitantes.

A pesar de que casi todos los indígenas fueron despojados de sus tierras y muchos pueblos desintegrados, el Ilaló siempre era de gran relevancia para ellos. En 1757 se registró un reclamo por parte de los caciques de Tumbaco por la recuperación del Ilaló de las manos de Bernadina Noboa. En la que dicen, dirigiéndose al fiscal protector general: “Desde tiempo inmemorial tenemos una loma llamada Illahalo de comunidad por habernos dado y señalado su majestad para [...] nuestra gente y habiéndolo poseído en pacífica posesión [...]” (Reclamo de indio de Tumbaco por el Ilaló; en, Moscoso Cordero 2008, 84). El protector general eventualmente exigió que los títulos fueran devueltos a los indígenas. No es una coincidencia que ahora en el Valle de Tumbaco las comunas se concentran en las faldas de esa montaña y que sólo queda una comuna en Cumbayá, que es Lumbisí.

En el Ecuador, durante los setentas, había la dictadura de General Guillermo Rodríguez Lara, y fue justo en estas épocas que Cumbayá empezó a formarse como ciudad. “Este período experimentó un fuerte crecimiento económico por causa de la explotación petrolífera” (Moncayo Roldán 2014, 50). Al mismo tiempo, se creó el IESS (Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social) tal como lo conocemos hoy, y se escribió el Código de Trabajo de 1978 mejorando “las condiciones laborales del trabajador doméstico en pocos aspectos respecto del Código de Trabajo de 1938, es decir que pasaron 40 años sin que dichos artículos sufran mayores cambios” (Moncayo Roldán 2014, 53).

El modelo urbano habitacional que se dio a partir de la Reforma Agraria en los sesentas, fue acompañado por infraestructuras como nuevas vías y grandes proyectos inmobiliarios. Este fenómeno produjo cambios profundos en el Valle de Tumbaco, “donde resultan beneficiados los usuarios de transporte privado, lo que ocasiona una inequidad en la movilidad, accesibilidad y en los desplazamientos; donde realizar menos viajes significan menos oportunidades para los estratos de escasos recursos” (Palacios Velasco 2017, 94). En el Valle de Tumbaco se observa como crecen las poblaciones de los grupos altos de la sociedad, frente al continuo desplazamiento de los grupos sociales con pocos recursos, y a los que se siguen desplazando y excluyendo (*Ibid.*).

En los setentas, desde la ubicación de las casas vacacionales de la élite quiteña, incrementó el valor tanto de la tierra como de las construcciones. Durante esta expansión geográfica “más del 50% del suelo urbano estuvo declarado vacante [...] la súbita expansión no correspondió a una escasez del espacio dentro de la ciudad para la creciente población, sino que fue provocado por el afán de ganancia de plusvalía a través de la especulación” (Santillán 2015, 104). Esto señala cómo “el crecimiento de la parroquia se orientó hacia la atracción de personas de un poder adquisitivo mucho mayor al de la población originaria” (Durán et.al. 2016, 138). En el año 2000, el costo de suelo en Cumbayá incrementó tanto que, en algunas partes, el metro cuadrado llegó a valer más de doscientos dólares.

En 2015, se abrió la Ruta Viva que inicia desde San Juan de Cumbayá y termina en Puembo. Como resultado, los precios del metro cuadrado tanto de terrenos como de construcción, han visto una subida sin precedentes. En la Primavera, una zona residencial justo entre Cumbayá y Tumbaco, el alza fue “desde 70 hasta el 100%. Mientras en la segunda es del 30% según especialistas en la construcción” (El Comercio 2015).

En 2014 se inauguró la Ruta Viva como una vía de interconexión al Nuevo Aeropuerto de Quito (NAIQ) en Tababela. “El NAIQ y la Ruta Viva se están constituyendo en factores catalizadores de nuevos procesos de urbanización y metropolización distrital; y resultan en dispositivos que contribuyen al sistema de dispersión territorial en Tumbaco” (Palacios Velasco 2017, XI). La población actual del Valle de Tumbaco es aproximadamente 174.000 habitantes. Sin embargo, pocos fueron las familias que beneficiaron de los 2.000 millones de dólares invertidos en la última década:

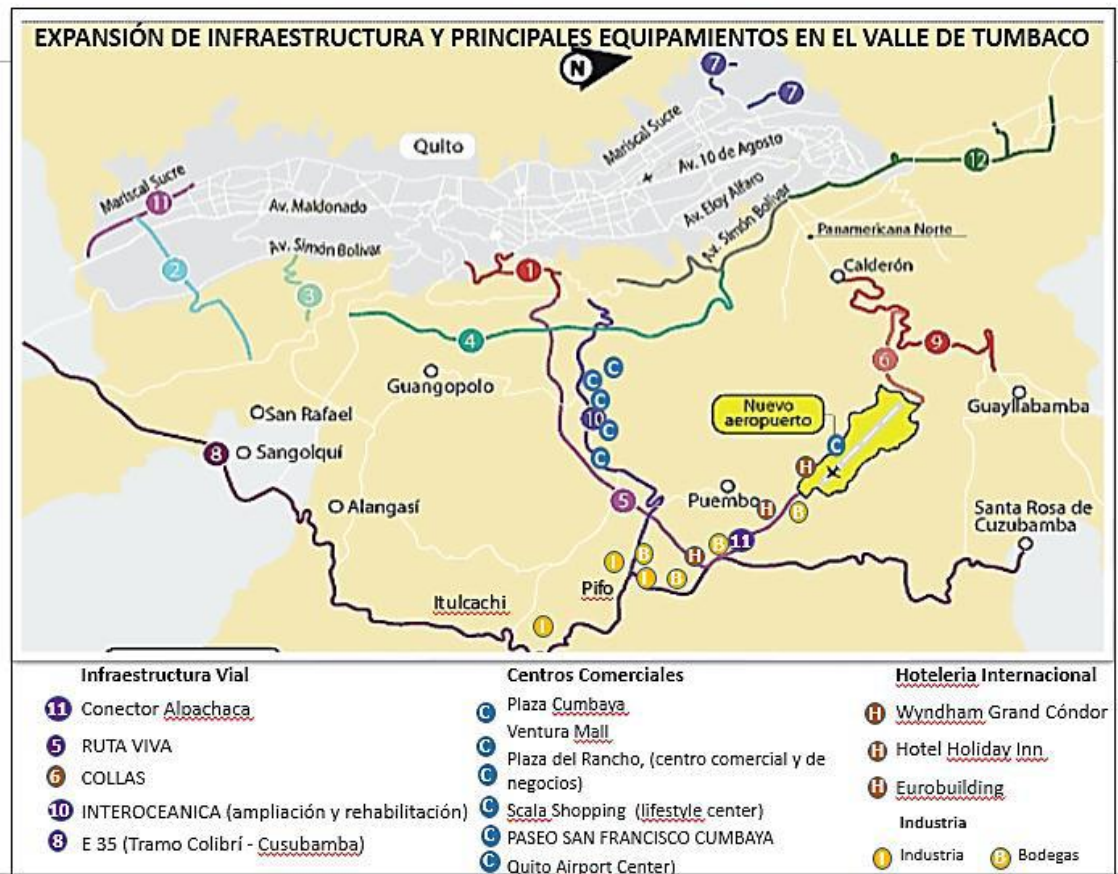
[En] comunas como la Tola [...] fueron 260 familias afectadas por expropiación a lo largo de toda la Ruta Viva... El principal beneficio de esta obra de infraestructura (RV) es la reducción diferenciada de tiempos de viaje; relegando asuntos fundamentales como, la capacidad de mejorar e integrar el entorno territorial del Valle de Tumbaco y la Tola, la integración y disponibilidad de espacio público o los pedidos que fijan las comunidades para mitigar impactos y democratizar su accesibilidad; refleja falta de visión política municipal para comprender que la infraestructura es mucho más que concreto y que bien diseñada e implementada puede revitalizar la economía del DMQ [Distrito Metropolitano de Quito] y reducir patrones de inequidad (Palacios Velasco 2017, XII).

A lo largo de la Ruta Viva la infraestructura viaria es una barrera tanto física como social: mientras su diseño se sigue basando en la reducción de tiempos de viaje y seguridad vial, se ignoran asuntos fundamentales como “la capacidad de mejorar e integrar el entorno territorial del sector que cruza la infraestructura, la integración y disponibilidad de espacio público o los pedidos que fijan las comunidades para mitigar impactos y democratizar su accesibilidad” (Palacios Velasco 2017, 23). Pero toda la culpa no lo tiene el concreto, porque “el efecto expensor no es atributo propio de la infraestructura, sino de la acción concertada de agentes que aprovechan las ventajas que esas obras confieren al espacio por donde atraviesan en ausencia de mecanismos eficientes de aplicación de la normatividad” (Delgado 2003, 23).

El proceso de expansión de la ciudad hacia los valles de los Chillos y de Tumbaco, se caracteriza por “la velocidad de las transformaciones, la magnitud espacial que trasciende la escala metropolitana del DMQ, lo que vuelve inestable y mutante” al territorio (Palacios Velasco 2017, 29). En los últimos cinco años los procesos de urbanización en el DMQ y en el Valle de Tumbaco han multiplicado con una rapidez impresionante. Los “centros comerciales y el incremento del uso automovilístico [...] generan territorialmente: localizaciones, aglomeraciones a su alrededor, expansiones residenciales, desplazamientos, trayectorias y

luego socialmente segregan y cambian las pautas de comportamiento y consumo” (Palacios Velasco 2017, 26).

### 6. 3. Mapa de la expansión de infraestructura y principales equipamientos en el Valle de Tumbaco



Fuente: Palacios Velasco (2017, 59).

Las redes viales, centros comerciales e islas residenciales, lejos de integrarse con su entorno, cortan a través del paisaje y se imponen en las vidas de los pobladores.

El estado ecuatoriano sistemáticamente desde el año 2006 ha invertido alrededor de 700 millones de dólares en infraestructura vial de primer orden en el VdT [Valle de Tumbaco] y únicamente en la Ruta Viva alrededor de 303 millones de USD, eso significa ingentes recursos estatales volcados a la infraestructura vial de este sector de la ciudad y que repercute en el resto del DMQ (Palacios Velasco 2017, 64).

Durante la construcción de la Ruta Viva, hubo varios grupos que estuvieron opuestos al proyecto “movimientos sociales reivindicativos y ambientales; comunas como La Tola y propietarios del suelo que fueron 260 familias afectadas por expropiación a lo largo de toda la Ruta Viva” (Palacios Velasco 2017, XII). El principal beneficio de la Ruta Viva es que se

cortan los tiempos de viaje para el transporte privado, pero no integra el transporte público y la movilidad pública, en particular, peatonal.

“A pesar de no tener evidencia de un claro y consumado proceso de desplazamiento, sí hay una marginalización de usuarios de bajos ingresos” (Durán et.al. 2016, 143). Las paradas informales son un claro ejemplo de la marginalización y desintegración social que se pueden observar en el espacio. “Frente a la falta de alternativas laborales y la valorización de las tierras, muchas de las familias comenzaron a subdividir y vender sus tierras en un momento en que la presión inmobiliaria se empezaba a extender sobre la zona y comenzaron a obtener grandes extensiones de los herederos de la familia Espinosa” (Durán et.al. 2016, 138). En Cumbayá, esta presión inmobiliaria se hace cada vez más fuerte con la expansión urbana, al mismo tiempo, que las viviendas mayores a 120m<sup>2</sup> ocupan la gran parte de las unidades de vivienda (en contraste a los menores de 65m<sup>2</sup> que no representan ni dos porcientos de las unidades totales en la zona de Tumbaco.

#### **6. 4. Tabla de la vivienda desarrollada en Tumbaco 2005-2013**

<b>Vivienda total entre 2005 y 2015</b>	<b>7336 unidades</b>
<b>Vivienda menor a &lt; 65 m<sup>2</sup></b>	108 und (1,47 %)
Vivienda entre > a 65 m <sup>2</sup> y < 120 m <sup>2</sup>	822 und (11,21 %)
Vivienda mayor a > 120 m <sup>2</sup>	6.406 und (87,32 %)
Vivienda TOTAL m <sup>2</sup>	3'075.928 m <sup>2</sup>

*Fuente:* Palacios Velasco (2017, 60)).

A la mano del negocio inmobiliario de viviendas y urbanizaciones, la expansión de vías y centros comerciales, la inversión en el Valle de Tumbaco ha sido principalmente privada y localizada. Cumbayá cuenta con universidades y colegios privados, cines, centros comerciales y restaurantes. Todas estas producciones arquitectónicas son motores para la inversión privada y cambian no solo los paisajes sino también los tejidos sociales.

El reciente desafío socio espacial con el que se encuentran los pobladores y las comunas del Valle de Tumbaco es el que tienen que enfrentar por el fuerte y rápido proceso de “modernización” de su territorio por el incremento de proyectos de vivienda de alto estándar, incluso el sector la Tola se empieza sentir la presión por el suelo y existen varias propiedades en venta, por las infraestructuras logísticas (NAIQ) y viales implantadas (Palacios Velasco 2017, 81).

Los efectos directos de este fenómeno han sido “la urbanización de las zonas rurales [y] el fortalecimiento de la dependencia del transporte, fundamentalmente privado” (Durán et.al. 2016, 133). Pero, el aumento de la urbanización ha llevado consigo confrontaciones entre dos formas de vida: la modernización capitalista contra los antiguos huasipungueros, los barrios populares y las comunas indígenas del Valle de Tumbaco. Durán et.al. identifican dos políticas macro “que condicionan el desarrollo de las zonas periurbanas. Una es la reforma agraria y otra es la apertura de grandes vías de conexión a la ciudad, ambas fruto del proceso de modernización capitalista que se vive en el país a partir de la década de 1970” (2016, 142). El proceso de modernización fue liderado por el Estado, pero bien podría decirse que, al ejecutar dicho proceso, fueron los terratenientes que decidieron los parámetros.

En el caso de Cumbayá, hubo 3 haciendas principales que ocuparon casi toda la parroquia, cada una de ellas pertenecía a una sola familia, lo cual posibilitó que se construyeran grandes proyectos inmobiliarios (Durán et.al. 2016). De tal manera que “en Cumbayá es la nueva clase instalada la que ha arrebatado la soberanía territorial a las antiguas familias, obligadas a desplazarse a otros barrios periféricos de Quito” (*Ibid.*, 142). Con la llegada de las élites quiteñas surgió un nuevo modelo habitacional que sustituyó a las haciendas que rodeaban a Quito.

Las urbanizaciones, como islas de diferentes tamaños, se colocan sobre un territorio tradicionalmente agrícola y se van expandiendo hacia donde las carreteras les permitan. Cada vez, más muros se erigen en las narices de las comunas y los barrios populares, y van trayendo la ciudad al valle de Tumbaco. En el área rural del Ecuador, las nuevas cifras de empleo, pobreza y desigualdad (INEC 2019), indican que la pobreza alcanza 44% y la pobreza extrema 18%. Ahora, hay lugares que no son rurales, pero que se clasifican como tal, como es el caso de la parroquia de Cumbayá. Entonces, la distinción entre las áreas rurales y las urbanas es más compleja; lo cual, se demuestra en el entorno de Cumbayá y el Valle de Tumbaco, y se intensifica con la expansión urbana.

A pesar de que no se puede hablar de las élites como un grupo homogéneo, porque hay diferencias entre las élites políticas y económicas, y las élites no siempre ocupan cargos como gobernantes, podemos decir que las élites del orden social representan:



Un grupo reducido cuya característica es la de ubicarse en la cúspide de la jerarquía social a partir de una combinación de factores económicos, políticos y de prestigio que le permite ejercer el poder (Espinosa 2015; Rojas, Tapia y Bazoberry 2000) [...] y controlar las instituciones políticas, estatales, educativas y sociales que garantizan su reproducción y permanencia tanto material como simbólica (Mills 1993) [...] A pesar de sus diferencias, cuando por alguna razón ven amenazados sus privilegios, actúan como un núcleo compacto; construyen un sentido de superioridad simbólica y una estructura jerarquizada basada en una combinación de factores culturales (raciales y étnicos) que los consolidan, no sólo como un grupo que ostenta riquezas. Esta reproducción simbólico cultural se da en espacios de sociabilidad compartido [...], y en el hecho de que se reclutan y forman en los mismos colegios, universidades y empresas (Mills 1993 [...]) En el Ecuador, la conformación de las élites económicas y políticas tiene un origen terrateniente. Este se puede rastrear desde la primera república, donde el poder económico de las élites es posible gracias a la gran propiedad de tierra y la explotación de la fuerza de trabajo indígena/campesina, a partir de lo cual se diversificará hacia otros sectores de la economía” (Macaroff 2019, 5-6).

Una revisión de la demográfica indica que ahora en Cumbayá hay un alto índice de profesionales, científicos e intelectuales (casi 20%), muy por encima de los agricultores y trabajadores calificados (casi 2%) (Durán et.al. 2016, 140). Demuestra también un alto porcentaje de trabajos de servicios (casi 14%), lo cual es el mismo que el porcentaje de directores y gerentes, y tiene sentido porque las élites son acompañadas de trabajadoras y trabajadores del servicio doméstico. En este análisis es interesante porque trazamos una relación entre las familias que se dedican a la agricultura y a los trabajos de servicios domésticos.

En Tumbaco se pueden ver los anuncios que buscan “una empleada del campo”, al mismo tiempo que pude observar que las poblaciones rurales se identifican, por algunas empleadoras de las clases altas, como ignorantes, infantiles, y, menos humanas. “La gente del campo no aman a sus hijos, [tienen hijos] sólo para reproducirse” (Entrevista a Victora, trabajadora remunerada del hogar. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 16 de agosto del 2017). Estas actitudes racistas tienen una configuración espacial que evidencia la marginalidad de las zonas rurales y que justifican la superioridad del “ciudadino” o lo urbano.

### **6.3. La colonialidad del servicio doméstico**

El trabajo del servicio doméstico siempre ha sido asumido en su gran mayoría por mujeres “no-blancas”: las indígenas, las afro-ecuatorianas, las mestizas. Si bien las relaciones de clase y de género, en el Ecuador, son muy marcadas por la desigualdad económica y la discriminación racista, “ser blanco” tiene muy poco que ver con el color de la piel y más con

como se viste, como se habla, donde se viaja, etc. “Ser blanco” significa adoptar costumbres y prácticas esencialmente “no-indios” y de blanquearse para poder trepar en la jerarquía del orden social dominante. Como he señalado anteriormente, de acuerdo a los estudios de Weismantel (1988), en los pueblos andinos, “blanco” no es fenotípico, sino que es constituido a través de una combinación de vestimenta, posesión de dinero en efectivo y el uso del español como idioma principal. Weismantel también señala como en Cotopaxi, las poblaciones rurales que se identificaban como “blancos” se encontraban dentro de las oficinas o en las casas, mientras que los “indios” se encontraban afuera en el campo (1988). En el trabajo de Radcliffe vemos algo parecido con las mujeres inmigrantes que eligen auto-identificarse como “blancas” o “blanco-mestizas”; y, como “en el trabajo doméstico remunerado, los empleadores consideran que las poblaciones rurales son más crédulas” (Radcliffe 1999, 88). Radcliffe que señala como las mujeres que inmigran a las ciudades para trabajar como *empleadas*, optan por identificarse como “blanco-mestizas” o blancas. Esto señala un estatus más alto en la jerarquía del orden social dominante, donde lo “blanco” es sinónimo de educado, honrado y urbano.

Al mismo tiempo, en este estudio, varias de las trabajadoras que fueron entrevistadas se auto-identificaron como negras. Me dejaban bien claro que: “no diga ‘morena’... de dónde soy es feo decir así, si usted dice eso, es una ofensa, y peor si dice ‘morenito’... En mi familia nadie dice ‘moreno’ o ‘morenito’... Yo soy *negra*” (Entrevista a Carmen, trabajadora remunerada del hogar. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 26 de octubre del 2018). En varios casos, las trabajadoras hablaban de sus empleadoras que exigían que ellas estén bañadas todas las mañanas y controlaban que no tenían piojos en el pelo. “La señora me sabía tomar la lección, yo parada ahí, frente a ella...la casita donde vivía con mi hermana, era al lado de la jaula de los perros, y tampoco tenía agua caliente. Tocaba atender a la señora y sus hijas, de día y de noche” (*Ibid.*).

Más que la mitad de las trabajadoras se auto-identificaron como indígenas quichuas, pero la mayoría no hablan quichua, como lo hacen sus madres y sus abuelas. “Yo no puedo hablar con mi abuela, mi mamá me traduce... entonces, soy indígena, pero no soy indígena como de una comunidad, pero me gustan los bordados, los collares...” (Entrevista a Viviana, trabajadora remunerada del hogar. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 16 de octubre del 2018). Las mujeres de dos generaciones anteriores, las abuelas de las trabajadoras de este estudio, viven en el campo (como en Ibarra, Ambato, Otavalo, Pujilí), mientras que las

trabajadoras viven en lo que queda de las antiguas tierras de las guabas, donde infringe la expansión urbana desenfundada y caótica.

El servicio doméstico en la Tierra de las Guabas es compuesto por mujeres que pasan una gran parte de sus vidas trabajando en lugares que dependen de la desigualdad para existir. Contratar a una trabajadora que limpie, ordene, cocina, cuide y haga la gran carga del trabajo doméstico no debería ser tan barato, pero lo es. No solo suelen ganar menos del sueldo básico (aprox. \$375 USD) y trabajan en condiciones precarias desprovistas de cualquier oportunidad de movilidad social, sino que hacen todo el trabajo que nadie más quiere hacer, y que son parte de la cotidianidad: lavar la ropa, doblarla y guardarla, lavar y picar verduras y frutas, hacer jugos, lavar platos y guardarlos, lavar el baño y la ducha, recoger la caca de perro, barrer y limpiar el piso, los vidrios, mesones, camas... la lista no tiene fin. Además, como fue mencionado anteriormente, muy pocas veces se respetan los horarios laborales y las trabajadoras tienen que atender a la hora que sea.

“Una mujer es una trabajadora de la casa... además de trabajar en casa [ajena], trabajo para mis hijos y para mí...tengo animalitos y un huertito, toca deshierbar, regar agua, mandar a la escuela, vuelta a mi esposo atender, barrer la casa, ver la comida, de todo...todo eso es mi trabajo” (Entrevista a Susana, trabajadora remunerada del hogar. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 14 de mayo del 2017). Varias de las trabajadoras empezaron a trabajar a una edad muy temprana, y comentan que se debe, en parte, a que “las empleadoras quieren jóvenes que son más fáciles de enseñar y son más confiables” (Entrevista a Dany, empleadora. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 6 de agosto del 2018). Con respecto a la deseada docilidad de las trabajadoras, las empleadoras prefieren a alguien que no amenaza con demandarles si tienen que trabajar más de lo que estipula la Ley:

La empleada anterior, de puertas adentro, que yo tenía, ella trabajaba hasta las 6 y era “¡No! Legalmente yo te puedo demandar”. En cambio, ella, la que tengo ahora ella lo hace, y es de mil amores, no es que va demandarme ni me va exigir, y yo le pago muy bien. Pero, no tienen el “voy a demandarles” o “les puedo enjuiciar” o “les puedo sacar dinero” en la cabeza. La empleada de mí suegra, que trabaja 30 años con ella, ella trabaja todos los días, hasta las 8 de la noche, con voluntad propia. Los fines de semana también, y los feriados, si quiere, también va a trabajar. Entonces no les gusta trabajar, ahora quieren demandarte por todo... Yo no digo que sea todo así, por ejemplo, las dos chicas que tengo ahora son muy buenas, no lo ven tan a la defensiva todo. Que: “No, la Ley dice”, ¿Sabes? Siempre sacan por la Ley, anteriormente no era así. Entonces, yo las escucho en el parque, que bestia, son de miedo. Se creen las doctoras (Entrevista a Victoria, empleadora. Entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 7 de octubre del 2015).

“Creerse más de lo que uno es”, es el otro lado de la moneda de: “Quiero que sea más que yo”. Las entrevistas con las empleadoras y las trabajadoras expresan de diversas maneras una preocupación por el orden social, pero cada grupo se distingue drásticamente en su posicionamiento del problema de la diferencia social. Uno quiere salir y el otro quiere encerrar, lo cual no sorprende dada la materialidad que sostiene estos dos puntos de vista.

El servicio doméstico es naturalizado como un trabajo de mujeres, pero esta feminización del trabajo doméstico se articula de manera particular en Cumbayá. Desde mi observación de campo, anoté como los niños y las niñas de las clases media-altas y altas no conocen una vida que no sea con una empleada, o dos e incluso más. De hecho, muchos de ellos pasan varias horas del día con las trabajadoras, en vez de estar con sus propios familiares. Al contrario, a veces los hijos y las hijas de las empleadas pasan con hambre y miedo porque no tienen quién esté presente para cuidarles. Cabe notar que este problema se vuelve más agudo en las ciudades, “en antes, nosotros de wawas pasábamos en el monte, comiendo guabas, cualquier cosa que crecía por ahí... Ya no es así... mis wawas pasan solos, a veces el vecino me da viendo” (Entrevista a Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 5 de abril de 2019).

Si bien la formación de clase supone una categoría unitaria que se presta para el análisis (Scott 1988), si consideramos que clase es sujeto de género, vemos como hay conflictos propios de cada grupo y que no necesariamente se insertan en las relaciones productivas. Las relaciones entre los hombres y las mujeres, y también su relación con el capital, es un proceso histórico que produce relaciones de género y clase. Es decir que son construcciones sociales que cambian y operan sobre el poder (Scott 1988).

Hace a penas 70 años atrás, “las mujeres eran intercambiadas por quintales de cebada mensuales o prestadas a los conventos y haciendas, minando su capacidad de decisión sobre su cuerpo, estado y pensamiento” (Rosero Garcés y Reyes Avila 1996, 43). En los años setentas, posterior a la Reforma Agraria, se abolió el trabajo de esclavitud en las haciendas y los campesinos fueron liberados y entregados tierras marginales. Sin embargo, las mujeres campesinas e indígenas fueron excluidas de este proceso y también del derecho de ser propietarias (*Ibid.*). En un pasado no tan lejano, las trabajadoras no tenían ningún derecho como mujeres y el trabajo doméstico no era considerado un trabajo. Lastimosamente, estas actitudes perduran hasta el día de hoy, donde se espera que las trabajadoras sean sumisas e ignorantes de sus derechos como trabajadoras.

En algunos casos contemporáneos de este estudio, las trabajadoras fueron o son pagadas por su trabajo en especies, es decir con comida, ropa u otros objetos, por parte de sus empleadoras. En una entrevista, con una trabajadora que trabaja solamente de manera informal, me contaba de la compleja relación con su empleadora:

La señora me pagaba con comida, me daba ropa... Pero un día dije 'Ya no más'. Me acuerdo el día... trabajé durísimo... Siempre dejan que se ensucia la casa y ahí saben llamar... Pasé horas limpiando y la señora me había dicho que me iba a pagar veinte dólares, fíjese, yo no tengo carro... para mí no es fácil ir nomás a la casa de ella, me demoro, cuesta, y siempre acabo tarde, de noche, y me toca coger un taxi hasta mi casa... Ese día la señora me acabó dando una comida que tenía ahí en su casa, no era la primera vez, pero yo necesitaba esos veinte dólares, eso me ayuda a completar el mes, entonces ya... nunca más regresé... Y ahora me llama y necesito trabajar, pero me da vergüenza porque son años que no la he ido a ver. Yo trabajé con ella cuando estaba embarazada de mi último hijo [4 años de edad, tercer hijo], y en ese tiempo yo tenía bastantes problemas con mi marido... y, para decirle la verdad, yo no querría tener a mi hijo... entonces la señora me dijo que le iba a adoptar... me cuidaron y me ayudaron bastante, ese tiempo fue muy duro para mí... Bueno, nació mi hijo y... no... ¿cómo le iba a regalar? Era blanquito... su papá decía que no podía ser su hijo, usted le ha visto... es *bien* negro... (Entrevista con Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 5 de abril de 2019).

Además, varias de ellas tienen madres, hermanas, tías e hijas que “cuidan” terrenos o lotes vacantes en Tumbaco, en cambio de alojamiento. Estas situaciones no solo describen la precariedad de las condiciones de vida de las trabajadoras, sino de todas sus familias, y en particular, de las mujeres, los niños y las niñas.

Existen dos políticas macro que condicionan el desarrollo de la zona del Valle de Tumbaco: “una es la reforma agraria y otra es la apertura de grandes vías de conexión a la ciudad, ambas frutas del proceso de modernización capitalista que se vive en el país a partir de la década de 1970” (Durán et.al. 2016, 142). Además, como señalan los autores, estas dos tienen que ser analizadas en su conjunto, porque la “combinación de ambas promueve el desarrollo urbanístico y el fraccionamiento espacial posterior” (*Ibid.*). Esto es evidente con la lotización de las haciendas, la construcción de urbanizaciones cerradas y las vías que acompañan la expansión urbana.

#### **6.4. Dos mundos distintos pero conectados**

La relación entre las poblaciones de trabajadores y clases altas ha coexistido desde hace mucho tiempo en el valle. Mientras que Cumbayá se caracteriza por donde viven las personas con dinero, en Tumbaco es dónde viven varios grupos sociales. Pero los dos lugares están

atravesados por un tipo de urbanización que tiene el efecto de desarticular los distintos grupos. Sin embargo, existe un puente principal entre el mundo de los “pelucones” y el mundo de los “pobres”: el servicio doméstico. Como se ha mencionado, la proliferación de las urbanizaciones va de la mano de una demanda por los trabajos de servicios intramuros, como guardias, jardineros y empleadas. Los trabajadores que en su mayoría son las trabajadoras domésticas vienen del mundo que los mismos muros pretenden excluir, pero todos los días los trascienden por el hecho de tener que pasar por ellos para llegar a sus trabajos.

En los últimos diez años, el Valle de Tumbaco se ha modificado profundamente con la expansión y dispersión de la urbanización de Quito. Este proceso ha contribuido a crear una situación difícil de interpretar porque es “inestable y mutante” con “alta incertidumbre urbana” (Ciccolella 2011, 3). A tal punto que en Cumbayá es discutible si existe realmente alguna planificación de desarrollo urbano. La falta de planificación hace que en la Ruta Viva surgen paradas informales que luego se vuelven “formales”, es decir, que el municipio se encarga de instalar un rótulo o unas gradas, o puentes peatonales todos en lugares donde no debería haber peatones. Como, por ejemplo, donde una vez hubo una escalera y una grada de tierra, ahora hay unas gradas de metal pintadas de verde, justo en una curva ciega, bajo un puente en la Ruta Viva donde los carros vienen a toda velocidad. Si hubiera mejor planificación e integración social, hubiera mejores paradas y rutas de transporte público, y las personas no tendrían que arriesgar sus vidas para llegar a sus respectivos destinos.

Sobre esta geografía se inscribe una multitud de trayectorias diferentes, pero simultáneas: incaica, colonial, republicana, moderna, metropolitana, cosmopolita, siempre inconcluso como proceso, aunque cada vez más cerrado al cambio social profundo. Entre 2012 y 2013, se construyeron tres centros comerciales (Scala Shopping, Paseo San Francisco y Plaza del Rancho) todos en un radio de menos de 10 km y con una inversión privada de 85 millones de dólares. Si miramos 250 años atrás, ya había crecimiento urbano tanto en Cumbayá como en Tumbaco, lo cual incidió en el desarrollo del boom infraestructural en los años 2000 y evidentemente sigue formando la expansión de la ciudad a una velocidad sin precedentes.

El barrio de Santa Inés, en Cumbayá, es un antiguo asentamiento huasipunguero “que resiste al proceso de transformación urbana de la zona, donde los conjuntos habitacionales se han constituido como modelo hegemónico” (Durán et.al. 2016, 137). De tal manera, que “el

aumento de conjuntos habitaciones en el barrio de Santa Inés ha generado la confrontación de dos formas de vida en la que la actual se ha impuesto a la anterior, lo que ha supuesto el desplazamiento de los antiguos pobladores, como se muestra en los usos del suelo existentes” (Durán et.al. 2016, 139). Al mismo tiempo, varias de las empleadas que fueron entrevistadas son de las comunas o viven en barrios con parecida demografía social. Lo cual implica que no están necesariamente en desacuerdo con el desarrollo urbano, porque les provee con oportunidades de trabajo.

En el barrio Chiviquí (antigua hacienda y huasipunguero dónde viven dos de las empleadas entrevistadas) los comuneros y residentes no se oponen a la construcción de vías asfaltadas de cuatro carriles ni de grandes proyectos inmobiliarios, porque constituyen acceso al trabajo y al transporte público. “Para nosotros, las urbanizaciones son fuentes de trabajo” (Entrevista con Mayra en Chiviquí, 2016. Entrevistada por Andrea Robertsdotter). Simultáneamente, en la misma zona del Ilaló, en la Tola Chica, la resistencia a la modernidad capitalista y eurocéntrica toma forma de tradiciones como El Gallo Kallpi que “conmemora el sufrimiento de los indígenas del Valle de Tumbaco” (Simbaña, G. 2018).

[El Gallo Kallpi] es uno de los rituales centrales de toda la festividad del Inti Raymi de la Comuna Tola Chica. Al respecto se vierten dos interpretaciones: la religiosa tiene que ver con el Santo Católico que se conmemora, es decir, San Pedro, a quien se busca representar mediante esa posición en la que fue crucificado por los romanos. La segunda tiene que ver con una forma de representación histórica; así, es conocida el escarnio que sufrían los líderes indígenas por encabezar revueltas contra los españoles buscando un trato justo y su liberación del colonilismo europeo; en Perú el caso más emblemático de hostigamiento es el sucedido al Inca Tupak Amaru II, en 1781, que fue sometido y descuartizado en la plaza del Cuzco; un caso más cercano, es el asesinato en la Plaza Pública de Fernando Daquilema en 1872. De esta manera el Gallo Kallpi es una manera simbólica de representar estos dos acontecimientos, que a la vez justifica también el nombre completo de la fiesta de la Comuna Tola Chica: San Pedro Inti Raymi. (Simbaña G., "La festividad del Inti Raymi de la Comuna Tola Chica, Quito, 2016.

En Tumbaco y las comunas del Ilaló se celebra el Inti Raymi, que es el agradecimiento por la cosecha y una celebración del solsticio el 21 de junio. Es una señal de la vida agrícola y campesina que existe en el Valle, y que se encuentra amenazada por la expansión urbana.

En Tumbaco se celebran fiestas y costumbres indígenas, y las vacas se caminan en plena carretera junto a los tractores que se mueven sin prisa entre el tráfico de la Ruta Viva. La forma de vida agrícola y campesina aún perdura en el Valle, a pesar de los desafíos que

trae la urbanización. Lo que vemos en Cumbayá y Tumbaco, es que la forma de urbanización que se da en la zona, en particular a lo largo de la Ruta Viva, es la lotización de grandes terrenos y el proceso de convertirlos en conjuntos de pequeñas casas que son más o menos idénticas. Y estas se acercan cada vez más a los pastizales, los terrenos de sembrío, buscando las mejores vistas, la naturaleza y “tranquilidad”. Pero, mientras más se construye hay menos espacio disponible, y a medida que avanza la urbanización se acercan cada vez más las viviendas de los ricos a las de los pobres. La segregación espacial producida por los muros se vuelve más compleja cuando las urbanizaciones representan una posible salida de la pobreza para muchas mujeres que viven en las zonas aledañas.

#### **6. 5. Los y las danzantes del San Pedro de Inti Raymi, en el puente de la Ruta Viva**



*Fuente:* Simbaña (2018).

Históricamente, son las poblaciones negras e indígenas se han dedicado a la agricultura y a los servicios domésticos, y que son trabajos que están vinculados a las haciendas. En el censo nacional de 2010, la cifra de afro-ecuatorianos “los coloca en segundo puesto entre los grupos minoritarios después de los montubios 7.39% y por encima de los indígenas 7,03%. Esto se debe al éxito de la campaña liderada por la Codae, ‘Familia, identificate: Orgullosamente afro-ecuatoriano/a’, que propuso darle preferencia a la auto-identificación étnica sobre la racial, argumentando que la expresión ‘negro’ fue impuesta en la Colonia... Si bien en el censo 59% se auto-identificaron como ‘afro-ecuatoriano o afrodescendiente’, hubo un 14% que insistió en identificarse como ‘negro’ y un 27% como ‘mulato’” (El Telégrafo, 11 de septiembre 2011).



Algunas de las trabajadoras de este estudio se consideran a sí mismas mestizas “ni el uno, ni el otro... ni blanco ni indígena” (Entrevista a Viviana, entrevistado por Andrea Robertsdotter); otras se consideran afro-ecuatorianas o negras (“No ‘morena’, sino ‘Negra’, para nosotros, decir ‘moreno’ es casi un insulto. Soy *Negra*.” Entrevista a Carmen, por Andrea Robertsdotter 2019), y otras se consideran indígenas. El padre de Carmen era un indígena de Otavalo, que vivía en las faldas de Imbabura, mientras que su madre es negra y viven en Ibarra, pero es de San Lorenzo. Y, como he mencionado anteriormente, ella se considera a sí misma *negra*, aunque técnicamente sería una mezcla. Ella sabe muy bien que hay muchas personas que la juzgan por el color de su piel y que debido a eso ha sido negada trabajos en restaurantes, gasolineras y casas privadas.

La blanquitud es algo que se adquiere por vivir dentro de una urbanización, pertenecer a un club deportivo, comer en restaurantes y cafés caros, y que los hijos formen parte de colegios privados de las clases altas. Los niños y las niñas aprenden muy rápido quiénes son “los mandados”: los y las trabajadores de servicio que trabajan en sus haciendas, en sus escuelas y colegios, y en sus casas. Las trabajadoras también saben muy bien quiénes son, como dijo una de ellas: “Yo sueño con que mis hijos no sean ‘los mandados’... que ellos puedan hacer su empresa, estudiar y tener lo suyo” (Entrevista a Elisa, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 13 de agosto de 2017).

Alrededor de la plaza en Cumbayá hay varios restaurantes y bares de clase alta, al lado de la iglesia había una vez una capilla, pero este año fue comprado por Juan Valdez, una corporación de café. El espacio es en gran parte privatizado, mientras que en Tumbaco existe un fuerte sentido del espacio público. Debido a que una gran mayoría de las personas que viven en Cumbayá se desplazan en autos, las calles de Cumbayá tienen pocas veredas y las que existen son muy angostas. Afuera de los restaurantes no se permite vender nada y los vendedores ambulantes son expulsados por los guardias de seguridad. Aún así, a solo una cuadra de la plaza de Cumbayá, las señoras indígenas se sientan en la esquina a vender frutillas, aguacate, duraznos, chirimoyas y uvillas.

Frente a la plaza en Tumbaco está la iglesia, tiendas de comida y de ropa, heladerías, restaurantes, notarías. Tanto de día como de noche, las veredas se llenan de vendedores de todo tipo de cosas: verduras y frutas, miel, plantas medicinales, cordones, ropa, juguetes, escobas...etc. Los vendedores informales estacionan sus autos en la calle y destapan baúles

llenos de zapatos, ropa, mochilas y carteras. El espacio, a pesar de estar lleno de trabajo informal, se siente lleno de vida. Las veredas en Tumbaco son anchas y permiten que uno transite entre la gente sin mayor dificultad.

Los fines de semana se llena el centro comercial Scala, ubicado entre Cumbayá y Tumbaco: “Donde los pobres van y gastan su dinero, mientras los ricos vuelan a Miami o a Europa para hacer sus compras” (Entrevista a Viviana, entrevistada por Andrea Robertsdotter 16 agosto, 2019). En realidad, si uno observa la demografía hay una mezcla de clases sociales en el centro comercial. Evidentemente no todos tienen el mismo poder adquisitivo, pero en el centro comercial hay tiendas como Swarovski, Tommy Hilfiger, Dior, Hugo Boss, etc. Carmen me cuenta que un día se fue al Scala y entró a la tienda MAC de cosméticos. “Yo nunca me he puesto...esa crema en la cara, que cubre así...y le estaba preguntando a la señorita...Cuando entró una señora de esas, peluconas, toda no sé...en tacos altos, con ropa de marca, toda maquillada...Y la señorita solo se dio la vuelta, no me dijo nada ¡Se fue! Y, yo así, yaaaaa... Y me fui nomás” (Entrevista con Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 5 de abril 2019). La inferiorización de Carmen frente a la mujer de clase más alta refleja el racismo estructural que emerge en la cotidianidad.

Al otro lado de la moneda, la superioridad de la empleadora es una característica de su identidad e incluye a sus familiares y amigos que entran bajo el techo de su vivienda. Esta superioridad es inherente en la relación entre las empleadoras y las trabajadoras, por el simple hecho de que la segunda trabaja en el territorio o la propiedad privada de la empleadora. Entre estos dos grupos de mujeres, cada uno de diferente extremo del orden social, hemos visto como esta cercanía entre clases jerarquizadas produce la necesidad de diferenciación y repertorios de demarcación para mantener el orden social dominante. Ahí, nuevamente, muchas veces son las trabajadoras que desafían estas categorías y los repertorios de demarcación. Como, por ejemplo: “La señora me dijo: a mis hijas las tienes que decir niña Lizeth y niña Nahomy... Y, ¿a mí? Ellas son niñas, ellas me tienen que respetar a mí” (Entrevista a Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 5 de abril 2019).

Las desigualdades son fundamentalmente experiencias que se dan en la cotidianidad, pero cuyas raíces se encuentran en los procesos sociales que estructuran las vidas de las personas. Es más, como hemos visto a lo largo de esta tesis, tienen un lugar y producen diferentes espacialidades. Este último capítulo ha sido dedicado a una perspectiva macro de las

desigualdades, para entender cómo se estructuran las experiencias de las mujeres dependiendo de si son empleadas o empleadoras del servicio doméstico. La construcción de diferentes espacios y lo que representan tiene que ver con los procesos sociales que ejercen poder sobre ellos.

El sistema de hacienda produjo el tipo de desarrollo urbano dominante en Cumbayá, lo cual transformó la tierra productiva en urbanizaciones cerradas, que son las nuevas viviendas de las clases media-altas y altas en el Ecuador. La urbanización de áreas fundamentalmente rurales sigue en pie hoy en día, y las poblaciones rurales continúan excluidas del proyecto de modernización que arrancó con la reforma agraria y la llegada de la ciudad. En ese sentido, podemos hablar de una continuidad colonial en el despojo de los pobladores originarios de sus tierras y en la explotación de la población rural. Además, este proceso es una formación histórica que se construye a través de la división del trabajo, caracterizado por el racismo y el sexismo.

## Conclusiones

Si bien las relaciones, adentro de las urbanizaciones, entre empleadoras/es y trabajadoras domésticas son muy complejas y diversas, es un tipo de relación laboral marcada por la desigualdad social estructural. La dominación y la explotación en el servicio doméstico tiene un origen y una formación histórica; al mismo tiempo, que “las relaciones sociales están imbricadas en las experiencias concretas que pueden vivirse de muy variadas maneras” (Viveros Vigoya 2016, 11). En Cumbayá existe, desde la colonia, una larga historia del servicio doméstico. Los desafíos que enfrentaron las esclavas y luego las trabajadoras remuneradas, en muchos sentidos son parecidos a los problemas que tienen las trabajadoras de hoy: la discriminación y la subvaloración, la falta de educación, la falta de tiempo y recursos económicos para ellas y sus familias, el encierro y el aislamiento del resto de la sociedad. Además, todas las trabajadoras que fueron entrevistadas hablaron del racismo y el machismo que viven en la cotidianidad, aunque de manera diferente entre ellas, y no necesariamente en el trabajo.

El sentido relacional del espacio y del lugar (Massey 1994; 2005), plantea que los lugares (trayectorias e historias) son las bases para la interpretación de cómo las diferencias sociales emergen y se configuran en el espacio. Las personas (re)producen continuamente diferencias sociales en las prácticas cotidianas y desde las experiencias vividas. El enfoque en las particularidades de los lugares, demuestra como las identidades y los procesos sociales adquieren sentidos distintos dependiendo del lugar donde emergen. Al juntar la interseccionalidad con el espacio, se manifiesta la inestabilidad de estas diferencias construidas socialmente.

En varias entrevistas era evidente que las trabajadoras son conscientes de la explotación a la que están sometidas, pero mucho menos cuando se referían a sus infancias y adolescencias. Casi todas habían pasado por el trabajo infantil, aunque también consideran que fueron tratadas como hijas por la empleadora. Como adultos ya con experiencia, saben que el cariño de las empleadoras es: “Porque les interesa... A la señora, yo lo conozco, es cuando quiere algo, tengo que estar pendiente todo el tiempo o sino pierdo mi trabajo...” (Entrevista a Carmen, entrevistada por Andrea Robertsdotter, el 5 de abril 2019). El afecto entre ellas (trabajadoras y empleadoras) es algo que les interesa a las dos, pero por razones distintas: La

empleadora se libera del trabajo doméstico y la trabajadora obtiene un ingreso y con suerte una “palanca” para la movilidad social.

Los espacios nos hacen acuerdo constantemente de cómo nos deberíamos sentir o cuál debería ser nuestro comportamiento. La forma como experimentamos el diseño de la arquitectura y nuestros entornos, especialmente, donde pasamos más tiempo, nos pueden dignificar o hacer todo lo contrario. La espacialidad refleja el valor que tiene una persona, y una vez que este valor se materializa en el espacio, es difícil deconstruirlo y crear un cambio social profundo. Como mencioné anteriormente, no tuve nunca la oportunidad de entrar a las casas de las trabajadoras, sentí que les daba vergüenza y que no querían que yo vea como viven ellas. Además, en el caso de las trabajadoras, en las casas donde ellas trabajan, su confort es secundario, son controladas y constantemente acordadas de que no es su casa. Estos mensajes espaciales condicionan sus experiencias en la cotidianidad y provocan un sentimiento de poca agencia y poder.

Un enfoque en el espacio nos permite ver que, en el sentido bourdieano, no son siempre los gustos que marcan las distinciones de clase. En el caso del servicio doméstico en el Ecuador, son las prácticas espacializadas que, aunque estén basadas en gustos, operan en base a la segregación o la negación de prácticas igualitarias. El propósito del cuarto de “empleada” o la mediagua en el jardín, es de diferenciar entre las trabajadoras y las personas “que pertenecen” a la casa. O, a través de servir menos comida o una comida diferente a las trabajadoras, o negarles el uso de los mismos platos, vasos y cubiertos, éstas prácticas refuerzan las diferencias de clase y afirman la brecha de desigualdad entre las trabajadoras y las familias empleadoras. La práctica espacializada más común en el servicio doméstico es negar a las trabajadoras el uso de los baños en la casa, y destinar un baño que sea solo para ella.

El propósito de la tesis ha sido analizar desde lo cotidiano, precisamente, cómo las desigualdades se expresan en distintas formas de dominación, y describir el contexto en el que se desarrollan las experiencias de los sujetos. Las mujeres entrevistadas en este estudio se insertan dentro de códigos discriminatorios y heteronormativos, primero pasando por la colonización luego por la modernización. Hemos visto cómo emergen las desigualdades en la representación y construcción de los espacios, por ejemplo, en las residencias de las empleadoras y también desde un marco espacial más macro que revela los procesos de segregación espacial en el Valle de Tumbaco.

Las urbanizaciones cerradas en Cumbayá representan una fuerte demanda por el servicio doméstico y son una fuente de ingreso para las mujeres que viven en las comunas y los barrios populares del valle. Las entradas, las salas y cocinas de las élites pueden tener un estilo moderno, pero "el cuarto de empleada" nos recuerda que aún perduran viejos costumbres. Además, en Cumbayá vemos que existe una combinación del espacio urbano-rural y que las nuevas normativas urbanas obstaculizan la agricultura y cría de animales. Entonces, si bien las urbanizaciones constituyen fuentes de trabajo para la población rural y campesina del valle, existe casi nula inversión pública (agua, luz, asfaltado y alcantarillado) y predomina la inversión privada y la privatización del espacio.

Un enfoque en el lugar nos permite analizar las especificidades de las desigualdades, que marcan las vidas de las trabajadoras domésticas y sus familias. Las identidades no son fijas, ni de las personas ni de los lugares, porque sabemos que son construcciones sociales que emergen espacialmente. Pero, en el Ecuador, la desigualdad es tan profunda que pareciera que las identidades sí fueran fijas. Una gran parte se debe a la miseria que se destina a la educación y la salud, y otra parte se debe al racismo y al machismo que tienen profundas raíces en la sociedad ecuatoriana.

Cada capítulo de análisis ha sido dedicado a un nivel espacial: micro, meso y macro. A pesar de separar espacios en tres niveles diferentes, cada uno está imbricado en el otro. En adelante presento los hallazgos principales de cada nivel analítico, para concluir que el servicio doméstico en sí se da en diversas formas, pero que se estructura por desigualdades que son construidos socialmente e históricamente. Si cambian, el espacio o la espacialización de las desigualdades serán claves para tomar un paso hacia crear una sociedad más inclusiva y justa.

En la primera parte me dediqué al nivel micro, donde analicé la espacialidad de las diferencias sociales, enfocándome en las experiencias vividas de los sujetos que enriquecen las categorías analíticas y revelan como el poder opera de manera diferenciada. En el caso del servicio doméstico en Cumbayá, las desigualdades se expresan en las siguientes formas de dominación: relaciones coloniales y serviles (abiertamente racistas), relaciones maternas (explotación de la ambigüedad afectiva), capitalistas y cosmopolitas (explotación económica y segregación). Estas formas de dominación, junto a las experiencias de las trabajadoras y las empleadoras, se insertan en un sistema de dominación que es capitalista-moderno-patriarcal-heteronormativo-blanco y urbano.

El servicio doméstico es un espacio social que se caracteriza por ser una labor para el cual las mujeres están ‘naturalmente’ y ‘biológicamente’ programadas. Este ‘efecto de naturalización’ sirve para justificar y mitificar a las desigualdades sociales, borrando las diferencias que existen entre las mujeres. Entre las trabajadoras y las empleadoras lo que significa ser mujer, esposa o madre tiene sentidos muy distintos, al mismo tiempo que sus identidades se constituyen la una con la otra. La naturalización, tanto de sexo/género como de raza, funciona para reproducir clases sociales porque “acude [...] al argumento de la naturaleza para justificar y reproducir las relaciones de poder fundadas sobre las diferencias fenotípicas” (Viveros 2009, 5). En Cumbayá, parece que las mujeres indígenas tienen mayor facilidad de encontrar trabajo, especialmente si vienen “del campo”; al contrario, las afro-ecuatorianas o las negras narran experiencias de discriminación implícita o explícita. Por otro lado, vemos también como se distinguen las experiencias de la maternidad entre las trabajadoras y las empleadoras (en este caso, cabe recordar que todas las empleadoras fueron amas de casa) y refuerzan nociones de clase que se articulan con la racialización de género. El abandono de los hijos y las hijas por las madres trabajadoras se interpreta como “una incapacidad de amar” y refuerza actitudes racistas, activando rezagos coloniales. En realidad, las trabajadoras embarazadas arriesgan perder sus trabajos, y si pueden seguir trabajando es difícil hacerlo con sus bebés.

En Cumbayá, el análisis de la espacialidad del servicio doméstico nos indica que hay prácticas espaciales que reproducen diferencias sociales entre las trabajadoras y las clases altas, y que estas están marcadas por la colonialidad. Como, por ejemplo, las entradas diferenciadas, los baños de uso exclusivo para el servicio doméstico, y otros espacios designados para las trabajadoras. Además, la espacialidad no es solo un tema del espacio, sino que nos refiere a los objetos, la infraestructura y las subjetividades, en los espacios del servicio doméstico y en las viviendas de las clases altas.

En el nivel meso descubrimos como la dominación sobre el espacio se ejerce por las élites terratenientes, y que hoy en día esta relación de poder aparece en forma de urbanizaciones cerradas. Vimos que las urbanizaciones cerradas tienen una conexión con el servicio doméstico y que las trabajadoras que viven en zonas rurales buscan trabajo en las urbanizaciones, que cada vez, se acercan más a sus viviendas. Esta configuración espacial es particular a Cumbayá, a la vez, que se expande en el Valle de Tumbaco, y va reflejando un proceso histórico que vincula a las élites terratenientes con las primeras urbanizaciones

cerradas. Nos remite a las relaciones entre el campo y la ciudad, al mismo tiempo, que permite ver las continuidades coloniales en el espacio urbanizado. En el espacio meso encontramos que en Cumbayá existe una contigüidad de espacios desiguales. La distinción y segregación de clase ya no es por distancia, sino por la separación física de los muros. Además, la falta de servicios públicos, como el transporte, las vías, veredas y paradas demuestra que en el espacio domina la inversión privada. Las diferencias sociales entre los habitantes intra-muro y los infra-muro emergen en espacios que aparentan fijar la distinción entre las élites y los trabajadores.

El recorrido histórico revela como la configuración de Cumbayá tiene un origen terrateniente. En esta parroquia rural, que en realidad es urbana, existe una configuración espacial en la que se concentra el poder económico que, a su vez, debe concentrar servicios, para lo cual se provee de vías de acceso y centros de consumo, universidades y hospitales, etc. Al analizar los procesos sociales históricos de Cumbayá, vemos la producción del espacio tiene un origen terrateniente. “Este [origen] se puede rastrear desde la primera república, donde el poder económico de las élites es posible gracias a la gran propiedad de tierra y la explotación de la fuerza laboral indígena/campesina, a partir de lo cual se diversificará hacia otros sectores de la economía” (Macaroff 2019, 6).

Los dueños y las dueñas de las haciendas en iniciaron el mercado inmobiliario en Cumbayá con la lotización de sus haciendas. La disolución de las haciendas durante la Reforma Agraria, en los sesentas, amenazó con quitar las tierras de las élites, por lo tanto, lotizaron las haciendas y construyeron urbanizaciones cerradas. A través de concentrarse en Cumbayá, no solo aseguraban la plusvalía de sus propiedades en el futuro, sino que afirmaban su prestigio y estatus social (que antes les daba las haciendas). La unión de las élites era urgente en una época de cambios sociales y crecimiento urbano. Hoy en día, más que mantener privilegios sociales se trata de mantener el orden social dominante y que no se desestabilice la sociedad.

Simultáneamente, la expansión urbana amenaza con acabar con lo que queda del campesinado en Cumbayá, Tumbaco y el resto del Valle. La infraestructura y los nuevos patrones de consumo desintegran y desarticulan las necesidades de una población heterogénea, pero muy marcada por la desigualdad. Al mismo tiempo, las urbanizaciones resultan ser fuentes de empleo y proveen con un ingreso económico para las mujeres que no tienen una educación u



otra formación. Muchas de estas mujeres vienen del campo y el servicio doméstico es la oferta laboral que más hay.

Cumbayá es uno de los lugares con más crecimiento y desarrollo urbanístico en el Ecuador, y sigue expandiendo de manera desenfrenada. Si bien está cambiando a una velocidad impresionante, las relaciones de poder dominantes se ven bastante resistentes al cambio. En el trabajo doméstico hay fuertes rezagos de la colonia y estos han sido cuestionados por las trabajadoras y los trabajadores, pero nunca ha sido derrocado. Los “sistemas como la encomienda y el inquilinaje implicaban el servicio de por vida, tal como efectivamente se ha dado en el trabajo doméstico latinoamericano” (Bunster y Chaney; Araya. En Undurraga 2017, 70). En el servicio doméstico se ve claramente, como las relaciones de clase en el Ecuador son permeados por prácticas, valores y actitudes coloniales.

En el nivel macro resalto la heterogeneidad social en el Valle de Tumbaco, para referirme, en las palabras de Massey, a como las vidas de los habitantes del valle pueden ser muy distintas, pero potencialmente conectados y a futuros que también se entretujan. Sin duda, en el Valle de Tumbaco es así, porque los pasados de sus habitantes tienen una larga trayectoria de trabajo con la tierra y del servicio doméstico, y que es marcada por la colonialidad. En esta parte resalto la expansión urbana y como se desarrolla sobre un territorio todavía considerado rural; lo cual, es parte de profundizar en la demanda por el servicio doméstico y en las continuidades coloniales que atraviesan a Cumbayá.

La concentración de los grupos con mayor poder adquisitivo en Cumbayá creó nuevos patrones de consumo que alteraron con fuerza el Valle de Tumbaco. Además, con la transformación del suelo en Cumbayá se fueron conformando nuevos grupos. De manera tal, que no se puede hablar de una élite homogénea, ni se puede obviar la diversidad cultural que se ve amenazado por la generación y acumulación de capital en la geografía física, impulsado por las élites terratenientes y apoyado por políticas nacionales. La parroquia de Cumbayá es una mezcla de ciudad moderna con potreros y urbanizaciones cerradas con nombres como ‘La Vieja Hacienda’. En el Ilaló, en Tumbaco, se concentran las comunas indígenas y en la ciudad de Tumbaco se conglomeran las clases populares en forma de barrios. El nivel meso de análisis revela que hay una contigüidad de espacios desiguales, y que estas se van precarizando cada vez más con la expansión desenfrenada de la urbanización.

Las trabajadoras del servicio doméstico que entran y salen de las urbanizaciones, son una muestra muy clara de heterogeneidad social en un espacio homogeneizante como los enclaves fortificados. Además, varias de ellas son mujeres indígenas y afro-ecuatorianas de las comunas y los barrios populares del Valle de Tumbaco. Demasiadas veces, estas mujeres tienen sus casas en lugares precarios y las rutas que toman para ir al trabajo les exponen a diversos peligros. La expansión de la urbanización en el Valle de Tumbaco agudiza las desigualdades existentes y crea enormes desafíos para la planificación urbana en el futuro. En estas viviendas de las clases altas vemos reflejado las diferencias sociales que emergen de la relación entre la ciudad y el campo ecuatoriano. En ese sentido, las urbanizaciones son extensiones de la ciudad, son lugares privilegiados, modernos, progresivos y llenos de blanquitud, ante el desorden y supuesto atraso del campo. Es interesante que, en Cumbayá y el resto del valle, vemos una extrema proximidad entre lo urbano y lo rural, que se pretende evitar con más muros y más tecnologías de seguridad.

El análisis de la configuración espacial de Cumbayá echa luz sobre los procesos sociales que dieron forma a la ciudad que es hoy. Vemos como el Valle de Tumbaco ha cambiado drásticamente, y que Cumbayá sigue siendo uno de los lugares con mayores cambios. Sin embargo, estos cambios no se viven de la misma manera por todos y todas. Para las mujeres en el valle, las urbanizaciones cerradas representan oportunidades de trabajo; mientras que para las empleadoras son viviendas seguras para sus familias. Y, si bien el espacio se ha transformado, las desigualdades se han acentuado con la expansión de la urbanización.

Las condiciones que estructuran nuestra cotidianidad tienen sus raíces en procesos históricos que emergen de manera distinta dependiendo del lugar. En Cumbayá, el capitalismo y la globalización se entretajan con rezagos coloniales, sobre un tejido moderno que está cambiando a un ritmo acelerado. Al mismo tiempo, la urbanización de toda superficie urbanizable implica que se hace cada vez más difícil planificar la forma que toma el espacio, ni mucho menos cambiarla en el futuro. Como reflexión final, quisiera mencionar las luchas diarias que encaran las trabajadoras para dar de comer a sus familias, proveer con un techo que no gotea y asegurar algún futuro para sus hijos e hijas. Todas hablaron de un fuerte anhelo de que sea diferente para sus hijos e hijas, que no sufran tanto como lo han hecho ellas. De esta manera, las mujeres hacen resistencia ante las condiciones estructurantes que intentan fijar a las identidades y los lugares donde emergen como experiencias marcadas por la desigualdad.

## Lista de referencias

- Acosta, Verónica. 2014. “Rentabilidad del mercado inmobiliario en Quito. *Revista Clave* (marzo-abril), [http://www.clave.com.ec/1231rentabilidad\\_del\\_mercado\\_inmobiliario\\_en\\_quito.html](http://www.clave.com.ec/1231rentabilidad_del_mercado_inmobiliario_en_quito.html)
- Agnew, John. 2002. *Making Political Geography*. Arnold: London
- Albert Sopale, Silvia 2020.  
<https://www.laopiniondemurcia.es/cultura-sociedad/2020/02/10/silvia-albert-sopale-feministas-blancas/1089825.html>
- Alvarado, Mariana. 2016. “Epistemologías feministas latinoamericanas: Un cruce en el camino junto-a-otras pero no-junta-a-todas”. En, *CLACSO*, Vol 1, N.3. Pp. 9-32
- Anthias, Floya. 2008. “Thinking through the lens of translocational positionality: An intersectionality fram for understanding identity and belonging”. En, *Translocations* Vol. 4, Issue 1. Pp. 5-20.
- Baldwin, Jeff. 2012. “Putting Massey’s relational sense of place to practice: Labour and the constitution of Jolly Beach, Antigua, West Indies”. En, *Geografiska Annaler: Series B*. Pp. 207-221
- Barragán, Rosanna. 2006. “Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en La Paz”. En, *América Latina Hoy* 43. Pp. 107-130
- Bello, Alvaro. y Rangel, Marta. 2002. “La equidad y la exclusión de los pueblos indígenas y afrodescendientes en América Latina y el Caribe”. En, *Revista de la CEPAL* N.76. Cepal: Santiago
- Blanco, Jorge. 2007. “Espacio y territorio: elementos teórico-conceptuales implicados en el análisis geográfico”. En, Fernández Caso, M.V. y Gurevich, G. (Eds.) *Geografía Nuevos Temas, Nuevas Preguntas*. Ed. Biblos, 37-64. Acceso : 18.04.2013. En: <http://www.mecaep.edu.uy/pdf/Sociales/EspacioGeografico/Espacio%20y%20territorio.pdf>.
- Borsdorf, A., Hidalgo, R., Sanchez, R. 2007. A new model of urban development in Latin America: The gated communities and fenced cities in metropolitan areas of Santiago de Chile and Valparaiso. En, *Cities* 24 (5), 356-378.
- Bourdieu, Pierre. 1982. *Lección sobre la lección*. Anagrama: Barcelona.  
\_\_\_ 1992[2005]. “La práctica de la sociología reflexiva”, en Pierre Bourdieu y Loic Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI, México, pp. 301- 358.  
\_\_\_ 1993. *La Miseria del Mundo*. Fondo de Cultura Económica: Argentina  
\_\_\_ 1994[1998]. *Practical Reason*. Stanford University Press: California
- Brites, Julema. 2014. Cuidados profesionales en el espacio doméstico: algunas reflexiones desde Brasil. En, *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* N50, pp.163-174
- Butler, Judith. 1990. *Gender Trouble: Feminism and the subversión of identity*. Routledge: New York
- Butler, Judith y Weed, Elizabeth (Eds). 2011. *The Question of Gender: Joan Scott’s Critical Feminism*. Indiana University Press: Indiana
- Cabezas Fernández, Marta. 2012. “‘19 años de lucha por la ley, 11 en el parlamento’: Las reivindicaciones de las trabajadoras asalariadas del hogar en Bolivia durante la etapa neoliberal”. En, *Íconos* 44. Pp. 85-100
- Cabnal, Lorena. 2010. “Acercamientos a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarios de Abya Yala”. In *Feminismos Diversos: El feminismo Comunitario*. Madrid: Acsur Las Segovias, 11-25.
- Caldeira, Teresa. 2000[2007]. *Enclaves fortificados: Levantando muros y creando un nuevo*

- orden privado. En, *Ciudad de Muros*. Gedisa: Barcelona.
- \_\_\_\_\_. 2016. Contestaciones a la ciudad global: la cuestión urbana en el siglo XXI: Un diálogo con Teresa Caldeira. En, *Iconos* 56, pp. 149-155.
- CARE. 2018. Acabar con la violencia y el acoso en el mundo del trabajo. En. Conferencia Internacional del Trabajo, 107ª Reunión. Ginebra
- Chaney, Elisa; García Castro, Mary; Guayara, Consuelo. 1993. Muchacha, cachifa, empleada, empregadinha sirvienta y... más nada: trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe. Nueva Sociedad: Venezuela
- Christiansen, Tanja. 2005. "Sirvientas, dependientes e hijas adoptadas: los distintos nombres de las trabajadoras domésticas. Cajamarca, siglo XIX". En, *Más allá de la dominación y la resistencia estudios de historia peruana, siglos XVI-XX*.
- Ciccolella, Pablo. 2009. "Buenos Aires, una metrópolis postsocial en el contexto de la economía global". En *Buenos Aires, la formación del presente*, editado por Pedro Pérez, 35-62: Olachi
- Constante, Soraya. N/A. <http://desigualdad.revistaanfibia.com/ley-mas-rico.html>
- Crenshaw, Kimberly. 2015. "Kimberlé Crenshaw Discusses Intersectional Feminism". En, *Lafayette College*. [Acceso el 4 de febrero, 2017], [https://www.youtube.com/watch?v=ROWquxC\\_Gxc](https://www.youtube.com/watch?v=ROWquxC_Gxc)
- Delgado Mahecha, Ovidio. 2003. "La geografía radical: la producción social del espacio". En *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- de Souza, Marcelo Lopes. 2013. *Os Conceitos Fundamentais da Pesquisa Socio-espacial*. Cap. 4. Territorio e (des) territorializacao, Ed. Bertrand: Rio de Janeiro, pp.110
- Durán, Gustavo; Martí, Marc y Mérida, Juan. 2016. "Crecimiento, segregación y mecanismos de desplazamiento en el periurbano de Quito". *Revista Iconos* N.56, pp 123-246
- Deutsche, R. 1991. 'Boys town'. In, *Environment and Planning D: Society and Space*, 9, pp. 5-30
- Ehrenreich, Bárbara y Hochschild, Arlie. 2002. *Global Women. Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*. Henry Holt: New York
- El Comercio, 2017. "El sector doméstico gana más desde enero", <https://www.elcomercio.com/actualidad/sector-domestico-gana-enero.html>
- El Comercio 2015. "En Quito el costo de los predios en la Ruta Viva sube sin control", <https://www.elcomercio.com/actualidad/quito-subida-precios-predios-rutaviva.html>
- El Telégrafo 2011. "Los afroecuatorianos en el censo de población 2010". <https://www.eltelgrafo.com.ec/noticias/columnistas/1/los-afroecuatorianos-en-el-censodepoblacion2010.html>
- Espinosa, Yuderkis. 2013[2014]. "Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica". En, *El Cotidiano* 184. Pp. 7-12
- Federici, Silvia. 2004[2010]. *Calibán y la Bruja. Mujeres, Cuerpo y Acumulación Originaria*. Argentina: Tinta Limón Ediciones
- Foucault, Michel, 1976, *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*. Paris: Gallimard
- Frankenberg, Ruth. 1997. *Displacing Whiteness: Essays in Social and Cultural Criticism*. Duke University Press: London
- Gogna, Mónica. 1993. "Empleadas domésticas en Buenos Aires", Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y más nada, Chaney Elsa, García Castro Mary (eds). Caracas, Nueva Sociedad.
- Gorban, Débora. 2012. Empleadas y empleadoras, tensiones de una relación atravesada por la ambigüedad. En, *Reis* N 140, pp. 29-48

- \_\_\_\_\_. 2012. O trabalho doméstico se senta a mesa: a comida na configuração das relações entre empregadores e empregadas na cidade de Buenos Aires. En *Revista de Estudios Sociales* N 25, pp. 67-79
- \_\_\_\_\_. 2015. Representaciones sociales en disputa: Los procesos de selección del cuidado entre familias de clases medias en la ciudad de Buenos Aires. En, *Trabajo y sociedad* N 25, pp.5-21
- Harvey, David. 1973. *Social Justice and the City*. Arnold: London
- Hernández Castillo, Rosalva Aida y Suárez-Navaz, Liliana (Eds.). 2008. *Descolonizando el feminismo: Teorías y prácticas desde los márgenes*. Catedra: Madrid
- Herrera, Gioconda. Et.al. 2005. *La migración ecuatoriana: redes, transnacionalismo e identidades*. FLACSO: Ecuador
- \_\_\_\_\_. 2013. *Lejos de tus pupilas: Familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en el Ecuador*. FLACSO Sede Ecuador: Ecuador.
- Hill Collins, Patricia. 1990. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Boston: Unwin Hyman
- \_\_\_\_\_. 2000. "Distinguishing features of black feminist thought". En, *Black Feminist Thought*. Routledge: New York
- Hondagneu-Sotelo, P. 2001. *Doméstica: Immigrant workers cleaning and working in the shadows of affluence*. University of California Press: Berkeley
- Hooks, bell. 1984[2004]. *Mujeres Negras: Dar forma a la teoría feminista*. En, *Otras inapropiables*. Traficantes de sueños: Madrid
- Hubbard, Phil. 2002. "Maintaining family values? Cleansing the streets of sex advertising". En, *Royal Geographical Society* Vol. 34 Issue 4. Pp. 339-444
- Hubbard, Phil y Kitchin, Rob. 2011. *Key thinkers on space and place*. Sage: London
- Ibarra, Hernán. 1992. "El laberinto del mestizaje". En, *Identidades y sociedad*. Quito, CELA, PUCE.
- INEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos). 2010. "Censo de población y Vivienda". [Acceso: 3 de Julio, 2017], (<http://www.ecuadorencifras.gob.ec/base-de-datos-censo-de-poblacion-y-vivienda/>)
- \_\_\_\_\_. 2012. "Encuesta nacional de trabajo infantil". <https://anda.inec.gob.ec/anda/index.php/catalog/657>
- \_\_\_\_\_. 2019. "Las nuevas cifras de empleo, pobreza y desigualdad de junio 2019". <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/inec-publica-las-cifras-de-empleo-pobreza-y-desigualdad-de-junio-2019/>
- Katz, J. 2001. "Ethnography's Warrants", en *Sociological Methods and Research*, Vol. 25, No. 4, pp. 391-423.
- Kingman Garcés, Eduardo y Muratorio, Blanca. 2014. *Los trajines callejeros: Memoria y vida cotidiana* Quito, siglos XIX-XX.
- Kofes, Suely. 2010. Seguindo o conselho do poeta: "Repetir, repetir, até ficar diferente". En, *Ex Aequo* N.22, pp. 95-109
- Konetake, Richard Camp, Colección de Documentos para la Historia de la formación social en Hispanoamérica, All, Madrid, 1958.
- Krivo, Lauren J. Et.al. 2013. Social Isolation of Disadvantage and Advantage: The Reproduction of Inequality in Urban Space. En, *Social Forces* 92(1), pp. 141-164
- Kwan, Mae-Po. 2013. "Beyond Space (As We Knew It)". En, *Annals of the Association of American Geographers*, 103(5), pp. 1078-1086
- La Hora, el 7 de enero del 2018. "Cumbayá controversia por proyectos inmobiliarios", <https://lahora.com.ec/quito/noticia/1102126693/cumbaya-controversia-por-proyectos-inmobiliarios->
- Lefebvre, Henri. 1974[1991]. *La producción del espacio*. Trad. E.M. Gutiérrez. Swing

Libros: Madrid

- León, Magdalena. 2013. Proyecto de investigación-acción trabajo doméstico y servicio doméstico en Colombia. En *Revista de Estudios Sociales*, N. 45, 198-211
- Lindón, Alice y Hiernaux, Daniel. 2006. Tratado de geografía humana. Anthropos: Barcelona
- López Veintimilla, Carlos. 2017. "Movilidad Residencial de la élite. Pasado y presente de la élite quiteña, Urbanización Jacarandá 1970-2016". TESIS FLACSO
- Lugones, María. 2007. "Heterosexualism and the colonial modern gender system". En, *Hypatia* Vol. 22, N.1. pp. 186-209
- Masi de Casanova, Erynn. 2013. Embodied Inequality: The Experience of Domestic Work in Urban Ecuador. En, *Gender and Society* N.27, pp.561-585, Sage publications
- Massey, Doreen. 1990[1991]. The Political Place of Locality Studies. *Environment and Planning A.*, Vol.23, pp. 267-281
- \_\_\_ 1994. *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- \_\_\_ 2005. *For Space*. Sage: London
- \_\_\_ 2013. Doreen Massey on Space\_ *Social Science Bites*. Sage, (<https://www.youtube.com/watch?v=Quj4tjbTPxw>) [Aceso: 7 septiembre, 2016].
- McDowell, Linda. 1992. "Doing feminism, feminists and research methods in human geography". En, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 17. Pp. 399-416
- Mendoza, Breny. 2014. "Colonialidad del género y epistemología del sur". En, *Ensayos de crítica feminista en nuestra América*. México: Herder
- Davis, Mike. 2006 [1990]. *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*. Verso New York.
- Moncayo Roldán, Karla Elizabeth. 2014. Análisis histórico jurídico de las condiciones laborales del trabajador doméstico ecuatoriano. Tesis Universidad Católica del Ecuador
- Moore, Henrietta. 1991. *Antropología y Feminismo*. Cátedra: Madrid
- Moreno Yáñez, Segundo. 1981. *Pichincha: Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana*. Consejo Provincial de Pichincha, Ecuador.
- Morris, M. 1992. 'The man in the mirror'. In, *Theory, Culture and Society*, 9, pp 253-79
- Moscoso Cordero, Lucía. 2008. *El Valle de Tumbaco: Acercamiento a su historia, memoria y cultura*. Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural (FONSAL): Quito, Ecuador.
- Nightingale, Andrea, J. 2011. "Bounding difference: interseccionalidad and the material products of gender, caste, class and environment in Nepal. En, *Geoforum* (42)2. Pp. 153-162
- OIT 2013. [https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/documents/article/wcms\\_195947.pdf](https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/documents/article/wcms_195947.pdf)
- Palacios Velasco, Héctor Santiago. 2017. *Expansión metropolitana contemporánea del DMQ: La Ruta Viva y la re-desterritorialización del Valle de Tumbaco*. Tesis: FLACSO, Ecuador.
- Paxson, Heather. 2004. *Making Modern Mothers: Ethics and Family Planning in Urban Greece*. Berkeley: California University Press
- Pazmiño Jiménez, Fátima Sofía. 2013. Memoria colectiva y oralidad: historia y relaciones sociales de la parroquia de Cumbayá desde los años 60 hasta la actualidad contada por los habitantes del Barrio Central y el Barrio San Marcos. Tesis de la Universidad Central del Ecuador.
- Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial de la Parroquia Rural de Cumbayá, septiembre 2015. De la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, Ecuador.
- Puyana Yolanda (Comp.). 2003. *Padres y Madres en Cinco Ciudades Colombianas: Cambios y Permanencias*. Almudena: Bogota
- Quijano, Anibal. 2000. "Colonialidad del poder y clasificación social" En *Journal of World-*

- Systems Research. Riverside: California, Vol. 6, N.2
- Quijano, Anibal y Wallerstein, Immanuel. 1992. "Americanity as a concept, or the Americas in the Modern World" en *International Social Science Journal*, 449-557
- Radcliffe, Sarah A. 2015. *Dilemmas of Difference: Indigenous women and the limits of postcolonial development policy*. Duke University Press: USA
- Rebolledo, Loreto. 1985. *Tierras, indígenas, transformaciones: El caso de Lumbisí durante la colonia*. Tesis: FLACSO, Ecuador.
- Rosero Garcés y Reyes Avila 1996. *Nuestro pensamiento es como la luna: Testimonios e historias de mujeres de Chimborazo*. Proyecto de la mujer rural en la Provincia de Chimborazo, Alausí, junio de 1996.
- Rivera Cusicangui, Silvia. 2016. "Silvia Rivera Cusicangui en una entrevista por Maristella Svampa, septiembre 21 de 2016". En, *Lobo Suelto!* [Acceso: 28 de marzo de 2017] (<http://anarquiacoronada.blogspot.com/2016/09/entrevista-silvia-rivera-cusicangui-el.html>)
- Rodó-de-Zárate, María. 2014. "Developing geographies of intersectionality with relief maps: reflections from youth research in Manresa, Catalonia". En, *Gender, Place and Culture* Vol. 21(8). Pp. 925-944
- Rogers, Janine. 2009. "Capítulo Dos: Cambios en el servicio doméstico en América Latina". En, Valenzuela, María Elena y Mora, Claudia (Eds.). 2009. *Trabajo Doméstico: Un largo Camino hacia el trabajo decente*. OIT: Santiago
- Roth, Julia. 2013. "Entangled Inequalities as Interseccionalities: Towards an epistemic sensibilization." En, *desiguALdades.net Working Paper Series*, No. 43. Berlin: Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Roth, Julia. 2013. "Entangled Inequalities as Interseccionalities: Towards an epistemic sensibilization." En, *desiguALdades.net Working Paper Series*, No. 43. Berlin: Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Salazar Parreñas, Rhacel. 2001. *Servants of globalization: Women, Migration and Domestic Work*. Stanford University Press: California
- Salomon, Frank. 1980. *Los señores Étnicos de Quito en la época de los Incas*, Colección Pendoneros, N.10, IOA: Otavalo, Ecuador.
- Santillán, Alfredo. 2015. "Quito: materialidad y ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible". En, *Cuestiones urbanas* 3 (1): 93-115.
- Scott, Joan. 1988. *Gender and the Politics of History*. Columbia University Press: New York.
- \_\_\_\_\_. 1999[2008], "Las mujeres en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*". En, *Género e Historia*, FCE, UACM, México, pp. 95-124.
- \_\_\_\_\_. 2011. "Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?". En, *La manzana de la discordia*, Vol. 6, N.1. Pp. 95-101
- Segato, Rita. 2011. "Género y colonialidad. En busca de un vocabulario en clave descolonial" En, Bidaseca, Karina y Vazquez (Comp.) *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo en y desde América Latina*. Buenos Aires: Ed. Godot
- Shmidt, Sandra. 2011. *Theorizing Place: Students' navigation of place outside the classroom*. En, *Journal of Curriculum Theorizing*, Vol. 27, N.1. Pp. 20-35
- Simbaña, G. 2018, (<https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1730447430396767&set=pb.100002945797620.-2207520000.1532226905.&type=3&theater>)
- Skocpol, Theda. 1994. *Social Revolutions in the Modern World*. Cambridge University Press: New York
- Soja, Edward. 1980. *The socio-spatial dialectic*. *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 70, N. 2, pp. 207-225

- Stolcke, Verena. 2000. "¿Es el sexo para el género lo que la raza es para la etnicidad?". En, *Política y Cultura*, N. 14, 25-60
- \_\_\_\_\_. 2010. "¿Qué tiene que ver el género con el parentesco?" En, *Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas a la parentalidad*. Promociones y Publicaciones Universitarias: Barcelona, Pp. 319-334
- Svampa, Maristella. 2004. *La brecha urbana: Countries y barrios privados*. Capital Intelectual: Buenos Aires
- Thompson, Edward P. 1964. *The Making of the English Working Class*. Pantheon Books: New York
- Utreras, Ruth. 2010. *Trabajo decente: Una análisis desde la perspectiva de género para las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca*. Tesis: FLACSO, Ecuador.
- Valenzuela, María Elena y Mora, Claudia (Eds.). 2009. *Trabajo Doméstico: Un largo Camino hacia el trabajo decente*. OIT: Santiago
- Vega, Cristina. 2009. *Culturas del cuidado en transición: Espacios, sujetos e imaginarios en una sociedad de migración*. Editorial UOC
- \_\_\_\_\_. 2014. "Nuevas aproximaciones a la organización social del cuidado. Debates latinoamericanos". *Revista Íconos*, N.50, pp. 9-26.
- Vera Vega, Cristina Bertha. 2017. *Construcción de subjetividades femeninas en entornos domésticos poscoloniales del cantón Cotacachi: Insivibilización, autonomía y trabajo con la imagen*. Tesis: FLACSO, Ecuador.
- Viveros Vigoya, Mara. 2009. "La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual". En, *Revista Latinoamericana Estudios de Familia* 1, 63-81.
- \_\_\_\_\_. 2016. La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. En *Debate Feminista* 52, pp. 1-17.
- Valentine, Gill. 2007. "Theorizing and researching intersectionality: A challenge for feminist geography". En, *The Professional Geographer* 59(1). Pp. 10-21
- Wright, Eric Olin. 2009. "Comprender la clase". En, *New Left Review* 60. Pp. 98-112
- Woolf, Virginia. 1925[1996]. *Mrs. Dalloway*. Penguin Popular Classics: Berkshire
- Yuval-Davis, Nira. 2011. *Power, Intersectionality and the Politics of Belonging*. Feminist Research Center in Aalborg: Denmark
- Zaragocín, Sofia. 2016. "Interseccionalidad constituida en el espacio". En, *Especialidades Feministas. Escuela de Estudios de Género, Boletín Anual* 5. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá